



PABLO: 100 AÑOS DESPUÉS

PABLO
100 AÑOS DESPUÉS

PABLO: 100 AÑOS DESPUÉS

PRÓLOGO DE
VÍCTOR CASAUS



palabras de pablo

Centro Cultural *Pablo de la Torriente Bruna*
La Habana, 2001

Edición: Emilio Hernández Valdés
Diseño y cubierta: Héctor Villaverde
Emplane computadorizado: Aníbal Cersa García

© Sobre la presente edición:
Ediciones La Memoria
Centro Cultural *Pablo de la Torriente Brau*, 2001

ISBN: 959-7135-15-9

Ediciones La Memoria
Centro Cultural *Pablo de la Torriente Brau*
Calle de la Muralla N° 63, La Habana Vieja,
Ciudad de La Habana, Cuba
Apartado 17012, Habana 17 C.P. 11700, Ciudad de La Habana
Correo electrónico: vcasaus@colombus.cu vcasaus@cubarte.cult.cu
Sitio web: www.centropablo.cult.cu www.centropablo.org

CENTROCULTURAL



P A B L O
de la Torriente Brau

Palabras para el Centenario

El próximo diciembre se cumplirán cien años del nacimiento de Pablo de la Torriente Brau. El 12 de ese mes, en 1901, llegó al mundo en la ciudad de San Juan, Puerto Rico, hijo de Graziella y de Félix. Su vida física terminó en España, en los alrededores del Madrid asediado, el 19 de diciembre de 1936.

En el medio de esas fechas transcurre una vida intensa y apasionada, que incluyó interrogaciones y respuestas, búsquedas y hallazgos, amores y cárceles, luchas y exilios, libros y viajes. De esos temas se habla en este libro, en el que escritores de América y de España rinden homenaje a través de sus voces y palabras a Pablo de la Torriente Brau, cien años después de su natalicio.

El Centro Cultural que lleva su nombre ha organizado un programa de actividades a lo largo del 2001 para que la vida y la obra de Pablo sean recordadas, analizadas, debatidas, con la extensión y la profundidad que se merecen. Estas actividades incluyen coloquios, libros, documentales, exposiciones, muestras audiovisuales y radiales, para los que han sido convocados artistas, escritores, cineastas y otros especialistas interesados en sumarse a esta jornada múltiple y hermosa.

Parte de ella transcurrirá o ha transcurrido en los sitios relacionados estrechamente con la vida del cronista. Así, en abril de este año se celebró en Puerto Rico una jornada cultural en la que artistas de ambas islas rindieron homenaje a Pablo a través de las maravillas de su talento, de su palabra y de su imagen. Así esperamos que en el segundo semestre que ahora comienza, la vida y la obra de Pablo sean recordadas en diversos

sitios de España a través de jornadas convocadas por universidades, centros y asociaciones.

Ediciones La Memoria se sumará a esos eventos con las presentaciones de los libros que ha venido preparando desde su fundación, apenas dos años atrás. Nuestra editorial está llevando adelante, con la cooperación imprescindible de instituciones amigas, la publicación, tomo a tomo, de las obras completas del cronista en la serie Palabras de Pablo. Precedidos de trabajos críticos, estos volúmenes van haciendo realidad el sueño de muchos pablíanos que en el mundo somos: ver reunidos los papeles palpitantes y actuales de este escritor incesante, cuyas ideas conservan la frescura y la capacidad de comunicación con que el escritor se enfrentó a la página en blanco siete décadas atrás.

Pablo: cien años después viene a ofrecernos un complemento imprescindible para el conocimiento de la obra del autor y para adentrarnos en los territorios de su existencia personal que se fundió, de manera ejemplar, con las solicitudes más urgentes y justas de su época.

Aquí están las voces de los autores de España y América que nos dejaron sus noticias e impresiones, sus valoraciones y juicios sobre las letras y las acciones de Pablo de la Torre Brau. Desde los apuntes intensos y emocionados de Juan Ramón Jiménez hasta la ternura descarnada de Gabriel Mistral. Desde la mirada cercana de sus compañeros de lucha Antonio Aparicio y Justino Frutos Redondo —testigos de su vida y de su muerte—, hasta la palabra imperecedera del gran Miguel Hernández, a quien Pablo descubrió como poeta y como comisario de guerra al mismo tiempo, y quien lo despidiera en el cementerio de Chamartín de la Rosa con los versos inolvidables de su «Elegía segunda»:

Pablo de la Torre,
has quedado en España
y en mi alma caído;
nunca se pondrá el sol sobre tu frente,

heredará tu altura la montaña
y tu valor el toro del bramido.

La publicación de esta selección de textos sobre Pablo de la Torriente Brau —sin duda la más completa aparecida hasta hoy— se complementa con la aparición de otro volumen de Ediciones La Memoria que se encuentra ya en imprenta: El calor de tantas manos, interesante y necesario acercamiento a la relación entre Pablo y la poesía, en el que autores de diversas generaciones y procedencias dedican sus versos al cronista de Majadahonda.

En Pablo: cien años después se recorre, por otra parte, la vida del autor a través de los textos que le dedicaran los escritores cubanos durante la segunda mitad del siglo xx. Entre esas voces se encuentran las más cercanas, como la de Zoe de la Torriente Brau, que reunió durante décadas, con dedicación y amor, junto a Ruth, «Güiqui» y Lía, la papelería de su hermano que hoy forma parte del Fondo Documental de nuestro Centro.

La carismática personalidad de Pablo, en la que se entremezclaban de manera formidable lo culto y lo popular, dejó huella imborrable entre sus contemporáneos. Por ello es posible encontrar en esta selección los acercamientos diversos, las recordaciones cálidas, los juicios acertados sobre las vocaciones y las palabras del cronista. No importa que más tarde, entre los avatares violentos de la historia o de las vidas personales, algunos de aquellos amigos tomaran rumbos contrarios a los sueños que compartieron en las luchas de la década del 30. Sus recuerdos de entonces, escritos desde la admiración y la amistad, conservan aquellos valores para la memoria y para el futuro.

Entre los amigos entrañables que acompañaron aquellos sueños hasta nuestros días, vale recordar, en primer término, en esta celebración de los cien años de Pablo, la palabra nerviosa y aguda de Raúl Roa que resumió así,

en entrevista memorable, el perfil literario y humano de su hermano de luchas:

El mayor talento frustrado de nuestra generación es Pablo de la Torriente Brau, pero bien entendido: frustrado por la muerte. Justamente se extinguió cuando su talento empezaba a desplegarse en vuelo arrebatado hacia cumbres insospechadas. Escribió torrencialmente y de innumerables cosas, sin otro esfuerzo que teclear la maquinita. Escribía naturalmente, como sudaba o respiraba. Su imaginación era un bosque incendiado y su sensibilidad más vibrante que un sismógrafo. Pero fue tan plena su vida y tan hermosa su muerte que hablar de «talento frustrado» es pura retórica.¹

Talento vivo es, por ello, el que encontramos en los recuerdos y valoraciones que pueblan las páginas que siguen. Renovador del periodismo de su tiempo, padre del género testimonial, incorporador del lenguaje popular a sus narraciones de imaginación desbordada, participante desde el análisis propio y desde la acción generosa en las luchas de su tiempo, adelantado en los combates contra el fascismo en tierra española, Pablo está aquí, cien años después, viviendo en las palabras de este libro.

Qué alegría mayor puede pedirse entonces en este aniversario, si podemos compartir la certeza anunciada por Juan Marinello de que «este muchacho de tan desaforada jocundia fue una de las mentes más afinadas y selectas que se han producido en tierra cubana.»²

Víctor Casaus
julio de 2001

¹ Ambrosio Fornet. «Tiene la palabra el doctor Roa.» En: Raúl Roa. *La revolución del 30 se fue a bolina*. La Habana, Instituto del Libro, 1969, p. 307.

² Juan Marinello. «Pablo de la Torriente Brau, héroe de Cuba y de España.» En su: *Contemporáneos. Noticia y memoria*. Santa Clara, Cuba, Universidad Central de Las Villas, 1964, p. 248.

DE ESPAÑA Y AMÉRICA

Miguel Hernández*

Elegía segunda**

A Pablo de la Torriente, Comisario Político

«Me quedaré en España compañero»,
me dijiste con gesto enamorado.
Y al fin sin tu edificio tronante de guerrero
en la hierba de España te has quedado.

Nadie llora a tu lado:
desde el soldado al duro comandante,
todos te ven, te cercan y te atienden
con ojos de granito amenazante,
con cejas incendiadas que todo el cielo encienden.

Valentín el volcán, que si llora algún día
será con unas lágrimas de hierro,
se viste emocionado de alegría
para robustecer el río de tu entierro.

Como el yunque que pierde su martillo,
Manuel Moral se calla
colérico y sencillo.

Y hay muchos capitanes y muchos comisarios
quitándote pedazos de metralla,
poniéndote trofeos funerarios.

Ya no hablarás de vivos y de muertos
ya disfrutas la muerte del héroe, ya la vida
no te verá en las calles ni en los puertos
pasar como una ráfaga garrida.

* Poeta y dramaturgo español (1910-1942).

** En Miguel Hernández, *Poesía*. Editorial Arte y Literatura, La Habana, 1998, pp. 245-246.

Pablo de la Torriente
has quedado en España
y en mi alma caído:
nunca se pondrá el sol sobre tu frente,
heredará tu altura la montaña
y tu valor el toro del bramido.

De una forma vestida de preclara
has perdido las plumas y los besos,
con el sol español puesto en la cara
y el de Cuba en los huesos.

Pasad ante el cubano generoso,
hombres de su Brigada,
con el fusil furioso,
las botas iracundas y la mano crispada.

Miradlo sonriendo a los terrones
y exigiendo venganza bajo sus dientes mudos
a nuestros más floridos batallones
y a sus varones como rayos rudos.

Ante Pablo los días se abstienen ya y no andan.
No temáis que se extinga su sangre sin objeto,
Porque éste es de los muertos que crecen y se
[agrandan
aunque el tiempo devaste su gigante esqueleto.

1936

*Antonio Aparicio**

Homenaje a Pablo de la Torriente**

Pablo de la Torriente era uno de los mejores hombres de El Campesino. Cuando estalló la sublevación antiespañola Torriente estaba en América. Durante varios años había tomado parte activa en todos los movimientos revolucionarios de Cuba. La juventud cubana antimperalista tenía en Torriente uno de los militantes más valiosos y útiles para la emancipación de su país. Allí era un escritor de prestigio naciente. Había sufrido más de una vez la vida atormentada de los presidios dictatoriales de Machado, y salió de las celdas con un libro sincero y agrio que los editores capitalistas no se atrevieron a publicar.

Enviado por El Machete, órgano del Partido Comunista Mexicano, vino Torriente a España para mandar desde aquí sus trabajos literarios sobre la Guerra Civil Española. Pero ya en España, no se limitó a esta labor. Su temperamento de luchador juvenil y apasionado le exigía un trabajo más duro donde emplear la energía y tesón de su juventud combativa. Entonces se unió a El Campesino para ser su comisario político y el de sus hombres. Los soldados de El Campesino vieron más de una vez a Torriente fijo en su puesto durante los momentos más encarnizados de la pelea, ayudando con su ejemplo a resistir el empuje enemigo. Eran los días dramáticos en que el peligro sobre Madrid aumentaba por instantes. Torriente iba entre los milicianos con su alegría sana atravesada entre la boca.

Era el comisario que necesitaban los luchadores para conservar sus puestos sin vacilar, sin dejarse ganar por titubeos.

* Poeta y escritor español (1912-2000).

** Víctor Casaus. *Vengo de América. Pablo de la Torriente. Apuntes y crónicas de España*. La Habana, Editorial Pablo de la Torriente, 1993, pp.29-32.

Últimamente había estado con su batallón descansando unos días, y cuando de nuevo fueron llamados a las trincheras lo vi marchar más alegre que nunca a enfrentarse con la barbarie. Recuerdo que de madrugada, cuando todos dormíamos, él fue el primero en levantarse y llamarme para la marcha, contento de contarse entre los que la causa del pueblo requería para su defensa. El mismo día que se reintegró al frente cayó sobre la tierra, con el plomo encolerizado de la muerte dentro del cuerpo. Al lado de él cayó también un pionero huérfano que había recogido. Una mañana me hablaba este pionero de no apartarse jamás de Torriente. Ahora, cuando las balas enemigas le han dado muerte, dos balas silbaron con una diferencia de minutos para abrir dos hoyos mortales en el pecho tierno del pionero.

Esto es lo que puedo decir como amigo y camarada que fui de Torriente. Lo demás, lo más recio y eterno, eso lo está gritando él desde la tierra que ha regado. Alguien me ha dicho que Torriente dejó allá en su Cuba natal una mujer compañera de su vida. Cuando la noticia de la muerte cruce con alas negras el mar para clavarse sobre esta mujer y sobre todos los antifascistas cubanos, ella se preguntará ahogada de dolor cómo pueden caer hombres como el suyo, que tan generosamente llevó siempre su vida y su obra.

Tres días antes de que muriera vine con él a Madrid. En el camino conversamos acerca de su patria, otra vez amenazada por el fascismo. Me habló, emocionado por el recuerdo, de volver a Cuba cuando la guerra en España estuviera ganada, para continuar en su patria la lucha. Nada de esto es ya posible, porque la muerte lo ha dejado clavado contra la tierra española que él vino a defender para así gritar a través de las bocas rojas de sus heridas la verdad y la libertad humanas que el pueblo español está conquistando.

Después de permanecer durante tres días su cadáver entre dos fuegos, se consiguió rescatarlo y se le enterró en el Cementerio de Chamartín, Fue para pocos días, porque un grupo de antifascistas cubanos vino para llevarse el cadáver

del inolvidable Torriente a descansar en la tierra mexicana. A estas horas los restos de nuestro compañero van cruzando el mar hacia las costas que lo vieron venir y que ahora lo ven volver cubierto de gloria.¹

¹ De acuerdo con el testimonio de Zoe de la Torriente Brau, luego del entierro en Chamartín, «Embalsamado y en caja de bronce, es trasladado a principios de 1937 [...] a la ciudad de Barcelona. Esperando ser trasladado a México, se le hacen guardias de honor en el Club Cubano Julio Antonio Mella en la Ciudad Condal. Pero el traslado no es posible y se depositan sus restos en el nicho No. 3 772 del Cementerio de Montjuich, en Barcelona.// Terminada la guerra, vencido el pago de los derechos del nicho, en septiembre de 1939, fueron trasladados sus restos mortales, junto a los de otros que también murieron peleando por la libertad, a una fosa próxima al nicho [...].» Véase: Zoe de la Torriente Brau. *Pablo de la Torriente Brau*. La Habana, Comisión de Extensión Universitaria, 1972, p. 22. (N. de S. G.)

Nota del Editor. En esta edición hemos conservado algunas de las notas de Raysa Portal (R. P.) y Silvana Garriga (S. G.), compiladora y editora, respectivamente, de *Évocation de Pablo* (La Habana, Editorial Letras Cubanas, 1997).

Pablo de la Torriente en Buitrago*

Le conocimos en nuestra imprenta, donde nació y vivió ocho meses nuestro *¡No Pasarán!* En aquella imprenta de Buitrago, a cuya minerva no le estorbaban los obuses diarios para seguir trabajando. Alto, moreno, fuerte, sencillo, con su chunga de legítimo cubano y su entusiasmo de legítimo revolucionario.

Una noche subió a la Peña del Alemán, donde la 3ª de Acero cubría los puestos, y aquellos muchachos presenciaron la polémica más seria, más formidable de toda su vida; entre Pablo y un cura orador de los parapetos enemigos. El cura no se esperaba un contrincante de tal categoría, y acabó mordiéndose el polvo de la derrota más vergonzosa.

Al amanecer, la miliciana más guapa de aquellos días moría junto a Pablo, con una bala enemiga en un costado. Y al amanecer, el camarada Pablo vengaba la muerte de Lola, la miliciana, matando al primer soldado fascista que asomó la cabeza tras su parapeto. Sentado a la máquina de escribir que teníamos en la imprenta, Pablo de la Torriente, cronista de guerra del *New Masses*, redactó un artículo para nuestro periódico.

Marchó a Madrid a seguir con sus crónicas de guerra, pero al encontrarse más tarde con El Campesino, a quien ya conoció en Buitrago, y ver a Madrid en inminente peligro, soltó su cuaderno de repórter y fue con él a las trincheras

* Pudo haber sido escrito por Manuel Alguacil o José Cañizares, que continuaron trabajando en el periódico *¡No pasarán!*, editado por los milicianos, hasta mucho después de la muerte de Pablo. (Nota de R. P.) Víctor Casaus. *Vengo de América. Pablo de la Torriente Brau. Apuntes y crónicas de España*. La Habana, Editorial Pablo de la Torriente, 1993, pp. 33-35.

como comisario. La muerte no le asustaba a él que ya la había desafiado en todas las cárceles y en todas las calles de Cuba, y su vida joven había sido una lucha constante contra las tiranías de los países sudamericanos.

Cuando hablábamos con él, cuando adivinábamos en sus miradas el fuego interno del luchador que le consumía, presentíamos que no tardaría mucho en cambiar la pluma por el fusil. Así fue, al poco tiempo, y por eso murió. *Mundo Obrero* nos recordaba el otro día detalles de su muerte heroica, cuando con un reducido grupo de camaradas salió de la trinchera para apoderarse de una ametralladora enemiga que les estorbaba.

—Tú, ¿qué clase de capitán eres? —preguntó al que iba a jugarse con él la vida.

—Yo, hasta morir —le contestaron.

Este diálogo fue el último de su vida. Y cuando se conmemora la fecha de Madrid hemos de tener en cuenta, al lado de otros héroes anónimos o conocidos, a Pablo de la Torriente Brau, prototipo de intelectual proletarizado, revolucionario, que puso todo su corazón y su pletórica juventud al servicio de nuestra causa, muriendo por ella, por su causa misma, en los campos de Majadahonda.

*Juan Ramón Jiménez**

Con Pablo de la Torriente Brau**

Cada hombre, amigos cubanos y españoles, puede pensar, sentir y hacer de sí mismo, con relación a una paz acostumbrada, y sobre todo, a una mala guerra, lo que quiera o lo que pueda. Y todos merecerán, con la sola condición de que sean sinceros y honrados, o ¡ay! de que lo parezcan, nuestra consideración absoluta... o relativa.

Sí, sí. Pero ningún hombre, ni uno solo, que sea del lado y de la cara que fuese, y sea el que fuere, su acuse de destino, se atreverá a dudar ni a sonreír pública ni íntimamente de la fe, la esperanza, la caridad, el noble heroísmo de otro hombre palpitantemente joven y poeta, que deja una hirviente paz y su patria viva para morir con el corazón en la mano, por el mundo que sueña, en otra.

Esta vez, la otra patria ha sido España, el héroe, un cubano: Pablo de la Torriente. Yo, como español del mundo que él soñaba, me inclino ante el ejemplo jeneroso de su muerte.

* Poeta español (1881-1958).

** Tomado de: *Juan Ramón Jiménez en Cuba*. Compilación y prólogo de Cintio Vitier. La Habana, Editorial Arte y Literatura, 1981.

*Gabriela Mistral**

Recuperación de Pablo de la Torriente Brau**

Yo no vi nunca en talla corporal a este Pablo de la Torriente Brau, a quien tengo que evocar por voluntad de mi querido Juan Marinello. No miré su estampa de jefe natural de hombres ni oí su voz a la que subiría su autoridad que trajo trabada con su alma.

La caña, que tiene el tamaño justo del hombre, me cuenta cómo su Pablo la sobrepasaba con creces; la luz habanera me da noticias de la cabeza desnuda de Pablo que no llevaba pesadumbre sino erguida esperanza; la arcilla roja que no parece aquí carne magullada sino una piel ardida de pasión, me da testimonio de que caminaba con el andar de los que no renquean lastimosamente y tampoco llevan el aturdimiento de los jactanciosos: Pablo caminaba como el hombre de mañana, con el paso alegre, que nuestro campesino llama «ganoso» y que así va a sembrar vida para recoger vida.

* Poetisa chilena (1889-1957).

** *Mediodía* [La Habana], año 3, no. 99, 26 de diciembre, 1938, pp. 9, 18. Este texto apareció con la siguiente nota de los editores de la revista *Mediodía*, donde se publicó: «El segundo aniversario [de la muerte] de Pablo de la Torriente nos encuentra más afincados en su recuerdo. Para testimoniar su presencia viva entre nosotros la Unión de Escritores y Artistas, celebró un fervoroso acto en la Universidad Nacional en que Marinello, Portuondo, Soto, Castelao y don Fernando de los Ríos evocaron la vida y la obra de nuestro compañero. En esa noche se leyeron estas cuartillas emocionadas y nobles de Gabriela Mistral. Publicarlas es el mejor homenaje de *Mediodía* a Pablo. // “El marxista, que no cree en la libertad...” dice equivocadamente Gabriela. Nosotros que por marxistas amamos la libertad y peleamos por ella en todo el orbe, decimos nuestra alegría de sentir cerca en ese afán de humanidad a la americana de tamaño universal que abomina la “pedagogía de anticristos” de los que cierran [*sic*] sobre la carne niña en España o en China.» (N. de S. G.)

Era un gigantón Pablo de la Torriente, y Gorki recordaba una vez, a propósito de Tolstoi, que esta grandulonería del cuerpo lleva siempre consigo un corazonazo, una abundancia cordial.

Creció y se hizo mozo como muchos de ustedes, mirando de una parte los pedazos rotos del siglo XIX, que fue dulzonamente demócrata y además invertebrado, y viendo del otro lado apuntar el cuernecillo del tiempo nuevo de la edad suya, de la que le tocó en ración.

Los escombros románticos no le parecían buenos sino para molerlos en albañilería y aprovecharlos así majados para hacer los ladrillos de la segunda faena republicana de América. Pero dentro de los escombros su mano sacó una cabeza entera de carne, no de tiza, y allí unos ojos llenos de futuro y una boca cuya sonrisa medio era de padre, medio era de madre; lo que Pablo recogió y guardó fue su José Martí, único romántico digno de sobrevivir en la América criolla.

Conocía aquel gesto. Su padre, el maestro de escuela, se lo enseñó a distinguir.

Después el niño Pablo leyó al mentor de Cuba en turnos de acogida y de rechazo, de filialidad y de desacuerdo. No importa.

Allí había un fuego particular, la brasa que no mata y que enciende el leño, que hace saltar la llama, incluso de un árbol verde. Y aquel fuego era español. Aunque ardioso en materia americana, era hornaza de un temperamento racial.

Ha sido frecuente que estos fogosos se apliquen o a la literatura pasional o a una política de humo caliente y poca claridad. De la Torriente entró en el sano y durable amor de la realidad. Las cuentas están hechas con materiales y el libro de la cárcel durará como testimonio de un preso que no sólo supo padecer sino emplear su congoja en cosa mejor que lamentarse: en ver y constatar.

Por encima de la circunstancia política, el libro de Pablo el preso servirá para purificar las cárceles y métodos carcelarios que son verdaderas calamidades de la América nuestra.

Pablo era un aprendiz martiano; Pablo no tenía nada de pegador de calcomanías; pero él sería como Martí, un heterodoxo español en política. La mística al igual de la acción social en la Península, va y viene en su vaivén pendular del ortodoxo al herético. Pero leer a los hombres de esta pelea es asombrarse a cada momento; y esta sorpresa la tuvo en lo religioso, el bueno de Menéndez Pelayo: todos se parecen más que el envés y el revés de una tela.

Corren estos atletas hispanos sobre una pista común, con un jadeo igual: pelean por la ortodoxia cien por cien, en religión o en política; hace cinco siglos que pelean; se odian locamente de no mirarse a sus caras de primo-hermanos, de no darse la vista en la carrera, y de soltar interjecciones demasiado agrias cuando unos vencen y los otros quedan por tierra.

Nosotros, americanos, tenemos que creer en que un sentido popular y no uno aristocrático, es la verdadera ortodoxia de la humanidad. Los que somos sensatos y además sinceros, sabemos muy bien que venimos de pueblo español, de emigrantes.

Pablo de la Torriente era tal vez más un populista que un marxista (perdóneme él donde esté si le duele mi juicio); tal vez fuese al modo catalán, un distribuidor de tierra labrantía; tal vez a lo vasco, un líder de mineros que alientan dignidad civil y que en dignidad trabajan y hasta duermen. En una democracia madura y sabia de América o de España, Pablo, como yo, acaso habría sido sólo un republicano leal, hijo de Michelet y no de Carlos Marx. Pero De la Torriente, temperamental español, entró en un mundo partido en dos bandos y no tuvo opción sino a estos dos platos de la balanza primaria asentada ahora sobre este pobre mundo. El deporte lo volvió mozo ejecutivo: le repugnaban las palabras como una grasa viciosa; oyó el cuerpo de la guerra llamar desde su España; supo antes que nosotros la tragedia que venía en avalancha sobre el mundo; entendió antes que nosotros que una aplanadora infernal venía cogiendo en sus rodillos los pocos logros alcanzados por el hombre liberal o cristiano;

adivinó como el indio, por un vago temblor del suelo, que llegaba el trance de esconderse en las matas como la bestia miedosa o dar cara al horror. No discutió ni esperó mucho: se echó a la perdición y a la salvación juntas. El marxista, que no cree en la libertad, se lanzaba a pelear con los que creen en ella y a defenderla para los que podríamos vivir sin ella un sólo día, en el lugar que sea de la tierra.

Allá fue, siguiendo la aventura que el Atlántico ha visto tantas veces y que verá muchas más. La aventura de Adán libertador de sus adamitas.

Un hombre sajón se llamaba Tomás A. Cochrane, y se descuajó de sus Islas Británicas para venir a pelear la libertad a Chile y al Brasil. Otro hombre de corte europea, el marqués de Lafayette, cruzó agua amarga para venir a los Estados Unidos a servir una santa empresa de la liberación. Un estudiante anglo-chileno, hijo de un virrey español, nuestro O'Higgins, dejó su bienestar y quemó su doble tradición llegando a nuestras montañas a organizar nuestra rebeldía criolla. Todos estos hombres cobraron por entonces un perfil odioso para los suyos, y sonaron en sus oídos cada día unas palabras que escuecen el orgullo viril: los motes de *insensatos* y de *intrusos*. No eran eso, ah, no lo eran. Su insensatez fue una razón que saltaba sobre su tiempo, como una flecha aventada sobre el planeta, y la tal intrusividad fue o un sentido racial quemante o un amor frenético del género humano.

De tarde en tarde nuestro océano trae a estos desesperados del Viejo Mundo a servir al Nuevo, donde clavan el arpón de su esperanza. Pero con mucha mayor tardanza, salen de nuestras costas hacia la Europa madre, estos limpios de corazón, estos Ulises sin sensualidad, que lo abandonan todo y que no husmean su propia muerte en la ráfaga del mar a la que se entregan.

A España fue derecho a morir De la Torriente, entregado, regalado a la muerte como el puñado de café a la mano del cosechero. Muchos hablarán de su muerte inútil; siempre se dijo del hombre que da sangre en vez de dar dinero o

especies. No puede haber sido sal echada al agua la pobre vida del mozo cubano.

¿Pero quién dice que la sal se disuelva sin salar nada? Pongámoslo en la más flaca probabilidad: tal vez la bala que mató a nuestro Pablo salvó a su gemelo, a otro escritor español combatiente. Puede ser que con este préstamo de vida haya pagado él una partija de nuestra deuda enorme hacia la literatura española, granero del cual vivimos y viviremos aún, y en cuya abundancia de oro el escritor criollo se sumerge hasta la cintura recogiendo y cargando trigo.

El bien que Pablo, el cubano, nos dejó, todavía no podemos medirlo; tampoco podemos ver en este mundo que es un pozo ciego, el contorno exacto de su merced de sangre. Si la tierra recobra la poca libertad que tuvo y que ha perdido, el bien de Pablo será, por ejemplo, el de que los escritores podamos escribir íntegros nuestra verdad o nuestros sueños. La gracia de Pablo y de los suyos será para la América la que nuestra historia no vuelva a ser una tenia repulsiva segmentada de golpes militares tragi-grotescos. Será un regalo desde otra orilla el que la guerra no llegue a la América en su nube de buitres o zopilotes, a devorarse en flor la carne que nace para sentarse a la mesa tendida del vivir y no para ser devorada ella misma como el cordero pascual de un anfitrión canibalesco.

Y el bien de Pablo para mí, maestra de escuela, será el que yo no tenga, al ir a dar mi clase, que atravesar una fila doble de fusiles alzados por brazos de niños, y que no sienta yo viendo esa pedagogía de anticristos, arder mis entrañas de vergüenza y de cólera.

Si este mundo satánico, de hierro color pardinegro, color de fiera, que desean darnos, se disuelve como una pesadilla antes de cuajar; si esa invención de calenturas pasa no más que como un cometa vesánico, cortando nuestro aire y no se queda, sino que se va a disolverse en el espacio, entonces, tú has logrado tu faena en la Europa entera. Pablo el sacrificado, buen Hércules limpiador de los pesebres de Augías, generoso De la Torriente, hijo de Cuba.

*Justino Frutos Redondo**

**Cubanos en la guerra de España.
Lucha y muerte en España
de Pablo de la Torriente Brau****

Pablo de la Torriente Brau, héroe del pueblo español, murió en España en el año 1936 en la primera línea de fuego, frente al enemigo fascista, en la heroica defensa de Madrid.

Escritor y periodista, luchador enérgico, incansable y muy inteligente, Pablo, como un verdadero comunista, en los momentos más difíciles y de más peligro, siempre se encontraba en primera línea, animando y dando aliento a los soldados y oficiales, explicándoles el peligro que se cernía sobre Madrid, que de ninguna forma se podían perder las posiciones, que no se podía retroceder, que había que terminar «con los hijos de p... de los fascistas». Esta frase la empleaba muy a menudo, pero nadie piense que era una frase de autodefensa, como la solían emplear los fascistas cuando no tenían argumentos para continuar una discusión. Pablo de la Torriente Brau, además de ser muy valiente, muy instruido, era un gran orador que se basaba en la dialéctica marxista-leninista pura, en la realidad de los hechos prácticos y en su desarrollo histórico. Por esa razón, como veremos más adelante, los fascistas se veían obligados a escuchar silenciosamente los discursos que Pablo les dirigía desde los parapetos de la primera línea en el frente de Buitrago de Losoya—Sierra de Guadarrama— o lo mismo que en diciembre de 1936 desde las primeras líneas o en trincheras en la defensa de Madrid, frente a Majadahonda.

* Combatiente español.

** Publicado en: *Unión* [La Habana], año v, no. 3, julio-septiembre de 1966, pp. 188-193.

Era un hombre bastante alto, fuerte, su estatura era aproximadamente de 1,80 m a 1,95 m; en su aspecto físico era maravilloso, como decimos los españoles de un verdadero macho: moreno, con la frente despejada, el pelo y los ojos negros. Vestía curiosamente. Siempre iba bien peinado y afeitado. La primera vez que lo vi me pareció que era un hombre áspero, recio, afable y simpático.

Llegó al frente que pasaba por la Sierra de Guadarrama, los últimos días de septiembre o los primeros de octubre de 1936. Paco Galán era el jefe de aquel frente. Pablo estaba en el Estado Mayor de Galán, pero no solamente en el Estado Mayor, sino que subía junto con los milicianos a las trincheras y hacía guardia en los parapetos de la primera línea de fuego lo mismo que otro miliciano cualquiera. Cuando él echó sus primeros discursos a los fascistas, se corrió por todo el frente que a los parapetos de la derecha de la carretera de Madrid a Buitrago había llegado un cubano que por las noches echaba discursos a los fascistas, y que hablaba tan bien que hasta los mismos «fachas» pedían que hablara aquel cubano. Esos rumores fueron mis primeros conocimientos sobre Pablo de la Torriente Brau; sin conocerlo personalmente, muchísimos milicianos ya le teníamos un gran afecto.

Los parapetos estaban a la derecha de la carretera que pasaba por la ciudad de Buitrago de Losoya, y se relevaban casi todos los días. Uno de ellos se encontraba en un montículo alto que se llamaba La Peña del Alemán, al que se le puso ese nombre porque allí murió heroicamente un miliciano que era alemán. En ese lugar echaba sus brillantes discursos Pablo de la Torriente Brau.

Estando nuestro batallón cubriendo en una sierra muy larga, delante de la cual se encontraba el pueblo de Losoya, un día me invitó a comer el camarada Candón, cubano que era jefe de la Primera Compañía, y me presentó al camarada Pablo de la Torriente Brau, que había venido a visitar a Candón y a nuestro frente. Tuve la suerte de conocer personalmente al cubano que echaba los discursos a los fascis-

tas. En aquella conversación Pablo expresó su deseo de marcharse para el frente de Madrid. Le pregunté por qué quería irse a Madrid, y me contestó que para él estaba claro que los fascistas por este frente no pasarían, y que sobre Madrid recaía un gran peligro. Esto sería aproximadamente en los últimos días de la primera quincena del mes de octubre de 1936. Primero Pablo y un poco después Candón, salieron para los frentes de Centro. En la segunda quincena de octubre nuestro batallón fue trasladado al frente de Madrid.

En los días más difíciles para nuestra capital, los días 5, 6 y 7 de noviembre de 1936, por segunda vez vi en primera línea a Pablo, en el frente de Retamares, que se encontraba delante del pueblo de Pozuelo de Alarcón. Estaba con las fuerzas que mandaba Galán y enlazaban con nosotros por el flanco izquierdo. En los combates de los días 5, 6 y 7 de noviembre de 1936, nuestro batallón sufrió muchas bajas y tuvo que reorganizarse sobre la marcha. Fue relevado del frente de Retamares y Pozuelo de Alarcón y se le mandó a cubrir entre el caserío de Romanillos y Boadilla del Monte, pero este último lugar ya estaba ocupado por el ejército enemigo.

Pablo de la Torriente Brau, que había ido destinado como Comisario Político del Primer Batallón Móvil de Choque, y el camarada Candón, nombrado Comandante de dicho batallón, se incorporaron en la primera quincena de diciembre de 1936, trayendo consigo dos compañías de infantería: la cuarta compañía y una de reclutas campesinos andaluces —por cierto muy valientes. Con la mayoría de ellos se completó la segunda compañía de nuestro batallón, bajo mi mando. Como ya dije anteriormente, nuestro batallón pasó a ocupar la línea del frente entre el caserío de Romanillos y un bosque que había delante de Boadilla del Monte, cortando una gran parte del camino que va desde el caserío a Boadilla.

Teníamos las posiciones en una loma larga, delante de la cual se abría un gran llano. Como de costumbre, nuestro querido Comisario se dirigía con discursos a los soldados del ejército fascista diciéndoles por qué luchaban ellos y por

qué luchábamos nosotros, aclarándoles lo que representaba el fascismo para el pueblo español. Allí me convencía de que los rumores que corrían sobre la brillantez de la elocuencia de Pablo eran ciertos. Hablaba tan bien que el último tiroteo de la noche se apagaba, reinaba un silencio mortal y no se oía nada más que la voz del orador cubano. Era verdad que a veces los mismos «fachas» gritaban: «¡Que hable el cubano!»

En esta línea del frente los fascistas desarrollaron una gran ofensiva; durante más de una semana hubo combates encarnizados. Pablo demostró no sólo ser un comisario político de alta categoría, sino que tenía las dotes de un buen militar. Sabía planear sobre el terreno las tareas y objetivos que los soldados, clases y oficiales debían cubrir y defender para que el enemigo no rompiera el frente y avanzara hacia Madrid. Por el día y por la noche, en los momentos más arduos del combate, Pablo, con gran valentía, recorría las primeras líneas de fuego, animando, orientando y preocupándose por los soldados, haciéndoles ver la necesidad de no perder las posiciones para no permitir que el enemigo se acercase a Madrid.

Era físicamente muy fuerte, pero yo tengo la impresión de que era mucho más fuerte en lo moral, por su espíritu revolucionario, tenía una gran fe en la victoria del pueblo español. Con su actitud y su firmeza demostraba ser más español que algunos españoles, y digo esto porque había españoles —claro está, no muchos— que en la retaguardia gritaban ser más revolucionarios que nadie, dispuestos a dar la vida por la patria, pero cuando llegaba la hora de la verdad trataban de enchufarse en los servicios de intendencia, lo más lejos posible del frente, y hasta el día de hoy gritan haber hecho un gran sacrificio por la patria «viendo los toros desde la barrera», como se dice en España.

Pablo tenía gran confianza en la victoria del pueblo cubano. Decía que no estaba muy lejos el día en que su pueblo, que vivía en la pobreza y no quería ser esclavo, rompería las cadenas y establecería un régimen democrático. Me habla-

ba mucho de José Martí y también de otros revolucionarios contemporáneos; muy a menudo me contaba de las buenas relaciones que tenía con Raúl Roa, a quien elogiaba como revolucionario. Al compañero Raúl Roa lo conozco desde el año 1936, por las conversaciones que tuve con Pablo.

Después de estar todo el día peleando, por la noche tampoco descansaba, preocupándose de que los soldados se relevaran para que todos pudieran descansar y estar en condiciones para el día siguiente continuar la lucha; de que por la noche se llevara comida a los soldados, se les abasteciera de municiones, se retirara a los heridos a la retaguardia. Para nosotros no era solamente nuestro comisario, sino que lo queríamos todos como cuando de verdad se quiere a un padre. Pablo era el hombre que tenía una gran preocupación por nuestra salud y por nuestra vida, por la defensa de España. Así era nuestro querido Pablo, que mostrando el verdadero internacionalismo proletario, dio hasta la última gota de sangre por defender en tierras lejanas de su patria la libertad del pueblo español.

Yo muchas veces me preguntaba y me sigo preguntando: ¿cuándo descansaba ese hombre?, ¿cuándo podía hacer otras cosas competentes a su cargo? Porque lo mismo lo veías en primera línea por el día que por la noche.

El 18 de diciembre, aproximadamente entre las 12:00 y las 14:00 horas, nuestro batallón perdió al hombre más querido, nuestro comisario, nuestro Pablo, como nosotros lo llamábamos. (Digo que murió a esa hora porque antes lo había visto varias veces y sobre esa hora empezó la retirada de nuestras fuerzas.)

Este día, desde las 5:00 a las 6:00 de la mañana los fascistas emprendieron una gran preparación artillera contra nuestras posiciones. El Comandante Candón, jefe de nuestro batallón (Primer Batallón Móvil de Choque), tenía el puesto de mando en el mismo caserío de Romanillos, muy cerca de la primera línea de fuego. Después de los primeros cañonazos de la artillería enemiga, Pablo se presentó en la primera línea; de antemano determinó que iba a haber un combate

muy fuerte, y fue por toda la línea dando instrucciones a los capitanes de compañías, entre ellos a mí, que era capitán de la segunda. Rápidamente, después de la preparación artillera, aparecieron los tanques y tanquetas del enemigo, detrás de los cuales avanzaba la infantería fascista, en su inmensa mayoría moros. Fue un combate terrible, todo era polvo y llamas de las bombas de mano y proyectiles. En las primeras horas resistimos los ataques de las fuerzas superiores del enemigo, y Pablo de la Torriente estaba, como siempre, en los sitios de más peligro, dando ánimo para que las posiciones no se perdieran. A media mañana de este día 18 nuestras tropas hicieron intentos de retirarse de las posiciones ocupadas, fundamentalmente por ambos flancos. Gracias al esfuerzo de Pablo se organizaron contraataques y las posiciones fueron recuperadas de nuevo. Allí se recogieron muchos moros muertos.

Pablo de la Torriente me llamó y me dijo que había la necesidad de dividir el frente entre los dos. Así lo hicimos: él me destinó la mitad izquierda y escogió la otra mitad, la parte de la derecha hasta el caserío que era nuestro límite. A pesar de que ofrecimos una gran resistencia al enemigo y contraatacamos varias veces, los fascistas rompieron el frente por los dos flancos, fundamentalmente por el frente de otra unidad que se defendía a nuestra izquierda por la orilla de un bosque que llegaba hasta cerca de Majadahonda; los tanques y las tanquetas con infantería enemiga se metieron por el camino que iba de Majadahonda a Romanillos y nos atacaron por la espalda. Nuestras fuerzas retrocedieron de 2,5 a 3 kilómetros y se estableció la línea en unas lomas. Al atardecer, entre dos luces, el camarada Candón vino a mi compañía y me preguntó si había visto a Pablo, si sabía dónde estaba; le contesté que no sabía nada de él, que desde por la mañana no lo había visto. El camarada Candón, muy preocupado, llamó por teléfono al mando superior, preguntando por Pablo: nadie sabía nada. Candón, que tenía mucha amistad conmigo, me dijo: «Oye, viejo, hay que buscar a Pablo.» Yo, como sabía en qué parte del frente él había es-

tado, inmediatamente le contesté: «Si me dejas elegir una sección de infantería de los andaluces, me introduzco en la retaguardia enemiga y trataré de buscarlo.» Candón me dijo que podía. y así lo hice. Me presenté en el sector que ocupaba la sección de los soldados andaluces y les dije que teníamos la misión de buscar a Pablo en la retaguardia enemiga, y que si lo encontrábamos muerto o vivo había que traerlo a nuestras líneas. Con una gran moral combativa la sección aceptó. Durante la noche lo preparamos todo cuidadosamente; Candón y yo estudiamos el camino por el cual debíamos introducirnos en la retaguardia (cualquier imprudencia podría costarnos la vida y no recuperar a Pablo). Serían las 3:00 de la mañana, todo estaba preparado, los soldados sabían dónde y cómo debíamos ir. Se establecieron algunos puestos de seguridad y a los demás compañeros les dije que me siguieran en fila india.

Al lado de donde había estado la línea de fuego el día anterior, había una pequeña casilla en lo alto de la loma. No era posible buscar a Pablo sin reconocer aquella casucha. Lo primero que hicimos cuando llegamos a este lugar fue, con las bombas de mano preparadas y a bayoneta calada, entrar en la casucha. Había un moro en la ventana con el fusil preparado de la misma forma que si estuviera en el parapeto. Ni tiros ni bombazos podían sonar; había que decidir rápidamente y así se hizo: cuando el moro se dio cuenta y quiso volverse hacia nosotros, una bayoneta ya le había atravesado el cuerpo.

Había que buscar a Pablo rápidamente. Yo, que sabía con exactitud por dónde pasaba la línea de fuego, establecí la vigilancia y empecé a buscar a Pablo. Lo encontré: estaba tendido en el suelo triparrriba, su cuerpo todavía estaba caliente; lo llamé «¡Pablo!», pero no contestó. Le desabroché el cinto, le quité la chaqueta y la camisa y vi que una bala le había entrado por el mismo corazón y salido por la espalda. Cuando lo levantamos vi que debajo de él asomaba un papel blanco; lo cogí: era un documento que estaba medio enterrado, se veían los arañazos de sus dedos en el sue-

lo. Inmediatamente me di cuenta de que en la agonía de la muerte quiso enterrar sus documentos, y empecé a mirar a su alrededor. A unos dos o tres pasos vi tierra recién arañada, escarbé, y de aquel pequeño hueco saqué su cartera, llena de documentos. Lo cogimos entre cuatro camaradas y lo sacamos a nuestra línea. Yo personalmente se lo entregué al camarada Candón, y lo mismo hice con los documentos. El día 19 de diciembre de 1936, por la mañana temprano, Candón se hizo cargo de nuestro inolvidable y querido Pablo y de su documentación. Posteriormente le pregunté y me dijo que el cadáver de Pablo de la Torriente Brau había sido entregado al mando superior. Más tarde me dijeron que estaba enterrado en Barcelona.

Moscú, 2/VII/1965

DE CUBA

*Zoe de la Torriente Brau**

Pablo de la Torriente Brau**

Pablo de la Torriente Brau nació en San Juan de Puerto Rico, el 12 de diciembre de 1901, en la calle General O'Donnell número 6, frente a la plazoleta de Cristóbal Colón, que embellece la estatua del famoso almirante.

En esta casa, habitada por nuestra familia, radicaba el colegio Centro Docente de la Unión Ibero-Americana, fundado y dirigido por nuestro padre, Félix de la Torriente Garrido.

Nuestro padre, hijo de cubano, y cubano él por sus sentimientos, había nacido en España, en la casa solariega de los Torriente, en Hermosa, Santander. Fue traído a Cuba a la edad de cinco años. Hizo sus primeros estudios en los Escolapios de Guanabacoa. Se graduó de bachiller en el antiguo Instituto de La Habana, y tras dos años de estudiar las carreras de Derecho y Filosofía y Letras en la Universidad de La Habana, pasó a concluir las y licenciarse en la Universidad Central de Madrid. En 1898 fue a Puerto Rico, como secretario del último gobernador español de aquella isla, el capitán general González Muñoz, el cual falleció repentinamente al día siguiente de su llegada a San Juan.

Por carta de presentación que llevaba Torriente de su gran amigo, el insigne juriconsulto cubano don Rafael María de Labra, dirigida a don Salvador Brau Asensio, secretario del Partido Autonomista, historiador, sociólogo, poeta y hombre de moral acrisolada, fue introducido por este en la sociedad puertorriqueña, y desempeñó diversos cargos como

* Hermana de Pablo (1903-1996).

** Zoe de la Torriente Brau. *Pablo de la Torriente Brau*. La Habana, Universidad de La Habana. Instituto Julio Antonio Mella. Comisión de Extensión Universitaria, 1972.

el de catedrático de Geografía, Historia y Latín del Instituto Civil de San Juan.

Un año después, Félix de la Torriente contraía matrimonio con Graziella Brau de Zuzuarregui, la hija predilecta de Salvador Brau, periodista de pluma insobornable que al ser compelido a escoger entre combatir por la prensa los desmanes y arbitrariedades del gobierno del general Romualdo Palacio, que en 1887 implantara en Puerto Rico el temido «componte» o, continuar en el desempeño del cargo de cajero de la Intendencia, entregó las llaves del tesoro con esta frase: «A los hijos se les debe dar antes que pan, vergüenza», la cual retrata al hombre de principios incorruptibles y bien arraigadas convicciones. Se dedicó entonces Brau a combatir más reciamente al gobierno desde su periódico *El Clamor del País*, hasta el cese de aquella situación intolerable.

Muy pequeño aún, Pablo hizo su primer viaje a España, llevado por nuestro padre, al morir allí nuestro abuelo paterno, el ingeniero Francisco de la Torriente Hernández. Los comentarios que oyó Pablo de este viaje y lo que le decían de aquella nación, impresionaron vivamente su imaginación. Siempre anheló volver a España. Nunca pudimos sospechar que lo haría otra vez para dejar su sangre generosa regada en el suelo español, en la lucha de aquel pueblo y de toda la humanidad por el derecho a vivir libres. De Santander viene Pablo a La Habana, donde nuestro padre va a desempeñar el cargo de inspector pedagógico de esta provincia, a la vez que a ejercer el periodismo.

Es la época del presidente Tomás Estrada Palma. Pablo asiste a la escuela del profesor Lima, en la Quinta de los Molinos, y se inicia ya en el aprendizaje de la lectura, en *La Edad de Oro* de Martí, en un ejemplar que le dedica su abuelo, Salvador Brau, quien acababa de recibirlo con una expresiva dedicatoria de Gonzalo de Quesada, el hijo espiritual de Martí, y se apresura a enviarlo a su nieto, aconsejándole que inspire sus ideales patrios en la obra del Apóstol, puesto que como Martí, él también será cubano.

Tras la reelección impopular de Estrada Palma y la sublevación en los montes de sus adversarios políticos, se produce en Cuba la segunda funesta intervención norteamericana. Nuestro padre es separado de sus cargos. Esto, unido a la gravedad de nuestro abuelo materno, hace que la familia se separe, cuando apenas acaba de reunirse. Nuestra madre, Pablo, Graciela y yo, todos nacidos en San Juan, pasamos a Puerto Rico. Nuestro padre irá a Oriente, en Cuba, como profesor de los Colegios Internacionales de El Cristo. En este poblado, tres años después, se reunirá de nuevo la familia, que se instala definitivamente en la sociedad cubana en diciembre de 1909, cuando Pablo acaba de cumplir ocho años. Más tarde nacerán en Santiago de Cuba nuestras otras dos hermanas, Lía y Ruth.

En Puerto Rico se inicia la formación del carácter y la orientación moral de Pablo, a la sombra del abuelo materno, de rectos principios, patriota prestigioso. Nuestra madre, con su austeridad y estoicismo, sabrá complementarla cabalmente. Ha tenido Pablo la suerte de heredar de Salvador Brau, talento, virtudes morales y aficiones literarias y artísticas, así como los caracteres somáticos que le darán en el futuro prestancia física por su complexión atlética, andar ágil, ojos negrísimo, perfil correcto y cabellera oscura ondulada. Nuestra madre sabe aprovechar este privilegio y llena el alma del hijo de la gran admiración que ella siente por su ilustre padre, para que su ejemplo le sirva como norma de conducta en la vida.

Ya desde entonces, tiene Pablo una gran ambición: ser marino, llegar a almirante, dirigir una potente escuadra, ir a Puerto Rico y echar de allí a los norteamericanos que sojuzgan la patria. Así lo expresó en su primer artículo periodístico, cuando sólo tenía nueve años, publicado en *El Ateneísta*, revista escolar de los alumnos del bachillerato, en los Colegios Internacionales de El Cristo.

Sin duda alguna, estas manifestaciones tempranas de antimperialismo y las posteriores de verdadero internacionalismo revolucionario, arrancan de nuestro

ancestro y de las características de nuestro hogar: padres con arraigados conceptos de patria y profundos sentimientos antinorteamericanos. Repetidamente oíamos a nuestra madre decir que su abuelo Bartolomé Brau, pintor catalán, vino a Puerto Rico desde Barcelona, perseguido por manifestar sus ideas liberales en su ciudad natal, en tiempos del despotismo. Su otro abuelo, Agustín de Zuzuarregui, y su tío abuelo, Carlos Asensio, venezolanos, de origen guipuzcoano, pelearon bravamente al grito de «guerra o muerte» lanzado por el Libertador de Colombia en 1811.

A esto añadía nuestro padre que su bisabuelo, Vicente de la Torriente, había sido héroe de la guerra de independencia española. Al tomar el puente Vitoria, en Navarra, fortificado y defendido por un número superior de enemigos, quedó inutilizado del brazo izquierdo.

Todos estos relatos exaltaron la prodigiosa imaginación de Pablo y despertaron en él afán de aventuras y ansia de luchas por la libertad y la defensa de la justicia social. Además, nuestras primeras lecturas políticas las hicimos en el *Pica-Pica*, semanario satírico puertorriqueño hasta la médula, fundado y dirigido por nuestro tío Luis Brau de Zuzuarregui, que durante treinta y cuatro años combatió la ingerencia norteamericana en nuestra isla y fustigó implacablemente a los «portorriqueños», sometidos a los yanquis para convertirse en parias en su propia patria.

Sin embargo, el Pablo adulto, de espíritu rebelde, audaz, de regocijado humorismo, impetuoso, violento, revolucionario, fue un niño tranquilo, taciturno, a veces melancólico, muy dado a la lectura y con anhelos de verdad y justicia. Yo fui su compañera inseparable de juegos y estudios. Nos llamaban en casa «los camaradas». Nuestros temperamentos tan diversos se complementaban admirablemente. Mientras yo lo llevaba al juego, a la discusión, a la pelea, al estudio de las matemáticas, él me orientaba en el manejo del diccionario, me enseñaba geografía e historia. Hacíamos competencias de memoria. Ya aprendía versos, y se imponía la tarea diaria de memorizar una página de un diccionario pequeño, que

me hacía tomarle todos los días. Llegó a poder repetir un soneto, sin un error, con solo leerlo tres veces.

Por aquella época, sin saber nosotros que existía la filosofía, nos interesábamos por la solución de los problemas sociales. Con sus reflexiones me llevó al anticlericalismo —nuestro padre era ateo. Para él, la familia necesitaba estar unida por la sangre y por la fraternidad del espíritu, sentir por un mismo ideal: ya se vislumbraba al futuro comunista. Desde muy pequeña fui su admiradora; tuve la intuición de adivinar en él a un gran hombre.

Asistíamos a los Colegios Internacionales de El Cristo en 1910. Los Reyes Magos nos habían traído un carro pequeño, que atábamos a un perro de Terranova, y el buen León —como le decíamos— nos llevaba a la escuela. Al regreso, Nene —así llamamos siempre a Pablo sus padres y sus hermanas— decidía: «Ya el perro trabajó, ahora le toca disfrutar a él», y entre los dos arrastrábamos el carro, con el perro dentro, hasta la casa. Desde aquel entonces apodamos en casa a Pablo, Don Quijote.

Pasamos a Santiago de Cuba. En 1913 fundó allí nuestro padre el Colegio Cuba, incorporado al Instituto de la ciudad. En las paredes de las aulas del Colegio quedaron impresas las primeras manifestaciones pictóricas y literarias de Pablo: batallas navales, cabezas de guerreros, etcétera, todo cuanto iba impresionándole en el estudio de la historia, y, con esto, estrofas y sonetos relacionados con aquellos hechos.

Mucho antes de empezar los estudios del bachillerato, por indicación de nuestra madre, nos leía en voz alta a nuestra hermana Graciela y a mí —mientras hacíamos labores de aguja— los libros que ella nos escogía: *El Quijote*, en un ejemplar en miniatura que conservamos, cuya lectura interrumpía con escandalosas carcajadas; Víctor Hugo, Dumas, Verne; luego cuanto libro caía en sus manos.

Por esta época, Pablo me llevaba con frecuencia a las tiendas para que yo le comprara a nuestra madre los materiales que necesitaba para sus bellos trabajos de artesanía.

Siempre nos daban dinero para el tranvía, pero Nene me convencía de que era mejor gastárnoslo en guineos —los cuales se comía él casi en su totalidad—, pues «corriendo un poco, me decía, regresamos a tiempo». Así los dos solos correteábamos por Santiago. Siempre me llevaba a la Marina, a ver entrar y salir los barcos, cosa que lo alegraba vivamente.

Pablo era tan comilón que los amigos le hacían retos para verlo comer más. Por la falta de acueducto en Santiago de Cuba, el agua era escasa, a veces sucia, y para los menesteres de la casa se conservaba en bidones. Una o dos veces al mes, un empleado de Sanidad, con una *cafeterita*, repartía por las casas guayacones para echar en los bidones, pues estos pececitos se comían las larvas de los mosquitos. Un día que Pablo acababa de comer opíparamente, un compañero le dijo que si era capaz de comerse una barra de dulce de guayaba de dos libras, él se la compraba, pero a condición de que se comiera primero cinco guayacones. Pablo aceptó la proposición. Se comió los guayacones y luego la guayaba completa, bien saboreada. Al saberlo nuestro padre por las risotadas de todos, le dijo: «Pero Nene, no seas necio, ¡cómo te comes los guayacones!», y Pablo respondió: «Lo hice para inmunizarme. Además, son muy sabrosos.»

En 1915 hizo su ingreso al bachillerato en el Instituto de Santiago de Cuba, donde pasó los tres primeros cursos; años después se graduó de Bachiller en el Instituto de La Habana. Tenía gran indecisión en la carrera que iba a seguir: la Medicina no le gustaba; el Derecho —tal como lo veía ejercer en el bufete del doctor Fernando Ortiz— no le interesaba; las matemáticas no lo entusiasmaban. Así, ya interesado en las luchas políticas de la nación contra la tiranía sangrienta de Machado, se matriculó en la Universidad de La Habana en la carrera de Ciencias Políticas, Sociales y Económicas, pero por su gran actividad revolucionaria de aquellos tiempos no la pudo cursar.

En diciembre de 1919 nos trasladamos a La Habana. Pablo se niega a continuar sus estudios, quiere trabajar; y en enero

de 1920 acompaña, como delineante, a nuestro amigo y antiguo profesor de matemáticas del Colegio Cuba, el ingeniero José María Carbonell, que trabajará en Sabanazo, en Oriente, donde se va a fomentar un ingenio. Pablo tiene allí la oportunidad de conocer de cerca el penoso vivir del campesinado cubano: su lucha cruenta contra la miseria, contra la ignorancia, sin esperanzas de un futuro mejor.

Al regresar a La Habana empieza a trabajar en el diario *El Nuevo Mundo* y en la revista *El Veterano*, ambas publicaciones dirigidas por el coronel del Ejército Libertador José Camejo Payents. Recibe de sueldo \$1.00 diario que entrega a nuestra madre, diciéndole: «Yo no necesito dinero: no tengo vicios.» ¡No los tendrá jamás! Un buen día, con su gran humor de siempre, me entrega un ejemplar de *El Nuevo Mundo*: «Léetelo, para poder decir que tengo un lector. No es justo que yo sea redactor, cobrador y repartidor y el único lector de mis trabajos.»

En esta época enseña a leer a Lía y da clases de historia de Cuba a Ruth. Fue un hijo y un hermano ejemplar.

Poco después va a trabajar en la Comisión de Adeudos del Ministerio de Hacienda. Gana \$170,00 mensuales, sueldo fabuloso para su edad; pero el trabajo es poco y a los dos meses renuncia al cargo. «Soy —dice— demasiado joven para ser tan desvergonzado que acepte una botella.»

En 1922 se abre una convocatoria para ingresar a la Escuela Naval. Todos en casa creemos llegada la gran oportunidad de Pablo, ¡al fin podrá realizar su más grande anhelo! Asiste a las pruebas, va en primer lugar en todos los exámenes, pero en el último, en el de gramática, una humorada suya cambia el curso de los hechos. Hay una pregunta que dice: «¿Qué diferencia existe entre la palabra senador escrita con s, y escrita con c?» Contesta correctamente, pero antes de entregar el examen, pone una nota marginal: «En Cuba, senador es sinónimo de botellero.» Esto le cuesta la anulación del examen y la renuncia a su gran aspiración; lo que, después de bien pensado, alegra a toda la familia, que lo considera incapaz de soportar una disciplina militar.

Pablo, que es un magnífico mecanógrafo y taquígrafo, va a trabajar en 1923 al bufete Ortiz-Giménez Lanier-Barceló. Trabaja todo el día por sólo \$80.00 al mes, a las órdenes del doctor Barceló. Pero pronto pasa a secretario del doctor Fernando Ortiz, sustituyendo a Rubén Martínez Villena, que acaba de graduarse de abogado. Hay una gran comunidad de ideas y afinidades entre ambos jóvenes, y rápidamente anudan una profunda amistad.

Rubén es poeta. Sorprende a Pablo que, en ratos libres, escribe cuentos. Lee «El héroe», le gusta mucho, y se lo da a José Antonio Fernández de Castro, que lo publicaría en el suplemento dominical del *Diario de la Marina*, en 1929.

Desde 1923 Rubén anda unido a Julio Antonio Mella —el gran líder estudiantil— en trajines revolucionarios. En 1925, un grupo de jóvenes inquietos, guiados por Rubén, escogen el bufete del doctor Ortiz como sede de actividades antimachadistas. El país vive una situación caótica. Mella, como protesta por la arbitraria prisión de que es víctima, decide declararse en huelga de hambre en la Quinta de Dependientes. Pablo da su contribución económica para cubrir los gastos que representa sacar a Mella —casi agónico— del país, ya en libertad por la acción de las masas y después de la espectacular entrevista de Rubén y Machado, en la que Rubén lanza su lapidaria frase de «es un asno con garras». Además se encarga, en su carácter de mecanógrafo, de la redacción y ordenamiento de gran parte del material relacionado con este acontecimiento trascendental.

Por esta época Pablo frecuenta Pro-Arte Musical, es un gran aficionado a la música buena. No se pierde un concierto, ni la actuación de los grandes artistas del mundo que son traídos del extranjero por esta institución. Es también un gran entusiasta del ajedrez.

Pablo siempre fue amante de los deportes. Desde muchacho hacía toda clase de ejercicios; caminaba mucho, jugaba a la pelota en el Colegio Cuba, y en La Habana acostumbraba, con otros amigos, alquilar un bote en el muellecito

del Templete: remaba incansablemente, para conocer todos los rincones de la bahía, y muchas veces salía mar afuera. Además practicaba el método Strongfort: durante tres días de cada mes dormía en el suelo y tomaba por único alimento tres vasos de agua. Así logró un desarrollo corporal notable y armonioso. Fue miembro del equipo de fútbol americano del Club Atlético de Cuba, y se distinguió siempre por su actuación en la línea de choque, por su entusiasmo y decisión. Participó en distintas competencias.

De aquella época hay una anécdota muy interesante. En el año 1928 su Club fue a la ciudad de Atlanta en los Estados Unidos, para celebrar un encuentro de fútbol con un equipo local. Pablo, al comprobar que su equipo iba a perder con los norteamericanos por conocer estos mejor el juego y tener más experiencia, se lanzaba con ímpetu contra la línea enemiga, a riesgo de recibir un golpe serio. Cuando le preguntaron por qué hacía aquello, contestó: «¡Ya que vamos a perder con los yanquis, quiero salvar el honor de Cuba, a cabezazos!»

En el Club Atlético conoció al doctor Gonzalo Mazas Garbayo, médico, poeta y cuentista, que también formaba parte del equipo de fútbol. Con Gonzalo trabó una entrañable amistad. Un día en que hablaban de literatura, Pablo le mostró su cuento «El héroe», que Gonzalo encontró muy bueno y lo felicitó. Unos días más tarde lo invitó a figurar en un libro de cuentos que se proponía publicar. En febrero de 1930 se terminó de imprimir el libro, que apareció en las vidrieras de las librerías de La Habana con un sugestivo título: *Batey*. El título fue idea de Gonzalo, el dibujo de la portada, un ingenio en blanco, rojo y negro, obra de Pablo.

Su prosa originalísima, fuerte, vigorosa, llena de humorismo deportivo y agudeza, sorprende a la crítica cubana y extranjera que lo acoge con grandes elogios. Es esta una zafra agridulce de narraciones, en las que va unida una exuberante imaginación a la preocupación por grandes problemas sociales que dejaron huella en el alma de Pablo, durante su corta convivencia con la pobreza, el olvido y la agonía

del campesinado cubano, en el indómito Oriente, y en la de Gonzalo, tanto en su estancia en Cruces, Las Villas —su pueblo natal—, como en el ejercicio de su profesión de médico. Con su estilo peculiar y su ironía sana. Pablo, desde su *Batey*, empezará a introducir una nueva tónica en las letras cubanas.

En julio de 1930 contrajo matrimonio con Teresa (Teté) Casuso Morin, a quien había conocido durante su estancia en Sabanazo.

En septiembre de 1930, el malestar de todo el pueblo es ostensible, pero hace falta unificar el espíritu de lucha contra la tiranía machadista. Esa oportunidad la proporciona el sabio y prestigioso anciano Enrique José Varona, con sus declaraciones históricas publicadas en *El País*, donde ataca al régimen de Machado y enjuicia a los estudiantes que se despreocupan por las cosas de la vida cívica de la patria. Ya un grupo de intelectuales cubanos, encabezados por el doctor Ortiz, y entre los cuales se encontraban Juan Marinello, Pablo, Raúl Roa y otros, estaban organizando un homenaje a Varona, que se celebraría el 3 de octubre, con motivo del cincuentenario de su primera clase de filosofía.

El 30 de septiembre de ese año 1930, invitado por Roa, acude Pablo bien temprano a la Universidad de La Habana, desde donde partiría una manifestación hasta la casa de Varona. Pero la colina universitaria amanece rodeada de policías, «manchada de azul», como dijera Pablo. Otros de a caballo recorren las calles próximas. ¡El ambiente es de tragedia!

Los estudiantes desisten de la manifestación a la casa de Varona. Hay una nueva consigna: ir al parque Eloy Alfaro y de allí ¡a Palacio! Sergio Velázquez anima con una arenga. Por todas partes salen jóvenes dispuestos a todo. Félix Ernesto Alpízar toca un clarín, Armando Feito despliega una bandera cubana. Pepelin Leyva y Rafael Trejo tiran piedras a la policía, y sale la manifestación con gritos de «¡Muera Machado!» «¡Abajo el tirano!» Van sin armas de fuego, pero cuentan con los puños de Pepelin Leyva y de Pablo. Según

frase de Raúl Roa, «policía que tocan, policía que cae». Hay una gran gritería y lucha cuerpo a cuerpo entre estudiantes y policías. Suenan disparos de armas de fuego. Pablo cae desplomado sobre el suelo. Él cree que lo han herido de un balazo. Sólo cuando ve a Rafael Trejo a su lado, desfalleciente, piensa que el disparo ha sido para otro. Trejo muere en el Hospital de Emergencias, al amanecer del día siguiente. Isidro Figueroa, obrero, es herido de bala en un hombro. Pablo ha recibido una herida de 8 cm en la cabeza, que le produjo el policía Reine con un *club*. La pérdida de sangre es enorme; esta herida lo retendrá un mes en el hospital.

Una vez en la calle, la lucha es más intensa. El 3 de enero de 1931 se reúne el Directorio Estudiantil —Raúl Roa, Juan Antonio Rubio Padilla, Roberto Lago, Carlos Prío, Carlos Manuel Fuertes Blandino, Félix Alpízar, Ramón (Mongo) Miyar y otros más— en casa del periodista de ideas republicanas Rafael Suárez Solís. Un grupo de miembros del Directorio ha decidido constituir el Ala Izquierda Estudiantil y van a presentar su tesis a los demás. El AIE planteaba que había que vincular la lucha contra Machado a la lucha contra el imperialismo de Estados Unidos, que era el que imponía a este tirano. Pero los últimos en llegar a la reunión han sido seguidos por la policía y todos los estudiantes son sorprendidos, presos e internados en el Castillo del Príncipe. Cuando son libertados, Pablo escribe «105 días preso», un reportaje magnífico, palpitante, de estilo fácil, descripción amena y gran contenido revolucionario, que aparece publicado en *El Mundo*, en doce artículos.

La cárcel sólo ha logrado reafirmar sus propósitos revolucionarios. Escribe para *Línea*, periódico universitario, órgano del AIE. Toma parte en hechos de calle. Se reúne con los otros compañeros y conspiran.

A mediados del año 1931, estando escondidos él y Raúl Roa en la casa de José Z. Tallet, alguien da el soplo y son sorprendidos por el teniente Miguel Calvo, que los detiene. Y aquí otra anécdota de Pablo, digna de contarse, pues pinta su carácter, su fino humor, aun en los momentos más

difíciles. «Mira —le dice a Calvo—, estoy terminando un artículo para *Carteles*, si lo termino me pagarán diez pesos.» Sin esperar la contestación, se sienta a la maquinilla y sigue tecleando su trabajo. Los policías lo miran, se miran entre ellos y acaban por sonreír y esperar. Cuando Pablo sale preso le grita a Tallet: «¡Cuando Quilez te pague los diez pesos me los mandas a la cárcel!»

Esta vez son internados en el Presidio Modelo de Isla de Pinos, y como Pablo estima que es una prisión injusta, decide no gastar ni en barbero ni en ropas. Se deja crecer el cabello y la barba hasta la cintura, iniciando así el uso de las barbas revolucionarias como también había sido el precursor de la boina revolucionaria en el Castillo del Príncipe.

En presidio, Pablo y Gabriel Barceló traducen del inglés al español el *Materialismo histórico* de Bujarín. Trabaja la madera, y con una maestría que a todos llama la atención, hace pulsos, cortapapeles, etcétera. Da clases de astronomía a los compañeros y mantiene todo el tiempo, inquebrantables, su optimismo y buen humor; goza de magnífica salud y hace ejercicios para conservarse «en forma», como dice con frecuencia.

En mayo de 1932 sale para el exilio. Proyecta ir a España, pero en Nueva York se encuentra con otros cubanos y decide quedarse en esa ciudad, donde para poder vivir realiza trabajos muy duros: friega platos, vende helados por las calles caminando más de trescientas cuadras diarias, carga sacos de millo que pesan mucho más que él. Y aún le queda tiempo para fundar con otros compañeros revolucionarios el Club Julio A. Mella.

Tras el derrocamiento de la dictadura de Machado, el 12 de agosto de 1933. Pablo retorna del exilio. Toma parte en todas las acciones importantes. La Universidad se convierte en uno de los principales centros de actividades políticas de la nación. En las asambleas generales estudiantiles se debatían los más diversos problemas relacionados con el gobierno y sus opositores, pero entre todas estas reuniones las más importantes eran las asambleas depuradoras, en las

que se analizaba la conducta de los profesores y su vinculación o no con la tiranía. Pablo participaba en las mismas en una doble función: como estudiante con todas sus prerrogativas de voz y voto, y como periodista. Sus crónicas en el periódico *Ahora*, que describen estas asambleas, son fuentes documentales vivas para el estudio de este período del movimiento estudiantil. Según han afirmado los actores y estudiosos de esta etapa revolucionaria, no sólo son de una veracidad inigualada sino que han salvado para la posteridad una de las acciones de mayor significación para todo el movimiento estudiantil y docente del país.

Pablo fue uno de los artífices del más rico anecdotario que registran las disputas políticas estudiantiles, y lamentablemente algunas sólo permanecen en el recuerdo de sus amigos. Parco de palabra, construía la frase más afilada, que dejaba caer en el momento preciso para hacer tornar en favor de las izquierdas el rumbo del debate. El primero en llegar, se sentaba, indistintamente, en el flanco derecho o izquierdo del anfiteatro. Con un cuaderno y un lápiz en la mano, seguía con atención el curso de la controversia. No pedía la palabra, sino interrumpía para hacer una aclaración o un comentario, e inmediatamente se hacía silencio para escucharlo. Era junto con Gabriel Barceló, Pepe Elías Borges, Eddy Chivás y otros, muy respetado y querido por su historia y su gran coraje revolucionario.

Pablo denuncia los crímenes de Castells en el Presidio Modelo, con extraordinaria valentía. Pero, en cambio, no acepta el nombramiento que se le ofrece de director del penal de Isla de Pinos. Estima, y así lo dice, que «no debe dejarse la dirección de un presidio a la bondad o maldad de un hombre. Debe ser nombrada una Comisión de médicos, psicólogos, alienistas, abogados, maestros, etcétera, para que pueda ser estudiado desde todos los ángulos y pueda llegar a transformarse el Presidio, de Escuela del Crimen, en verdadero Centro de rehabilitación social». Además, advierte: «¡no se me ofrezcan puestos! ¡no he ido a la Revolución como mercenario para lucrar!»

A Machado lo ha sucedido Carlos Miguel de Céspedes, y su gobierno anodino. El 4 de septiembre del mismo año se producía una rebelión militar. Surge la Pentarquía. Ramón Grau San Martín, de triste recordación para Cuba, se hace cargo del poder.

Los grandes periódicos habaneros habían dejado de publicarse. El 10 de Octubre, conmemoración del Grito de Yara, aparecía un nuevo diario, *Ahora*, que se trata de orientar al nuevo orden revolucionario. Entre sus redactores figuraba Pablo de la Torriente Brau. Un día llega a la redacción, y de inmediato se sienta a la maquinilla y empieza a producir reportajes, crónicas humorísticas, biografías, textos de divulgación científica, artículos de proyección revolucionaria, relatos de aventuras, entrevistas a artistas, frases irónicas para los cintillos y pies de las caricaturas, trabajos históricos y editoriales; también publicó «La Isla de los 500 asesinatos», sus memorias de Isla de Pinos. Y hasta el director de *Ahora* se sorprende de verlo rendir día a día su trabajo, como sólo podría hacerlo el que lleva muchos años en esta tarea. Todos se preguntan: «¿Dónde aprendió Pablo este oficio de periodista que realiza con maestría?» La respuesta es sencilla: Pablo es un periodista nato, genuino, como lo fue su abuelo Salvador Brau, que en Puerto Rico sorprendió también a sus ilustres contemporáneos —en los tiempos más difíciles de la Colonia—, que lo llamaron «maestro de periodistas», y, como Pablo, tampoco frecuentó ninguna escuela de periodismo.

Pablo hace un periodismo muy personal. Muchas veces crea el hecho, lo reporta y luego toma parte activa en él. Un día va a la Universidad, reúne a un grupo de estudiantes, y les dice que al día siguiente aparecerá en, *Ahora* un reportaje suyo. Los hechos tendrán que producirse en ese día y ellos deberán tomar parte: se trata de dar una tángana en el parque Albear, con gritos de «¡Abajo Batista y el imperialismo!» y romper una vidriera de la librería La Moderna Poesía. Los estudiantes van con él a realizar lo acordado, pero al darse cuenta Pablo de que la vidriera no ha sido rota,

recoge una piedra del suelo y la tira. Al escándalo acude la policía y él mismo informa de los acontecimientos e indica en dirección contraria por dónde han huido los estudiantes. Los hechos se han producido tal como él lo ha redactado en *Ahora*.

Cuando *Ahora* informa sobre el asesinato de Ivo Fernández, Pablo logra de Reynaldo Balmaseda, único superviviente de la tragedia, el autógrafo acusador.

Se entera de la persecución que sufren los campesinos del Realengo 18 y allá va. Primera vez que a aquellos hombres se les acerca un intelectual con verdadero interés humano, que se preocupa por sus terribles problemas; dispuesto como periodista a dar a conocer las grandes explotaciones de que habían sido víctimas, la ignorancia y el olvido en que habían vivido; y en artículos vibrantes, acusadores, publicó estos hechos en *Ahora*. Consiguió un año de tregua para los realenguistas y la creación de tres aulas en aquel lugar, donde con más de mil niños, no existía ninguna. «Realengo 18» sirvió de fuente de inspiración militar a nuestra Revolución, según expresión del Comandante Fidel Castro al escritor y periodista francés Régis Debray, que aparece en el libro *¿Revolución en la Revolución?*

Pablo escribe en *Ahora* desde octubre de 1933 hasta marzo de 1935: desde el gobierno reformista y heterogéneo de Grau San Martín hasta la fracasada huelga de marzo de 1935, que colma de desaliento a toda la ciudadanía. Las cárceles están llenas. La persecución policial continúa. Pablo, amenazado al negar Balmaseda su declaración, tiene que abandonar el país. Por segunda vez al exilio, otra vez a Nueva York. Vive por un tiempo en la casa de la madre de Carlos Aponte, el compañero de Augusto César Sandino que muere asesinado junto a Antonio Guiteras en El Morrillo.

En Nueva York vuelve al trabajo rudo: carga bandejas, friega platos. Se reúne con otros revolucionarios: Gustavo Aldereguía, Roa. Fundan ORCA —el nombre se le ocurre a Pablo—: la Organización Revolucionaria Cubana Antimperialista. Pablo es el secretario de la Organización, y

edita una revista de bolsillo llamada *Frente Único* que entra clandestinamente en Cuba. La vida le es dura allí y el ambiente desagradable. Pero por el momento no puede hacer otra cosa. No puede volver a Cuba. Piensa ir a Puerto Rico, pero estima que en aquellos momentos es como quedarse en Nueva York.

No gana lo suficiente para distracciones, no puede ni ir al cine, su espectáculo favorito. En una carta familiar nos dice, siempre con su buen humor:

El deporte que más práctico es el de caminar, porque es el que menos cuesta. No he podido ir al Polo Ground que está a dos cuadras de casa. Sin duda, estos americanos tienen razón cuando dicen aquello de *time is money*. Porque, si yo hubiera tenido el *money* hubiera conseguido el *time*.

Toma parte en mítines, reuniones, demostraciones de calle; colabora en periódicos de Estados Unidos, Ecuador, Venezuela, Chile, México y Argentina.

Va un día a la exposición del pintor Antonio Gattorno y redacta un brillante artículo que titula «Guajiros en New York», que es publicado en la revista *Bohemia* de La Habana en junio de 1936. Enviado este artículo por Berta Arocena al Concurso Justo de Lara, que concede uno de los más grandes premios periodísticos de Cuba, le es otorgado como homenaje póstumo a los dos meses de su muerte.

El 18 de julio de 1936 estalla la insurrección militar en España. Pablo va a un mitin en Union Square en favor de la causa de la República Española. Y allí le irrumpe en la mente la idea de ir a España. De inmediato hace gestiones para trasladarse. Consigue credenciales como corresponsal de la revista *New Masses* de New York, del periódico *El Nacional* de México y de *El Machete*, órgano del Partido Comunista Mexicano. Ya no tendrá sosiego hasta que pueda marchar a España. Escribe:

He tenido una idea maravillosa: me voy a España, a la revolución española. [...]. ¿Cómo no se me ocurrió antes la idea?

[...]. Acaso, estaré allá, cuando Mussolini y Hitler no pudiendo sostenerse más se lancen a la guerra y vendrá entonces la batalla definitiva entre oprimidos y opresores... ¡Y asistiré de todos modos, al gran triunfo de la revolución!...

El día 1º de septiembre, en el buque «Île de France», parte de Nueva York. Es el primer hispanoamericano que atraviesa el Atlántico para ir a la revolución española, y quedará allá como un símbolo de la solidaridad humana entre América y España.

Desembarca en El Havre. Asiste en Bruselas al Congreso de la Paz. Se queda una semana en París. De allí pasa a Barcelona, y el 24 de septiembre llega a Madrid, al Madrid heroico del «¡No pasarán!» Ya ha enviado cartas, crónicas y reportajes desde París y Barcelona.

Va a vivir la guerra española para aprender en ella, y luego ser útil a Cuba, porque sabe que la única manera de librar a Cuba de las dictaduras internas y del imperialismo yanqui, única causa de nuestros males, será la lucha armada.

Su trabajo es sin descanso. Recorre las calles, interroga a las gentes, toma notas, conoce a Alberti y a Bergamín. Va a ver a su amigo José María Chacón y Calvo. Entrevista al general Álvarez del Vayo, que le propone la publicación de su libro *Presidio Modelo*. Entrevista a Menéndez Pidal y a Gregorio Marañón. Conoce al general Julio Mangada. Se encuentra con Lino Novás Calvo, Policarpo Candón y Suárez Solís. Todavía actúa como periodista. Va a la Sierra de Guadarrama, asiste a las asambleas de los milicianos, polemiza con el enemigo. Y allí recibe su bautismo de fuego. Escribe sin cesar artículos y reportajes que envía a las revistas que representa. Se encuentra con el pintor español Gabriel García Maroto y se autodenominan comisarios políticos. Más tarde son nombrados por el general Julio Álvarez del Vayo.

Pablo es enviado a la brigada que integran agricultores de Extremadura y Castilla, comandada por Valentín González, El Campesino, el que más tarde traicionaría a la revolución.

Con tal cargo, Pablo va con los valientes milicianos a la Sierra, al norte de Madrid. Y como en todos los hechos y actuaciones de su vida, su entusiasmo, su alegría de vivir lo impulsarán a la lucha en primera fila. Y su optimismo en el triunfo le hará escribir en una de sus últimas crónicas: «Sin duda, venceremos.»

Fue un comisario cabal, como requería la importancia del cargo. Contribuyó a la cohesión, eficiencia y capacidad del batallón revolucionario. Era el primero en el asalto y el último en el despliegue. Como dijo el periódico *Claridad* de Madrid, comentando su muerte: «Pablo era el comisario que necesitaban los luchadores para conservar su puesto sin vacilar, sin dejarse ganar por titubeos.»

Al mismo tiempo, se preocupaba por levantar el nivel cultural de la tropa; nombra maestros; descubre al poeta Miguel Hernández y lo nombra jefe del Departamento de Cultura, y crea *Al Ataque*, periódico de la brigada. Proporciona actos de distracción y cultura a los milicianos.

El tiempo pasa y la defensa de Madrid se hace cada vez más difícil. Queipo del Llano anuncia que dentro de pocas horas tomará café en la Puerta del Sol. Millares de madrileños se incorporan a las milicias republicanas. Pablo, que no era hombre para contemplar una guerra sin tomar parte en ella, deja la pluma, y se incorpora también al ejército popular.

Y mientras ayuda a la liberación del pueblo español, peleando por todos los desposeídos del mundo, pero con el corazón y el pensamiento puestos en Cuba, en la revolución cubana, el 19 de diciembre de 1936, defendiendo el Estado Mayor del 109 Batallón de la 7a. División, atacados por el de Regulares de Ceuta No. 132, tras gran artillería, destrozado el corazón por una bala fascista, cayó como un héroe en el Cerro de Majadahonda, con su uniforme del ejército de las milicias populares y como su comisario político. Tres días permanece tendido sobre la nieve en campo enemigo hasta que es rescatado su cadáver. A su lado Pepito, el niño de trece años, huérfano por las

balas fascistas y que Pablo había adoptado en Alcalá de Henares, también había muerto.

El 23 de diciembre, en una ceremonia impresionante, es enterrado en el cementerio de Chamartín de la Rosa, muy próximo a Madrid. En su pecho ensangrentado, en nombre del pueblo español y de su legítimo gobierno, se le imponen las insignias de capitán de milicia muerto en campaña.

Embalsamado y en caja de bronce, es trasladado a principios de 1937 por Lelio Álvarez, cubano de la brigada de El Campesino, a la ciudad de Barcelona. Esperando ser trasladado a México, se le hacen guardias de honor en el Club Cubano Julio Antonio Mella, en la Ciudad Condal. Pero el traslado no es posible y se depositan sus restos en el nicho No. 3772 del cementerio de Montjuich, en Barcelona.

Terminada la guerra, vencido el pago de los derechos del nicho, en septiembre de 1939, fueron trasladados sus restos mortales, junto a los de otros que también murieron peleando por la libertad, a una fosa próxima al nicho, donde esperan el momento oportuno para su regreso definitivo a Cuba.

Nos queda el recuerdo de su vida limpia, generosa, de profundísima humanidad, y también el ejemplo de su obra de revolucionario honesto y valiente, del internacionalista convencido que murió peleando por una sociedad humana más justa, más digna y mejor: la sociedad comunista.

Pablo Armando Fernández*

La familia**

Por eso en todo lo que yo he hecho no hay un cuento dedicado a los pocos familiares míos, a los que yo quiero de veras, a los que se merecen también el libro entero.

PABLO DE LA TORRIENTE BRAU

La madre sentada miraba la llovizna. Las dos muchachas hablaban. Hablaba entonces Lía, mostrando fotos, tarjetas turísticas, mostrando un álbum, cartas, papeles, folletos. Su interlocutora oía, ahora oía, y sobre el cuaderno trazaba a lápiz palabras y pequeñas figuras que borraba y volvía a dibujar oyendo. Lía también oía su voz y sus palabras con insistencia, repitiéndolas. La madre nada oía, miraba la noche.

Fueron mis ojos detenidos en el retrato sobre el piano, mientras tomaba asiento a su lado, los que la acercaron a mí; fue su sonrisa de una amarga resignación y sus manos en reposo; fue el «siéntese» dicho con ternura, «aquí», a su lado; y después a sus hijas: «se llama como Nene».

El vestido negro y los cabellos como las manos, blancos, y la voz reposada, clara, de una dulce entonación, eran veintitrés años después de la muerte del hijo lo que este hubiese reconocido de haber regresado y estar sentado en su compañía. Graziella Brau, la madre, removía del recuerdo los días anteriores a la despedida del hijo, los que le correspondían a ella por entero, a su casa, a su familia. Yo miraba el retrato. Lía, baja la voz, discutía los pormenores de su excursión mirando el retrato.

* Poeta y narrador cubano (1930).

** *Lunes de Revolución* [La Habana], 11 de enero de 1960, pp. 7-8.

—Ahorita termina —*dijo ahuyentándome la impaciencia*—, siempre trae algo entre manos; lo heredó de él, ¿ve?

—*Usted, ¿es puertorriqueña?*

—Sí.

—*Su «ve», dicho con la insistente dulzura de los puertorriqueños, me la identificó.*

—Nene nació allá, lo traje pequeño a Santiago de Cuba; sólo las dos menores, Lía y Ruth, nacieron en Cuba. Yo no he vuelto a San Juan; Zoe sí.

La madre lo era de Pablo de la Torriente Brau y de sus hermanas Graciela, Zoe, Lía y Ruth.

—Mañana cumple veintitrés años de muerto en España.

Yo estaba mirando el árbol de Navidad.

—La noticia nos la dieron la Nochebuena, había muerto el 19 de diciembre.

Yo estaba mirando la muñeca rubia vestida de rebelde olivo. Mirando el brazalete rojo y negro con la sigla redentora. Mirando la muñeca recostada al sofá.

—Se fue a España para aprender a hacer una revolución y traémosla a su Cuba.

Alguien cantó en la calle, una voz que corría huyendo de la llovizna.

—Nene era muy alegre. Cantaba cosas que me oía, canciones puertorriqueñas, españolas y cubanas.

Lía hablaba y la muchacha escribía, consultaba, escribía.

—Yo lo enseñé a leer. Mis hijos aprendieron a leer conmigo, con su padre que era maestro, en casa.

La puerta se abrió y entraron otras dos mujeres que saludaron dirigiéndose al interior del apartamento.

—Son mis hijas Graciela y Ruth; Zoe llegará luego. Nene las quería mucho, desde muy joven se preocupó por ellas.

Afuera la risa se hizo estridente, primero una carcajada, después otra, y el ruido del autobús que se detuvo en la acera, y las voces de los pasajeros en él, no apagaron las carcajadas cada vez más estruendosas.

—Él se reía mucho, en todas partes, pero no le gustaba que sus hermanas lo hicieran en la calle. Zoe era su compañera. Ella es viuda. Jugaban juntos. Hay mucho en el uno del otro. Muchas veces, todavía no sé a quién oigo, si a ella que ahora vive con nosotros o a Nene que está enterrado en España. Ella era su compañera.

Es Graciela (Güiqui), la mayor de las hermanas, quien comenta la noche, húmeda, calurosa, y me extiende la mano, creyéndome el esposo de la otra muchacha que entrevistaba a Lía y la madre.

—Es un amigo de Lía, quiere algunos retratos de Nene para publicarlos en un periódico. Van a dedicarle un número del suplemento a Nene. Hace veintitrés años. Mañana hace veintitrés años que lo enterraron en España.

Es una mujer suave, callada, con la mansedumbre de los espíritus sabedores:

—Mañana en la Universidad de La Habana develarán un mármol a su memoria...

—...falta que se edite su obra, todo lo que está inédito y que él hubiese querido publicar —dice Zoe desde el umbral, despojándose del impermeable y dejando la sombrilla en un rincón del *hall*.

—Ese sería el hermoso homenaje que él se merece, dedicando el producto de la venta del libro a la Reforma Agraria o a la compra de aviones para la defensa de la nación, o a cualquier otra tarea que emprenda la Revolución para su desarrollo. Agradezco lo otro, lo demás, lo que hagan sus amigos y compañeros, pero el *Presidio Modelo* es la obra de madurez de Nene. Escribía a papá diciéndole que le preocupaba mucho el destino de esa obra.

Entonces soy yo el que sugiere los Festivales del Libro Cubano. Ella, Zoe, ya ha hablado a Alejo Carpentier.

—Zoe —digo—, en un viejo retrato de familia que vi alguna vez publicado, pese a su transparencia, me refiero a sus cabellos clarísimos y a la tez pálida, se parece usted mucho a Pablo.

La madre nos mira.

—Nene era fuerte, musculoso, un atleta. Alzaba el pecho para que golpearan en él y comprobaran lo fuerte que era.

—Miembro de *Línea* de la Real Academia de Foot Ball Interscholastic del Club Atlético de Cuba. Caballero Gran Medalla de Oro, con distintivo negro-anaranjado, de la Orden de la Unión Atlética de Amateurs de Cuba.

En un tono declamatorio, altisonante, Lía repite las líneas del prólogo a Batey de su hermano, libro de cuentos escrito en colaboración con Gonzalo Mazas Garbayo. Zoe hace un chiste refiriéndose a «este momento estelar» de Lía, asistiendo a congresos en el extranjero, mesas redondas en la televisión y entrevistada con frecuencia para revistas y periódicos. Como todos reímos la madre recuerda que Pablo era muy festivo, animaba la conversación, la polémica, el discurso, con chistes muy oportunos que ellas con frecuencia repiten.

—Era muy cubano —dice Güiqui—, muy cubano.

Porque Pablo Félix Alejandro Salvador de la Torriente Brau, que nació en San Juan, Puerto Rico, y que iría a morir a España, padece la pasión cubana de libertad. Porque es uno de esos artistas que nos lega el siglo. Porque Pablo es artista, escribe como su abuelo materno don Salvador Brau, prócer e intelectual puertorriqueño. Porque es poeta ama la libertad y la justicia y se da a ellas con su propia vida. Porque Pablo es poeta ama al hombre, porque es hombre ama la vida. Porque ama la vida sabe que esta sólo se logra a plenitud cuando es digna del hombre. Porque sabe que esta dignidad no se recibe como herencia o regalo, se entrega a la lucha para conquistarla. Porque es un artista cabal sabe que no es aquel el tiempo para la revolución y sabe que la inmadurez de los que con él luchan y el «tiempo» que les concede la historia, nada propicio, poco realizarán. Salvada su vida, frustrada la intención de salvar el país, la ofrecerá a otro pueblo que lucha, a otro pueblo que sufre y ama, a España.

No ofrece Pablo su vida a España en holocausto, sino como «rehén» de la libertad de Cuba, y por eso va allá donde hay una revolución, a aprender cómo se hacen las revoluciones para volver a Cuba, trayéndonosla.

Ruth aparece. La sala de la familia De la Torriente Brau se anima, doña Graziella y sus hijas todas al rescate del recuerdo perdido.

—Cuando yo le dije el nombre de la niña quiso que se llamara Ruth, como la moabita. Yo había elegido otro nombre, pero quise complacerlo y la niña se llamó Ruth.

Yo pienso en la universalidad de este hombre de nuestra Antilla, fidelísimo, pienso en el versículo bíblico «porque donde quiera que tú fueras, iré yo; y dondequiera que vivieres, viviré. Tú pueblo será mi pueblo, y tu Dios mi Dios».

«...dondequiera que tú fueras, iré yo», y Pablo se va a España...«Acaso, estaré allá, cuando Mussolini y Hitler no pudiendo sostenerse más se lancen a la guerra y vendrá entonces la batalla definitiva entre oprimidos y opresores...¡Y asistiré de todos modos, al gran triunfo de la revolución!...»

Escribe cartas a Güiqui, a Zoe, a sus padres, a Ruth..., a la niña que le inspira le escribe una carta chistosa, alegre, burlona; al padre una carta valiente, a la madre escribe cartas tiernas, animosas. Dice que el san Rafael que ella le puso a la hora de la partida en el barco se mareó... ¡hasta el santo se mareó! Es Pablo feliz, ¡va a hablar con los héroes, marchar con las columnas, a ver los niños y las mujeres armados!... Va a defender la revolución del pueblo, va a defender la República, a presenciar el fusilamiento de los jefes fascistas.

Acá, veintitrés años después de ser enterrado en España, la noche del 18 de diciembre del año de la Libertad cubana, 1959, la sala de su casa, adonde él hubiera ido, donde hubiera vivido, fiel a los que quiere de veras, se ilumina con su presencia. Las mujeres hablan, yo escucho, ya no llueve y la puerta se abre nuevamente

para que entre Gonzalo Mazas Garbayo, el amigo... Yo no sé lo que vi en los semblantes de las mujeres, nadie lo esperaba, tampoco me esperaban a mí, pero estamos todos allí, reunidos, sujetos a la memoria. Gonzalo saluda, se sienta, habla con las mujeres, conmigo. Anécdotas, pensamientos, chistes, todo Pablo entre los suyos. Gonzalo extrae de entre otros libros el ejemplar de Batey que Pablo dedicara a su padre. Lía trae un retrato a crayón que él le hiciera cuando ella era una niña; Zoe el bellissimo, minúsculo, elegante ejemplar del Quijote que Pablo leyera niño, un poema del abuelo puertorriqueño Don Salvador dedicado a Pablo que entonces se llamaba Félix, el índice de la revista en la que Pablo, entonces Félix Torriente, iniciara su aventura en las letras. Yo lo veo todo, lo oigo todo, todo lo toco, libros, cartas, fotos, dibujos; miro a Zoe, su compañera, que iba de la mano de Pablo a la escuela... «donde no iban a aprender nada, pues la maestra ignoraba quién fuera don Salvador Brau», y pienso en Pablo enterrado en España y pienso en el libro inédito que Zoe sugiere sea publicado, vendido, regalado el producto de la venta a la Reforma Agraria, a la compra de aviones para la defensa de la nación, para cualquier otra tarea que emprenda la Revolución para su desarrollo, y siento lo que Pablo hubiera sentido el mismo respeto, la misma admiración, el mismo cariño de veras por los «que se merecen también el libro entero» que es su vida, que es su muerte.

[...]

*Loló de la Torriente**

Evocación de Pablo**

*...Más fácil, cómodo y verdadero
que indigestarse con las cosas
del mundo de los otros es crearse
un mundo propio, real y vivo.*

PABLO DE LA TORRIENTE BRAU

I

Un cuerpo gigante, un alma de acero y una ternura de niño: eso era Pablo. Hablaba y su voz retumbaba como trueno, caminaba y sus pasos resonaban como eco en construcción ciclópea. No había que preguntar quién llegaba. Era él y todos lo conocían. Ganó la popularidad en poco tiempo, y cuando llegó a La Habana fue amigo de todos sin proponérselo porque era la alegría, la franqueza y la lealtad, y aunque a ratos era brusco y mal hablado, otros, en cambio, era de una ternura infantil y de una ingenuidad de colegial. Había que verlo así y quererlo así. Él no cambiaba. Yo lo veía como un centauro: mitad hombre y mitad caballo, que jugaba con la historia para «crearse un mundo propio, real y vivo».

Así lo veía cuando éramos muchachos y discutía queriendo ganar siempre, si no por la buena por la mala, que para eso él tenía «la razón» y «la fuerza». Con su hermana Zoe hablaba más en serio, a Lía la enseñaba a leer y a dar volteretas, «para que seas cirquera», y la pintaba. Y tenía que estarse quieta para que no le rompiera «aquel momento de inspiración artística». Tenía la preocupación de la calvicie y la obsesión del deporte que hace a «la gente sana, física y espiritualmente». Él no podía permitir que la salud se le fuera porque la salud representa la alegría y la fuerza y la

* Escritora y periodista cubana (1907-1983).

** *Bohemia* [La Habana], año 54, no. 50, 14 de diciembre de 1962, pp. 4-7, 73, 110.

juventud...¡ah, la juventud! Cuánto amaba su juventud, su optimismo y su impetuosidad. Y qué juventud aquella tan avasalladora, tan sorpresiva. Era su fuerza. La espontaneidad y la imprevisión que siempre coincidieron con lo correcto y lo justo. Casi desde niño tuvo la responsabilidad del trabajo porque había que «ayudar a la familia» y hacer «por las muchachitas», pero trabajar era para él una noble y buena ocupación. No entendía, ni quería entender, de flojeras, «botellitas» ni prebendas. «Si he de ascender —decía— será por mi propio trabajo, no por la “protección” de nadie ni la dispensada “atención” de ningún influyente.»

Así anduvo por el mundo. En combate siempre. Se fue a Sabanazo porque el trabajo allá robustecía, y se enfrentó a la rutina agobiadora de los bufetes cuando la necesidad lo apremió, pero siempre buscando la manera de acabar con aquello: su inquietud espiritual quería otros horizontes. Pronto el periodismo le abrió las puertas tras una actividad tumultuosa y grave al grito de «¡Abajo Machado!» y «¡Fuera el imperialismo!» Era el 30 de septiembre. En la colina universitaria han asesinado a Trejo. Pablo es recogido con la cabeza descalabrada. La policía le ha quebrado más de un tolete encima a él, que no llevaba ni una piedra, que no sabe «andar» con una pistola y que para defenderse sólo tiene sus puños de hierro, su cuerpo gigante y su alma de acero.

¿Qué deja Pablo en el corto trayecto que fue su vida y en la fugaz relación que tuvo con las letras? Primeramente, y es lo más valioso, la ejemplaridad de una existencia nítida, transparente y azul. La belleza de una conducta ejemplar; la sinceridad de una correlación virtuosa entre el hecho real y la vida misma. En segundo lugar dejó una colección de cuartillas escritas con el corazón, con los nervios, con la propia sangre. Es la exaltación de lo verdadero, lo humano y acontecido. Nada de ficción romántica. Para conectarnos con aquella verdad que exhibió, baste leer sus trabajos, cualquiera. Aquel relato de su aventura emocional con Salgari, «...si por las noches muchas veces regresaba a casa decep-

cionado, con cara de hombre fracasado en la vida, por las mañanas yo siempre me levantaba con este pensamiento clarísimo: De hoy no pasa». Por el impulso, la vitalidad, lograba lo imposible. Era un maestro de energía y un dominador de la voluntad. Contra lo que parecía correcto, creía más en Salgari que en su padre, que le decía: «Estudia, muchacho, estudia», y algunas noches cuando se quedaba solo en la casa, «...en un despoblado de la Víbora, tomaba inolvidables lecciones de espanto, cuando al colarse el viento nocturno por las rendijas de la puerta creía sorprender la marcha sigilosa de un indio cortador de cabelleras...». Era su aprendizaje contra el miedo y por la templanza del propio espíritu, y como los hombres siempre quieren trazar «un paralelismo de acción con la vida de sus héroes», Pablo construyó su mundo sobre la realidad de su vida, sobre sus ansias e inquietudes, concretando su vocación, en esforzada pelea de titanes, por lo que le era más caro y necesario: la justicia y la libertad.

Esta es su lección. La belleza de su ejemplo y la pureza de toda su vida. Más que aquellas páginas que dejó escritas vale su significación vital en el marco de la vida cubana. El ejercicio que de ella hizo, la función con la cual la acreditó en una época en que la frustración republicana no ofrecía perspectivas y en que la corrupción pública laceraba de abajo arriba y de arriba abajo.

II

Cuando reunió los cuentos de *Batey* —con su entrañable amigo Gonzalo Mazas— y cuando apuntó el juego de ajedrez («C 2 D = Caballo dos Dama»), no tenía aún conciencia de lo que vendría para él. No es la conciencia la que determina la vida. No. La vida cubana, la problemática nacional, el medio en que se desarrolló su fogosa juventud, la vida misma determinó la conciencia de Pablo de la Torriente Brau, que de la cárcel salió convertido en un formidable escritor y un sagaz periodista político que descubre y revela

verdades, desenmascara canallas, señala a asesinos y cobardes, denuncia a ladrones y reivindica nombres fijando créditos, reevaluando valores y haciendo relucir la verdad mientras destruye falsedades e infamias.

Sus crónicas son lo mejor de su repertorio. Ahí están con toda la emoción de su andariego corazón. Las escribió en diversos sitios. En la casa; en la redacción de El Mundo; en Nueva York; en España, y todas están calientes por la temperatura que les dio, que era la de su propio cuerpo. No pulía nada ni revisaba nada. No tenía calma y dejaba sus escritos así, como salían, como piedras que se precipitan para ganar la corriente de impetuoso mar. ¿Quién que lo conoció podrá olvidarlo? En 1931 era uno de los «muchachos» más populares, más queridos y admirados. Había en el ambiente una tensión de dolorosa angustia producida por la opresión política, la persecución, la prisión y la muerte. Mella y Trejo eran banderas. Habían sido asesinados y cientos de estudiantes, campesinos y obreros, ciudadanos honestos, acrecentaban la lucha produciéndose encarcelamientos, «desapariciones» y muertes. Pablo regresaba del Presidio Modelo, de la Isla de Pinos. Es el primer «barbudo» que transita por las calles de La Habana, y al suave teclear de una Remington escribe aquellos «105 días preso» que constituyen el primer reportaje sensacional de guerra revolucionaria que recoge el periodismo cubano.

Pablo crea un estilo periodístico nervioso, vibrante, revelador. Con mucho de John Reed y con muchísimo de Torriente Brau. Lo lee toda Cuba y llega a la mesa de redacción de viejos periodistas que preguntan, en México, en Madrid, en Nueva York, «¿quién es este “muchacho»?». Cuando fracasa la huelga de marzo, en 1935, la vida de Pablo en Cuba *no vale dos cacahuetes*. Lo cogen y *se la arrancan*. Tiene que exiliarse. Llega a Nueva York todavía con un frío inclemente. Yo estaba en San Francisco, California, y cuando llegué al East me lo encontré flaco, demacrado, muriéndose de frío y de catarro. Buscamos a Carlos Aponte para que nos ayudara a buscarle alojamiento y medicinas. Aque-

lla santa que era la madre de Carlos cuidó a Pablo, lo restableció y lo arrulló como a un niño. Y él la besaba como si fuera «Graziella, que estaba allí para atenderlo».

Después España. Su sueño de infancia. La tía Genara y la estatua de Colón allá en su Puerto Rico irredento. España era el símbolo de la lucha contra el oprobio, la humillación y la codicia. Se va en trasatlántico y escribe a la familia. Está feliz. Él servirá para algo. Su vida adquiere así nueva y útil función. Desde Europa manda algunas crónicas. En Madrid, escoltado por Chacón y Calvo, visita personalidades de las letras y de la República. Conoce a Menéndez Pidal y se entusiasma con aquel «viejecito» lleno de sabiduría. Pero todo esto aunque satisfacía su curiosidad intelectual no podía ser lo único. Tenía un empeño: ir al frente como corresponsal, integrarse a la lucha armada. De aquella época son algunas cartas urgidas de patética experiencia. Lo que él llamaba «fracasos», asuntos sentimentales que han dejado de conmoverlo para servirle de «enseñanza» al demostrarle que es «mejor estar solo que mal acompañado». A su padre, Don Félix, le comunica sus emociones muy otras a aquellas que tuvo cuando era niño y él lo llevó a «conocer la familia». Un día Pablo deja la capital española y se incorpora a una compañía que «va a un frente». Es nombrado Comisario Político para adoctrinar a la tropa y orientarla. Pero para él la revolución no es acomodo ni oportunidad. Para Pablo la revolución es sacrificio, es entrega, es pasión arreglada y justa. Es la victoria o la muerte.

Pablo es un miliciano más. Uno entre aquellos miles de jóvenes que visten el «mono azul». Entonces escribe sus crónicas más valiosas. Aquel estilo vivo, directo y brillante que estrena en 1931, al salir de prisión, se hace más fuerte y sólido en 1936. Léase, por ejemplo, «En el parapeto», de su colección *Peleando con los milicianos*. Su palpitación no ha decrecido con los años, y la fuerza de la expresión está hoy tan recia y tan limpia como cuando fue escrita. Es el valor de su literatura que no se exhumó de viejos textos ni se amoldó a fórmulas preconcebidas sino que se talló al cincel

de una mano propia que tomaba, en la pulsación popular, el ritmo del acontecer.

El tiempo es el gran factor que determina y enjuicia. No necesita, para exaltar a los hombres, que amigos o enemigos los defiendan o ataquen. No. El tiempo es implacable y otorga a cada quien el sitio que su propia historia le señala. El tiempo no reparte posiciones, ni fija supremacías, ni se deja seducir por simpatías o transacciones innobles. Con el tiempo no juegan ni la envidia ni la vanidad, ni la rivalidad ni el orgullo. El tiempo ha consagrado a Pablo como un gran escritor y la Revolución lo ha acogido como uno de los valerosos milicianos que dio la vida, desinteresada y valientemente, por servirla y salvarla. El nuevo y verdadero mundo de Pablo es el que lo aclama, lo distingue y lo hace inmortal.

Conchita Fernández*

Pablo tenía luz larga... **

—Mira, en pocas palabras, Pablo tenía luz larga; era una gente que se proyectaba muy lejos. Decía que el futuro de Cuba forzosamente sería el de una gran revolución. Extrovertido, locuaz, un orador de esos de barricada, que contagia, convence y subleva. Era un gran polemista; muy apasionado para defender sus puntos de vista. Tal vez lo que más queda de él, cuando los años pasan y pasan, cuando pienso en él, es su impresionante dimensión humana, su extraordinaria calidad como ser humano, su sensibilidad...

Así, sin hurtar mucho en la memoria, porque lo lleva siempre presente, recuerda Conchita Fernández a Pablo de la Torriente Brau. Así lo evoca, con esa vehemencia contagiosa que sólo fluye del más profundo cariño y la más genuina admiración por quien fue su compañero de trabajo y de confidencias y de ideales patrios, allá por los años 20 y 30.

Conchita, secretaria y colaboradora cercana de Fernando Ortiz, Eduardo Chibás y Fidel Castro, amiga entrañable de Pablo de la Torriente, es una mujer privilegiada, no porque haya tenido «mucho suerte», como simplemente dice, con su proverbial modestia, sino porque ha sido testigo excepcional y protagonista de los más convulsos periodos de nuestra historia en lo que va de siglo y porque supo ser merecedora de la confianza y el aprecio de los hombres poco comunes con los que trabajó y se identificó, de quienes asimiló todo un universo de sabiduría política, social y humana.

* Amiga entrañable de Pablo (1912-1998).

** Entrevista concedida a Roberto Álvarez Quiñones. *Granma* [La Habana], 19 de diciembre de 1986, p. 3.

Huidiza ante la grabadora del periodista a la hora de hablar de sí misma, me fue fácil, sin embargo, colocar dicho artefacto en su mesa de trabajo en el Ministerio de la Agricultura, persuadida de que su testimonio sería un hermoso homenaje a Pablo en el 50 aniversario de su caída en combate defendiendo la República Española contra los fascistas.

—A Pablo lo conocí en 1928, en el Club Atlético (que quedaba por Ayestarán y Montoro). Yo iba con dos amigas más que estudiaban en la Escuela Normal con la novia de Pablo. Él se acercó y la novia le dijo: «Mira Conchita.» Me dio un abrazo y la novia le siguió diciendo: «La mamá de ella es puertorriqueña...» Estábamos en la «pepillería». Nos reuníamos sobre todo los sábados. Pablo era más deportista que fiestero; practicaba fútbol allí en el club, y luego conversábamos todos. Tenía un carácter tan alegre, una risa tan franca...

El 23 de marzo de 1929 en el bufete de los abogados Fernando Ortiz, Oscar Barceló y Manuel Giménez Lanier, sito en San Ignacio número 40, se presentó una frágil jovencita en busca de trabajo.

—Yo tenía entonces dieciséis años y pesaba noventa libras nada más... Llegué y había un compañero sentado, con una cara muy agradable, de ojos azules... «Yo soy Conchita Fernández; estoy citada por el doctor Giménez Lanier...» Entonces aquel compañero se vira y grita: «Pablo, aquí está Concha, la que tú estabas esperando...» Yo me quedé pensando, «¿Rubén?» Y Pablo al poco rato me dice: «Ese es Rubén Martínez Villena.»

Narra Conchita que le dieron el empleo como mecanógrafa en el bufete. Por entonces Pablo era secretario y colaborador de Fernando Ortiz. Y así se mantuvieron las cosas hasta el 30 de septiembre de 1930, cuando luego de pelear bravamente con los esbirros que atacaron la manifestación estudiantil contra Gerardo Machado —en esa agresión fue asesinado Rafael Trejo—, resultó herido en la cabeza.

—Dos días antes, Pablo me había dicho: «Conchi, dentro de dos días va a haber una manifestación que saldrá de la Universidad, en protesta contra Machado.» «¿Tú vas a ir?», le pregunté. «Claro que voy a ir —me respondió. Embúllate tú y ve también. Eso sí, no le digas esto a nadie. Te lo digo para que, si me pasa algo, le expliques al doctor Ortiz...» Y sí que le pasó, tremenda herida en la cabeza. Yo lo fui a ver esa noche al Hospital de Emergencias.

»Cuando Pablo cayó preso le dije al doctor Ortiz: «Mire, yo normalmente trabajo hasta las 6:00 de la tarde (Ortiz escribía por la noche y de madrugada), si usted quiere, ya yo tengo bastante práctica en la máquina, y soy taquígrafa; puedo suplir a Pablo mientras esté preso para que usted pueda seguir pagando el sueldo a su esposa.» Me dijo: «Fíjate, yo trabajo hasta las 11:00.» «A mí no me importa la hora, doctor.»

Y comenzó Conchita a hacer su trabajo de mecanógrafa por el día y de secretaria de Fernando Ortiz por la noche, para que Pablo no dejase de percibir su sueldo, pues hacía poco que se había casado y necesitaba ese dinero. Ello es harto elocuente para evaluar también la calidad humana de Conchita; un gesto de solidaridad con el compañero y amigo, que de alguna manera era expresión, al mismo tiempo, de la influencia benefactora que ejercía Pablo para con todos los que le rodeaban.

—Porque estoy absolutamente segura de que él hubiese hecho lo mismo para conmigo si hubiese sido yo la encarcelada —asegura Conchita.

Durante poco tiempo pudo sustituir a Pablo, pues ese mismo año el doctor Ortiz tuvo que salir hacia el exilio político. En 1934, al regresar a Cuba, ya expulsado el tirano, Conchita sería la secretaria de Ortiz, hasta 1944, fecha en que pasó a trabajar con Chibás.

—Al salir del hospital, ya Pablo se constituyó en un factor determinante dentro del movimiento universitario. Se vincula estrechamente al Directorio Estudiantil Universitario, y

en la primera reunión a que asiste es apresado con el resto de sus compañeros. Fue remitido al Castillo del Príncipe: 105 días preso. Posteriormente es enviado a la cárcel de Nueva Gerona y al Presido Modelo. Pero no se desligó de sus compañeros del bufete.

»Nosotros, desde afuera, sabíamos, pensábamos, lo que debían estar pasando los muchachos en el presidio. Finales de 1931, todo el año 1932 completo, incomunicados. Nos acordábamos mucho de Pablo. Un día fuimos a un concierto y resultó que interpretaron la *Sinfonía desde el Nuevo Mundo*, de Dvorak, que era la obra predilecta de Pablo; a él le gustaba mucho la música... Como socio de Pro-Arte Musical —una asociación en la que tú pagabas un peso mensual y tenías derecho a ir a los conciertos del Auditorium—, Pablo había disfrutado esa sinfonía junto con nosotros. En esta última ocasión, cuando terminó el concierto cogimos un programa y se lo enviamos al presidio para que se acordara de la sinfonía y para que soñara...

De su carácter jovial, del color de la personalidad de Pablo, acumula Conchita un sinfín de recuerdos.

—Era un gran bromista, le gustaba jaranear. Mira, a mí él me puso Concha Espina. Ese era el nombre de una escritora española. Como yo era flaquita, Pablo unió lo de Concha con la Espina, y así me decía.

»Cuando él salía del periódico *Ahora*, pasaba por donde yo vivía y gritaba: «¡Concha Espina!» Yo salía al balconcito del cuarto en donde vivía con mi madre, en un primer piso, y le contestaba. Y él preguntaba: «¿Hay algo?» Si había, comía de lo que hubiese, y mientras comía jaraneaba mucho con mi madre. Se ponían a hablar de Puerto Rico, pues mi madre era de Mayagüez. Pablo había nacido en San Juan. A mi madre la quería mucho...

»También le ponía sobrenombres, respetuosos pero simpáticos, a casi todo el mundo, con lo cual mostraba su agudeza y su imaginación, porque todos se ajustaban muy bien a la personalidad de cada quien. A Jesús Expósito, un español que limpiaba el bufete, él le decía *Jesús del Gran Po-*

der, por un avión que en su primer viaje a España se cayó. A Miguel Gener, que era cuñado del doctor Barceló, le decía *Miguel de Unamuno*, y así.

Entre las cualidades que destacábanse en Pablo, cuenta Conchita, sin duda su poder de persuasión, su capacidad para convencer a la gente, para hacer reflexionar, para tomar conciencia de las cosas, era digna de admiración.

—En mi caso, por ejemplo, yo nada más que llevaba unos meses en el bufete, era una muchachita de diecisiete años, y él en muy poco tiempo fue transmitiéndome sus inquietudes sociales y políticas. Fíjate si tenía poder de convencimiento, que cuando me dijo que el día 30 de septiembre iba a producirse una manifestación contra Machado, me lo dijo de manera tal que yo fui a esa manifestación. Es decir, fue capaz de observar en mí a alguien que podía tomar una posición política y social de lucha contra la injusticia. Me inició en la lucha con su gran carisma, con su poder de convencimiento, pese a lo jovencita que yo era.

»Y en la guerra en España, la responsabilidad que le dieron fue la de Comisario Político, porque él era excepcional como cuadro político.

En su andar revolucionario allende los mares, Pablo permaneció siempre en contacto con su «distinguida y espiritual (por lo delgadita) amiga», o su «querida rubia», o simplemente «Concha Espina». Cual tesoro, Conchita muestra hoy, con fresca emoción, algunas de esas cartas amarillas repletas de cariño, de sincera amistad, de camaradería y del más delicioso humor.

En ninguna de esas cartas, sin embargo, dijo Pablo ni una sola palabra acerca de las vicisitudes y hasta la miseria que padeció en el exilio.

—Cabe insistir en que el destierro entrañó para Pablo miseria y sufrimiento sin nombre. Pero jamás dejó entrever siquiera sus padecimientos y su dura vida de exiliado. También en esto mostró su grandeza humana, su modestia, su altruismo, su amor a la revolución, su desinterés. En sus

cartas a Raúl Roa, a José Zacarías Tallet y tantos otros compañeros, a sus familiares y a mí, Pablo expresó su temperamento, su calidad humana, su sensibilidad política, su firmeza revolucionaria y su internacionalismo.

»En una de aquellas cartas dijo: «He tenido una idea maravillosa: me voy a España.» Y a España se fue un buen día como corresponsal de guerra y combatiente revolucionario. Desde allá, peleando contra la barbarie fascista que devoraba a la República Española, escribió encendidas crónicas...

»Pero quienes lo conocimos, no nos sorprendimos de que Pablo hiciese todo lo que hizo en el frente. Por eso, con un fusil en las manos, lanzando metralla contra los fascistas, cayó heroicamente en Majadahonda, hace ahora cincuenta años.

Por eso, para Conchita Fernández, Conchi, y para todo nuestro pueblo, tal vez nada más gráfico para rendir tributo a Pablo, por su vida y obra inmortales en favor del progreso humano, que repetir lo que él mismo escribiese en julio de 1935, en ocasión de enviar algunos datos biográficos a una editorial argentina que así se los solicitó con vistas a publicar una antología de prosa y verso de autores cubanos. Luego de ofrecer datos personales y de su curriculum vitae, Pablo, al expresar cuál era su principal anhelo, afirmó: «...y como esperanza, la revolución».

Y, ciertamente, la revolución triunfó, veintitrés años más tarde, gracias a los hombres de luz larga y corazón abierto como Pablo.

Porque, al decir del poeta Miguel Hernández, «este es de los muertos que crecen y se agrandan».

Porque, sin duda, Pablo de la Torriente Brau es cada vez más grande.

Vladia Rubio*

Un amor que no fue**

Hasta los ochenta y cuatro años de su vida María Zurdo Bustamante conservó esta carta que le escribiera Pablo de la Torriente Brau. Hace pocos días, la sobrina de María, Marta Bencomo Zurdo, la donó públicamente a la cátedra de la Universidad de La Habana que lleva el nombre del luchador y periodista, y a *Granma* donó la historia también inédita de la relación de su tía con Pablo.

Marta legó además a la cátedra un valiosísimo texto hasta ahora desconocido: una versión novelada —hecha en 1928 a petición de María y dedicada a ella— de la película *El séptimo cielo*; asimismo entregó una copia al carbón del original del conocido cuento «El héroe» firmada, dos dibujos, y un sinnúmero de poemas de diversos autores, que él le mecanografió a la muchacha de forma impecable, adjuntándoles notas al margen y adornando las cuartillas con figuras hechas mediante la propia máquina de escribir.

Para Pablo, la destinataria de todas estas horas de trabajo y pensamientos era simplemente «la señorita María, mi compañera», o «mi mejor compañera», como la llama en la dedicatoria que le hace de un ejemplar de *Ben-Hur*, también donado a la cátedra.

Eran los finales de la década del 20 y Pablo, entonces mecanógrafo del bufete de Ortiz-Lanier-Barceló, asistía como profesor (posiblemente de literatura o cultura general) a la Academia de López, de mecanografía y taquigrafía, por Manrique y Virtudes. La señorita María estudiaba para mecanógrafa en aquel lugar y vivía en los altos con tres hermanas y sus padres, Dolores y Nicolás, griego radicado

* Periodista cubana (1963).

** *Granma* [La Habana], 20 de abril de 1995, p. 3.

en Cuba, donde comerciaba esponjas marinas con escaso éxito en el negocio.

María, cuenta su sobrina, había estudiado inglés de manera autodidacta, y el mecanógrafo, de unos veintiséis años, le pidió ayuda para adentrarse en la lengua de Shakespeare. Comenzó así a visitar el hogar de los Zurdo Bustamante, sin lujos pero con un estricto régimen de exigencias en la formación de las cuatro hijas, educadas en los más rancios principios de la moral de la época, hechos cumplir con celo griego.

María era la mayor de las cuatro, y tendría unos dieciocho años cuando conoció a Pablo.

Helena Margarita, a pesar de su nombre, es trigueña; y a pesar de ser trigueña, no es una muchacha de temperamento ardiente y sensual. Negros sus ojos, tienen una mirada tranquila y serena. Parecen dos estanques en noche sin luna... Negra también su cabellera, le hace ondas suaves y brillantes, y toda ella parece nada más que un ser que está en este mundo sólo de pasada y como buscando un alma viva con que presentarse en la eternidad [...].

[...]Me mira con un sentimiento parecido a la admiración, pero sin calor, y aunque yo pienso que podría llegar a quererme, tengo miedo de su frialdad, de no encontrar en mi hogar con ella ese calor de amante con que sueño en mis exuberancias juveniles...

Así la describe el mismo Pablo en «Caballo dos Dama»,¹ contenido en su libro de cuentos *Batey*, y publicado de conjunto con Gonzalo Mazas Garbayo. Esta Helena Margarita —¿por la griega Helena de Troya?— es María Zurdo, así le aseguró a Marta Bencomo la hermana de Pablo, Zoe de la Torriente.

—Fue un amor platónico, estoy segura de que ambos se sentían mutuamente atraídos, al menos mi hermana así me

¹ Pablo de la Torriente Brau. «Caballo dos Dama». En *Pluma en ristre*. Selección de Raúl Roa. La Habana, Ediciones Venceremos, 1965, pp. 346-349.

lo hizo saber. Pablo la admiraba por su inteligencia, carácter reposado y apacible; María alababa de él su talento, inteligencia, vigor y simpatía, pero a la vez le tenía como un temor... a nosotras nos criaron demasiado rígido. Todas estábamos enamoradas de él.

Es Vasa Zurdo, hermana de María. Mientras habla, encuentro en sus ojos de ochenta y tres años algo muy similar a los ojos almendrados de la María que conocí por fotos; también el mismo rostro ancho de pómulos altos.

En la sencilla sala con butacas y sofá de mimbre de la familia Zurdo Bustamante, aquellas visitas, que no eran muy frecuentes, se sucedían siempre a la vista de los padres, pero en sus prácticas de inglés, incomprensibles para el resto de los presentes, quién sabe si alguna vez se deslizara una confesión, un halago; transcurridos más de setenta años, quién podría saber lo que decían sus miradas.

Torriente le decían todos en aquella familia, también la señorita María; entre ambos el trato fue siempre de Usted, muy cortés y delicado. ¿Cómo si no habría de ser tratada aquella pudorosa muchacha que invariablemente usaba mangas largas como símbolo de recato?

Pero aunque aquel recato de la época exigía no traslucir excesivamente las emociones, María no pudo ocultar al conversar con su alumno de inglés, el gran entusiasmo que había motivado en ella la película *El séptimo cielo*, protagonizada por Janet Gaynor y Charles Farrell. Comentó con Pablo, que también había visto el filme, sus impresiones, y le sugirió que intentara hacerle una versión novelada.

De la propuesta nació un texto hasta ahora desconocido, de veinticinco cuartillas firmadas el 16 de febrero de 1928, que culmina con una dedicatoria extensa.

—Aun aceptando que entre ellos existiera amor, nunca hubieran podido unirse en matrimonio. La propia María le dijo al esposo conversando sobre su pasado, que ella no siguió a Pablo porque se lo impedían sus lazos filiales, la educación que había recibido; y además, no estaba comprometida con sus luchas. Esta amistad entre ellos pudo

ser amor y yo creo que lo fue, pero en silencio, con la muda y devota admiración que sólo puede sentir una virgen por un poeta.

Así opina Marta Bencomo, la sobrina de María que ocupó en el corazón de la tía el lugar de los hijos que nunca tuvo.

La señorita María terminó sus clases de mecanografía y se incorporó a trabajar como secretaria en la General Electric. Pablo dejó de ser sólo un buen mecanógrafo y jugador de fútbol del Club Atlético para, a partir de 1930, volverse figura pública por sus acciones revolucionarias y su periodismo de pluma en ristre. Se distanciaron. Pero la señorita María continuó siguiendo muy de cerca la vida del amigo; así lo atestiguan los recortes de periódicos y revistas sobre Pablo, que coleccionó durante años.

María Zurdo tuvo un único novio, al que conoció mucho después de su amistad con Pablo, y con quien casose en 1940 a la edad de treinta y dos años; junto a él permaneció hasta morir en 1992. Pablo de la Torriente Brau caía cuatro años antes de aquella boda, combatiendo en la Guerra Civil Española.

A la ceremonia de donación de los documentos inéditos, Marta Bencomo, la sobrina de María, llevó unos apuntes a los que no dio lectura; sólo la curiosidad periodística pudo conocer el contenido de aquel texto de Marta dedicado a Pablo y cuyas primeras líneas eran unos versos suyos, escritos cual si su pluma la hubiera guiado la mano de la trigueña señorita María:

*Yo vivo enamorada de una sombra
de lo que pudo ser y nunca fue.
Mi corazón quedó en Majadahonda
lejos de aquí, a donde nunca iré.*

*Renée Méndez Capote**

Pablo de la Torriente Brau**

Hay seres que no pertenecen al pasado, porque viven perennemente en su ejemplo inspirador, y su recia y fuerte actitud ante la vida no pierde su vigencia jamás.

A los que conocimos a Pablo y gozamos el privilegio de su afecto, nos es imposible imaginárnoslo muerto. Que el cuerpo viril y prepotente de aquel atlético muchacho se haya convertido en polvo, nos parece una mentira, porque la risa de Pablo su ancha y alegre risa estrepitosa; la voz de Pablo, su sonora voz vibrante de apasionado entusiasmo, resuenan todavía y resonarán por siempre en los recónditos meandros del recuerdo que tienen oído y memoria, y ante los ojos tendremos siempre su alta figura, su hermosa cara, sus manos extendidas a toda causa justa, su plena y jocunda juventud. Además, nos quedan sus escritos, tan llenos de vida que son como otros tantos amigos entrañables que le forman un cortejo digno a su perenne existir.

Conocimos a Pablo cuando trabajaba con Fernando Ortiz y hacía de secretario a Chacón y Calvo, y luchaba contra la prórroga de poderes, el machadato y todo abuso de poder. Pablo iba a casarse con aquella «pepilla» alocada y tan bonita que le tenía sorbido el seso. Y Chacón acudió a mi hermana Sara para que lo ayudara a comprarles un regalo de boda. Entablamos relaciones de amistad y yo tuve la suerte de que Pablo me distinguiera con el más puro y sincero afecto. Me trajo los cuentos de *Batey*, me leyó muchas cosas suyas, me hizo partícipe de sus ilusiones y sus ambiciones.

* Periodista y narradora cubana (1901-1989).

** *El Mundo* [La Habana], 31 de diciembre de 1966, p. 4.

Fuimos amigos, y pronto comprendí el oro puro de su alma. Cuánta angustia cuando hirieron a Pablo ese 30 de septiembre que figura entre las fechas dignas de ser recordadas por los cubanos. Cuánta preocupación por sus prisiones y por su primera salida de Cuba. Yo le presté un baúl, que a su vuelta me devolvió rebosante de mangos. Cuando yo abrí el baúl y el oro y el verde de los mangos se volcó en mi sala, con aroma a campo de Cuba, me parecía oír la risa de Pablo gozando de la amable sorpresa.

Cuando Pablo me contó que en Nueva York, un periódico proletario, de lucha, había publicado traducido al inglés un artículo mío que se llama «Los negros bajo la luna», empezó a delinearse ante mí un camino nuevo.

Lo vi poco antes de embarcar para España. Pablo estaba sacudido por la angustia ante la suerte de la República Española, preocupado por el auge de la Falange, por todo lo que en esa guerra se incubaba de sombrío para el futuro del mundo, y se lanzó a su grande y última aventura con la fuerza y el entusiasmo que ponía en todas sus acciones.

Pablo era un político que tenía clara visión y profundas convicciones, y era, además, un hombre de letras. Amaba el estudio, sentía verdadero interés por la cultura y un enorme afán de superarse. Era un gran humorista y un estupendo escritor. Yo le presté muchos libros que luego comentaba con una penetración poco usual. Pero por encima de estas condiciones intelectuales, poseía el alma más limpia y el pensamiento más puro que alentarán jamás en un hombre de acción. Sentía por la aventura un entusiasmo de niño, y se entregaba a ella con toda la fuerza de su pujante virilidad. Yo puedo decir que penetré en el corazón de ese muchacho, que conocí el dolor que le producía el gran amor de su vida («...todos los riesgos son pocos para que los corra un hombre por la alegría de una muchacha»), que participé de sus inquietudes y sus exaltaciones, que compartí sus nobles ambiciones. Conservo un retrato de Pablo hecho en España, en noviembre de 1936, junto a Menéndez Pidal y Gregorio Marañón, a los que Pablo llevaba una buena cabeza de es-

tatura, y cuando miro su arrogante figura se me hace imposible pensar que toda esa juventud y esa fuerza hayan podido caer en una lucha de la que debió haber vuelto vivo para tomar parte, la parte que le correspondía, en nuestras luchas actuales.

¡Cómo duelen algunos de estos amables fantasmas que hoy acompañan nuestra vejez! Porque pese a su vigencia eterna, en el aspecto íntimo de los afectos son sólo sombras, y nuestra mano encuentra el vacío cuando quisiera encontrar el estímulo de su mano franca y su risa cordial.

*José López Sánchez**

El Pablo de los Laureles**

El brillo del sol comenzaba tímidamente a refugiarse en la mortecina luz vespertinal. El tiempo estaba en suspenso esperando el paso a la penumbra que quería hacerse noche. Los relojes marcaban las seis de la tarde. Habían finalizado las clases del día en la Universidad. Los estudiantes, en su mayoría, regresaban a sus casas. Un grupo pequeño de ellos, de militancia izquierdista y comunista, desde puntos diferentes se dirigían al pequeño patio que ocupaba el centro de lo que fuera cuartel de la metrópoli española, ahora aula de estudio y local del Ala Izquierda Estudiantil, en el cual crecía un laurel todavía joven. Eran alumnos de Ciencias, Pedagogía, Filosofía y Derecho. También de Medicina. Se había hecho una costumbre organizar tertulias allí en el Patio de los Laureles, en las que se comentaban problemas de muy variada naturaleza, pero en lo esencial políticos. Un impenitente asistente a ellas era Pablo. Con andar firme y rápido, el torso erguido, avizorando siempre la lejanía por su cabeza enhiesta, llegaba con una libreta en la mano y muchas y fecundas ideas en la cabeza.

El laurel era un testigo de esperanzas y decepciones, de ardor juvenil y protesta viril y madura. Cobijados bajo sus hojas de verde lozanía, en la canícula agostina del año de gracia de 1933, se había leído la declaración de repudio a la soez ingerencia de Estados Unidos en los asuntos de Cuba suscrita por el Directorio Estudiantil Universitario, y su promesa de no cejar hasta dar al país un gobierno digno y soberano. Otros hechos ocurrieron y durante algún tiem-

* Médico, escritor y diplomático cubano (1911).

** *Universidad de La Habana*, no. 228, julio-diciembre de 1986, pp. 271-275.

po el laurel sólo fue lugar para solaz de cuitas de parejas enamoradas.

Los asuntos del país marchaban de mal en peor. Los ánimos de los más avisados comenzaban a inquietarse. El Departamento de Estado de los Estados Unidos, en término breve, el imperialismo yanqui, había logrado una gran victoria. Fulgencio Batista había dado un golpe de Estado y depuesto a Grau, pero no tanto por el profesor de Fisiología, sino porque su gabinete incluía a Antonio Guiteras como Secretario de Gobernación.

Un asiento de madera circular abrazaba el tronco, ya robusto, del joven laurel. Pablo se sentaba, y a uno y a otro lados suyos estudiantes de ambos sexos. Otros preferían el piso porque les permitía verlo de frente y recoger mejor las sonoridades de sus expresiones orales, pétreas en la condena, pero frescas y optimistas sobre el futuro. Pablo en la Universidad entre los años 1933 hasta 1935, desde la fuga del aborrecible Asno con Garras, como bien lo llamara Rubén Martínez Villena, hasta las gestas dolorosas y sangrientas de la huelga vencida de marzo, que lo obligó a marchar al exilio, fue una personalidad fundida con todo el quehacer estudiantil y revolucionario, un vínculo entre viejos y jóvenes luchadores de izquierda, una voz armoniosa de unidad, y tronante contra las debilidades, oportunismo, claudicaciones, incomprendimientos e injusticias. Pablo no fue sólo el periodista que reseña las asambleas de depuración del profesorado que expulsó a los estudiantes en 1927, para enlodarse con la prórroga de poderes, y de los advenedizos de la nueva hornada que cantaron loas de servidumbre al «Egregio». Pablo era una especial encarnación de estudiante-maestro, de intelectual-líder, hombre de acción y palabra. Jamás faltó a una sesión de estas asambleas. A él podía vérselo siempre sentado en la primera fila de butacas de la sección de la izquierda del anfiteatro del hospital Calixto García. Llegaba de los primeros para auscultar los latidos de la masa estudiantil y conocer de sus reacciones ante el juicio que habría de seguirse a tal o cual profesor inculcado. Se convirtió en

una especie de profeta que anticipaba las futuras decisiones. Fue advertencia y Ejecutor, emergió de estas lides como la encarnación misma de la pureza revolucionaria estudiantil.

Su trayectoria fue la de Mella y Rubén, Trejo y Gabriel Barceló, en las enconadas luchas que se libraban en el seno del movimiento estudiantil en los años de este período, cuando un grupo numeroso de estudiantes afianzaban su ideología, en tanto otros sucumbían en la politiquería amasada por la burguesía, temerosa y abyecta, que continuaba al servicio de Wall Street. Algunos vociferaban en trajes verdes voces pardas. Pablo acrecentaba sus fuerzas, fustigaba a los vacilantes y denostaba contra aquellos sumisos que por cobardía pretendían obstaculizar las acciones de las fuerzas de izquierda.

Una de las provocaciones que más le cubrieron de vergüenza fue aquella en la cual uno de estos grupitos asaltó el local del Ala Izquierda Estudiantil, y lo que fue peor aún, el hermoso mural de Jorge Rigol que simbolizaba la gigantesca estatura de Mella fue emborronado con tinta. Años más tarde verterían también chapapote sobre el busto de Mella, en una acción semejante, gentes que se identificaban con aquellos en el pensar, en un eructo de villanía e impotencia, en desesperado esfuerzo por contener el crecimiento legítimo de los que preconizaban las ideas más justas de la humanidad, y las más dignas para alcanzar la soberanía patria.

En el enfrentamiento que tuvo lugar para dilucidar las responsabilidades y castigar moralmente a los culpables, se batieron en una asamblea tumultuosa y violenta al principio, derechas e izquierdas, y en la medida en que las denuncias clarificaban los hechos, se iban integrando netamente dos grupos: en uno, todos los que respetaban la tradición heroica de las luchas estudiantiles, y en otro un puñado de gente rabiosa e impotente, incapaz de saber honrar, que marchaba como arria llevando la carga de la reacción impuesta.

El ambiente era iracundo, la defensa de lo noble obligaba al desafío, debía exterminarse radicalmente que se sembra-

ran o propagaran, en el pecho de jóvenes, escarnios a la memoria de los mártires, porque ellos son, como dijera Martí, «el altar más hermoso de la honra». Más de un incidente se produjo, y amenazaba con disolverse la asamblea sin alcanzar una conclusión de condena moral, cuando Pablo se levantó sin pedir la palabra. Había dejado sobre su asiento su cuaderno de notas, y dijo con voz tranquila, contrastante: «Estoy hastiado y avergonzado.» Hubo un inquietante silencio, todos nos mostramos perplejos y nos preguntábamos qué habría de decir Pablo. Él había permanecido callado durante las horas del debate; el silencio se tornó angustioso; entonces Pablo dijo: «No, no estoy por el castigo, porque a los gozques no se les castiga por orinar un rosal.» Nadie más habló. Los culpables, cubiertos de bochorno, se marcharon; los justos, sin alardes, se llevaron con entereza la victoria. Mella resurgía una vez más ante sus contumaces detractores, como el grande, respetado y querido líder de la Universidad.

Pablo no evocó nunca más este episodio —tanto era su dolor—, pero el recuerdo de respeto y admiración que se ganó, no fue jamás olvidado por los que vivimos aquellas horas de incertidumbre y responsabilidad histórica.

En nuestras tertulias bajo el laurel, hablábamos de cómo la situación política se iba deteriorando, cómo el embajador Jefferson Caffery ganaba acólitos para sus planes crowderianos, cómo los obreros y el pueblo resistían, peleando por defender sus conquistas sociales, de la necesidad de mantener al estudiantado en agitación avizora, para que no se dejara arrastrar por la inercia del estudio. Tres años tuvo el tirano Machado clausurada la Universidad. La situación económica del país era muy precaria y había deseos lógicos de terminar los estudios, de graduarse. El AIE luchaba por facilitar la vida y la posibilidad de continuar sus estudios a aquellos más pobres, en solicitud pertinaz de matrícula, transporte y vivienda gratis, al mismo tiempo que se esforzaba por impedir el acomodamiento. En las aulas y en las calles debíase continuar la protesta vibrante, la denuncia

directa y el llamado a no retroceder, pero era esencial que estas se conocieran, se divulgaran, para crear el clima propicio para realizar acciones mayores.

El gobierno de Mendieta-Batista, apadrinado por míster Caffery, cada día daba un paso más hacia la entrega, contra lo que tanta sangre había costado a la juventud, a los obreros, a los trabajadores y al pueblo todo. Los estudiantes, en la medida de sus posibilidades, expresaban su inconformidad, y demandaban rectificaciones básicas. Se organizaban manifestaciones, mitines, y se producían encuentros con la policía. Las circunstancias obligaban a emprender acciones cada vez más osadas. La conspiración imperialista estaba en marcha y en disposición de tiranizar al país, de arrebatarse lo que se había logrado; para esto tenía de su lado a los periódicos, los cuales ocultaban la resistencia; sólo eran excepciones las crónicas de Pablo en *Ahora*, y la ilegal y clandestina prensa de los comunistas.

Cada día se dificultaba más sacar a los estudiantes a las calles, pues la seriedad de los estudios los mantenía atados a las clases y a los libros. La represión se hacía más violenta: las manifestaciones las disolvían con gases tóxicos, cuando no, con armas de fuego. Se improvisaban mitines relámpagos, y se despeñaba a los tranvías cuesta abajo en la loma de la Universidad, después de bajar a los pasajeros. Ya habíamos aprendido a manejarlos. Casi a diario había una escaramuza, y Pablo las reseñaba, añadiéndoles comentarios de su cosecha, de su inteligencia creadora. Pero él no esperaba por las noticias en la redacción del periódico. Salía en su búsqueda. Su gran variante es que era a la vez actor vivo y decidido de estas acciones.

En una ocasión, nos sorprendió leyéndonos lo que al día siguiente publicaría el periódico acerca de un mitin en el parquecito de Albear. Le replicamos: «Pablo, nosotros no conocemos que esto haya tenido lugar», y respondió: «Claro que no, pero lo haremos; así, de este modo, yo mantendré mi prestigio como un periodista veraz.» Y riéndose añadió: «Bien, ¿quiénes van conmigo a rescatarme de que esto no

sea abono para mis detractores? Esto que les exhibo es una copia, el original está en manos ya del Jefe de Redacción.» Le respondimos: «Si es así, Pablo, por tu honor, que es el nuestro, espéranos en el parquecito, que para allá iremos un grupo, para que tu crónica sea realidad.» Así fue. Tomamos un tranvía —sin pagar, por supuesto— y comenzamos a agruparnos en los portales del Centro Asturiano y en la Manzana de Gómez. Nos dirigimos al pie de la estatua, y Pablo, sentado en el banco, escuchó nuestras primeras palabras y los gritos de «¡Abajo el imperialismo yanqui!» «¡Mueran Mendieta-Batista y Caffery!» De inmediato, apareció la policía. Les lanzamos algunas piedras, pero ellos ripostaron con tiros, por lo que emprendimos una carrera, por Obispo unos, por O'Reilly otros, y escapamos. Mas tarde nos reagrupábamos en la Universidad, debajo del laurel. De nuevo apareció Pablo haciendo chistes; estaba rebosante de alegría, y dijo; «Bien, los felicito; todo salió como lo habíamos previsto y escrito», pero, entonces, alguien recordó que las vidrieras no se habían roto, como se decía en la información, a lo que Pablo, lanzando una carcajada, dijo; «¿Y para qué estaba yo allí de emergente? Cuando la policía fue tras ustedes, yo me encargué de lanzarle la piedra a La Rusquella.»

*Guillermo Martínez Márquez**

Semblanza de Pablo de la Torriente Brau**

[...]

Ahora

Machado cae el 12 de agosto de 1933. Le sucede un gobierno anodino, que preside el doctor Carlos Manuel de Céspedes. El 4 de septiembre se produce una rebelión militar. Cae Céspedes. Del campamento de Columbia sale la Pentarquía —cinco gobernantes para cinco días. Grau se hace cargo del poder ejecutivo —ejecutivo, legislativo y casi judicial— el día 10. Los grandes rotativos habaneros dejan de publicarse a fines de mes. A principios de octubre siguiente, el personal de los periódicos inicia una breve etapa revolucionaria en la vida del diarismo cubano. El primer número de *Ahora* aparece en la efemérides de Yara.

Ahora es un periódico revolucionario, que refleja y trata de orientar la anarquía callejera. Para no perder su vigencia profesional y proletaria, los periodistas y obreros de *El Mundo* —unos trescientos en total— realizan un esfuerzo sobrehumano. De la nada, hacen un diario. Para el primer número, montones de periódicos viejos, bien amarrados, a fin de que el viento no los vuele, se convierten en mesas. Algunos redactores han traído sus máquinas de escribir. Las que faltan, se alquilan. Cada hombre realiza el trabajo de diez. Y el

* Guillermo Martínez Márquez. Periodista cubano (1900-?).

** Pablo de la Torriente Brau. *Pluma en ristre*. Selección y prólogo de Raúl Roa. La Habana, Publicaciones del Ministerio de Educación, Dirección de Cultura, 1949, pp. XVII-LXIV.

esfuerzo de los diez culmina en el esfuerzo de un aparato mecánico. Si no hay dinero, se busca. Y cuando sobran unos pesos, se reparten equitativamente.

Todo esto se realiza bajo el estremecimiento de las explosiones de la calle, rodeados los reporteros y redactores por las comisiones que materialmente asaltan la casa para dejar constancia de sus protestas, en un ambiente de confusión indescriptible. Poco a poco, sin embargo, *Ahora* comienza a hacerse un verdadero vocero de opinión pública. Una tarde llegan las primeras máquinas de escribir compradas por la Cooperativa de Empleados y Obreros de *El Mundo*. Hay alegría infantil en los rostros de todos. A la siguiente aparece una auténtica mesa de dibujo. Falbello la estrena con media docena de caricaturas terribles. Y una mañana, el jefe de ventas da la noticia más sensacional de la temporada: «Hoy hemos tirado sesenta mil ejemplares. ¿Qué les parece?»

Ahora es, de acuerdo con el lema que se ha impuesto, «el periódico de la revolución». Los revolucionarios entran en su redacción como en su propia casa. Aconsejan, ayudan y, en ocasiones, estorban un poco. Después de todo, igual da. Allí no hay dinero, pero sobran entusiasmos. Eso es lo que importa en el momento.

Pablo tiene que ir a *Ahora*. En primer lugar porque es amigo de su director y de la mayoría de sus redactores. Allí están, entre otros camaradas suyos, Rafael Suárez Solís, Pepe Tallet, José Manuel Valdés-Rodríguez... ¡Ah! y Raúl Roa, que envía sus tremendos artículos de vez en cuando. Además, Pablo tiene allí un puesto por derecho propio.

¿No es aquel el periódico de la revolución?

Llega una tarde. Reparte abrazos. Ríe de unas cuantas ocurrencias que le salen al paso. Y dice sencillamente:

—Bueno... Esto me gusta. Voy a trabajar aquí.

Se sienta en una mesa y empieza a teclear.

De la máquina comienzan a salir, a partir de los minutos que siguen, reportajes vivos, crónicas humorísticas, diálogos y frases punzantes para la cabeza y los pies de las caricatu-

ras de actualidad, artículos vibrantes de rebeldía, biografías de hombres eminentes, rememoraciones históricas, trabajos de divulgación científica, exploraciones notables, recuerdos escalofriantes de sus aventuras... Hace sueltos, tiene facilidad para esa prosa sintética e impresionista propia de los titulares, da ideas para los cartones humorísticos y redacta editoriales. ¿Dónde aprendió Pablo este trabajo periodístico, que realiza con maestría y que muchos hombres bien preparados tardan años en llegar a dominar? No lo sé. Creo que nadie puede saberlo. Ni en el *Pica-Pica* que el tío Luis le enviara desde su San Juan natal, ni en el *Heraldo de La Habana*, que dirigiera Don Félix cuando él era un muchacho, ni en *El Ateneísta*, de los alumnos de los Colegios Internacionales de El Cristo, pudo aprender lo que no había en esa hojas impresas de otros tiempos. ¿En *El Mundo*? Bueno, la colaboración de Pablo en *El Mundo* se redujo a doce artículos que aparecieron bajo el título de «105 días preso». Doce artículos y un cheque de cien pesos. Eso fue todo lo de *El Mundo*. Después, Pablo volvió a la calle, a la revolución, a la cárcel de nuevo y al exilio. Si retornó a la redacción del gran diario de Virtudes y Águila —yo no lo supe—, debió de haber sido para visitar a un camarada. Pero nada de periodismo. Por eso resulta sorprendente verle rendir —de día en día— tareas netamente periodísticas sin la menor vacilación. Como un veterano. Su labor la realizó a la manera profesional: sobre los hechos recién ocurridos, sin prepararse para entrar en materia y entre las mil y una interrupciones propias de la redacción de un diario como *Ahora*, en una época como la que vivimos desde el 10 de octubre de 1933 hasta el 8 de marzo de 1935. Es decir, de la anarquía imperante durante el gobierno de Grau San Martín hasta el desplome de las esperanzas de un futuro mejor, nacidas a lo largo de una lucha heroica y sangrienta en las calles de La Habana y en los campos y ciudades del resto de la República. Concebir un artículo, ir a una biblioteca, copiar datos y más datos, encerrarse después en su casa, fumarse dos cajetillas de cigarros, consumir dos o tres tazas

de café bien negro, protestar si alguien lo llama por teléfono, y al día siguiente, o al otro, llegar a la redacción con un artículo bien meditado y pulidito, puede ser la manera de trabajar de un escritor. Concedamos que hasta de un gran escritor. Pero eso no es periodismo. Eso nada tiene que ver con el periodismo.

Lo que Pablo rindió en *Ahora*—teclado sin tiempo para revisarlo siquiera, bajo el apremio de la imprenta, entre interrupciones constantes— es una gran labor periodística. Los lectores de *Pluma en ristre* podrán apreciar la calidad de la prosa, el interés humano del episodio, la realidad de los escenarios, la fuerza de los personajes. Nada más. La actualidad de la noticia —palpitante, caliente— al salir el periódico a la calle; esa sensación de sorpresa que inspiran el reportaje o el artículo vivos; esa es una cuestión de la que sólo podrán hablar los que lo leyeron en las páginas de *Ahora*. De lo otro, de la forma en que fueron redactados, de eso puedo dar fe yo, y conmigo sólo los que trabajaron con él en el «periódico de la revolución» (De la revolución de 1933 y 1934, que fracasó —que fracasaron, periódico y revolución— en la huelga de 1935.)

El anecdotario de Pablo en *Ahora* es rico en incidentes. Por lo pronto, adelantamos que, como allí el dinero anda escaso —y a veces Pablo no tiene ni para comer—, él impone una especie de tributo a los camaradas que encuentran en sus bolsillos algunos centavos. Cuando pasa la bandeja del café de la esquina, detiene al muchacho que la trae.

—Déjame ver cómo sabe esto.

Dicho lo cual, coge el sandwich y le marca una descomunal mordida. Toma la botella de refresco y la vuelve hacia la ávida boca. Sorbe después un poco de café. Luego dictamina:

—Está bien. Ya puedes repartirlo.

De esta manera, Pablo se alimenta algunos días, sin pesar sobre el escaso presupuesto de sus compañeros.

La primera vez que recibe unos cuantos pesos por su trabajo de una semana —son pesos plata; diez o doce a lo

sumo—, los lanza al aire «para ver cómo suena esto». Luego, ante el asombro de Teté Casuso, que está presente y no se atreve a decirle una palabra, le regala un peso a Jorge, el hijo de Pepe Tallet, otro al portero y... Teté acaba por arrastrarlo hacia la calle. Si no, aquello que sonó allí, allí mismo hubiera quedado.

Gustaba de hacer frases, por el placer de hacerlas. Una mañana va a almorzar con Rafael Suárez Solís. Cuando regresan a pie, ambos admiran la claridad del día, la transparencia del firmamento sin una nube. Pablo está satisfecho de la comida. Optimista y alegre, dice entonces: «Dan ganas de tirarse de cabeza al cielo.»

Conviene hacer resaltar, también, que Pablo hace un periodismo muy personal. Eso de que los periodistas jamás son noticia, no va con él. Muchas veces actúa como protagonista de un hecho, y luego lo reporta —sin mencionarse, claro está— con la mayor tranquilidad. Así llegan al periódico las vibrantes informaciones de las asambleas depuradoras del profesorado universitario, escritas por Pablo después de haber colaborado personalmente con Aureliano Sánchez Arango y demás depuradores, en la tormentosa reunión. Así llega a *Ahora* el reportaje sobre la muerte de Ivo Fernández, una dramática noche en la que después de dar al periódico, por teléfono, las primeras notas sobre el asesinato perpetrado en la falda del Castillo del Príncipe, Pablo se sitúa junto a la cama de Reynaldo Balmaseda —único superviviente de la tragedia— para lograr de él un autógrafo acusador.

Vive siempre lleno de proyectos. Todos los días idea algo nuevo. En una oportunidad se va a Chicola. Después comienza a publicar una biografía de Sandino. De repente se le ocurre sintetizar sus memorias de Isla de Pinos, y escribe «La Isla de los 500 asesinatos». Rescata a Aponte de una sala de clínica. En el aniversario del 30 de septiembre improvisa esa página admirable que se titula «La última sonrisa de Rafael Trejo».

Poco antes de la clausura de *Ahora* —la final, porque *Ahora* sufrió diversas clausuras, como es lógico suponer—,

Pablo se entera de la segura condena de José Manuel Valdés-Rodríguez, acusado como miembro del Consejo de Dirección de la revista *Masas*. Hace gestiones a favor del amigo. Y va a ver a Chema.

—Mira —le dice—. Todo está preparado. Esta tarde vienes conmigo al muelle del Arsenal, y te embarcas. Ya he hablado con todo el mundo, hasta con el capitán del barco.

José Manuel rechaza el ofrecimiento. Naturalmente, va a la cárcel.

El desplome de *Ahora* fue un poco, también, el desplome de Pablo. La última noche que sale de la redacción, cuando el diario está clausurado, me pregunta:

—Bueno... ¿Cuándo volvemos?

—¡No sé! —le respondo.

Ladea entonces la cabeza. Me da un fuerte apretón de manos. Y se va, sin pronunciar una palabra más.

Pablo embarca días más tarde hacia Nueva York. De Nueva York a España, pasando por Bélgica y Francia. Y de España al martirio y a la gloria.

«Guajiros en Nueva York»

Clausurado *Ahora*, fracasada la huelga de marzo, Pablo queda un poco desconcertado. Es como si le hubiese caído encima el escenario de una de sus estupendas aventuras. Instintivamente, sigue el consejo de algún buen amigo: se esconde. Y hace bien. Porque de haber intentado seguir, por unas horas siquiera, su vida habitual, se hubiera convertido en un nombre más en la extensa lista de las víctimas de aquel gran crimen de 1935. La persecución policial es terrible. Ya no hay lugar vacío en las cárceles. Muchos han huido al extranjero en las últimas horas; los más se han escondido. Y los equivocados aparecen cada mañana, sobre un charco de sangre, en una esquina de la ciudad o de sus repartos residenciales. La violencia militar ha aplastado a la violencia popular, desorganizada y sin jefes. Cuando los oficinistas públicos retornan a su labor, con los ojos ausentes y

cansados de bueyes uncidos de nuevo al yugo de la carreta, Pablo comprende que, por el momento al menos, todo se ha perdido para él en Cuba. Se embarca entonces hacia el Norte. Los que le precedieron han tenido dos metas distintas: Miami y Nueva York. Él sigue hacia la gran metrópoli nortea.

En Nueva York, se instala en la casa de la madre de Carlos Aponte —aquel bravo compañero de guerra de Sandino, que morirá junto a Guiteras en el Morrillo a principios de mayo. Vive modestamente. Para comer tiene que trabajar. Pero el trabajo en Nueva York no es cosa fácil. Hay que trabajar muy duramente, primero, siquiera sea por obtener al cabo un duro trabajo. Pablo lo consigue al fin. Carga bandejas, friega platos. Se convierte —dice él— en un tornillo.

Se reúne, también, con los suyos. Otros revolucionarios han llegado a la ciudad. Los visita, cambia impresiones, hace proyectos, con Gustavo Aldereguía, con Raúl Roa, con Leonardo Fernández Sánchez y con otros muchos. El grupo funda la Organización Revolucionaria Cubana Antimperialista. La ORCA comienza pronto a dar señales de vida. Por lo pronto, edita una revista de bolsillo, y vuelca sobre Cuba una montaña de encendidos panfletos contra la situación imperante.

Los días de Pablo en Nueva York son duros. Sólo alguna que otra vez logra ser «arrastrado por el río nocturno de Broadway». Trabaja de noche. Viaja en *subway*. Los cabarets los conoce por las cocinas; los teatros, ni por el escenario. Y rara vez puede ir al cine, su espectáculo favorito. Sin embargo, tras la montaña de platos, hay a veces una breve escapada al país de las maravillas. En una de estas va a la exposición de Antonio Gattorno. De la visita surge su brillante artículo, y el artículo ganará para su nombre un gran premio. En otra oportunidad, concurre a un mitin a favor de la causa de la República Española. Este mitin propiciará el estallido de una idea en su cerebro: viajar hacia España. El Premio Justo de Lara, otorgado al artículo «Guajiros en Nueva York», y los preparativos de su viaje a España, tiene

su historia. Merece la pena darla a conocer, aunque sea en pocas palabras.

En Tampa, donde estuve desde marzo de 1935 hasta junio de 1936, recibí algunas cartas de Pablo. Generalmente me hablaba de *Ahora*. Si me decidía a volver a editar el vocero de la revolución, él volaría a incorporarse a la empresa. Ni una palabra de amargura era posible sorprender en su correspondencia. «Hoy estoy contento —me decía, palabras más o menos, en una de sus misivas—; tan contento que creo que sería capaz de comerme una bañadera de arroz con frijoles, y si hiciera un artículo, estoy seguro que ganaría el Justo de Lara.» La carta, naturalmente, pasa al archivo, no sin antes correr de mano en mano, entre los exiliados y familiares que me rodean, cuando la recibo. La alegría de Pablo queda en nuestro recuerdo. Andando los días regreso a La Habana. En Cuba me dedico por entero a la tarea de reorganizar los cuadros del Partido Revolucionario Cubano. Esta misión me obliga a volar con frecuencia a Miami, para consultar con el doctor Grau diversas cuestiones pendientes. Al partir hacia una de estas periódicas visitas, pido a mi esposa que recorte y envíe algunos trabajos míos al concurso de El Encanto. Berta Arocena cumple la misión. Mientras lo hace, ve el trabajo de Pablo en *Bohemia*. Lo lee. Recuerda la frase del autor: «Si hiciera un artículo [...] me ganaría el Justo Lara», y lo envía al certamen. Y es así como «Guajiros en Nueva York», publicado en la revista *Bohemia* en julio del 36, y enviado al concurso unas semanas después de la muerte de Pablo, gana uno de los más altos galardones periodísticos de nuestra patria.

Lo de España es otro episodio que pinta el carácter de Pablo. Según él mismo cuenta, el 28 de julio de 1936 se entera de que Miguel Ángel Quevedo, el director de *Bohemia*, donde ha publicado ya algunos trabajos, está en Nueva York. Va a verlo el día 30. Le propone una crónica sobre la propaganda que a favor de la causa republicana española se hace en la Babel de Hierro. Quevedo acepta. Para cumplir

su cometido, esa misma tarde Pablo concurre al mitin organizado en Union Square. Allí estalla la idea: ir a España.

En lo adelante, no habrá punto de reposo para él. Escribirá cartas a los amigos para contarles el gran proyecto. Solicitará credenciales de las revistas con las que tiene relaciones. La primera que obtiene es la de *New Masses*.

Antes de partir, recibirá la de *El Machete*, órgano del Partido Comunista de México. También me dirige un largo escrito a La Habana. Quiere saber si *Ahora* va a volver a editarse.

Casi no duerme. Está —según él mismo advierte— «inquietao, nervioso, irritado—. Las cartas de Cuba tardan más de lo que su impaciencia puede soportar. Con los ojos abiertos mirando hacia el techo, sus imágenes iluminan la oscuridad del cuarto. Se ve con las milicias, por las montañas; con los jefes de la república en armas; con los bravos marinos de la escuadra... Hablará con La Pasionaria. ¡Qué estupendos reportajes hará, caramba! Cerca de él, Teté Casuso «de vez en cuando da hondos suspiros». Teté piensa que es imposible que Pablo «vaya a ver». Pero —dice él— «ella comprende».

El 1º de septiembre, el «Île de France» parte de Nueva York. A bordo va un hombre que desearía que el gran trasatlántico volara.

Quiere —son sus palabras— «estar junto al gran remolino silencioso de la muerte».

*Salvador Vilaseca**

Dos episodios de la vida de Pablo de la Torriente**

I

Caído Machado el 12 de agosto de 1933, disuelto el Directorio Estudiantil Universitario, del que formé parte, el 2 de noviembre de ese año, y traicionado el gobierno que patrocinaban los estudiantes el 15 de enero de 1934, yo volví a la Universidad para continuar mis estudios y para participar activamente en la depuración del profesorado. Para esta última formé parte de la Comisión Mixta Depuradora de profesores y estudiantes, electos en asamblea general de estudiantes, a los que dimos cuenta de nuestra gestión. Pablo se distinguió en su participación en esas asambleas y en la reseña de las mismas como periodista.

Por otro lado volví a ganarme el sustento diario dando clases de matemáticas en una pequeña academia que monté con otro compañero, profesor de física y química, con quien compartía la enseñanza.

Por abril o mayo de 1934, Pablo se me acercó para decirme que quería ingresar en la carrera de Ingeniería Agronómica y pedirme que lo preparara para los exámenes que tendrían lugar en septiembre de ese año.

Me dispuse a complacerlo en su petición, aunque sabía que en tan corto tiempo, sólo cinco meses, sería casi imposi-

* Diplomático, profesor e investigador cubano (1911).

** Ponencia presentada en el Encuentro Internacional Pablo de la Torriente Brau celebrado en septiembre de 1993. Tomado *Evocación de Pablo*. Compilación de Raysa Portal y prólogo de Víctor Casaus. La Habana, Editorial Letras Cubanas, 1997, pp. 68-71.

ble hacerlo, porque Pablo y las matemáticas no congeniaban mucho.¹ Sin embargo lo intentaríamos.

Cometí entonces un error que por poco da al traste con todo. Yo tenía otro alumno que también aspiraba a ingresar en Agronomía y lo había comenzado a preparar en esos días. Se trataba de un compañero mío de primaria, en Guantánamo, y con el cual me sentía en cierta forma deudor, porque la única vez que me entré a piñazos en la escuela fue con él, en un juego de pelota. Los uní a los dos en la misma hora de clase porque mi experiencia de profesor me indicaba que dos alumnos aprovechan más que uno, pues las dudas y preguntas de uno, sirven al otro, mientras que uno solo nunca tiene dudas. Yo había perdido de vista la trayectoria de ese alumno guantanamero y no sabía de su desarrollo político y revolucionario. ¿Saben ustedes quién era ese alumno? Pues nada más y nada menos que Eusebio Mujal y Barniol.

Aquellas reuniones para dar matemáticas se convirtieron en un pandemónium de discusiones políticas; imagínense a Pablo, izquierdista, y a Mujal, ex comunista y trotskista; faltó poco para que las discusiones terminaran con violencia, por lo que debía separarlos si quería tener algún resultado, y así lo hice.

A las pocas semanas de darle clases a Pablo comenzó a faltar por una serie de viajes que tuvo que hacer al interior de la isla; creo que era cuando él iba a Oriente para buscar datos del Realengo 18, sobre el cual escribió magníficas páginas. Decidimos entonces suspender las clases y comenzarlas en enero de 1935 para hacer su examen de ingreso en septiembre de ese año. Pero vino la huelga de marzo en la que ambos tuvimos participación activa; luego su salida

¹ Pablo creía ser un gran algebrista y así lo expresa en extensa carta que envía a Raúl Roa desde New York el 13 de junio de 1936, con el calificativo de «mamotreto algebraico», en la que plantea un sistema de ecuaciones para explicar la situación política de nuestro país. Véase Pablo de la Torriente Brau. *Cartas cruzadas*. Selección, prólogo y notas de Víctor Casaus, La Habana, Editorial Letras Cubanas, 1981, pp. 346-391.

para los Estados Unidos para salvar la vida, y finalmente su ida a España. Nunca más nos vimos y las proyectadas clases no tuvieron lugar.

II

Hay otro aspecto de la vida de Pablo al que quiero referirme.

Exiliado en los Estados Unidos por la huelga de marzo de 1935, fundó en compañía de Roa y otros revolucionarios la Organización Revolucionaria Cubana Antimperialista (ORCA), de la cual era Secretario General. Por nuestra parte, con revolucionarios de las luchas de 1930-1935, fundamos aquí en La Habana, Izquierda Revolucionaria (IR); se fundó precisamente en mi academia el día 8 de mayo de 1935. Aquella mañana, estando reunidos, nos llegaron las noticias de lo ocurrido en El Morrillo, Matanzas, donde murió heroicamente Antonio Guiteras y también su compañero el venezolano Carlos Aponte. Ambas organizaciones, ORCA e IR, tuvieron siempre relaciones muy estrechas y tanto es así que finalmente ORCA se fusionó con IR para constituir el Partido Izquierda Revolucionaria (PIR), con objeto de participar en las elecciones para delegados en la Constituyente de 1940 (no sacamos ningún delegado).

Pero retrocedamos a finales de 1935. ORCA se había hecho de una correspondencia del machadista Orestes Ferrara, exiliado en Nueva York desde el 12 de agosto de 1933, con connotados machadistas que habían ido regresando a nuestro país bajo el amparo de la nueva dictadura implantada por el sargento Fulgencio Batista, como coronel y jefe del Ejército, que traicionó la revolución del 33 y el gobierno que patrocinaban los estudiantes, para servir los intereses imperialistas, y que había ahogado en sangre la huelga de marzo de 1935. Esos documentos demuestran de manera incontrovertible el contubernio de Batista con los machadistas y explican algunos de los sucesos que tuvieron

lugar en esa época. Pablo con esos documentos preparó un folleto que tituló «Los títeres de Ferrara». En él se copían algunos de los veinte documentos o fragmentos importantes, los glosa y explica quiénes son los personajes que intervienen y las relaciones entre los mismos.

Los veinte documentos en cuestión son tres memorandums de Ferrara sobre la política del momento, trece cartas de Ferrara a Diviñó, Oneti, Vasconcelos, Rafael Guas Inclán, Carlos M. de la Cruz, Iraizós, todos connotados machadistas, tres cartas también de Ferrara dirigidas a Gerardo Machado, a Roosevelt, presidente de EE.UU., y al propio Batista, y finalmente una carta de Machado a Ferrara. Esa correspondencia va del 20 de mayo de 1934 al 1º de marzo de 1935, en vísperas de la huelga de ese mes y año.

Preparado el folleto, Pablo se lo envió a Ramiro Valdés Daussá, del ejecutivo de IR, para que se publicara en Cuba por esa organización, con carta de fecha 1º de agosto de 1935, en que da su opinión de cómo debía ser el folleto.² Efectivamente aquí se publicó el material siguiendo en su presentación las sugerencias de Pablo, y tuvo una acogida extraordinaria, a pesar del peligro que significaba su tenencia, pues, para aquel momento, la denuncia que hacía y los personajes involucrados eran equivalentes a una bomba de dinamita.

La Habana, 12 de agosto de 1993

² Pablo de la Torriente Brau. *Cartas cruzadas, op. cit.*, pp. 116-119. Hay otras cartas que también se refieren al folleto.

*José Manuel Valdés-Rodríguez**

Chaplin y Pablo**

Conocimos a Pablo de la Torriente Brau a fines de 1929, o a principios de 1930, en el bufete de Fernando Ortiz. Nos presentó Rubén Martínez Villena, y nos hicimos amigos.

Nos acercaba el ideal político, la convicción de que se había de hacer algo para ir a la raíz de los males de Cuba y luchar contra el imperialismo yanqui, aspecto que atendía el Partido Comunista de Cuba secundado por la Liga Antimperialista y por algunos intelectuales, como Emilio Roig de Leuchsenring, Gustavo Aldereguía, Raúl Roa, José Zacarías Tallet, Juan Marinello. Teníamos Pablo y yo una devoción común: el cine. Y dentro de este admirábamos de modo especial a Chaplin. Pablo era un apasionado de Chaplin y la figura por él creada, el inimitable Charlot, o Canillita, como solía llamarlo entonces el pueblo de Cuba.

Por eso Pablo se nos reunía con frecuencia, en unión de Raúl Roa, y juntos nos íbamos al cine, a los estrenos del El Encanto, del Fausto, del Rialto, del Prado, del Payret, a cualquiera de las salas donde se proyectara una película de calidad. Y siempre recordaremos cómo año y medio después, cuando salió Pablo de la cárcel, tras los famosos ciento cinco días, fuimos él y yo a ver el estreno de *Luces de la ciudad*, reunidos con Raúl Roa, igualmente admirador de Chaplin. ¡Y aún nos parece escuchar las carcajadas de Pablo, aquella risa ancha y sonora, expresión del vigor desbordado y pujante de sano y limpio deportista!

Aquella carcajada, resonante en la pequeña sala del Rialto, ha quedado para siempre en nuestro recuerdo. Y desde en-

* Periodista y crítico cubano (1896-1972).

** Publicado en: *Cuba* [La Habana], enero de 1967, p. 66.

tonces todo filme de Charlot despierta en nosotros la remembranza inmarcesible de Pablo.

Como recuerdo material de Pablo conservamos un pisa-papeles y unos *book-ends* de ácana hechos por él, habilidoso ebanista, en los largos días de prisión.

No recordamos cómo supimos la noticia de la muerte de Pablo. Tenemos la idea de que nos la dio Alberto Riera, en el Departamento de Cables, de *El Mundo*. Apenas lo supimos fuimos a casa de Tallet y Judith. Eran los días amargos de 1936, cuando las fuerzas revolucionarias intentaban reorganizarse, después de la huelga de marzo de 1935, bajo el acoso batistiano. Unos días antes habíamos salido de la última prisión a que nos sometió la dictadura. Allí, en el viejo caserón de la calle Amargura 66, unido estrechamente a nuestra infancia y nuestra adolescencia, confirmamos la noticia dolorosa, en unión de media docena de amigos y compañeros revolucionarios. Fue una realidad hiriente, hace ahora treinta años.

Era la víspera de Navidad.

¡Fue una Nochebuena triste aquella de 1936!, si bien animada por la victoriosa resistencia de los leales en el Madrid galvanizado por el «¡No pasarán!» y por la presencia de las Brigadas Internacionales.

Pablo cayó en una acometida de frente, como suya. El 19 de diciembre, en Majadahonda.

*Rafael Suárez Solís**

Muerte arrebatada**

Fue un hombre capaz de encariñar tanto al amigo como al enemigo. Sólo era intransigente en el combate. Terminado el compromiso, y de regreso al mundo de todos, se daba al diálogo, a la tolerancia, al juego, a la sonrisa y demás ligaduras sociales. Ese perfil de su temperamento anima a relatar algunas anécdotas de su vida corta, su tarea larga, su ternura, su coraje, su fuerza física y moral.

Muchacho todavía, aprendió la lección de su destino en la escuela más dura del deporte: el fútbol. A golpe de hombros tumbaba a los contrarios, y abría camino a la pelota hacia el gol. Ese gusto no lo perdió en ninguna otra circunstancia. Un día los propietarios de periódicos, enemistados con el gobierno, cerraron las puertas del negocio. Y como los periodistas no querían morir de hambre, alquilaron una imprenta y sacaron un diario. Uno de ellos era Pablo de la Torriente. Cuando él entraba en la redacción todos nos atrincherábamos detrás de los pupitres. La demora costaba un empujón o una caída. Pablo lo ponía de pie, y lo consolaba echándole la culpa al administrador que sólo nos pagaba una semana de cada mes. Ya todos tranquilos, el De la Torriente se ponía a escribir mientras, de reojo, atisbaba la entrada del camarero de la fonda vecina que traía un bocadillo o un refresco. Antes de servir al cliente, el camarero ponía el pisolabis en la mesa de Pablo para que probase el menú ajeno. Era un impuesto en beneficio de su mísero estómago. Alguien trató de suprimir el privilegio. Una tarde entró el mozo con un enorme cacharro de líquido misterioso. Lo puso

* Periodista español nacionalizado cubano (1881-1968).

** *Cuba* [La Habana], enero de 1967, p. 66.

en la mesa recaudadora. Pablo sorbió un trago, hizo una mueca y, estoicamente, tragó la cicuta, porque el contenido era un mejunje donde había vinagre, sal, pimienta, bicarbonato y cuantos ingredientes causan náuseas. ¡Carcajada general! Y Pablo dio las gracias y suplicó al cantinero que le repitiese el obsequio.

En toda circunstancia era igual: en el presidio, en las fiestas, en el exilio, en los buenos o malos días. Y, sobre todo, en la guerra.

La última vez que nos encontramos fue en Madrid. Había empezado la guerra. Era una oportunidad que no podía contenerlo. Vivió unos días en la casa de un amigo, en espera de ingresar en la lucha. Pasaba las horas dando brincos. La casa tenía el techo bajo. Marchó pronto, diciendo al hospitalario que quería retenerlo: «Una hora más y te quedas sin casa y yo sin cabeza.»

Fue a las trincheras. En las pausas de fuego dialogaba con los enemigos. Les daba consejos. Los invitaba a cambiar de posición. Les daba lecciones revolucionarias. Sacaba la cabeza para que lo oyesen bien. Y cuando le disparaban, se reía de la bala perdida.

Una noche que volvió a Madrid para cambiar de brigada fue a mi casa. Quería despedirse de mí. Iba al Guadarrama. Los picos de la sierra tenían monteras blancas. Vestía traje viejo. Le di toda mi ropa de lana, boina, zapatos gordos, impermeables... Fue trasladado a otro frente...

Llegó a La Habana la terrible noticia... Lo habían matado... Todavía me duele el abrazo que me dio...

¡Oh, muerte arrebatada!

*Carlos Montenegro**

Pablo de la Torriente Brau**

Conocí a Pablo de la Torriente Brau en la cárcel. Él ingresaba como preso político, yo estaba en las postrimeras de mi larga condena por homicidio. Ambos habíamos publicado libros de cuentos, y así, era descontada nuestra amistad, pese —y acaso por ello— a nuestra proyección distinta: la mía estaba inspirada en una infancia y adolescencia desdichadas, acaso exaltadas por una prisión que duraba casi una vida entera; la suya, cruzada de luces meridianas, pletórica de vigor y alegría, una proyección exactamente como él mismo, heroica y confiada; sana en la intención y el procedimiento, con el espíritu lanzado hacia la aventura en el trampolín de Salgari.

Allí, en la prisión, comenzaron a separarse las paralelas que dejaban su vida y su obra inicial. Al comienzo de su encarcelamiento aún hubiera sido capaz de escribir como hasta entonces había escrito, pues aunque su encierro ya marcaba una posición responsable ante la vida, todavía las realidades dolorosas no lo habían alcanzado y le era posible ser dueño, sin reservas, de una alegría vigorosa e ingenua que la prisión —consecuencia del período heroico antimachadista— no hizo más que exaltar. Pero se produjo su traslado a Isla de Pinos y con ello la escalofriante constatación de los asesinatos en masa de presos comunes que, más tarde, tuvieron en él a su máximo denunciador. Al revés de la mayor parte de los presos políticos que cruzaron el charco ensangrentado, Pablo de la Torriente no guardó un

* Narrador cubano (1900-1981).

** Publicado en: *Mediodía* [La Habana], año 2, no. 11, 5 de marzo de 1937, p. 10.

silencio cómplice, ni esgrimió la excusa cínica de que tales crímenes sólo fueron cometidos contra «detritus de la sociedad». Su polarización política puede decirse que se inició ante esos cuadros trágicos; ante ellos toda su alegría vigorosa e ingenua sufrió la primera lesión. Pero Pablo de la Torriente no era sólo un vigor alegre; era además un hombre confiado, un hombre que creía en el triunfo, y más aún, en la justicia del triunfo —es decir, en la justicia que este pondría en práctica—; y cuando el triunfo de la causa antimachadista llegó, Pablo de la Torriente no gastó sus energías en la captura de un cargo que nadie le hubiera discutido a no ser su propia honradez política, y que le hubiera venido bien a su pobreza económica —a su pobreza de sereno de un tejedor inactivo—, sino que corrió a la propia madriguera de los crímenes e hizo acopio de documentos que resultaban pruebas irrefutables, y con ellos y con sus recuerdos procedió a la denuncia.

Su colección de artículos publicados en la prensa diaria contra los responsables de estos crímenes fue de un realismo tan genial, que aun los que sabíamos íntimamente de aquellos asesinatos, advertimos el soplo del terror, como si Pablo de la Torriente nos descubriera crímenes nuevos. Él, que no luchaba solamente contra Machado sino contra un régimen oprobioso, veía en aquellos presos comunes que eran asesinados, no lo que quisieron ver los revolucionarios sin concepto político del momento, no «detritus de la sociedad», sino víctimas del propio régimen que combatía, y víctimas más infelices aún que todas las demás por la indefensión en que morían. Así como la alegría de Pablo de la Torriente sufrió un duro choque ante el espectáculo cruel de Isla de Pinos, lo que ocurrió al producirse su denuncia mató al hombre confiado que había en él. Aquí y allá surgieron líderes antimachadistas que afirmaron cosas contrarias a las que él afirmó; no se le llegaba a desmentir, pero se ignoraba su denuncia y se procedía de acuerdo con esta *ignorancia*; en aquella ocasión, yo, que también había contribuido a exigir responsabilidades por los mismos crímenes, lo fui a ver

para proponerle una declaración conjunta contra los que así se pronunciaban, y me encontré a un hombre decepcionado y escéptico, no ya sólo por la reacción de aquellos que traicionaban los ideales de la revolución, sino por el espectáculo que estaba dando el triunfo de la causa a la que él diera todas sus energías; y cuando insistí, Pablo de la Torriente, aquel mismo Pablo de la Torriente que yo había conocido pleno de confianza y de vigor, aquel hombre que todo lo esperaba del triunfo, que tenía una fe ciega en la justicia que pondría en marcha la revolución, me dijo: «Si algún día llega el juicio por esos crímenes, ya diré lo que vale cada uno cada uno de esos; ahora no hago nada: he perdido la fe en la revolución social.»

Confieso que en aquel momento sólo vi la parte negativa de tal afirmación; me pareció que la pobreza y la pérdida de su ingenuidad habían vencido a aquel muchacho que había conocido pleno de fuerza confiada y segura; no tuve en cuenta que son precisamente las crisis las que nutren al verdadero carácter y ni la propia experiencia de mi vida me ayudó a comprender que en Pablo de la Torriente se estaba operando el cambio que lo agigantaría. Él no creía en la revolución social tal como la había concebido hasta aquel momento; aquello era ya comenzar a creer en la verdadera revolución social; perder la fe en la revolución fabricada por minorías selectas, determina —cuando se es dueño de una honradez, de un vigor y de un poder de sacrificio tales como los que poseía Torriente Brau— ir derecho a la fuente de la verdadera revolución: al pueblo. Pablo de la Torriente era un carácter, podían malograrse todas las excelencias que hacían de él un hombre feliz y confiado; era justo, incluso, que se malograsen en esta época de convulsiones y de injusticias; pero su carácter lo forzaba a no traicionar su propia vida, que él nunca quiso para sí mismo.

Así, nuevas actividades lo llevaron al exilio. No lo volvimos a ver en Cuba; los que tuvieron la suerte de ser sus compañeros en el Norte cuentan cómo no podía vivir tranquilo desde que estalló la aventura fascista en España; cómo

todas sus actividades se concretaban en buscar la posibilidad de ir a luchar al lado del pueblo que se debate heroicamente por su libertad contra la invasión extranjera. Cuando al fin embarcó de corresponsal de guerra del *New Masses*, todos sabían que cambiaría enseguida su corresponsalía por un fusil. Y la cambió por un fusil y por un comisariato; no se conformó con darle su brazo a la revolución social y le dio además su cerebro. Allá lo debieron de haber visto en pleno resurgimiento, como lo conocí en la cárcel, dueño otra vez de su confianza, de su hermoso vigor confiado; ya agigantado por la experiencia y por la concepción de la meta precisa.

Pablo de la Torriente Brau, nutrido de su crisis, salvado, marchó al lado del pueblo español —que en estos instantes es el pueblo del mundo— a enfrentarse con la muerte, en su ansia de libertad. Cambió su corresponsalía militante por un fusil. Nosotros vivimos maravillados a fuerza de imaginárnoslo en una carga, marchando delante de las milicias populares, dueño de la verdad; vivimos maravillados incluso de su muerte frente al enemigo, como un símbolo antifascista, vibrante en la garganta su última voz de mando.

No es una frase dictada por la amistad el lamentar no haberlo visto más en Cuba, sino por la admiración y aun por la envidia. Pensar en él no nos sugiere ningún responso, lo concebimos pleno de vida y de grandeza, de tanta grandeza que aun para escribir estas palabras nos sentimos insignificantes y sólo lo hacemos pensando que, al divulgar nuestra admiración, honramos su memoria y fortalecemos aún más el frente antifascista en cuyas primeras filas él dio su vida generosa.

*Emilio Roig de Leuchsenring**

**Pablo de la Torriente Brau:
una vida ejemplar y una muerte gloriosa****

La vida breve, pero agitada, intensa y fecunda, y la muerte gloriosa de Pablo de la Torriente Brau, ofrecen admirables ejemplos y enseñanzas, que yo me propongo hacer resaltar esta noche ante vosotros, como contribución que considero la más adecuada y provechosa a este homenaje justísimo que sus organizadores tributan a Pablo de la Torriente, no sólo por el galardón que conquistó, después de muerto, en reciente justa literaria, sino también y especialmente por esos ejemplos y esas enseñanzas que Pablo nos dio con su vida y con su muerte.

Pablo de la Torriente fue modelo y símbolo de la actitud y la conducta que en nuestros tiempos deben mantener la juventud y los intelectuales; y también los cubanos todos, importa poco su edad o su sexo, que sientan sincero, limpio y desinteresado amor a su patria, entendida esta como Martí la consideró: humanidad, «aquella porción de la humanidad que vemos más de cerca y en que nos tocó nacer».

Pablo de la Torriente Brau fue estudiante en uno de los más críticos momentos que han vivido nuestra Universidad y nuestra República: cuando todos los males y vicios coloniales, no extirpados, ni siquiera aliviados por el establecimiento del régimen republicano, sino por el contrario, agravados y acrecentados con otros nuevos males, producto de la forma peculiarísima en que Cuba surge como Estado, con personalidad sólo aparente de himno y bandera, pero tan colonia factoría como lo fuera en los cuatro siglos de domi-

* Historiador cubano (1889-1964).

** *Facetas de Actualidad Española* [La Habana], año 1, no. 2, mayo de 1937.

nación española; cuando todos nuestros males y vicios, repito, culminan en una desoladora, burda y sangrienta tiranía. Pablo, estudiante, asiste al espectáculo bochornoso de un país en que todas sus llamadas «fuerzas vivas» están de rodillas ante el déspota analfabeto, ante el asno con garras, según la felicísima expresión de Rubén Martínez Villena. Y en ese cuadro de general rebajamiento observa que no faltan los intelectuales, porque, salvo excepciones honrosas, han sido los primeros en postrarse a los pies del tirano y prodigarle, uno y otro día, en la prensa, la tribuna, el folleto y el libro, el botafumeiro de su adulonería, de su servilismo, de su cobardía: de su *guataquería*.

¿Qué sucede en aquellos momentos en nuestra Universidad? Muchos años hacía ya que la tricentenaria Universidad de La Habana carecía de sentido porque estaba ayuna de ideología determinada, de orientación definida. Era sólo un lugar donde conseguían cátedra los profesionales más influyentes, más listos o más intrigantes, y donde se fabricaban títulos universitarios para que los hijos de familias acomodadas saliesen por el mundo a ejercer de abogados, de médicos, de farmacéuticos, de ingenieros, de pedagogos, ostentando ese pasaporte de inmunidad política o profesional que es en nuestros pueblos de origen hispano el título de *doctor*. Los profesores —y aclaro de una vez para todas que en cada una de las generalizaciones que haga esta noche van implícitas las excepciones naturales e inherentes a toda regla, y que entre nosotros han constituido merítísimas realidades— no eran ciertamente tales, sino abogados, médicos, políticos, que como un ornato más en su vida o como un gancho para mejor atraer clientes o correligionarios, tenían una cátedra en la Universidad. Y tanto es así, que en más de uno y de cien casos se aspiraba no a tal cátedra determinada, de acuerdo con los conocimientos y dedicaciones del aspirante, sino a una cátedra cualquiera, hoy a esta, y si no se ganaba, mañana a otra, porque a lo que se aspiraba era «a catedrático», con el fin de poner en el papel timbrado del bufete o la consulta o en el anuncio de los pe-

riódicos o en el cartel electoral, debajo del nombre y apellido: «Catedrático de la Universidad de La Habana».

Contra esta Universidad, sin sentido y sin orientación, se inició, el año 1923, un movimiento estudiantil con limitaciones estrictamente universitarias, en pro de mejoras y reformas de planes y procedimientos escolares, contra el profesorado inepto, contra la comedia de las oposiciones, demandando los muchachos a sus profesores... ¡que asistieran a clase, que supieran enseñar!

Más tarde, en el año 1927, la revolución estudiantil se salió de los límites del recinto universitario para tomar orientaciones político-sociales. Y fue la voz estudiantil la primera que colectivamente se alzó contra aquellos polvos de la prórroga de poderes y reforma constitucional que trajeron los lodos de la oligarquía dictatorial. Los muchachos protestaron contra ese nefando proyecto que no tenía más objeto que lograr la continuación en el poder de los funcionarios electivos, a espaldas y contra la voluntad popular. En los años de 1923 y 1927 los catedráticos no acompañaron en su actitud magnífica a los estudiantes. En la primera de esas épocas porque estaban a la defensiva. En la segunda, porque la *guataquería* o la indiferencia política imperaban en ellos como, según dije, en todas las demás «fuerzas vivas» de nuestra sociedad. Unidos al gobierno, los profesores lograron aplastar el movimiento, y expulsaron de la Universidad por varios años a los más caracterizados líderes estudiantiles. Y cerca de un centenar de muchachos tuvo que abandonar forzosamente sus estudios, y muchos de ellos la República, perseguidos y acorralados por la furia gubernativa. Es verdad que poco antes, el dictador en ciernes había sido proclamado «doctor *honoris causa*» de la Universidad. Pero la lucha continuó. Y la campaña que desde los claustros universitarios habían iniciado los estudiantes, ahora, expulsados de ellos, la continuaron en la calle y en la plaza, en la conspiración y en el exilio. Y al conjuro del civismo estudiantil de Pablo de la Torriente Brau, de Rafael Trejo, de Gabriel Barceló,

para no citar, por todos ellos, más que tres nombres gloriosos de estudiantes desaparecidos, se despertó el civismo de la demás clases sociales de Cuba. A su constancia y entusiasmo se mantuvo latente el entusiasmo y la constancia de la oposición. Ellos fueron maestros de ciudadanía de sus profesores, logrando que estos se incorporaran al movimiento opositor contra la dictadura. Y justo es reconocer que numerosos de aquellos profesores secundaron de manera noble, viril y ejemplar los empeños cívicos iniciados por los estudiantes, sufriendo también los maestros, persecuciones, destierros, prisiones, y hasta la muerte uno de ellos, el doctor Gonzalo Freyre de Andrade.

Pablo de la Torriente Brau a la vanguardia de la denuncia y protesta públicas contra la dictadura. Fue herido con Trejo en aquella mañana luminosa de heroica tragedia del 30 de septiembre de 1930. Y después sufrió prisiones y destierros.

Pablo de la Torriente Brau supo cumplir de joven el papel y la misión reservados a la juventud como una de las fuerzas morales con que al decir del gran maestro de la juventud hispanoamericana, José Ingenieros, cuenta el mundo contemporáneo: la misión trascendental de tocar a rebato en toda generación, de hacer que los pueblos, rompiendo con tradiciones, creencias, prejuicios, intereses creados, avancen y progresen, convirtiéndose así la juventud en cada época, en levadura moral de los pueblos. Y porque así cumplió su misión de joven Pablo de la Torriente Brau, y porque de esa manera dio a la juventud de hoy y a la del mañana y a la de todos los tiempos esos ejemplos y esas enseñanzas, merece de nosotros perenne e imperecedera gratitud.

Pablo de la Torriente Brau supo mantenerse, antes y después de la caída de Machado, en el papel señalado por Ingenieros a la juventud. Él sabía hacia dónde iba y que no había llegado aún; que como ha dicho Ingenieros, «quien pone bien la proa no necesita saber hasta dónde va, sino hacia dónde, pues los pueblos, como los hombres, navegan sin llegar nunca; cuando cierran el velamen, es la quietud, la muerte».

Y la voz de juventud de Pablo de la Torriente Brau sigue y seguirá oyéndose, a través del ejemplo de su vida y de su muerte, tocar a rebato, hoy y mañana, en el universal e insatisfecho anhelo de una humanidad más justa, más humana, sin fronteras de odios mercantilistas o raciales, sin divisiones ahondadas por clases explotadoras; humanidad cimentada en la paz y el trabajo, a la que él consagró su vida y por la que murió.

Quien así actuó de joven, de estudiante, tenía, forzosamente, que ser modelo y símbolo, también, de intelectual. Pablo de la Torriente Brau, como un verdadero intelectual moderno, supo conocer, sentir e interpretar en todos sus trabajos los múltiples, hondos y trascendentales problemas políticos, económicos y sociales que agitan a la humanidad de nuestro tiempo. Fue artista pero antes que artista, hombre. Orientador, propagandista, luchador, héroe y mártir, como lo habían sido, antes de él, o junto a él, Julio Antonio Mella, Rubén Martínez Villena, Gabriel Barceló. Como lo fue, antes de todos ellos, José Martí, que entre nosotros esta actitud de los intelectuales y artistas modernos tiene gloriosos y cubanísimos orígenes, en quien como Martí, temperamentalmente nacido para el arte y las letras, no escribió jamás una línea en la que no palpitará el empeño, que fue toda su vida, de conquistar para su pueblo una patria económicamente libre, con decoro y justicia, base fundamental de la trascendente obra internacionalista y americanista de nuestra América, que se propuso llevar a cabo y por la que ofrendó su existencia, haciendo buenas, con el sacrificio de la vida, todas sus prédicas y todas sus enseñanzas.

No fue Pablo de la Torriente de esos titiriteros y malabaristas del pensamiento, de la palabra o del color, que viven encerrados en la torre egoísta, segura y productiva de su apoliticismo, o que si por circunstancias, casi siempre ajenas a una consciente decisión, se enrolan en alguna campaña o algún movimiento de esta índole, resultan en ellos simples autómatas o aprovechados comparsas, que como

dice Luis Araquistáin, «van en la cabalgata; pero el corazón y la cabeza están lejos»; ni como aquellos otros seudointelectuales modernos, iconoclastas irreductibles en lo que a las letras o bellas artes se refiere, pero enyugados al carro de todos los prejuicios y convencionalismos religiosos, civiles y de clase, cuyo radicalismo, de un vanguardismo avacista, no les impide, sino que parece les facilita, militar en los campos más retrógrados y conservadores político-sociales y hasta vivir en complicidad con los regímenes más inaceptables, no ya para radicales revolucionarios como ellos pregonan ser, sino hasta para los más tímidos y pacíficos liberales, incorporándose —vendidos o sometidos— al servicio del imperialismo, del capitalismo y del despotismo.

Pablo de la Torriente Brau, intelectual moderno, supo realizar durante su vida admirable labor revolucionaria de depuración y renovación, tanto literaria y artística, como político-social.

Y no veo que puedan sustraerse los intelectuales y artistas modernos a desempeñar esa doble misión, si su radicalismo artístico es sincero y honrado y no *pose* aristocrática de falsas minorías selectas o simple *camouflage* de incapacidad e incompetencia; misión que consiste en ser consecuentes con sus ideas y sentimientos, poniendo su talento y su arte al servicio de la cuestión político-social; misión que estriba en que esos intelectuales y artistas modernos no dejen de ser hombres por querer ser más artistas.

Y ni el artista ni su obra han de sufrir menoscabo por ello. Todo lo contrario. Como justamente afirma el escritor mexicano Gutiérrez Cruz, «la importancia de la obra está en razón directa de la importancia del sentimiento que trasmite. Ninguna obra ha perdurado por la perfección de la forma; todas las obras inmortalizadas, lo están por la trascendencia social que tuvieron en su momento de vida. Recuérdese la Divina comedia, el *Quijote de la Mancha*, las epopeyas de Homero, y hágase una consideración del papel social y político que desempeñaron».

Titiriteros y malabaristas o artistas y hombres, ese es el dilema que a cada uno de los intelectuales modernos —sinceros y honrados— se les presenta en la hora de ahora; dilema que supo resolver sin vacilaciones Pablo de la Torriente Brau, colocándose en todo momento y en todos sus trabajos, como intelectual moderno, sincero y honrado que era, no al lado de lo que Mella llamó el «fossilizado y reaccionario arte por el arte», sino con la muchedumbre, con el pueblo, con los pobres y los oprimidos de la tierra, con quienes Martí echó suerte e hizo causa común, «para afianzar el sistema opuesto a los intereses y hábitos de mando de los opresores»; con esos a quienes Martí llamó «hermanos queridos»; con esos, de quienes refiriéndose a sus «manos rudas y espíritus blandos», expresó: «yo estrecho con gozo toda mano callosa», con esos, de quienes declaró: «mientras haya un pobre, a menos que no sea un perezoso y un vicioso, hay una injusticia».

Pablo de la Torriente Brau, internacionalista convencido, por sus ideas y por sus actividades, supo ser y fue un cubano ejemplar.

Desde los años mozos consagró su vida al servicio del decoro y bienestar de sus compatriotas y de la felicidad y engrandecimiento de su tierra. Sus luchas no pueden haber sido más noblemente inspiradas y más desinteresadamente realizadas. Sus estudios y su carrera, los sacrificó por Cuba y por los cubanos. Y su pluma de intelectual moderno la esgrimió, también, siempre en favor de toda causa noble y justa que redundase en beneficio de nuestro pueblo.

Fue igualmente ejemplar cubano, por haber sido un magnífico luchador antimperialista.

El imperialismo no es sólo, como muchos creen, la expansión territorial de un pueblo grande, fuerte y poderoso, a expensas de otro pueblo pequeño y débil; la intervención armada mediante el desembarco de elementos navales y militares, o la ingerencia política a través de la acción diplomática. El imperialismo es todo eso, pero también, y hoy principalmente, es, dicho en lenguaje llano, la penetración

económica al amparo de tratados comerciales, de empresas monopolizadoras de servicios públicos y artículos de primera necesidad; el apoderamiento de la tierra y la economía nacionales para mejor explotar las riquezas del suelo y del subsuelo y con más facilidad sojuzgar a sus pobladores, en contubernio con los malos políticos y gobernantes nativos.

Nunca me cansaré de repetir, y es esta oportunidad preciosa para mantenerlo una vez más, que para el cubano el antimperialismo no debe ser considerado como doctrina privativa de este o aquel partido, sino como programa y bandera del más puro nacionalismo, mantenidos y seguidos por cuantos, cubanos o extranjeros, vivan en esta tierra y la amen y se interesen por su bienestar y su engrandecimiento.

El antimperialismo es cubanismo, porque busca y persigue la conquista de la soberanía política mediante el rescate, de manos extranjeras y cubanas a las extranjeras serviles, de la tierra y la economía nacionales.

El antimperialismo trata de resolver los males y las dificultades que padece nuestro pueblo, yendo a lo hondo y vital, a las raíces de ellos: a las condiciones históricas, políticas, sociales y económicas en que Cuba se ha desenvuelto y vive desde los lejanos tiempos coloniales hasta los presentes días republicanos.

[...]

Dio, por último, Pablo de la Torriente Brau, admirable ejemplo de cubanismo peleando y muriendo en las trincheras de Madrid en defensa del pueblo español, porque él peleó contra la misma España, monárquica, clerical y militarista, contra la que pelearon los patriotas revolucionarios cubanos, héroes y mártires de nuestras luchas libertarias. Que por mucho que traten de desvirtuarlo los interesados defensores del mal llamado nacionalismo español, en esta guerra de España están, de un lado, los capitalistas, los grandes terratenientes, la clericanalla y los generalotes profesionales; y del otro lado, el pueblo trabajador, el campesinado, la juventud estudiantil, los intelectuales, la pequeña burguesía y cuantos son víctimas hoy en la Península de los mismos atropes-

llos y explotaciones que padecieron los cubanos bajo el despotismo de la metrópoli.

De nada sirvió que en 1931 desapareciese del tablado gubernativo el rey Alfonso XIII, se cambiase de bandera y de régimen político, si quedaban en España, aún no extirpados, el espíritu, los intereses y las raíces de la monarquía.

Como bien dijo Joaquín Maurín en su notabilísimo libro *Los hombres de la dictadura*, «la monarquía no era el Rey, sino todo lo que ella encarnaba... La monarquía era una sociedad anónima cuyos accionistas principales eran la Iglesia, el militarismo, las oligarquías financieras, el Banco de España, la aristocracia, los grandes latifundistas y los elevados dignatarios de la máquina del Estado. En esta sociedad anónima el monarca sólo desempeñaba las funciones de presidente». El presidente desapareció el 14 de abril de 1931, pero la sociedad anónima no se disolvió; y unas veces por la intriga y otras por el viejo sistema, clásico en la España monárquica, de los pronunciamientos militares, trató de levantar cabeza y adueñarse de nuevo del poder. [...].

Pablo de la Torriente Brau, al llegar a España como corresponsal de guerra, no se conformó con ser mero espectador y cronista de la contienda, sino que, por joven, por intelectual moderno, por cubano y por antimperialista, se creyó en el deber de poner no sólo su pluma, sino también su brazo y su vida, al servicio de la causa del pueblo español. Vio tremolando, de un lado, las banderas de la República y del pueblo, y del otro contempló la bandera gualda y roja y las enseñas fascistas, y se alistó en las filas de la República y del pueblo. Como joven, como intelectual moderno, como cubano y como antimperialista no podía seguir otro camino ni adoptar otra línea de conducta. No sólo sus opiniones e ideas político-sociales le indujeron a ello, sino también, seguramente, sus sentimientos. Pablo de la Torriente Brau cuando peleaba en tierra española contra la bandera gualda y roja tuvo que recordar y sentir en sus entrañas de cubano, que esa bandera era la misma que encubrió y amparó todos los crímenes del régimen español en Cuba; la misma que

presidió el fusilamiento de sus hermanos, los estudiantes asesinados el 27 de noviembre de 1871 por las turbas reaccionarias y los generalotes cómplices; la misma bandera que recogió las últimas maldiciones de los patriotas, hombres y mujeres, prisioneros de guerra y pacíficos, asesinados cruelmente en la manigua insurrecta o en los poblados; la misma bandera que contemplaba izada en las fortalezas y edificios públicos los centenares de millares de reconcentrados, hombres, ancianos, mujeres, niños, que morían de hambre, víctimas del bando salvaje de un salvaje generalote... Y cuando Pablo de la Torriente Brau la contempló enarbolada por Franco y los demás generalotes derechistas de hoy, sucesores y herederos de aquellos autocráticos y sanguinarios generalotes que padecimos los cubanos —los Tacón, los O'Donnell, los Valmaseda, los Concha, los Weyler—, sin duda, al pelear contra aquella enseña gualda y roja, desde las trincheras, y a campo raso, se imaginó que peleaba también, como sus compatriotas del 68 y del 95, por Cuba Libre.

Y así murió, en tierra española, peleando allá, por la misma causa y los mismos ideales por los que había luchado en Cuba; por el cabal disfrute para el pueblo —español o cubano— de la tierra y la economía nacionales.

*Diana Abad**

Pablo, destello internacionalista**

Pablo de la Torriente Brau nació en San Juan de Puerto Rico, el 12 de septiembre de 1901. Murió en Majadahonda, España, Comisario Político del Primer Batallón Móvil de Choque, el 19 de diciembre de 1936. Desde entonces, y por siempre, su figura ejemplifica al intelectual revolucionario, o más exactamente, al revolucionario —convicto y confeso como se proclamara Mariátegui— que arremete incesante y utiliza como un arma más el oficio de escritor.

Hasta 1930 Pablo es «perfectamente desconocido»; así lo declara, con asombro, después de ver cuánto título tiene (Fundador y Presidente perpetuo de la Sociedad Geográfica Internacional de Excursiones Marítimo-Terrestres; Fundador y Presidente de Honor de la Sociedad de Críticos Internacionales de Paraíso, en los teatros habaneros;; Miembro de Línea de la Real Academia de Foot Ball Intercolegial del Club Atlético de Cuba; Caballero Gran Medalla de Oro, con distintivo negro-anaranjado, de la Orden de la Unión Atlética de Cuba; Decano de la Sociedad de Empleados del Bufete Giménez, Ortiz y Barceló, en comisión al servicio del doctor F. Ortiz; Mecnógrafo de Mérito; Taquígrafo graduado; Alumno de Dibujo de la Escuela Libre dirigida por el pintor Víctor Manuel y domiciliada en cualquier café de La Habana; Ex-Redactor anónimo de periódicos desconocidos; Socio de Pro Arte Musical; de la Hispano Cubana de Cultura; del Centro de Dependientes y de Gonzalo Mazas, etc., etc.) y que él expone en la autopresentación de *Batey*, su

* Profesora e investigadora cubana (1943).

** Publicado en: *Bohemia* [La Habana], año 66, no. 3, 18 de enero de 1974, pp. 100-107.

primer y único libro de cuentos, escrito a la mitad con Gonzalo Mazas Garbayo.

Con anterioridad a esto, se sabe que había escrito, en 1920, un artículo biográfico sobre el general Emilio Núñez para el periódico *El Nuevo Mundo*, editado por los veteranos; en 1927, unos versos puestos en la parte inferior del dibujo que hiciera de la cabeza de John Barrymore y, por último, en 1929, los versos «Motivos del viaje bajo la noche lunar».

De todos modos, Pablo entiende que hay que explicar, con respecto a la ignorancia en que ha permanecido, el hecho de sus relaciones con el mundo de los famosos. A Rubén Martínez Villena lo conoció jugando a la pelota en la azotea del bufete. «Por entonces Rubén decía, junto con Julio Antonio Mella, que murió de asesinato en México, cosas furibundas contra Alfredo Zayas... ¡Quién les iba a decir que, a través de la Historia que aquel nunca escribió, iba a aparecer más tarde como un espíritu seráfico... angélico... perfecto... perfecto... perfecto...!» Pablo vibraba por el deporte, y Rubén apenas hablaba con él de otra cosa que de *records*, *averages* y hazañas olímpicas; supo por casualidad que estaba escribiendo algo y se encargó de publicar su primer trabajo. «Y este es todo el *affaire* literario que ha habido entre Rubén Martínez Villena, ex versificador, aunque maravilloso y actual poeta activo, y yo.»

Del doctor José María Chacón y Calvo dice que ha elogiado siempre su aspecto de pelotari en cancha y ha criticado cada vez que se le presentó ocasión, la fea costumbre que tiene de afeitarse solamente tres veces por semana. «Además, me ha pronosticado que seré humorista, y como crítico al fin, aunque inteligente, me ha encontrado ciertas influencias de señores a los que jamás he leído... (Señores, yo he leído mucho a Alejandro Dumas, Emilio Salgari, Víctor Hugo, José Martí y Edgar Poe)... Sea dicho todo, por honradez y agradecimiento.»

Finalmente, nos dice que con el doctor Fernando Ortiz está aprendiendo muchísimas cosas que en lo absoluto le

interesan, pero que a veces le hacen gracia, como por ejemplo, averiguar en una misma semana todos los chismes de la virgen de la Caridad del Cobre y del Barón de Humboldt. «Por lo demás, y para que nunca se encuentren deficiencias en mi perfecta labor mecanográfica, yo tendré buen cuidado en evitar que él sepa cómo yo a veces me distraigo pensando alguna truculencia...» Por esos motivos también, porque sus relaciones con el mundo famoso son bien limitadas, Pablo opta por presentarse él mismo y con todos los detalles, aun los físicos.

Batey aparece en febrero de 1930; entre enero y junio, la *Revista de La Habana*, en sus números 1 y 2, da a conocer, respectivamente, «7x6» y «Las Olimpiadas Centroamericanas». En julio contrae matrimonio. Poco después, traba amistad con un joven estudiante universitario, Raúl Roa, que le habla de su libro y Pablo a él de Rubén; el tema político es ineludible y con ello, una vez más, cobra presencia Rubén.

Se reanuda el combate

La huelga general del 20 de marzo, dirigida por el Partido Comunista y la CNOC (Confederación Nacional Obrera de Cuba), tuvo en Rubén —asesor legal de la CNOC y la FOH (Federación Obrera de La Habana)— su máximo organizador; fue la respuesta obrera a la suspensión dictada por el Gobierno contra la CNOC, extendida a la FOH y otras organizaciones obreras no amarillas, así como el respaldo de los trabajadores cubanos a la consigna orientada por la CSLA (Confederación Sindical Latinoamericana) de celebrar ese día como «Día Continental del Desempleado». No obstante la represión sistemática ejercida contra el movimiento obrero, la reclusión en presidio, la deportación o el asesinato de sus cuadros más capaces, este demostraba su pujanza con un paro general de veinticuatro horas, hecho, por la envergadura alcanzada, sin precedentes en nuestra historia.

Otro tanto aconteció con la conmemoración del 1º de Mayo: las manifestaciones y mítines efectuados ese día arrojaron un saldo de dos obreros muertos y numerosos heridos. Cada vez más se inflama la protesta («el país ha vuelto a darse cuenta de su fuerza», señala Varona), y el estudiantado universitario, de breve pero intensa práctica de lucha, foco de enfrentamiento abatido y desvertebrado por los golpes de la dictadura, reorganiza sus fuerzas.

Los contactos perdidos durante las vacaciones se restablecen con celeridad; las reuniones clandestinas se efectúan en el local de la Asociación de Estudiantes de Derecho. A esos grupos estudiantiles se incorpora Pablo. Un día, el maestro Enrique José Varona, en declaraciones públicas, deplora la pasividad en que han vivido los estudiantes universitarios desde la expulsión arbitraria de sus compañeros en 1927; Cuba vive los momentos más trágicos de su nada brillante historia republicana; son los más sombríos que en su larga vida haya visto. Como ha dicho Roa, aquellas palabras, aunque injustas, fueron como un puñado de ortigas resregadas en carne viva. Para ellos se hizo cuestión de amor propio demostrarle al viejo mentor que eran sus legítimos discípulos.

La ocasión la brindan el Rector interino y el Consejo Universitario al posponer la apertura del curso académico, que se efectuaba tradicionalmente el 1º de octubre, para después de realizadas las elecciones parciales de noviembre. Los estudiantes calan el sentido político de la medida dictada; acuerdan el plan de acción y determinan el 30 de septiembre como la fecha indicada para reabrir el combate «contra Machado y sus lacayos nacionales y universitarios». Se constituyen en Directorio Estudiantil Universitario y plasman, en manifiesto dirigido al pueblo de Cuba y cuyo depositario será el maestro Enrique José Varona, los propósitos que los animan:

- a) Ratificar su solidaridad con los expulsados de 1927 y reconocerse «los continuadores de su enérgica y limpia ac-

titud», que están, como ellos, «dispuestos a cuajar de sentido la palabra sacrificio».

- b) Protestar contra la suspensión de clases dictada por el rector Martínez Prieto y el Consejo Universitario, al tiempo que se recaba la colaboración de los profesores antimachadistas. «Nuestros profesores, salvo honrosas y contadas excepciones, han sido los mantenedores intelectuales de la Dictadura. Apoyaron la Reforma Constitucional y la Prórroga de Poderes. Más de una vez manifestaron públicamente su alborozada adhesión a la tiranía. Expulsaron a nuestros compañeros de 1927 por haberse pronunciado contra las violaciones repetidas de la voluntad popular. Y cuando el Ejército ocupó, hollándolo, el recinto Universitario, salvo también honrosas y contadas excepciones, se hicieron cómplices con su silencio [...]. Ahora bien, si Machado hace Política en la Universidad por intermedio del Rector y del Consejo Universitario, los Estudiantes y profesores tenemos igual derecho a hacerla y de la buena.»
- c) Exigir la inmediata renuncia del Presidente de la República. «El propósito central que nos impulsa esta vez es coadyuvar con nuestras fuerzas a la caída del régimen. Machado es nuestro objetivo. Machado es el verdugo del pueblo cubano. [...] Y no es esta la aspiración de una minoría descontenta: es el CLAMOR UNÁNIME DEL PAÍS, dispuesto a lograrla por todos los medios y procedimientos y a trueque de todos los sacrificios, aun el supremo de la propia vida, pues como postulara Martí, «Los derechos no se mendigan, SE ARRANCAN.»

Canción impotente y sombría

Esa mañana, «la loma de la Universidad amaneció manchada de azul. Eran patrullas de la policía». Los sucesos del

30 de septiembre —narrados con posterioridad por Pablo en «La última sonrisa de Rafael Trejo»— desencadenaron, a todo lo largo y ancho del país, la lucha contra el machadato.

La muerte de Trejo será bandera de lucha. Convaleciente aún de su herida, Pablo presenta el «Informe oficial estudiantil sobre los sucesos del 30 de septiembre» (octubre de 1930). Mordaz en extremo, denuncia la responsabilidad —connivencia— de las autoridades universitarias con las fuerzas represivas del régimen. A estas, a los Hermanos Lobos, las remacha al decirles que no se les odia, que únicamente se les desprecia un poco, porque, después de todo, se comprende que sólo han cumplido con el deber, «¡Y el deber, para los hombres pobres de espíritu, como ustedes, no tiene límites!...» «¡Arriba muchacho» (noviembre de 1930) es el llamado al combate a la juventud colérica y vehemente, encendida y arrolladora como las llamaradas de la revolución. «Podrida está la generación que hizo la República. Está podrida y apesta. ¡Echémosla al cesto!... ¡Y que nos siga, con renovado aliento, el viejo que conserva limpia su vergüenza!...».

La historia republicana se comprende en términos de desvergüenza política; los políticos de oficio, los ya conocidos generales y doctores, nada pueden aportar excepto su oportunismo. De ahí la necesidad imperiosa de afirmarse sin vinculaciones ni aspiraciones políticas; de ser, ante el pueblo de Cuba, una fuerza moral, pura, que expresa el empeño renovador. Para ellos, jóvenes que irrumpen en el escenario nacional, es menester, para surgir, destruir ese pasado y, de sus hombres, respetar y amar «a los que entonces tuvieron proyección de futuro; los que entonces tuvieron un proyecto más allá del que realizaron».

«Hermanos Lobos» y «¡Arriba Muchachos!», los primeros escritos de índole política que conocemos de Pablo, recogen ese sentir unánime de la juventud universitaria. Pero Pablo va más allá. Si lo que se proclama —recuérdese el Manifiesto del 30 de septiembre— es la condena al machadato por sus crímenes y latrocinios, ya en «¡Arriba

Muchachos!» el rescate de la república, la crítica a la generación que la ha podrido, la apuntala, abiertamente, no sólo en sus desvergüenzas sino en la venta al extranjero que ha realizado de la misma.

Así, lo vemos juntando filas con los estudiantes de ideología de izquierda. No se pretende dividir al movimiento estudiantil, se trata de encauzar rectamente, «por sobre el obstáculo actual, la lucha contra el imperialismo yanqui»; de «ampliar el radio de acción de la lucha hasta su verdadera raíz». De no lograrse al respecto el acuerdo entre los componentes del Directorio Estudiantil Universitario, la separación se hace inevitable. Tal es el asunto que se desea tratar en la reunión del Directorio, el 3 de enero de 1931, cuando son detenidos por la policía. A partir de ese día, las «tánganas» estudiantiles quedarán atrás. En lo adelante, la militancia revolucionaria de Pablo se depurará en las jornadas interminables del presidio político, la vida en el semiclandestinaje y el exilio. «105 días preso» será el cálido testimonio, y la propaganda política directa, a través del cual dará curso al recuerdo de las horas, ya de alegría o de hondas preocupaciones, vividas en la cárcel desde el 3 de enero. Junto a las «Fiestas del Chiviricuán» conoceremos la huelga de hambre, propuesta por Pablo, para garantizar la vida de tres compañeros presos, expulsados del 27 que regresaron a Cuba para incorporarse a la lucha, y que han sido trasladados a sitio ignorado; las galeras del Castillo del Príncipe y la denuncia del asesinato del obrero José Wong. «105 días preso» serán las horas dedicadas al recuerdo sagrado de Julio Antonio Mella, al cumplirse el segundo aniversario de su asesinato en México; al homenaje a Martí; a las lecturas y el estudio colectivo; y serán, también, las de la polémica ideológica.

Del grupo de estudiantes que cayeron presos, «sólo cinco individuos estaban plenamente convencidos de la influencia nefasta y omnipotente que el desbordado capital norteamericano ejerce sobre la política cubana». Ellos integraron en

la cárcel el Ala Izquierda Estudiantil de Cuba, organización revolucionaria que agrupó en su seno a los estudiantes antimperialistas y comunistas y en la cual, desde su inicio, militó Pablo.

El AIE, a diferencia del DEU, situará en el primer plano de la lucha estudiantil la conexión orgánica entre el imperialismo yanqui y el sistema político-económico imperante en Cuba, así como el reconocimiento de la existencia de la lucha de clases en la sociedad y el papel hegemónico que el proletariado desempeña en ella. En el Manifiesto Programa, fechado en febrero de 1931, el AIE señala:

Para que la lucha de los estudiantes sea en beneficio de los intereses de la mayor parte del pueblo, los obreros y campesinos, tiene el movimiento estudiantil que ser un movimiento contra el Imperialismo, que tiene esclavizado y en su poder nuestro país, riquezas y pueblo, contra aquellas partes de la burguesía de nuestro país que lo sirven y apoya.

Se entiende que, en tanto Cuba es de hecho una colonia del imperialismo yanqui, y que los partidos burgueses, estén en el gobierno o al lado de la oposición, son partidos que no están en contradicción con el imperialismo yanqui, por el contrario, lo apoyan y sirven, toda concepción de la lucha que no tome en cuenta estos factores conduce sólo —aunque no se albergue la intención de tal resultado— a propiciar el cambio simple de los partidos políticos en el poder, a la sustitución de unos nombres por otros y, por ende, a mantener intactas las verdaderas causas del mal.

Para Pablo, al igual que para sus compañeros, el problema cubano no puede reducirse a una renovación de hombres, a «una inyección de decencia en todos los sectores del Gobierno»; Cuba necesita, ante todo, la modificación sustancial de su estructura histórica colonial. Por consiguiente, hay que tener «la audacia y el desinterés necesario para saltar, del ideal de lucha más cercano y accidental, al más remoto y fundamental», aun cuando este sea de

posibilidades reales mucho más difíciles de lograr por el momento.

Los muchachos del Directorio, a quienes, en su inmensa mayoría, les une una amistad fraternal, «estrechada en la lucha de la calle y en las horas de prisión», saben que no es posible hacer ataques disimulados ni tibios, sino directos y rudos. En la cárcel o en la semiclandestinidad —por ejemplo, en *Línea*, órgano oficial de AIE—, no deja escapar oportunidad alguna de debatir las posiciones que los separan; lo que importa es ganar claridad en los fines para orientar correctamente la lucha, fortalecer las propias filas y convencer, atraer, a los que considera errados en sus proyecciones.

Un poco más de dos años consumió Pablo en las cárceles (enero-abril de 1931 y agosto de 1931 a mayo de 1933). Del recuerdo de esta época nos llega, por encima de las barreras impuestas entre la derecha y la izquierda, la personalidad abierta y vibrante de Pablo. La reclusión comportaba una situación extraña: se desconoce el tiempo que puede prolongarse el cautiverio y poner límites a su duración es inútil. El convencimiento de esto último, y la costumbre de la cárcel, lo lleva a adoptar normas de vida peculiares: se divide el tiempo de tal forma que hasta hay momentos en que el día le parece corto. De entre todas las actividades, el estudio ocupa un lugar preferente. Si con anterioridad, durante la primera detención, leyeron o debatieron los trabajos de Julio Antonio Mella, José Martí, José Carlos Mariátegui, Plejanov o Leland Jenks, ahora sistematizarán el estudio fundando «Academias», cada una con su grupo de alumnos o «miembros», donde se abordará la historia de la filosofía, la revolución francesa o el materialismo histórico y dialéctico. Si por las mañanas Gabriel Barceló, el amigo entrañable, lee y explica *El capital*, se dedicará también, junto con Pablo, a verter al español *El materialismo histórico* de Bujarin. Porque para ellos, el tiempo de presidio no puede constreñirse a la inactividad forzosa, sino que es función que se cumple con la mira puesta en el objetivo ideológico.

Pero vivir por dos años consecutivos en el «presidio modelo» significa, de pronto, asomarse «atónitos, al borde de aquel remolino de inmundicia, que arrastró en vértigo un clamor confuso de voces de espanto; aullidos de los locos aterrorizados; explosiones de los disparos homicidas; estertores angustiosos de hombres estrangulados por sorpresa [...]. ¡Rumor estremecido de un mundo indescriptible, que dejó enferma de recuerdos mi imaginación!... ¡Para siempre!...».

Leer «La isla de los 500 asesinatos» (enero de 1934), o *Presidio Modelo* (concluida en Nueva York en 1935 y publicada en 1969), es revivir con Pablo la realidad desgarradora, sin horizontes, del régimen penal en Cuba. No en abstracto, sino con hechos, datos y cifras, denuncia públicamente las condiciones en que viven los hombres condenados por la sociedad, o más exactamente, acusa a la sociedad, al régimen social que aísla a los hombres, los somete y degrada por el terror y los aniquila.

La muchedumbre en marcha

Esta actitud no la abandonará jamás. La victoria popular frente a Machado posibilita el regreso a Cuba de los exiliados políticos, entre los que se encuentra Pablo. Para algunos, como es el caso de Rubén y Gabriel Barceló, la etapa que comienza es la determinación de volcar lo que les queda de vida, sus últimas energías, en el trabajo revolucionario. Para otros, como Pablo, ella sólo puede implicar el combate que continúa.

Año y medio de trabajo en Cuba (septiembre de 1933 a marzo de 1935). Los primeros meses (septiembre a diciembre de 1933) estará enfrascado en actividades que van desde la atención que reclaman las responsabilidades que ocupa dentro de la dirección de AIE, sirva de ejemplo las labores preparatorias de la Primera Conferencia Nacional del AIE, hasta las gestiones que realiza —obtención de las pruebas documentales sobre los crímenes y atropellos cometidos en

el Presidio Modelo— en pro de la aplicación de la justicia revolucionaria.

A partir de enero de 1934 Pablo se incorpora definitivamente al periodismo nacional. Su puesto de trabajo, desde las páginas del periódico *Ahora* (ciento diecinueve trabajos publicó sólo en *Ahora*), marca un ritmo tenaz de denuncia y batalla frente a la contrarrevolución representada en el poder por Batista-Mendieta-Caffery. Actor y cronista singular, sus artículos y reportajes recogen la amplia gama de acontecimientos vividos entonces. Ya se trate del movimiento estudiantil que intenta realizar la depuración universitaria; del campesinado que defiende el derecho a la tierra en el Realengo 18, las masacres perpetradas contra los obreros en los centrales; los negocios turbios que perviven; la evocación del compañero que ha muerto o la represión que se intensifica contra la protesta estudiantil y popular, cada página escrita por Pablo entraña un tomar posición, una verdad para desenmascarar y una fuente de reflexión.

A costa de golpes propinados a los grupos de oposición, el aparato militar, en manos de Batista, ha logrado imponer su dominio absoluto. Ya no hay lugar para conservar la ilusión de que el imperialismo, representado por Caffery, retire su apoyo a la dictadura militar de Batista; aquella, al iniciarse el año 1935, se ha desvanecido y será liquidada, por completo, con los acontecimientos de marzo.

En el ambiente universitario, por ejemplo, al descontento sucede la rebeldía, y el estudiantado, a través del Comité de Huelga Estudiantil, converge en favor de la lucha revolucionaria. El sentir, ya desesperado, es unánime, y a él responde el movimiento popular cuando se lanza el llamado de huelga general contra el gobierno.

«Un terror feroz, como nunca se había visto en Cuba, ha sido la respuesta del Gobierno al movimiento de huelga revolucionario», comenta Pablo en su *Diario* al mismo tiempo que desespera en la redacción de notas que contrarresten las noticias publicadas por el *Diario de la Marina* y los

informes militares, o en la busca de «un contacto para salir por la noche a balacearnos, a morir acaso». Le duele la desconexión de los elementos de lucha; la falta de recursos para combatir; el que no se viera claro la importancia de una sugerencia suya, cuando propuso, al iniciarse las asambleas universitarias de protestas, «una emboscada bien hecha a la policía y al ejército y el exterminio de un buen golpe de ellos para, inmediatamente, iniciar con un golpe de audacia la revolución...»

Ahora, cuando al amparo del estado de guerra y los bandos militares dictados, el Gobierno logra reducir las acciones, cuando el ejército no se detiene ante ningún acto de terror y la huelga ya se puede considerar perdida, cuando todo parece indicar que la lucha será aplastada, sabe que su continuación será más ardua que nunca.

La voz de Martí

Pero la derrota sufrida no doblega sino que alecciona. Lanzado nuevamente al exilio, Pablo trabajará sin descanso por la revolución. De inmediato, participa en mítines y conferencias en los que se da a conocer el panorama de Cuba; contribuye en los esfuerzos desplegados por salvar la vida a los prisioneros de El Morrillo; funda, con otros compañeros exiliados, el Club José Martí bajo los auspicios de ORCA (Organización Revolucionaria Cubana Antimperialista). Participa en numerosos actos de profunda significación revolucionaria convocados, entre otros, por el Club José Martí, el Club Cubano Julio Antonio Mella o por ORCA: conferencia «Triunfos y derrotas de las revoluciones cubanas»; orador en las veladas conmemorativas del 24 de febrero, del 30 de septiembre, del aniversario de la muerte en México del gran líder antimperialista Julio Antonio Mella: conmemoración del 1º de Mayo... Estas actividades tienden a procurar, de una parte, la propaganda y la ayuda necesaria para proseguir la lucha y, de la otra, el esclarecimiento, la profundización, de los objetivos propuestos y las experiencias adquiridas por

nuestro pueblo en el proceso histórico de sus luchas revolucionarias.

En este sentido, Pablo escribe artículos para los periódicos y revistas llamados liberales, que, en su gran mayoría, le son devueltos, rechazados. Se alega que no contienen nada nuevo, pero él sabe que lo que planteaba en los mismos era nuevo aun en Cuba. No se hace ilusiones al respecto; si le han rechazado los que tratan sobre Batista o el dedicado a Carlos Aponte, muerto junto a Guiteras, no debe esperar la publicación de «Ayer héroes, hoy «bandidos»», donde le sale al paso a la campaña de prensa dirigida a denigrar a los revolucionarios cubanos, ya que la misma responde «a la razón de que nuestro pueblo, que por su historia ha demostrado no ser un buey manso, se niega y se negará siempre a ser conducido por los Embajadores americanos, servidores de los intereses de la banca, propietaria de los cañaverales interminables...».

Otro tanto acontece con «Cuba: escenario de lucha contra el imperialismo en el Caribe», pero ahora, con mayor motivo. El punto de partida que esgrime Pablo, es el recurso imperialista —utilizado en ocasiones anteriores para otros países de América Latina— de propalar la imagen de Cuba como la de un país en perpetuo estado de sangre y de barbarie, para desvirtuar con ello el sentido y alcance verdaderos de la contienda que se libra. Interesa ocultar la verdad porque lo que en Cuba se decide no es un problema local sino el empeño de un pueblo por obtener su liberación de las cadenas del imperialismo y esto, se comprende, «bien puede servir de ejemplo a muchos otros pueblos que ansiosos también buscan la oportunidad de comenzar el combate por su liberación [...]». Si en Puerto Rico, Santo Domingo o Haití, donde «el oro yanqui tiene sus trapiches más productivos, sus maquinarias más sangrientamente engrasadas», los combatientes no encuentran todavía la oportunidad para luchar, que dirijan sus esfuerzos hacia Cuba, donde la victoria significará no sólo un aliento de combate para las otras islas antillanas sino una ayuda material para

la lucha. Si no es posible desarrollarla en todos los frentes con igual intensidad, que «concurran a Cuba, a pelear allí, a sacrificarse allí, los antillanos todos que quieran la liberación de sus tierras. Porque hay que concentrar los fuegos ya que el enemigo también los concentra».

La lección espléndida, la de la derrota, se ha volcado en el reclamo, por encima de todo, a la unidad revolucionaria. En consecuencia, la alerta emitida, que borra las fronteras nacionales, se funde, en el orden interno, con la necesidad de lograr la integración, en un frente único programático, de todas las fuerzas antimperialistas. A tal fin responde ORCA, fundada en Nueva York, a principios de agosto de 1935, y de la cual Pablo fue secretario general.

En la etapa que resta de su exilio político en Estados Unidos, Pablo centrará los esfuerzos en las tareas propuestas por ORCA. Junto con Roa, asume la preparación, edición y distribución de *Frente Único*, órgano de propaganda de ORCA; confeccionado en formato pequeño, para facilitar su introducción clandestina en Cuba por medio de cartas, logran sacar varios números antes de que las autoridades cubanas detecten el lugar de su procedencia. El primer número de *Frente Único* aparece el 12 de octubre de 1935; del tercer número, fechado, el 28 de enero de 1936, conocemos dos trabajos de Pablo: «El muñeco de turno», en el que golpea violentamente la figura política de Miguel Mariano Gómez, recién electo presidente de la república. y «La voz de Martí», emocionado escrito donde se retoma la obra martiana —épico amanecer de la lucha antimperialista en América abatido con el balazo fatal de Dos Ríos—, en el dictamen de su voz: «La lucha antimperialista no está ya en su amanecer, sino en un día pleno y toda la revolución la pregona. Mas es preciso hacer lo que dicta la voz de Martí. Es preciso tejer a los hombres entre sí, corazón con corazón para ante la muerte y la libertad, a fin de que el pueblo responda vibrante de triunfo y, ahora como entonces, ordene a los nuevos mambises la pelea en las viejas maniguas.»

Le sigue el curso a los acontecimientos que inciden de un modo u otro, en el complicado panorama político de Cuba. Se está viviendo un momento de extrema variabilidad, confusión de factores y posibilidad contradictoria de resultados, expresa en «Álgebra y política» (carta a Raúl Roa, fechada el 13 de junio de 1936), cuando analiza, con visión aguda de los problemas, el momento cubano en sus relaciones con el imperialismo yanqui, la política local y el campo revolucionario. Para este último, las contradicciones que acusa en su seno —estrategias y tácticas de lucha diferentes— se traducen en hechos: los que están o no por el frente único como solución.

Venceremos, te lo aseguro

Él, que para vivir en el exilio, para ganarse la comida, caminó cientos de cuadras vendiendo *ice-creams* o trabajó en una factoría realizando labores de estiba durante nueve y hasta once horas en cada jornada; que se sostiene de su trabajo, escribiendo artículos, haciendo alguna que otra traducción, lavando platos o con las propinas que obtiene del empleo de camarero, siente que, tras año y medio en Nueva York, se ha vuelto un tornillo, uno de los diez millones de tuercas que conforman la ciudad. Lo ha visto con claridad durante el gran mitin de Union Square, el 30 de julio; allí, entre la multitud de banderas rojas y los gritos contra Mussolini y Hitler y los ¡vivas! al Frente Popular Español. Ir a España. Ese es su deber, así lo entiende, para aprender y contar a otros pueblos cómo se arranca la libertad y se aplasta el fascismo. «He decidido irme y me iré. Yo no hago ahora falta en Cuba. Voy a España ahora precisamente para darle a Cuba, a la revolución cubana, toda mi experiencia.»

Peleando con los milicianos recoge las crónicas y cartas que escribiera desde España. Ahí están las vivencias y las reflexiones del periodista cubano sobre la guerra espa-

ñola; del revolucionario inmerso en la contienda que no dudó ni por un instante en tomar el fusil y continuar el combate en ambos frentes. Su muerte en Majadahonda corona la entrega a la causa revolucionaria y la convicción inquebrantable en la victoria final. Su ejemplo lo sitúa, por derecho propio, junto a los hombres que lo dieron todo por la revolución. Recordémoslo en sus propias palabras: «Los ciudadanos de la revolución se llaman héroes y mártires. Y esa ciudadanía sólo se consigue con el sacrificio, el valor, el desinterés y la constancia. ¡Y sólo se otorga con la victoria o con la muerte!» Aliento de triunfo, supo apuntar el futuro.

*Raúl Roa**

Los últimos días de Pablo de la Torriente Brau**

Trece años van a cumplirse de la caída en Majadahonda, pluma en ristre y rifle al hombro, de Pablo de la Torriente Brau. Supe la aciaga nueva por un periodista, que me la comunicó apenas registrada en el teletipo de *El Mundo*; y a su instancia redacté, con el corazón estrujado, la nota de redacción en que se le rendía recio tributo a su talento, coraje y holocausto. Había decidido irse a España a combatir por la libertad, y a precio de vida pagaba la quijotesca aventura. Era el más impetuoso, noble y arrestado mozo de nuestra generación. Entre las páginas removedoras de *La Edad de Oro* —en las que aprendió a leer— podría inscribirse, retrospectivamente, su nombre, como incitación perenne a la vida heroica.

Conocí a Pablo en el estío de 1930. Hacía una semana que andaba yo a toda hora, con un libro bajo el sobaco. Ni que agregar tengo que aludo a *Batey*, una colección de cuentos cubanos, escritos una mitad por él y la otra por su fraterno amigo Gonzalo Mazas Garbayo. Inquirí la manera de encontrarlo. Me había asombrado su imaginación fabulosa, su estilo desenfadado, su pupila afiebrada, su afán de servicio, su corazón trepidante y su generoso amor a los que sufren, sueñan y pelean. Una tarde le fui presentado en el bufete de don Fernando Ortiz, donde trabajaba como secretario suyo. Era un mocetón alto, de musculatura atlética, pelo oscuro, frente dilatada, voz grave, mentón altivo, sonrisa franca, mirada diáfana y jocundo talante. De vez

* Político, escritor y profesor cubano (1907-1982).

** *Bohemia* [La Habana], año 41, no. 50, 11 de diciembre de 1949, pp. 45-53, 107-108.

en cuando, lanzaba una carcajada estruendosa que estremecía los cristales de las ventanas. Le hablé de su libro y me habló de Rubén Martínez Villena, el pálido poeta de bruñido temple.

El palique derivó, rápidamente, hacia el tema político. La atmósfera, densa y caliginosa, presagiaba tormenta. En la Universidad los estudiantes nos aprestábamos ya al ataque frontal a la tiranía y al imperialismo. Le referí, a trazos, nuestros planes y objetivos. Los ojos le relampaguearon y tornó a hablar de Rubén. Aludió, de pronto, a Teté Casuso. Se había desposado con ella hacía poco. Su amor de muchacho cuajaba radiante en el amanecer jugoso de su juventud.

—Te iba a invitar a que te unieras a nosotros —le dije—; mas, si acabas de casarte, va a ser difícil que puedas incorporarte a la lucha...

Interrumpiéndome bruscamente, replicó tajante y resuelto:

—Considérame ya incorporado. Yo siempre he antepuesto mi deber a todo. Teté sabrá comprender...

Y, sin darme tiempo a abrazarlo, me preguntó:

—¿Cuándo y dónde es la próxima reunión?

Nos despedimos con un vigoroso apretón de manos. Anochece. La ciudad se enguarnaldaba lentamente de ascuas. Yo iba silbando de júbilo. Había conocido a un hombre entero y verdadero. Y había anudado, también, la más limpia, alegre y honda amistad de mi vida. Juntos desafiamos las balas de los esbirros la mañana del 30 de septiembre. Juntos afrontamos los rigores de la persecución, de la cárcel y del destierro. Juntos luchamos por la liberación nacional y social de Cuba. Antes de embarcar rumbo a España, me eligió para recoger y publicar sus «papeles», si no regresaba vivo del frente. Ni siquiera ha regresado muerto: los zumos de su huesa aún alimentan los surcos ensangrentados de España. Había sido el primer hombre de América poseído por la fiebre de la revolución española. Y será, por eso mismo, el último en abandonar aquella tierra impudicamente vendida de «ría a ría de monte a monte, de mar a mar».

Pablo había decidido irse a España y se iría. Impedírselo, convencerlo de lo contrario, fue tarea inútil. En sus largas horas de insomnio, en los huecos relampagueantes del trabajo brutal, se veía ya confundido en el frente con el pueblo armado, entre milicianos sin miedo y sin tacha, uno más entre ellos, soldado de la libertad española, que es ser soldado de la libertad del mundo. Sus ahorros precarios los guardaba con generoso celo avaro. No tenía otra aspiración ni más pensamiento que allegar fondos para pagarse el pasaje. La fiebre de la revolución española se había posesionado de él, absorbiendo toda su capacidad de servicio, sus energías inagotables y su sentido heroico de la vida. Sus cartas evidenciaban su resolución inquebrantable.

Ramiro Valdés Daussá y yo intentamos, egoístamente, embridar aquella pasión volcánica, aquel ímpetu irrefutable de ofrendar la vida, por amarla mucho, a la causa de la justicia, que, si lo llevaba derechamente al país glorioso donde se debatían los destinos del mundo, lo arrancaba, acaso para siempre, de la revolución cubana, en la que tanta falta hacía. He aquí su respuesta admirable: «Es inútil. He decidido irme y me iré. Yo no hago ahora falta en Cuba. Voy a España ahora precisamente para darle a Cuba, a la revolución cubana, toda mi experiencia. Creo que, si por cualquier razón, me fracasara el viaje, me tirarían en un rincón a morir solitario, a morir de dolor y de rabia.»

Pudo, al fin, tras múltiples y denodados esfuerzos, zarpar proa a España como corresponsal de guerra de la revista *New Masses* y del periódico *El Machete*. Teté Casuso cuenta cómo aquel día memorable —no obstante el aullido agorero de un perro vecino durante la noche— todo él irradiaba confianza, alegría, luz. Iba embanderado de alborozo, como Sandokan se hacía a la mar revuelta en busca del leopardo inglés.

Fue a España; pero primero estuvo en París y después en Bruselas, en el Congreso Mundial de la Paz. Y, en un minuto de tregua, se llegó hasta Brujas, realizando así uno de los anhelos más hondos y sostenidos de su espíritu. Brujas, la

muerta, la ciudad silenciosa y romántica que inmortalizó Rodembach en sus versos crepusculares, debió sentir que un soplo de alegría primigenia la sacudía hasta la entraña al paso de Pablo por sus calles dormidas. De Brujas, cuyo recuerdo lluvioso se le clavó nostálgicamente en la retina, fue a Barcelona, vía Francia. Y de la ciudad condal —todavía palpitante de la jornada épica del 19 de julio de 1936— a Valencia y enseguida a Madrid, la urbe simbólica en aquel orto tremante de ilusiones.

Aquel Madrid, no era el Madrid sonriente, parlero, capitoso y sensual que trascendía, perfumado y rutilante, de las crónicas literarias. Era un Madrid responsable, viril, abnegado, heroico: un Madrid en pie de guerra por la independencia nacional de España y por la dignidad humana. Un Madrid cuajado de milicianos vibrantes y de proclamas marciales, de cartelones alusivos a los acontecimientos del frente y de niños huérfanos y mujeres despanzurradas por la artillería fascista y los bombardeos aéreos. Pablo debió sentir, ante la ciudad erecta, una conmoción visceral.

Como iba en funciones de corresponsal de guerra, se puso inmediatamente a la obra. Su primera gestión periodística fue en el invencible y castigado frente del Guadarrama. Allí, y en plena lucha epopéyica —lucha que sólo tiene par en la historia contemporánea con la guerra civil rusa—, conoció y trató al general Julio Mangada, y, también, allí, tuvo su bautismo de fuego y polemizó con el enemigo, de trinchera a trinchera.

La tribuna —escribió en crónica escalofriante por lo vivida— fue un parapeto sobre una roca. El escenario, la noche prelunar, densa aún y peligrosa. Mi contrario, un cura guerrillero. El público, los milicianos de la revolución española y los fascistas, insultadores, requetés, falangistas, guardias civiles y militares traidores. Los aplausos, ráfagas de ametralladora.

Vinieron entonces los días oscuros, difíciles y torturantes de la caída de Toledo y del retroceso paulatino y estremece-

dor hacia Madrid. Las gavillas uniformadas de Franco, equipadas y nutridas por Alemania, Portugal e Italia, en incontenible ofensiva, irrumpieron una mañana al otro lado del Manzanares, frente a la ciudad misma. Merece registrarse la fecha: 7 de noviembre de 1936. El alto mando fascista anunció esa propia noche por la radio que dos días después sus soldados cenarían en la Puerta del Sol. El «no pasarán» miliciano pareció ceder al «pasaremos de todas maneras» rebelde.

En esa coyuntura angustiosa, cuando la caída irremisible y fulminante de Madrid se pregonaba de confín a confín, y hasta se festejaba anticipadamente con jerez añejo por el beodo y bigotudo general Queipo del Llano, Pablo se presentó en el Ministerio de la Guerra. Cien mil hombres se habían alistado, en épico arrebatado, esa propia mañana. Las mujeres, rifle al hombro, y relucientes los ojos, desfilaban por las calles ametralladas, camino del Puente de los Franceses. Cuadrillas de niños contribuían, febrilmente, a reforzar las defensas de la ciudad. Pablo de la Torriente Brau no había nacido para «contemplar el crimen en calma». Ni era honrado pelear con la pluma cuando lo que urgía era enfrentarse a las balas. Así fue. Pablo trocó gallardamente su pluma en mochila —esa pluma suya que deja páginas imperecederas como puede comprobarse leyendo *Pluma en ristre*— y se alistó en las milicias con el gran pintor español Gabriel García Maroto. Autodenominados comisarios políticos, lo fueron oficialmente después por disposición del ministro de la Guerra, Julio Álvarez del Vayo.

Contra lo que se esperaba, Madrid no cayó. Contra lo que se creía, Madrid resistió a pie firme, con impar heroísmo, las arremetidas reiteradas del Tercio, los bombardeos aéreos y el diluvio interminable de obuses fascistas. Pablo de la Torriente Brau, comisario político del batallón comandado por Valentín González, Campesino, compuesto por agricultores de Extremadura y Castilla, desafío, en primera fila, la metralla mortífera. La valentía, el ímpetu, la abnegación

sin tasa del pueblo madrileño, desbordaron su admiración siempre alerta para loar lo admirable.

Aquí —escribe—, en medio de una serie de cosas que serán siempre indescriptibles, ha ocurrido el espectáculo de un pueblo que, en todo momento, ha pensado en la victoria o en la muerte, pero nunca en la rendición. Y esto es digno de que se diga, en todo instante, para que se sepa lo que un pueblo puede llegar a ser cuando se dispone a no ser esclavo más nunca.

El implacable bombardeo aéreo le arranca las reflexiones siguientes:

Mentira es todo lo que se ha dicho y escrito y se ha filmado hasta ahora sobre la guerra. Con razón me decía López Rubio en el Castillo del Príncipe, que todo lo que había visto y leído no servía para nada junto a la bárbara realidad de la guerra europea. Y aquí pasa lo mismo. Porque debo advertirte que a Madrid no le enseña nada ninguna de las ciudades que fueron castigadas durante la guerra de 1914. Hay barrios enteros destrozados por el cañón y los bombardeos aéreos de la aviación fascista, que ha causado entre las mujeres y los niños madrileños tantas o más víctimas que las que han causado durante toda la guerra. Los incendios nocturnos fueron utilizados con gran frecuencia y no han vacilado en bombardear museos, palacios y hospitales. Nada les detiene ante su fracaso. Llegaron a Madrid como en un paseo y después el paseo se les ha convertido en un tormento como el de Tántalo. Porque hace más de quince días que están a la vista de Madrid. Que están más cerca de Madrid, en muchos casos, que los mismos madrileños y, sin embargo, no pueden ni podrán entrar nunca. Y, por eso, han decidido hacer todo y no han titubeado en declarar que aunque no ganen se encargarán de dejar destruida la ciudad y toda España. Y la destruirán, pero no vencerán.

El batallón de Campesino había sido destinado a contener el empuje insurgente en el estratégico sector de la Casa de

Campo. Día a día, hora a hora, minuto a minuto, sus componentes se batieron, valerosamente, con un enemigo más numeroso y mejor pertrechado. Pero las acometidas fueron vigorosamente rechazadas. Todas las sorpresas frustradas a tiempo. En ese forcejeo desesperado y constante con la muerte, Pablo se encontró aún más a sí mismo, robusteciendo su temple y acrisolando su fe revolucionaria. Jamás, ni hablando consigo mismo, el desaliento tiñó su palabra. Jamás dudó de su suerte: estaba convencido, absolutamente convencido, de que saldría intacto de la pugna tremenda.

Estos ojos míos —me escribía— no pueden cerrarse sin que yo antes cuente las cosas maravillosas y espantables que vieron. De mí —continuaba— no te preocupes. Sigo siendo el hombre afortunado. Y ahora en estos días difíciles de Madrid también estoy teniendo suerte. El pasado no debe asustar. Ni el porvenir tampoco. Estoy seguro, completamente seguro, de que saldré indemne de aquí. Tú sabes que yo todo lo pienso y lo hago con la vista y el pensamiento puesto en la revolución cubana.

Muy pronto Pablo fue un comisario político citado, frecuentemente, en la orden del día. No era este un cargo sin mayor importancia. Comisario político no podía serlo cualquiera. Del comisario político dependía, fundamentalmente, la eficiencia, la cohesión y la capacidad ofensiva de las unidades revolucionarias. Un comisario político determinó muchas veces, él solo, el curso de una batalla. A través de él, se conectaba políticamente el gobierno con las milicias. Era él quien cuidaba, fomentaba y aseguraba la disciplina que debía regir las tropas populares. Era él quien forjaba bajo la metralla o en el descanso eventual, la conciencia política del combatiente. Era él quien se preocupaba de que al miliciano no le faltase nada, quien le procuraba educación revolucionaria y le suministraba periódicos y libros. Era el primero en el asalto y el último en el repliegue. Era, en suma, quien cargaba sobre sus hombros, no sólo la mochila y el rifle y llevaba en sus labios la arenga inflamada y el consejo oportuno.

tuno, sino la indispensable tarea de convertir la audacia popular, irreflexiva y anárquica, en rigurosa, serena y coordinada estrategia militar. Pablo de la Torriente Brau fue todo eso y más que eso. «Era —ha dicho el periódico *Claridad* comentando su muerte— el comisario que necesitaban los luchadores para conservar su puesto sin vacilar, sin dejarse ganar por titubeos.»

Una mañana brumosa de noviembre —brumosa de niebla y del humo ceniciento de las explosiones— el batallón de Valentín González recibió órdenes de trasladarse a Alcalá de Henares. Allí repondría sus efectivos perdidos y se tomaría un respiro, como premio a su combatividad y heroísmo. La jornada había sido, en efecto, durísima. García Maroto estaba gravemente herido. Un obús le había cercenado las piernas. Raigorowski, tan conocido y estimado entre nosotros por su participación descollante en la lucha revolucionaria del estudiantado, muerto verticalmente en su puesto. Y centenares de bajas en las filas anónimas. Pero Pablo escapó a la infernal embestida sin el más leve rasguño. Y junto a él, fuertemente apretado a su brazo de hierro, caminaba ahora un muchacho de doce años apenas, que acababa de perder a sus padres y hermanos en un bombardeo aéreo. En lo adelante, ese niño, adoptado por él, sería su amigo mejor y ayudante de campo.

En Alcalá de Henares, lo menos que hizo Pablo fue descansar. Se pasaba el día y, muchas veces, la noche, en reuniones políticas y en viajes de recorrido por las zonas aledañas. No tenía tiempo que perder; el tiempo era poco para ver y ser útil.

El día 23 de noviembre —escribe— me fui con Campesino a hacer un recorrido por varios pueblos, a enterarnos de varios asuntos. Caminamos más de cuatrocientos kilómetros y sólo nos detuvo la falta de gasolina. Pasamos por la mañanita temprano por Loeches y por Arganda. Y después por Morata de Tajuña, que, desde los cerros, lucía cubierta por una neblina que forma el humo de las chimeneas de las casas. Y había mujeres lavando en la fuente y hombres dándo-

les de beber a sus borricos. Pasamos por Chinchón, donde hay un castillo en lo alto. Allí se nos cruzó una caravana de camiones con víveres para Madrid y presencié el espectáculo de cientos de hombres que iban para el trabajo en sus pollinos y sus arados sobre ruedas para no estropear la carretera. En Villacanejos había los famosos melones de ese pueblo. Y después vi, en la mañana clara, el agua azul del Tajo correr por Aranjuez. Iba entre los altos pinos y las hayas corpulentas. Aquel es un pueblo de reyes y de jardines, que tiene los árboles en fila, como enormes granaderos que estuvieran siempre esperando el paso de una majestad para rendirle homenaje. Hoy, al lado de las verjas de hierro, los cuerpos de milicianos que hacen las guardias de las carreteras hacen fuego para soportar el frío. Después pasamos por Ciruelos y por Yepe, el del buen vino. Y por las huertas de Valdecarabanos, donde hay miserables casitas empotradas en la piedra de los cerros. Más allá, la estación de Huerta, estaba destrozada por el bombardeo de la aviación. En Mora ya nos podíamos con el hambre. Y conseguimos un pan caliente y un poco de queso, blanco y fresco como el agua. Mora, de famosos almacenes de vino, tiene una bella iglesia antigua y el tejado viejo está siempre cubierto por una nube de palomas grises. Hay muchachas bonitas que van a la fuente con cántaros, como en los dibujos antiguos. Después pasamos por Orgaz, por Sonseca y por Mazarrambroz, y cuando llegamos a Cuerva, el pueblo contemplaba dos coches blindados que allí estaban como signo de guerra. Porque en todo el recorrido no había otra señal de lucha que el puño de los campesinos, en alto, para saludarnos al pasar. Es curiosa esta guerra. Fuimos bordeando la zona de Toledo, donde todos los días hay combates y por allí había paz. Inclusive, alegría. Y hasta alguna abundancia relativa. Los campesinos encargados de la guardia y control de las carreteras, con sus escopetas de caza, eran divertidos. Campesino los ponía en un aprieto, cuando, al pedirnos ellos «la documentación», les decía: «¡Dame primero la tuya!»

En uno de sus frecuentes viajes a Madrid con Campesino, Pablo encontró a Candón, el comandante cubano, y apro-

vechó la contingencia para examinar los destrozos causados en los últimos días por la aviación extranjera en los lugares más céntricos de la ciudad.

En la Gran Vía, en la Puerta del Sol, en la calle de Alcalá, en la de Sevilla; y en muchas más —comenta indignado— los destrozos han sido bárbaros. La potencia de esas bombas es extraordinaria. Casi tanto como el encanallamiento de los fascistas. El número de muertos y heridos ha sido espantoso. El depósito de cadáveres ha sido un espectáculo único de imponente. Se puede afirmar que han matado los fascistas más mujeres, viejos y niños, que combatientes. Por fortuna, han sido evacuadas ya millares de personas para librarlas de la muerte o la mutilación.

Esa propia noche, asistió, en la Comandancia del Quinto Regimiento, a una conferencia de los comisarios políticos para discutir la necesidad inaplazable que afrontaba el gobierno de estructurar un mando militar único. De vuelta a Alcalá de Henares, descubrió, alborozado, que en el batallón de Campesino militaba un poeta, Miguel Hernández, incorporado hasta hacía una semana en el cuerpo de zapadores.

Es un muchacho todavía joven; pero yo —asegura— lo considero uno de los mejores poetas españoles. Lo he nombrado jefe del departamento de cultura y estuvimos trabajando en los planes para publicar el periódico de la brigada y la creación de uno o dos periódicos murales, así como la organización de la biblioteca y el reparto de la prensa. Además, planeamos algunos actos de distracción y cultura. Y con él me fui después a visitar algunas cosas famosas de Alcalá. Vi la Hostería del Estudiante, digna de una escena del cine, olorosa a historia y tiempo viejo; el Paraninfo de la Universidad Complutense, que fundó el Cardenal Cisneros, con sus artesonados mudéjares y sus paredes platerescas: el bello patio trilingüe, en el que ya hoy no se habla ninguna lengua; la fachada y el patio de la Universidad. Y pasé por frente al Archivo, bellissimo, y a las viejas murallas. Luego, fui hasta el

Henares. De Cervantes no hay sino una estatua, obra maestra de ridiculez, y una placa con faltas de ortografía en el lugar donde estuvo su casa.

La última incursión de Pablo de la Torriente Brau a Madrid fue el 14 de diciembre. Pocas veces sufrió la ciudad martirizada y heroica bombardeos tan crueles y sistemáticos como a la sazón. Recojamos sus impresiones de ese día de horror y de gloria.

Al amanecer de hoy —anota— tuvimos un intenso cañoneo. En las cercanías de las calles de Abascal y de Quevedo se podía ver el aire lleno de humo y del polvo de los edificios que se desplomaron. Las familias abandonaban sus hogares deshechas en llanto, arrastrando a sus hijos con precipitación. Los muertos quedaron atrás. Mas, no lejos de este lugar, cientos de hombres hacían su entrenamiento militar para marchar al frente. Fui después al Cuartel General del Socorro Rojo Internacional, que, temporalmente, y no lejos de allí, se había instalado, pues el bombardeo de que fue blanco el Cuartel de la Montaña, lo arrojó de su antiguo local. En el Socorro Rojo había, como siempre, cientos de mujeres y de niños que huyendo del cañoneo allí se refugiaban y fuera había muchos que, descansando sobre montañas de ropa, esperaban una oportunidad para que se les enviara a Barcelona y Valencia. Los chiquillos, al partir en grandes camiones, cantaban alegremente, ondeando sus pequeñas banderas republicanas. No se le ocurre a uno pensar que muchos de ellos son ya o van a ser huérfanos. No le entra a uno en la cabeza porque la revolución era madre para todos. Dará a luz con mayor pérdida de sangre y con más intensos dolores que cualquier madre, a un pueblo nuevo. Y presiento, con honda alegría, cómo será este país andando el tiempo. Me enardece el pensarlo. España será una maravilla. ¡Cómo truena la artillería! Vale la pena oír-la siquiera una vez en la vida. Parece como una tempestad de truenos y relámpagos en las montañas del oriente de Cuba. Las fuerzas aéreas fascistas, que han demostrado ser inferiores a las nuestras en combates a corta distancia, parecen no cansarse de cometer actos vandálicos que de-

safiarían cualquier descripción. Supongo que la prensa internacional algo habrá dicho de su bestialidad más reciente. Sobre Madrid hicieron descender un paracaídas conteniendo el cuerpo horriblemente mutilado de uno de nuestros aviadores que cayó detrás de sus líneas. ¡Ni aun las tribus canibales harían cosa semejante! Su barbarismo no es exhibicionista. Por nuestra parte, la Junta Delegada de Defensa acaba de dictar una orden para que sean respetadas las vidas de todos los aviadores fascistas que caigan sobre Madrid.

Ya en el Convento de Las Claras, cuartel general de Campesino, Pablo concluyó la crónica iniciada en Madrid, acaso la última que brotara de su pluma.

La guerra —confiesa entre asombrado y dolido— lo torna a uno insensible. Anoche iba con Campesino en el auto y recogí el diario de un desertor, al que momentos antes habían ejecutado. Bromeamos, con todo desenfado, acerca de cómo quedaría su cadáver bajo la noche inclemente y la lluvia helada e interminable. Alguna vez fui un hombre de sentimientos y volveré a serlo. Noches pasadas, mientras discutíamos un problema, López, el asistente de Pepe Galán, hizo funcionar la radio del carro. Nos encontrábamos en medio de un campo de batalla, a la sazón silencioso, cerca del enemigo. El receptor transmitía una de las baladas más románticas de Chopín, que muy a menudo había oído en un ambiente distinto por completo: la sala de conciertos. Y, mientras aguzaba mi oído para captar el menor de los ruidos enemigos, recordaba, no sin cierta nostalgia, los tiempos en que la música tenía otros horizontes para mí que el de un himno a la revolución cantado por la tropa en marcha, inarmónica, bronca e intensamente. Y, como permaneciera pensando en tiempos idos, mientras terminaba la balada de Chopín, López me dijo: «¿Le gusta a usted mucho?» Recuerdo sus palabras porque la noche siguiente y en la misma carretera desapareció tal vez para siempre. Es probable que alguno de los destacamentos de sorpresa, en una rápida escaramuza, le capturara con sus compañeros de viaje».

Aunque la hora fatídica se acerca, aunque ya la muerte lo ronda. Pablo no la presiente. El 17 de diciembre «Campesino» recibió un sobre cerrado: se le ordenaba ponerse en marcha hacia Majadahonda. Antonio Aparicio ha recordado la alegría tumultuosa de Pablo ante la perspectiva de volver de nuevo al frente, de reanudar la lucha contra los invasores de España. Dos días después, al amanecer del 19, Pablo caería rifle en mano, como había soñado en su vigilia febril, combatiendo por la libertad del mundo. Poseído de ese impulso tan típicamente suyo, se había lanzado, en el alba rosada y fragante, sobre la trinchera enemiga. Sólo le siguió en el quijotesco arranque el pionero huérfano, su hijo adoptivo, su amigo mejor y ayudante de campo, para caer, sobre la nieve, confundida su sangre inocente con la del gran revolucionario, a pocos pasos de este.

Tres días más tarde, sus camaradas, los campesinos de Valentín González, con la radiosa y emocionante visión de su sacrificio como airón de gloria en la bayoneta, como impulsados por una fuerza secreta y arrolladora, como dirigidos por el espíritu atlético de Pablo de la Torriente Brau, desalojaron, en un violento cuerpo a cuerpo, la trinchera fascista, recobrando sus ensangrentados despojos.

Un escritor y combatiente cubano ha narrado, con palabras trémulas y viriles, el entierro revolucionario de Pablo. Fue, sin duda, el entierro que él merecía. Un

entierro sin cera, ni flores, ni lágrimas, ni rezos». Junto a su ataúd sencillo, montaron guardia de honor sus compañeros de lucha y un pelotón de marinos. Entre los asistentes, se hallaba un grupo de escritores y periodistas y un representante de la Junta Delegada de Defensa. Un denso silencio, roto intermitentemente por cañonazos lejanos, se cernía sobre la concurrencia. En lo alto, empezaban a madurar los trigales de estrellas y en el horizonte cerrado de árboles gigantescos un vago resplandor anunciaba el plateado florecer de la luna. Sobre una colina ornada de cipreses, se irguió, de súbito, la figura guerrillera de Campesino. Tenía el puño en alto y el vigoroso perfil temblorosamente recortado en la

sombra. «Camaradas —comenzó diciendo con acento velado—, tan sólo cuatro palabras. Los deberes de la guerra me llaman urgentemente al Ministerio. Y no tengo que deciros sino que sigáis el ejemplo que nuestro jefe político ha dejado entre nosotros; y que cuando volváis al frente lo venguéis con ese ejemplo, acometiendo al enemigo con el valor y con el aliento que le animó a él hasta el fin.

Un largo silencio siguió a estas palabras de «Campesino». El representante de la Junta Delegada de Defensa avanzó respetuosamente y abriendo el cristal del féretro prendió sobre el pecho agujereado de Pablo, en nombre del pueblo español y de su gobierno legítimo, las insignias de capitán de milicia, mientras los puños en alto saludaban, por última vez, el cuerpo inerte del gran luchador. Una descarga de artillería rubricó la solemne ceremonia. Sobre el ataúd cayó, lenta y dolorosamente, tierra fresca y removida, tierra de España, que él había fecundado con su sangre, tierra que servirá de raíz y sustento a la España nueva, a la España que volverá por sus fueros renovando bizarramente sus sacrificios y sus proezas.

Ahora nos queda su recuerdo y su ejemplo. Nos queda su vida emuladora y alegre, afirmativa y generosa. Nos queda aún más. Nos queda sepultarlo en tierra cubana. Acaso no esté lejano ese día memorable. Entonces llevaremos a Pablo de la Torriente Brau, cantando canciones de vida, a compartir el rumor de los pinos y la ejemplaridad del sacrificio, con Rubén Martínez Villena, con Gabriel Barceló, con Antonio Guiteras y con las cenizas aún insepultas, a la sazón sepultadas, de Julio Antonio Mella.

*Lino Novás Calvo**

El entierro de Pablo de la Torriente Brau**

Entramos con el poeta Antonio Aparicio. Envuelto en una sábana blanca, tendido en la camilla que le trajo del frente, estaba el cadáver. No nos atrevimos a destaparle la cara sin autorización del oficial. Parecía reducido. Todo el músculo y el vigor de aquel joven alegre y deportivo, había venido a ser una contracción de hombre, después de tres días de abandonado en campo enemigo. Los zapatos brotaban arriba en forma de X, las anchas suelas encostradas todavía de la última tierra que pisara. Los camilleros que le habían recogido al pie de la loma por la cual se habían descolgado los fascistas, lo velaban arrimados a sus varas. Semejaban una guardia de labriegos, erguidos, taciturnos, oscuros, tristes y silenciosos.

Sin cera ni flores, sin lágrimas ni rezos, esta era la capilla de un héroe del pueblo, su último domicilio entre sus camaradas. Costaba trabajo creer que aquel fuese Pablo. Yo preferí recordarlo como lo había conocido, en pleno sol tropical; y lo había visto la última vez, a sol invernal en Madrid. Sus palabras, su sonrisa franca, sus movimientos de atleta, el tono de su voz, el original estilo casi brutal de sus narraciones, el cordial apretón de su mano, todo lo que había sido aquel gran camarada se agolpó junto a mis sentidos. Me oprimía las sienes y el corazón, como si todo su ser desbordante se metiera en mí, se metiera en un cuerpo y en un alma más pequeña.

Subimos a una terraza alta, desde donde se dominaba el bosque. El comisario de Cultura de la Brigada Campesinos,

* Narrador cubano (1905-1983).

** Publicado en: *Mediodía* [La Habana], año 2, no. 10, 25 de febrero de 1937, pp. 9, 19.

Miguel Hernández, escribía al sol un informe jurídico. Me senté junto a él, esperando a que terminara y me contara despacio como había sido rescatado el cadáver. Mientras aguardaba me dio a leer uno de sus últimos y magníficos poemas, una elegía a García Lorca.

*Tú, el más firme edificio, destruido.
Tú, el gavilán más alto, desplomado,
Tú, el más grande rugido,
callado, y más callado, y más callado.*

Me leí una y otra vez aquel poema. Así hubiera querido escribir yo uno a la muerte de Pablo. Por no poder, pensé que hubiera querido morir con él, luchando a su lado, como el niño de trece años que recogió en un pueblo y que le acompañó hasta la muerte y se fue con él. Hubiera sido un morir doblemente bello, morir con un amigo y con un camarada resumidos —agrandados— en la misma persona.

El sol descendía pálido y tibio. Abajo, en el bosque, probaban armas nuevas unos milicianos. Un grupo de compañeros, escritores y periodistas, aguardamos en silencio. Todos le hemos conocido, a todos nos había comunicado su cordialidad franca y honda. Sólo yo puedo sentir, mas no expresar ahora, todo lo que fue este camarada caído frente al enemigo. Lo había conocido creciendo todavía cuando yo crecí. Leí sus primeras páginas; comenté su primer libro, con mi prosa también primeriza; sentí su afecto y su simpatía a través de sus amigos compañeros, lo vi formarse políticamente a través de un ambiente, un carácter, en una revolución política y social. Luego lo vi aparecer aquí, en plena guerra, hecho otro hombre. Un hombre más completo que no había dejado de ser el que yo había conocido. Ahora tenía que verlo muerto, todo mi espíritu estaba lleno de su vida. Toda su muerte me impedía sentirlo muerto.

Bajamos una escalera quebrada y difícil inventada por alguna imaginación cruel. El campo invernal cobraba un tono de cobre. Parecía que el tiempo había despejado para

dejar que el sol, que lo había velado por tres días en campo enemigo, acompañara hasta la tumba a este hijo del sol. La capilla estaba ahora impregnada de perfumes de flores. Sobre el ataúd había varias coronas. Aparicio levantó una y por el cristal vimos el rostro. Se le reconocía fácilmente. Algo reducido, conservaba la serenidad que lo acompañó a la muerte. Me contaron cómo había sido. Sólo le había quedado tiempo para decir: «Me muero», y echar mano a su cartera con ánimo de deshacerse de documentos que pudieran interesar al enemigo. Pero este no llegó a pisar aquel campo. Sus manos manchadas con la sangre de los trabajadores, no llegaron donde sus balas extranjeras habían llegado.

Durante más de una hora permanecimos callados junto al cadáver. Una representación de la Marina le había traído una corona, y los marineros velaban también a este camarada nacido en medio del mar. Un delegado de la Junta de Defensa y el comisario que lo sustituye al frente de la Brigada Campesinos vinieron a expresar su sentimiento a los cubanos que estaban allí. En pocos meses, Pablo se había hecho querer y admirar de todos. Todos se dieron cuenta de que habían perdido un héroe. Yo hubiera querido decirles allí mismo que todos habíamos perdido también un gran escritor. A la puerta esperaba la carroza. La tarde se iba tornando plomiza. El silencio era más y más profundo. Nos dijeron por qué se demoraba la salida. El Campesino había resuelto sustituir el ataúd por otro más fuerte, a fin de que el día de mañana pudiéramos llevar más conservados los restos de Pablo de la Torriente a su tierra natal. Cuando se le trasladó al nuevo ataúd, lo vimos incorporarse flexible como si despertara. Tres días hacía que se le había ido la vida, sin embargo su cuerpo parecía a punto de perderla o de recobrarla. Sus rasgos estaban intactos. Se le reconocía especialmente por la expresión dura de la boca, herméticamente cerrada, y por la espaciosa frente bronceada. La palidez de la muerte no había logrado invadir aún su piel.

Pablo salió en hombros de los poetas y de dos comisarios políticos, entre filas de soldados del pueblo, seguido de marinos y amigos personales. De un principio se había pensado llevarle al Cementerio del Este; El Campesino decidió que el de Chamartín era más humilde, más proletario, y por tanto más conforme al combatiente comunista. Pablo hubiera elegido este cementerio para echar en él su cuerpo. Habíamos andado unos cincuenta metros cuando el entierro se detuvo y la figura guerrillera de Valentín González —El Campesino— apareció sobre un muro con el puño en alto. «Camaradas —dijo—, tan sólo cuatro palabras. Los deberes de la guerra me llaman urgentemente al Ministerio. No tengo que decir sino que sigáis el ejemplo que vuestro jefe político ha dejado entre nosotros; y que cuando volváis al frente le venguéis con ese ejemplo, acometiendo al enemigo con el valor y el aliento que le animó a él hasta el fin.»

Recordó El Campesino frases y hechos del que había sido su comisario político. Su voz inflamada se quebró y adelgazó. Fue un momento de ternura y de tristeza infinita. Por fin el tono del guerrero se abrió paso nuevamente. El Campesino se retiró. El entierro siguió su camino.

La noche había cerrado por completo. La luna llenaba el cielo con una luz difusa que se nos filtraba a través de una neblina blanca y liviana. Pronto salimos de la carretera y nos adentramos por solares, desmontes y campo abierto. Aparicio y yo marchamos pareados, en completo silencio. Ninguno parecía tener nada que decir. Todo parecía estar dicho ya en el mundo. Marchábamos en fila, al son de los pasos acompasados de los soldados, por la noche adentro, hacía la gran noche donde deberíamos dejar al compañero querido. Los hombres no se aprecian ya en la niebla luna; sólo se sienten sus pasos sordos y se ven sus sombras vagas y agrandadas. De vez en cuando asoma un chico o viejo del desmonte y pregunta al ver los uniformes azules: «Compañeros, ¿es un marinero?»

El camino es largo, pero no cansa. Tengo la impresión de marchar llevado por una fuerza mágica y sombría y de que

este caminar será el destino de toda mi vida, de que ya no haré nada más que marchar así, a paso rítmico y eterno, detrás del cadáver de Pablo. Por fin, se rompe la monotonía de la marcha. Una profunda trinchera vacía se abre ante nosotros y tenemos que bordearla. Luego asoma a lo lejos la cortina de cipreses del cementerio.

Y llega la hora más triste y honda. Una larga fila de fosas abiertas iba desde los cipreses al muro. Hoyos abiertos en la tierra dura y seca, en la tierra pelada de Castilla, que esperaban a no importa qué cuerpo de trabajador o de combatiente. Los soldados de la brigada encerraron una en su cerco de bayonetas. Los demás engrosaron el círculo y aguardamos. Se hizo un completo silencio. Sólo se oían las respiraciones contenidas. A nuestra espalda, como gigantes de fantasía triste, nos velaban los árboles de la muerte. La voz del comisario político resonó clara y potente sobre nuestras cabezas: «Camaradas.»

Al discurso de despedida, siguió La Internacional cantada en coro. Los puños se proyectaban a la luna contra la tierra ocre por encima de las tumbas. Una descarga rasgó el himno, pero este siguió sin interrupción, como un símbolo. Las descargas han rasgado más de una vez nuestras filas, pero nuestros hombres han llenado la brecha con sus cuerpos y siguieron luchando; las balas han batido, no lejos de aquí, un gran talento y un gran corazón, pero todo su ser vivo sigue incorporado a las filas de la libertad y continúa el combate por un mundo mejor.

Los soldados dieron vuelta y emprendieron sencillamente el camino de regreso. Unos cuantos compañeros rodearon el ataúd, y esperamos a que le bajaran a la sepultura. En pocos segundos desapareció en la sombra. La luna parecía haberse fijado, más espesa, en los bordes arrancándoles una luz fosforescente. Pablo había bajado a lo hondo de la tierra. Nosotros, sus camaradas, guardamos un silencio angustioso sobre su pobre y angosta morada final. Otra estrofa de la «Elegía» de Miguel Hernández se me apretó al corazón:

*¡Qué sencilla la muerte: qué sencilla
pero qué injustamente arrebatada!
No sabe andar despacio, y acuchilla
cuando menos se espera su turbia cuchillada.*

Vuelvo a salir de este letargo, para avivar en mí el fuego del recuerdo del camarada vivo, del amigo entrañable que he perdido un día al pie de un cerro de Majadahonda. ¡Nunca ya, nunca más, se apartará de mí ese recuerdo!

Madrid, diciembre de 1936

*José María Chacón y Calvo**

[El amigo inolvidable]**

[...]

¿Cómo veo al amigo inolvidable en sus días postreros de Madrid? Los pasó en mi casa: tuve esa rara fortuna. Cuando yo dejé Madrid en la madrugada del 2 de noviembre de 1936, él me acompañó al aeropuerto de Barajas. Era el símbolo de la fortaleza, de la seguridad, de la esperanza, y de todos esos recuerdos hay uno que me revela su profunda, su candorosa humanidad.

Una vez me di a contar mis agobios; me veía vacilante, anheloso, lleno de inquietud buscando un refugio diplomático para un médico muy joven, que hacía tres meses estaba oculto en un lugar lóbrego, donde no entraba un rayo de sol y donde esperaba con mortal angustia la visita de una de las rondas nocturnas. Pablo me veía angustiado por aquella zozobra tremenda de un hombre aún desconocido, pero que era un semejante mío y suyo, y entonces el revolucionario de ideales tan firmes en sus convicciones que ofrendó su vida a la que consideraba que era su causa, exclamó con palabras que le salían del corazón: «Yo no sirvo para esto, yo no sirvo para revolucionario. A mí me pasa esto que hoy te pasa a ti y yo le salvo la vida aunque sea cien veces fascista.»

Hay una vibración sutil, íntima, que va del hombre al hombre y establece el vínculo más entrañable entre las más diversas cualidades. Lo sentí aquella tarde junto a la desbordante humanidad de Pablo de la Torriente Brau.

* Ensayista, crítico y profesor cubano (1892-1969).

** Tomado del Autógrafo de Zoe de la Torriente Brau.

*José Antonio Portuondo**

Pablo de la Torriente Brau**

Ha muerto Pablo de la Torriente. No estarán a media asta las banderas oficiales ni ha de haber panegírico en su honor, de los señores necrólogos de turno. Tampoco han de decir cosa mayor de su vida y de su muerte los periódicos cubanos. Habrá, en cambio, más de un suspiro satisfecho en el ánimo de muchos, vencidos de su ejemplo o en el temor constante de su brazo y su talento. Pablo de la Torriente Brau se fue a morir a España por la Justicia, porque no cabía su estatura humana en la turbia pequeñez de su isla.

Pablo de la Torriente era escritor, pero antes Hombre. Por eso se nos hace mayor su ejemplo en esta hora en que urge, por encima de la pose intelectual, la más pura hombredad y el afán macho de servir, a puro hombre, y saberse el escritor —como se supo Pablo de la Torriente— obrero con su pluma, luchador en igual categoría y con deberes parejos al torcedor con su chaveta y al campesino de «guámpara», que ha de poner alguna vez —y esta definitivamente— «la caña a tres trozos». Pablo se sabía antes que escritor —porque «intelectual» en todo su cerrado e idiota sentido de hombre superior, deshumanizado, encuadernado en pasta española, no lo fue nunca—, Pablo se sabía hombre y le desbordaba la humanidad en cada acto suyo y en cada párrafo caliente de vida de sus escritos. Desde *Batey*, el libro de cuentos inicial, escrito en colaboración con el doctor Gonzalo Mazas Garbayo en 1930, hasta los dos inéditos que precisa dar a la estampa inmediatamente, y hasta las cónicas admirables sobre la contienda española de que era actor, publicadas en *El Machete* y *El Nacional* de Ciu-

* Profesor y ensayista cubano (1911-1996).

** *Mediodía* [La Habana], año 2, no. 5, 5 de enero de 1937, p. 8.

dad México, a quienes estaba sirviendo en calidad de corresponsal de guerra, el estilo fuerte, directo, y el lenguaje de quien quiere hacerse oír de todos, y no oírse a sí mismo con pueril narcicismo, son prenda de esta humanidad y de este divorcio suyo de todo intelectualismo de mala ley. Pablo de la Torriente es para nosotros ejemplo rico de humanidad en su vida y en su obra que, en definitiva, no es otra cosa que el reflejo de su admirable humanidad.

Ahora hay un desmedido afán de aparecer «intelectuales». Cultura es término que manejan todos: desde los jóvenes alejados por fuerza de los planteles inútiles, hasta los organismos oficiales, no menos incultos por poseer pomposamente sendas Direcciones de Cultura. Por la «cultura» y por la pose intelectual quiere evadirse el deber amargo de los tiempos. Se piensa estúpidamente que la sola cultura o el mencionar continuamente la palabra que se va tornando vacía, nos libraré de la inquietud que parte el mundo en bandos fieros y nos sacude a nosotros de raíz, más allá de la ambición pequeña de los caudillos de turno. Se quiere ser «intelectual» porque falta el coraje de ser hombres.

Pero es inútil. La vida al fin nos trae brutalmente y nos obliga, si no se tiene el valor de Pablo de la Torriente, de ser hombres. Si no se piensa como él, que la cultura sólo tiene sentido si se le pone en función de la Justicia que tenemos que lograr; si no se comprende —como lo había comprendido él— que el escritor no está para oírse sino para decir lo que haga falta decir y en lengua que todos entiendan; si no se siente —en suma— igual el escritor al campesino y al obrero y al trabajador de toda clase, servidor como ellos, compañero y no situado en plano superior porque utiliza el cerebro más o menos cultivado en vez del brazo cavador. Porque todos: escritores y campesinos y obreros, en este tiempo de crisis y de cesar una época del mundo, han de ser más que obreros, campesinos y escritores: Hombres. Hay que volver a hallar la pura humanidad para salvar al mundo, para hacerlo llegar a otra edad que ya nos urge, de más justa ordenación que la presente.

De todos, es el hombre de la tierra, el guajiro, el campesino, quien más cerca está, con su rudeza primitiva y su contacto estrecho con los surcos, de la pura humanidad. Por eso lo amó tanto Pablo de la Torriente, un poco, él también, hombre de la tierra, enamorado del campo y algo más que franciscanamente, vitalmente, en fecundo abrazo panteísta sin engañadores misticismos, de los árboles de rica savia fértil, de los montes bravos de malezas indomables, de las bestias y de los claros cielos campesinos. Con las altas estrellas libres dialogaba él en las noches sin sueño del Presidio Modelo. Si va a Chicola a denunciar una injusticia o al Realengo 18 a saludar la bravura campesina, no se niega al entusiasmo por la naturaleza circundante que le mete en los músculos sanos y nobles su potencia de vida. Era sano de espíritu y noble porque era noble y sano de pura humanidad.

Y porque vivió enamorado de esta bondad campesina se fue a servir de Comisario Político en el batallón miliciano de Valentín González, llamado El Campesino. Sonoro nombre de romance para que el pueblo lo lleve en coplas después, por los caminos ya libres de su España, engarzado al del Hombre Pablo de la Torriente, muerto heroicamente por la Justicia en las nieves sin huellas fascistas de Pozuelo de Alarcón.

*Nicolás Guillén**

Homenaje a Pablo de la Torriente Brau**

Martí, que tan presente se halla en la historia de Cuba, y no sólo en la que forjaron a fines del siglo XIX los hombres de nuestra guerra de independencia, sino también en la historia de esta lucha nuestra de hoy, que es prolongación de la de ayer, Martí, pues, nos enseñó que lo odioso en España no era el pueblo entonces (como no lo es ahora), sino los que, llámense Weyler o Franco, estuvieron y están a horcajadas encima de él. «Por la libertad del hombre se pelea en Cuba —dijo el Apóstol en uno de sus más célebres discursos—, y hay muchos españoles que aman esa libertad. A esos españoles —dijo también Martí— los atacarán otros; yo los defenderé toda mi vida.»

Así, el pueblo cubano sabía a qué atenerse cuando Franco se sublevó contra la República, en 1936. Aquel espadón no venía a salvar a España, porque esta se hallaba lejos de correr ningún peligro que no le llegara de los propios franquistas. No venía a salvarla, sino a perderla, a condenarla, haciéndola recular en su historia hasta los tiempos de Felipe II. Sotana y charreteras ennegrecen el horizonte español desde entonces; y no sacerdotes amigos de la libertad, ni militares al servicio de la justicia, que hay muchos, sino unos y otros salidos de la hez de su especie.

Cuba sintió el latigazo franquista en el rostro de España como si lo hubiera recibido en carne propia. Aquel golpe nos recordaba el fusilamiento de los estudiantes, las depredaciones de los voluntarios en el teatro Villanueva, los crímenes

* Poeta y periodista cubano (1902-1989).

** *España Republicana* [La Habana], 1 de enero de 1961, pp. 15.

de Valmaseda, las brutalidades de O'Donnell, las violencias de Tacón, que fueron desdichas cubanas en la medida en que a su vez fueron vergüenzas españolas.

Nuestro pueblo se estremeció, pues, desde sus cimientos hasta sus torres cuando estalló aquella guerra, y no fue un estremecimiento de simpatía platónica, sino una onda de adhesión efectiva. Heredia, el nuestro, había podido decir, en uno de sus más hermosos cantos, escrito en el primer tercio del siglo pasado.

*que no en vano entre Cuba y España
tiende inmenso sus olas el mar...*

Pues bien, esa distancia se redujo, la salvó un puente de lágrimas, de brazos y fusiles. Quienes no habían tenido ocasión todavía de arriesgar su vida por la patria propia, y otros que ya lo habían hecho en la lucha contra la tiranía de Machado, fueron a pelear y morir en una tierra lejana, sabedores de que allá se estaba combatiendo por la dignidad del hombre, fuese cubano o español; por el hombre numeroso, como cifra universal.

Uno de los primeros en hacerlo fue Pablo de la Torriente Brau. Joven, fuerte, alegre, deportivo, sabía de la prisión y del exilio. Había estudiado en la Universidad, pero mucho aprendió también en la calle, junto al pueblo. El drama de Cuba, sofocada por el imperialismo norteamericano, le hizo comprender que el pueblo es el mismo en todas partes, y que muchas veces son idénticos sus enemigos. Eran de igual calaña los que nos encadenaron con la Enmienda Platt y los que habían asesinado a García Lorca, e iban a lanzar a la muerte lejos de su patria a don Antonio Machado, y a una cárcel de Alicante, de dónde sólo saldría su cadáver, a Miguel Hernández.

De los tres grandes precursores revolucionarios que dio la juventud cubana en nuestro siglo, Pablo de la Torriente es el último en caer. Los otros dos fueron Mella y Martínez Villena, y a todos juntos debe nuestra revolución triunfante

sus primeros pasos en la República. Contra Machado levantó su voz cada uno, y eso costó a Mella la vida, en México, donde lo asesinó la policía del tirano, y la vida también a Martínez Villena, muerto de tuberculosis en una clínica de La Habana. Sólo al tercero, Pablo, le sería dado pelear con las armas en la mano en un frente de batalla, contra un enemigo que, siéndolo de España, lo era también de Cuba. Por eso, él es un símbolo vivo —desde su muerte— de la cercanía de nuestros dos pueblos, el español y el cubano, que en realidad nunca estuvieron muy distantes, ni aun en los años de Weyler y Maceo. El español verdadero, el hombre de la calle, la gente simple que sueña y lucha y defiende su decoro en Teruel o en las montañas de Asturias, el pueblo profundo, no nos habla desde las patillas del marqués de las Taironas, sino por boca de Capdevila, de Labra y Pi y Margall, como hablamos nosotros desde la sangre del gran caído de Majadahonda. Hoy ya es Cuba libre; España es todavía esclava; pero los cubanos amamos su libertad; y a los españoles que están luchando por alcanzarla, los atacarán otros; nosotros los defenderemos toda nuestra vida...

Se puede morir en otras tierras por la propia, porque los ideales de patria, justicia, independencia, libertad, pertenecen a la concepción universal del hombre. Martí intuyó esta verdad, y pensaba en España. Pablo de la Torriente cayó en España, pensando en Cuba. El Apóstol tenía razón. pero fue su discípulo quien habría de dársela, con toda nuestra América por testigo.

*Juan Marinello**

Pablo de la Torriente, héroe de Cuba y de España**

Cómo era Pablo de la Torriente

Hay en los hombres singulares un perfil íntimo, un modo distinto, que no pasa a sus biografías. Porque las biografías se construyen, por lo común, a mucho tiempo de haber vivido el modelo y, casi siempre, por los que no lo conocieron. Es por ello que tiene utilidad ofrecer alguna porción del gesto intransferible de gentes que nos son contemporáneas. Tratándose de personalidades de genuina calidad, tales testimonios dan buen rendimiento.

Se han escrito algunas cosas certeras sobre Pablo de la Torriente Brau. Sin embargo, mucho de su naturaleza ha resistido el cerco. Haber convivido con él, por seis meses, en el presido de Isla de Pinos, y en el mismo salón, pertrecha para transmitir algo de su radical sustancia. Intentémoslo.

Pablo de la Torriente fue un integradísimo caso de humanidad entendida como triunfo y honra del hombre. Su aspecto físico convenía a maravilla —machihembraba— con su máquina interna. Porque en su envoltura estaban (sólo para quien tuviese oportunidad dilatada de advertirlo) la gallardía y la sensibilidad. Alto, fuerte, arrogante —atlético—, su presencia imponía y daba muchas veces la idea de la brusquedad, de la altanería. Pero, mirarlo más de cerca, hablar con él en las interminables tardes del presidio, era verlo hasta el

* Poeta, ensayista y profesor cubano (1898-1977).

** Juan Marinello. *Contemporáneos. Noticia y memoria*. Santa Clara [Cuba], Universidad Central de las Villas, 1964. La primera versión de este trabajo apareció en *Hoy Domingo* [La Habana], año I, no. 20, 13 de diciembre de 1959.

fondo. Entonces, se tocaba toda la afilada inteligencia, toda la serena perspicacia, toda la recia ternura de aquel gigante alborozado.

Dentro de su claridad cenital, tuvo Pablo una gran riqueza de matices y, como todo gran espíritu, profundidades sugestivas. No fue complejo, pero sí intenso. La frescura de sus reacciones, su alegre candor, venían sin duda de la niñez. Quien no conviviese con él buen tiempo, lo tenía como un muchacho desmesurado, como un deportista en el que el ingenio fuera la expresión inmediata de la salud y de la fuerza. Fue, sin literatura, otro ilustre desconocido. No porque tuviera interés en ocultar su condición (lo que hubiera repugnado a su sinceridad impetuosa) sino porque la *joie de vivre* ocupaba mucho lugar en su ser y porque una generosidad ingénita lo empujaba a ser simple, grato y benéfico. ¡Qué lejos estuvieron muchos de los que trataban de descubrirle la calidad entera! Todos lo veían como una gran promesa. Muchos decían: «¡Cuando este muchacho madure...!» Nunca sospecharon que había madurado ya, y hacía de ello buen tiempo. Sólo que su juvenilia, como en el bombo de una orquesta exaltada, apagaba de continuo los sonidos meditabundos, penetrantes y ansiosos.

Toda larga prisión tumultuaria es un semillero de conflictos y amarguras, y la obligada presencia del torpe, y del maldiciente llega a hacer de la vida entre rejas una dilatada asfixia. En medio de aquel trasiego febril que era la cárcel machadista, Pablo de la Torriente fue un ejemplo de coraje, dignidad y buen sentido. Nadie logró de él una sumisión ofensiva; nadie, una protesta aventurera. Aquel muchacho ruidoso, que caminaba como un marinero en tierra, que andaba a bandazos, como si atravesase un monte difícil, tenía el respeto del díscolo y del intrigante, del tímido y del desorbitado. Lo defendían el valor sin alardes, la hombría permanente y la simpatía radiante. Era una cifra intachable; y ahí estaba su poder, del que nunca usó injustamente. Por una corriente de selección impuesta por la virtud, Pablo fue en todos los momentos la voz de los presos. Su fiera honestidad

peleaba lo mismo con el carcelero desmandado que con el compañero irresponsable.

El hombre de las nueve de la noche

En las horas de lectura y conversación se revelaba el hombre sensible y profundo. Decía, sonriendo, cosas ciertas e inolvidables. Le atraían la aventura, el sacrificio, lo heroico. «Amo, ante todo, la audacia», me decía... Se exaltaba leyendo sucesos de la Revolución francesa en una vieja edición maltrecha; pero el hombre mejor era el de las 9:00 de la noche. A esa hora las cornetas tocaban silencio y Pablo se sentaba en su cama, frente a la mía, a beber lentamente un enorme vaso de agua con azúcar prieta. Entre un sorbo y el otro venía el comentario sobrio y agudo, la lúcida apreciación política, el juicio meditado sobre una obra o un hombre. En todo ponía la más delicada responsabilidad. Los ojos, grandes, negros y brillantes, hablaban tanto como la boca, un poco triste bajo la pelambre copiosa. El meditador sagacísimo suplantaba por horas al mozo audaz. A la mañana, de nuevo la risa sana y la alegría a punto.

Alguna vez me dijo un compañero de cárcel que «había dos Pablos». No tenía razón. Hubo uno solo, atrevido y meditador. No traicionó su sanidad bullente ni su clara rebeldía, pero tampoco el respeto a su inteligencia y a su oficio de pensar y escribir. Hombre natural y civilizado, impetuoso y responsable, cuidó de su alegría y de su deber. Su modestia lo hizo, para el gran número, un muchacho valiente y nada más. Como ciertas frutas, había madurado hacia dentro, pero la corteza se le mantenía lustrosa y sedienta. Muchos no pasaron de la corteza.

El contrapunto entre gesto y responsabilidad —entre lo dionisiaco y lo austero— tenía en Pablo raíces muy reales, que pocos conocían. Espíritu de altiva dignidad, había sufrido desde niño golpes crueles, a los que aludía sólo en instantes de intimidad necesaria. No le faltaron, ya en la cárcel, heridas nuevas. Pero ninguna se le encontró; deja-

ban, sí, la huella urticante que él disolvía en una comprensión serenada y viril. Como su color era la nobleza, no infligía a otros la pesadumbre propia, ni la herida injusta le amargaba la risa.

El niño grande

Anotemos algo de su travesura. Sólo así conoceremos la medida del contrapunto.

Pablo estuvo preso sobre dos años en el presidio de Isla de Pinos, por combatir de frente la barbarie machadista. Allí lo encontré yo, cuando llevaba buen tiempo de encierro. Juntos estuvimos seis meses. Confieso mi turbación cuando, el día de mi llegada al «Patio de las Izquierdas», se me abalanzó un gigante desnudo con barbas que se le acercaban a la cintura —sus «barbas asirías»— y cabellera derramándose sobre los hombros. Al oír la voz inconfundible, reconocí a Pablo. Enseguida me explicó:

—Aquí me han traído contra mi voluntad y sin razón alguna. No tengo por qué gastar ni ropa ni barbero...

Y así siguió todo el tiempo del cautiverio.

Tengo muy presente un gran gozo de Pablo, a poco de encontrarlo en el presidio. No recuerdo alegría tan consustancial y lozana. Ocurrió así. Con frecuencia nos reclamaban de La Habana, donde debíamos, responder ante el juzgado especial, de incontables procesos políticos. Cumplido el trámite judicial, nos volvían a la pequeña isla. Un día despedimos a Pablo para este menester. Metido en su uniforme de penado y cabellera y barba muy alisadas, salió a tomar el barco, entre dos soldados.

Durante la travesía entre una isla y la otra, hizo Pablo excelentes migas con sus custodios, dos campesinos sencillos y cordiales. Al llegar a La Habana, por la Estación Terminal, les rogó que, en vez de tomar un vehículo hasta el Castillo del Príncipe —donde debía aguardar la hora de comparecer al juzgado—, hicieran el trayecto a pie. Hacía largo tiempo que no veía gente y así, al menos, gozaría un

momento de aparente libertad. Accedieron los soldados, ganados ya por su simpatía desbordada, y la caminata fue para él la más hermosa fiesta. Atravesó escoltado calles muy principales y concurridas: Monte, Reina, Carlos III, hasta llegar a la loma del Príncipe. La impresión que causó su figura en los tranquilos ciudadanos que a aquella hora —9:00 de la mañana— se dirigían a sus quehaceres, puede suponerse. Topar de pronto con un gigante de cabellera hasta los hombros y barbas hasta el ombligo, y entre dos soldados, no era espectáculo irrelevante ni tranquilizador. Muchos apartaban la vista y aligeraban el paso; otros comentaban con el amigo cercano que se trataba, de seguro, de algún terrible malhechor cazado en lo más negro del monte. Y Pablo, regocijado como un niño con juguete nuevo, fijaba la vista en los más asombrados y les rugía con toda la boca... La alegría, a la vuelta, le duró una semana.

El creador

Este muchacho de tan desaforada jocundia fue una de las mentes más afinadas y selectas que se hayan producido en tierra cubana. Su entendimiento de la creación artística era tal que muchas veces hacía pensar en una feliz anomalía. ¿En qué tiempo había absorbido aquel deportista apresurado los elementos indispensables para sus juicios? ¿Cómo podía, con sólo algunos datos atrapados al vuelo, construirse la visión cabal de un fenómeno complejo? Su capacidad de síntesis asombraba. Su buen gusto era como un ademán de su ser. En todo ponía la sencilla dignidad y el garbo propio. Hasta en las cosas materiales dejaba Pablo marca de su limpieza, de su afinamiento, de su penetrante lucidez. Sus trabajos de carpintería —brazaletes, pendientes, plegaderas... —hechos en el pequeño taller del patio, no se parecieron nunca a los de los otros. Guardo, recuerdos de su amistad, algunas de estas obras menores. En todas está su personal calidad, su desembarazada y directa maestría.

Tengo la certidumbre de que con Pablo de la Torriente murió uno de los más cabales narradores de su tiempo cubano. No dio su medida, pero anunció su tamaño. Aquel mirar el mundo con ojos limpios y dulces; aquella sintonía sedienta con lo circundante, aquella serenidad un poco triste que lo conducía al corazón de los hombres y los hechos —unidos a la anotación nerviosa, inesperada, sorpresiva—, estaban haciendo un gran novelista, a los ojos de los que le conocían todas las virtudes.

Cuando cayó en Majadahonda (lindo nombre de romance castellano que le hubiera encantado como fondo de un cuento campesino), lloramos mucho su muerte porque sabíamos que, con él, se había deshecho un raro caso de venturosa integración. ¿Quién, como él, encarnaba en su generación al hombre entero y transparente, bronco y tierno, audaz y meditador, impetuoso y preocupado? Sus años maduros hubieran sido grandes. Su saber y su decir se hubieran henchido y depurado; su alegría fisiológica lo hubiera defendido hasta la hora última de la amargura que aportan los muchos años de acción y pensamiento. Su entusiasmo poderoso no hubiera mermado con la edad, porque partía de una naturaleza solar. Y su deseo de belleza y de bien habría sustentado con certera firmeza la obra y la conducta. De vivir más, hubiéramos tenido en Pablo de la Torriente el ejemplar dichoso y pleno de ciudadano, de revolucionario y de creador que anunciaba su fuerte juventud, punzante de raros valores.

El cambio de río

Salido del Presido, continuó Pablo su enérgico combate contra los gobiernos cubanos que, a su turno, daban la mano al imperialismo y la espalda al pueblo. Periodista, agitador, narrador, combatiente, ni dio cuartel ni solicitó gracia. La situación llegó a serle tan ingrata y difícil que partió hacia Nueva York, donde continuó su tarea infatigable.

La etapa neoyorquina de nuestro hombre fue como un crisol violento, como una maduración anticipada. Conoció en la gran ciudad, como tantos luchadores honestos, toda la crueldad de la expoliación imperialista. Fregador de platos, vendedor de helados, mandadero, camarero en Harlem, mientras más conoce «las entrañas del monstruo», mejor trabaja para vencerlo. Funda, con un grupo de compañeros de exilio, el Club Cubano José Martí, que adopta dos consignas primordiales: «Contra el imperialismo. Por la libertad de Cuba.» Es orador solicitado en los actos del Mella y activo militante del Comité Antifascista. Escribe, confecciona y distribuye el periódico *Frente Único*. Participa en mítines, reuniones, conferencias, demostraciones de calle y labores de solidaridad con los pueblos oprimidos por el común enemigo norteamericano. Colabora en periódicos de Estados Unidos, México, Venezuela, Ecuador, Chile y Argentina. El escritor es el mismo hombre de valor y servicio que vive en la asamblea y en la plaza.

El 6 de agosto de 1936 escribe Pablo: «He tenido una idea maravillosa; me voy a España, a la revolución española.» No se trata, desde luego, de una ocurrencia aventurera; menos de un estrecho interés periodístico. La idea de fundirse en la lucha del pueblo español lo conmueve hasta las raíces, como, desde las ventanas del Presidio Modelo, la vida en marcha, llena de sugerencias y promesas. Es un hombre preso, mucho más que en Isla de Pinos. Nueva York lo asfixia y despedaza. Se ha vuelto tornillo y quiere dejar de serlo: «Algún día me vengaré de Nueva York.»

El ímpetu revolucionario y la maestría expresiva se le juntan ahora para decir su angustia y esperanza. Quiere «cambiar» de «río». Lo manifiesta con fuerte belleza.

Algunas veces —dice— he sido arrastrado por el río nocturno de Broadway, bordeado por la orilla de montes incendiados con fuegos infinitos de bengala. A la puerta de cada «burlesque», de cada cine, el río hace remolinos... y por las escaleras del subterráneo se hunden los hombres ya cansados. Porque aquí, donde todos son tan activos, todos están

siempre cansados. Y el sol sólo lo he visto en el tren subterráneo: el «*Subway Sun*»...

Y con hermosa decisión grita:

Pero ahora yo me voy a España, a ser arrastrado por el gran río de la revolución. A ver un pueblo en lucha. A conocer héroes. A oír el trueno del cañón y sentir el viento de la metralla. A contemplar incendios y fusilamientos. A estar junto al gran remolino silencioso de la muerte...

La idea de pelear junto al pueblo español se le hace inquietud desbordada, impaciencia febril: «Y no duermo. Y estoy inquieto, nervioso, irritado...» Desde que decidió la partida, afirma, «el gran bosque de mi imaginación está incendiado y el resplandor glorioso ilumina hasta los remotos confines de mi vida, hasta los tres horizontes, de ayer, de hoy, y de mañana...» Y «el bosque incendiado» tiene claridad para ofrecerle el panorama de su escala española. Veámoslo.

En España, dice Pablo,

Me acercaré a los líderes para saber lo que piensan. Iré a donde están peleando las milicias, en las montañas y desfiladeros, contra el ejército traidor. Hablaré con la Pasionaria, la jefa de las mujeres de corazón de acero. Iré hasta los barcos de la escuadra, mandados por marineros que han salvado la revolución con su lealtad y su valor, impidiendo el paso de los mercenarios de Marruecos. Presenciaré el fusilamiento de los jefes fascistas. Acaso estaré allá, cuando Mussolini y Hitler, no pudiendo sostenerse más se lancen a la guerra y vendrá entonces la batalla definitiva entre oprimidos y opresores... ¡Y asistiré de todos modos, al gran triunfo de la revolución...»

El 24 de septiembre de 1936 está Pablo en Madrid después de haber pasado algunos días en Barcelona. Lleva en el bolsillo las credenciales de *New Masses* de Nueva York y

de *El Machete* de México. Con asombrosa comprensión se hunde en el gran río apetezido, el gran hecho heroico y, hasta su muerte, será un combatiente ejemplar de la gran pelea liberadora. Nos deja por dos caminos la imagen de la última etapa de su vida, el de la carta y el de la crónica. Los dos vehículos se avienen ajustadamente con su modo directo, espontáneo, que tanto tiene de la fotografía, del cine y de la novela.

Aunque muy semejantes, preferimos las cartas a las crónicas. En estas encuentran mejor desarrollo la hazaña imaginativa y la calidad plástica, pero aquella manera personalísima de comunicación vigorosa y hasta agresiva, está mejor en las cartas. El corresponsal se convierte, para Pablo, en el confidente cóncavo, al que nada puede dejar de decirse y del que espera el juicio coincidente o rectificador. El obstáculo que levanta la irritación momentánea, la queja por la incomprensión o el despego, no son para la crónica, pero sí para la carta. Y aún en estos accidentes pasajeros, la protesta amigable tiene el interés y el relieve del escritor que habla como vive y piensa. En las cartas está, además, la preocupación urticante por la eficacia de su trabajo y la ansiosa inquietud por las cosas de su tierra.

El periodista

No creemos que exista mejor testimonio de la guerra española que el de Pablo de la Torriente. Para ello hay razones decisivas, de distinto carácter. Pablo es, en lo más profundo, una personalidad encarnizadamente instalada en el torrente hispánico. Su identificación con el paisaje físico y humano de la Península está a mil leguas de la anotación sorprendida del periodista extranjero. Españoles son —y más de una vez se lo dije en nuestros diálogos del presidio— su bronca hombría y su profunda humanidad, su gusto por la audacia a punto, su amor por la expresión popular y su vitalicia disposición de «estar a todo». Es por ello que ni en sus cartas ni en sus crónicas encontramos una sola

fisura entre el espectáculo y el espectador. Se mete de rondón en la intimidad española y vive, pelea, sufre y goza como un hombre nacido en Asturias, en Madrid o en Sevilla. Lo que en otros periodistas que acudieron a España por los mismos días es asombro estremecedor, se toca en Pablo como una comprobación familiar, nacida de muy adentro.

En nuestro escritor se produce, como en pocos casos, la ensambladura armoniosa y contrastada entre lo tradicional, lo nacional, y lo universal. Su cubanismo fue, al mismo tiempo, soterrado y ostensible. Recuerdo bien que cuando un torpe quiso señalarle, en los días de Isla de Pinos, despego por lo nuestro en su ancha curiosidad universal. Pablo miró adustamente al atrevido, espetándole: «—A mí nadie puede darme lecciones de cubanismo, porque aprendí a leer en *La Edad de Oro*.» Su crónica española está mechada de fragantes criollismos, enhebrados gozosamente en la recia trama hispánica de su lengua.

Marxista de firme convicción («para el Partido todo...»), sabía bien que sólo con el vencimiento de la opresión social en toda la tierra, se asegura y profundiza el «ser» nacional, para él gozoso y apetecible. Cubano hasta el tuétano, hispánico de arriba a abajo, acudía a España, como confesó, porque allí «palpitan hoy las angustias del mundo entero de los oprimidos». España fue, por ello, en su sangre y en su sed de justicia, la ocasión y el crisol de su entendimiento revolucionario.

Para ser periodista cabal posee Pablo de la Torriente capacidades específicas y relevantes. Es un «escritor natural» de mucha sabiduría. Es distinto, y llega a todos. Transmite lo que ve sin artificio ni revoque, pero siempre con acento propio y modo nuevo. Su amor a la vida («Te digo que es bello vivir.» «Yo asisto a la vida, con el hambre y la emoción con que voy al cine.») lo identifica con toda peripecia y a todo le indaga su razón de existencia. La originalidad le llega a cada paso del recuerdo sensual («la bahía de La Habana, donde la tanta luz no deja dormir a los tiburones...»), pero todo

concluye al final, en una marcha ascendente, benéfica, de profundo sentido moral. Lo dionisiaco nacido de su naturaleza poderosa y activa, sirve en la perspectiva, como en Martí, al duro deber. Se sabe bueno. Y como bueno, debe morir de cara al sol.

La calidad del testimonio español de Pablo de la Torriente nace de la profunda sustancia de lo anotado y del poder condigno del anotador. Todo el libro es un conjunto de hazañas singulares, casi increíbles. La imaginación incansable del periodista queda a veces por debajo del suceso real, y los hechos toman el mando, exigiendo un registro estricto y puntual. Por eso, el apasionado del cine y el novelista en ciernes se encuentran a sus anchas. La estancia en el parapeto —forcejeo altivo de la vida y la muerte— queda como capítulo de la que pudo ser, de la que debió ser, la novela de Pablo sobre la guerra española. El suceso de Mejorada, en que estuvo nuestro héroe a un milímetro de la muerte, es en verdad un guión cinematográfico que está pidiendo desarrollo y rodaje. Y esta cita de lo lírico y lo novelado, de la meditación y la violencia, ofrece no sólo una obra desbordante de realidad luminosa sino el perfil de un creador pertrechado con las mejores armas.

Servir más, servir mejor

La circunstancia de darse en Pablo las virtudes del escritor y el fuego del combatiente lo encierran en una inquietud ansiosa. En cartas y crónicas maldice de lo escaso del tiempo para culminar sus tareas. «Me sobran energías, pero me falta tiempo», dice. Y anda siempre a pleito con las «veinticuatro horas miserables que tiene el día». Quiere servir más; pero también quiere servir mejor. Y aquí se le abre otra contradicción angustiosa.

Nuestro hombre conoce y mide lo que supone ofrecer a los americanos del norte y del sur una imagen viva y veraz de la guerra española. Se esponja de gozo cuando le dicen, desde Nueva York, que una crónica suya se ha reproducido

en más de un pueblo hermano. Todo gran hecho necesita testigos a su nivel y Pablo conoce la lealtad de su escritura. Pero ya he dicho cuánto espacio tenía en el hombre la porción natural y activa, el empuje avasallador, la dación personal y el sacrificio heroico. Este costado venció al fin y hoy lo recordamos no sólo como intelectual en su puesto sino como gran héroe de España y de Cuba. En las crónicas se advierte el tránsito obligado. Más de una vez se queja, en ellas, de que su tarea de periodista le robe horas a su oficio de soldado. Al fin, le repugna la espera frente al papel, hurtada al trabajo del fusil. En los últimos tiempos Pablo se sumerge definitivamente en la gran marea peleadora y muere con el uniforme del ejército del pueblo y como su Comisario Político.

Como su amado Martí, destroza sus sueños y su poder creador en el cumplimiento de su deber político.

El vaticinio aplazado

A la conjunción feliz de las facultades con las tareas, se debe, sin duda, la consistencia del juicio político de Pablo, tanto en las crónicas como en las cartas. La estimación del panorama europeo, expresada en su crónica francesa, posee una perspicacia inesperada en hombre de sus años y preferencias. Su opinión sobre el desencadenamiento de la Segunda Guerra Mundial aparece, vista desde hoy, una previsión impecable. En el enjuiciamiento de la naturaleza y la obra de los grupos y partidos que actúan en la guerra española, sus consideraciones primordiales son certeras. Su denuncia y combate del trotskismo constituyen una prueba excelente de su sagaz honestidad.

¿Cómo, podría preguntarse, contradice la realidad aquella creencia terca y persistente de la victoria del pueblo español sobre el fascismo? Porque es esta, en la etapa española de Pablo, una reiteración mantenida frente a todos los obstáculos. Ni aun en los momentos en que es más perceptible la monstruosa traición de las «democracias», flaquea la

fe de nuestro amigo. Antes de salir hacia España, proclama su seguridad en la victoria: «¡Y asistiré de todos modos, al gran triunfo de la revolución...!» Muy cerca de su muerte insiste en que nada podrá aplastar la decisión del pueblo: «Tengo más fe en la victoria final que en que yo soy yo.» Con todo, el gran ejército que le tuvo en sus filas no ganó la partida, aunque las virtudes, abnegaciones y heroísmos fuesen la trama de su acción.

[...]

Hay en el libro español de Pablo un aspecto que llama a cuidada meditación. Me refiero al aplauso y elogio tributado a personalidades responsables en la lucha española que, en los últimos tiempos de guerra y después de ella, traicionaron al pueblo. En medio de un proceso tan intenso, alterado y complejo, no puede medirse a veces la calidad exacta y el coeficiente de fidelidad de ciertas gentes. En los momentos de alza revolucionaria suelen el oportunista y el aprovechado alzar mucho la voz y ganar con el tono cuantiosas voluntades circundantes. Cuando las cosas no marchan bien, bajan la voz y se pasan al enemigo. Al vencimiento, el desánimo hace estragos, la perspectiva se pierde para algunos y la escoria se desprende del oro verdadero.

Lo ocurrido en los casos en que Pablo de la Torriente es mal profeta debe ser para nosotros otra experiencia valiosa. El cumplimiento del deber revolucionario no puede ser ni privilegio ni franquicia. Cada amanecer debe ser para nosotros oportunidad de recuento vigilante. Nadie debe valer por lo que hizo sino por lo que hace, y la condición humana será por mucho tiempo suma de sorpresas desdichadas. Absorbamos, en el instante que vivimos y frente a agresiones numerosas, el testimonio de generoso error que nos entrega Pablo en su libro español.

El vaticinio del hombre sensible y vertical que hoy recordamos sólo está aplazado. Lo que será la España liberada estaba en su deber político y en su sueño creador. En lo más duro de la lucha escribió: «Yo pienso con alegría profunda, con una imaginación feliz de antecrearlo, en lo que será este

país después. Maravillosa será España. Mientras más dura y cruel sea la lucha, más grande y más justa será toda ella.» Esa España, la de Pablo de la Torriente, está llamando a las puertas del mundo. Un genio nacional inconfundible y recio, apasionado y hondo, razonador y voluntarioso, encontrará los caminos que se le han negado por siglos, y su aporte, a la causa del hombre y de su libertad, será de immedible trascendencia.

Venceremos

En los días de la guerra española visité, con un grupo reducido de cubanos, la tumba de Pablo en el cementerio de Barcelona. Hacía poco de su muerte. Todos, sin advertirlo, estuvimos silenciosos, sentados buen tiempo frente al nicho. Nada nos dijimos, pero en todos vivía aquella energía feliz que había coronado cada color con una sonrisa de tranquila victoria. El paraje y la hora llenaban de sentido el recuerdo del muchacho excepcional. La tumba estaba en un montículo y frente al mar. Caía la tarde y, al tender la vista desde sus restos, al descansar la pena sobre el suave declive de trigos y olivares, pensábamos en cómo hubieran contemplado sus ojos, de estar a nuestro lado, aquel recodo del Mediterráneo, con todas las resonancias de la aventura y de la historia, sus dos grandes pasiones.

Más de una vez, al recordar aquel momento, me ha inquietado saber si todavía están sus huesos en lo alto de aquella colina y frente al rumor marino. Lo probable —y natural— es que se hayan aventado sobre el campo. Aquella presencia inerte ha tenido que ser una acusación demasiado violenta para los que significan su más rencorosa negación. Si no ha ocurrido así, si todavía están allí sus restos bienamados, será obligado, cuando el momento llegue, partirlos entre sus dos tierras matrices, la de su nacimiento y la de su muerte. Allí debe quedar una porción de sus huesos, mezclada con el polvo que recogió su sangre y en la que él vio una escala decisiva de la liberación humana. Otra parte de sus restos

debe reposar sobre la isla que le dio su tono y su gesto, su ímpetu y su gracia.

Sin restablecerse el diálogo, marchamos lentamente hacia la ciudad cercana. Al entrar en sus calles, algunos comenzaron a discurrir sobre la vida y la muerte del gran compatriota. Más de uno lamentó el final prematuro y se dio a imaginar la madurez dichosa de las dotes deshechas por la metralla fascista. Con una facundia muy nuestra, cada quien se dio a imaginar el curso posible de aquella gran parábola rota.

Debo confesar que me asaltó entonces un pensamiento herético. ¿Para quién sino para Pablo de la Torriente se hicieron esas ocasiones dramáticas en que la vida se tira al camino como un ascua que nos revienta en la frente? ¿Para quién sino para él se dibujó ese perfil incansable del vuelo detenido en lo más alto y poderoso? Quien le conoció el amor por el deber y el sacrificio tiene derecho a sospechar que si se le hubiera dado a escoger entre una existencia dilatada y serena y la trajinada, breve y llameante que tuvo, aquel muchacho que fue muchas cosas pero, sobre todas, grito de pelea y clamor de justicia, se hubiera decidido por la vida y la muerte heroicas que están en su entraña, por la vida y por la muerte iluminadas que hoy recordamos con dolor y con orgullo. Tenemos elementos para imaginar que esta hubiera sido su elección de hombre desinteresado y ansioso. «Por la vida —escribió Martí— hay que pasar volando, porque de cada grano de polvo se levanta el enemigo, a echar abajo, a garfio y a saeta, cuanto nace con ala.» Y Pablo de la Torriente fue uno de los espíritus más radicalmente martianos que ha dado nuestra tierra.

[...]

*Ricardo Jorge Machado**

¿Por qué Pablo?*

Para los revolucionarios cubanos el campo de batalla contra el imperialismo abarca todo el mundo.

FIDEL CASTRO

No disponemos aún de una concepción verdaderamente científica sobre la llamada teoría generacional. Algunos pensadores burgueses —Ortega entre otros— armaron una alharaca sobre el tema hace ya varias décadas y escribieron —junto a cosas válidas— muchas tonterías sin más pretensión que la de justificar los intereses del grupo dominante y escamotear, gracias a la supuesta lucha de generaciones, la verdadera cuestión: la lucha de clases. Pero el marxismo no ha dicho al respecto —al menos que nosotros sepamos— la primera palabra. La palabra científica se entiende, y no podemos tener por tal, la condenación en bloque, lanzada por un seudomarxismo de ínfulas vicariales, que ni tiene un conocimiento serio del problema, ni guarda relación alguna con el espíritu de los fundadores de la filosofía del proletariado. Falta haría que ese estudio se realizase y dejara sobre el tapete, claramente resueltas, las incógnitas que existen en torno a esa cuestión y sepamos de una vez lo que hay de cierto en todo ello.

La elaboración de una teoría científica de las generaciones tendría, al ser aplicada, resultados muy útiles, tanto en las circunstancias concretas de la construcción del socialismo, como en el campo de la investigación histórica. En Cuba, por ejemplo, hay todavía mucho que hurgar en esa llamada «generación del 30». Los hombres que la formaron han de-

* Profesor y ensayista cubano (1940).

** *El Caimán Barbudo* [La Habana], no. 1, abril de 1966, p. 9.

jado una huella imborrable en nuestra historia y no hay que esperar ninguna monografía concienzuda sobre la «Revolución frustrada» para saber que sus figuras más representativas fueron de una talla excepcional.

Se trata nada menos que de hombres como Mella, Rubén, Pablo de la Torriente y Guiteras —por citar sólo a estos—, al conjuro de cuyos nombres sentimos despertar nuestra sensibilidad política la mayoría de los que hoy participamos en esta apasionante aventura que es la Revolución socialista. Ahora más que nunca necesitamos conocer mejor su ámbito generacional así como dominar la órbita precisa en que ellos se movieron, y que esto nos sirva de premisa para establecer los nexos que los unen a nosotros y podamos comprender de manera más completa la realidad revolucionaria en que convivimos.

No se nos escapa que una evaluación crítica exhaustiva —no es el objeto de este trabajo— nos obligaría a considerar la actuación de individuos de cuyos nombres no queremos acordarnos.

Como se ve, la cosa es demasiado seria para que podamos sentirnos conformes con algunas semblanzas biográficas, o con la publicación de lo que dejaron escrito. (El Instituto Julio Antonio Mella, que radica en la Universidad de La Habana, ha hecho una meritoria labor desplegada a menudo ante salones semivacios, falta de propaganda.)

Esto es algo, mucho si se quiere, pero no suficiente. Hay que ahondar más, ahondar para después difundir, hasta que todos los miembros —a ello debemos aspirar— de la nueva generación, así como muchos de los de las generaciones actantes, sean alcanzados de manera más profunda por la herencia histórico-revolucionaria que ellos nos legaron, y gracias a esto cobremos todos una conciencia más lúcida sobre los criterios que se deben seguir en la elaboración de una sociedad nueva en las condiciones de Cuba. Sólo apropiándonos de nuestra tradición revolucionaria, garantizaremos que el cuerpo principal de nuestro pueblo esté advertido de las fuerzas que han modelado y modelan su destino.

Lograrlo sería un medio que, además de una beneficiosa consecuencia política —especialmente en lo que se refiere a la educación de la juventud—, facilitaría la comunicación intergeneracional.

Ahora bien, ¿qué quiere decir apropiarse de una tradición? En primer lugar significa conocer a nuestros muertos. Esos muertos que al decir de Renán, eran los que hacían —más que los vivos— la patria. Nosotros pudiéramos corregir a Renán diciendo que esos muertos no sólo hacen la patria, sino también la revolución y tanto como los vivos.

Nos corresponde ocuparnos aquí, en muy apretadas líneas, de uno de nuestros grandes muertos: Pablo de la Torriente Brau.

Ante todo, ¿qué lugar ocupa Pablo en relación con sus demás compañeros y qué es lo específico de su tarea? Veámoslo.

Él, como Mella y Rubén —envueltos en la marejada revolucionaria de su tiempo— murió joven, y por eso de su personalidad emana —como de la de aquellos— un atractivo irresistible. Aquí una semejanza, pero buscamos la diferencia. Y esta sólo se da si comparamos su actuación con la de Mella y Rubén. Pablo no fue evidentemente el dirigente. Esa función le toca a Mella, quien alcanza en ella una visión continental, a pesar de sus pocos años —veinticinco— como se demuestra en «¿Qué es el APRA?», publicado en 1928.

También le llega —la función orientadora— a Rubén, como continuador de la obra del primero, tempranamente desaparecido. Pero Rubén conserva su propia personalidad, una rica personalidad de poeta devenido dirigente político. Si Mella y Rubén son los brazos, el torso de esa generación, Pablo es el rostro. Y con su obra (cuentos, artículos, reportajes) nos deja las líneas de ese rostro, que es ya —gracias a él— eternamente juvenil. Pablo es, sin duda, su relator más calificado, el cronista de sus hazañas. («La última sonrisa de Rafael Trejo», «Mella, Rubén y Machado»), pero que llevado por su inquieta naturaleza de escritor, penetra también su circunstancia social («Realengo 18», «La isla de los 500 ase-

sinatos»), y no termina como cronista de su generación o de las realidades de su país sino que las trasciende, y lo es también así de su época (*Peleando con los milicianos*).

Pero Pablo está también en sus cartas. En cada una de ellas nos deja un pedazo de sí mismo. ¿Cómo es posible, en un trabajo de estas proporciones, dar una imagen completa de Pablo? Después del análisis de toda su obra, detengámonos sólo en una de estas cartas, aquella en que anuncia su decisión —que tendría un final trágico— de ir a la guerra de España, donde moriría, cuatro meses después, el 19 de diciembre de 1936, cuando sólo unos días antes, el 12, había cumplido los treinta y cinco años. Escrita en plena madurez, aparece publicada al principio del libro *Peleando con los milicianos*. No sabemos, al leerla, si se trata de una carta personal —por su desaliño estilístico— o una simple reseña introductoria. Pero eso no importa, lo que importa es lo otro, el hombre que la escribió. Y el hombre está allí. «He tenido una idea maravillosa; me voy a España, a la revolución española [...] en donde palpitan hoy las angustias del mundo entero de los oprimidos.» Y lo dice como quien hace una travesura más, con ese mismo arranque juvenil que preside todos sus actos. «La idea hizo explosión en mi cerebro, y desde entonces está incendiado el gran bosque de mi imaginación.»

Sí, su indetenible imaginación —porque Pablo era un ser eminentemente imaginativo—, la misma de los cuentos de *Batey*, de sus reportajes, de todo cuanto toca.

«¿Cómo no se me ocurrió antes la idea? Ya estaría yo en España. La culpa es de Nueva York. Aquí en año y medio de exiliado político, no he hecho otra cosa que cargar bandejas y lavar platos. Me puse estúpido. Me volví tornillo. He sido uno de los diez millones de tuercas. Algún día me vengaré de Nueva York.» Su espíritu rebelde tropieza ásperamente con la vida chata, opaca, que el monstruo de los rascacielos impone a los que no son millonarios. Su delicada sensibilidad recibe un golpe serio, y de ello deja constancia en esa dura frase: «Algún día me vengaré de Nueva York»,

tras la que se esconde un justo odio. «Recordé que yo era periodista, que mi gusto era ir por entre el pueblo, buscando su emoción para expresar sus anhelos.» Si él recordó en todo momento su profesión de periodista revolucionario, no es raro que un grupo de jóvenes lo recuerde, y anteponga en la convocatoria de un concurso de cuentos su nombre, como hizo ahora el periódico *Juventud Rebelde*.

¿Por qué Pablo?

Pues porque sus restos no están en Cuba, sino junto a los que cayeron por la revolución española, y no podemos visitar su tumba en un cementerio de Barcelona. Él pertenece al pueblo español, sin dejar de ser nuestro. Mejor dicho, es precisamente por ello, más nuestro, ahora que hay que aprender a morir en cualquier parte, luchando —y esto hay que decirlo aunque a menudo se convierta, desgraciadamente, en un simple titular de periódico o en el tema de una charla aburrida— contra el imperialismo, el mayor enemigo del hombre. Es sobre todo este hecho —su muerte en la lucha por un pueblo que no era el suyo— el que nos permite sentir más intensamente la vigencia de su ejemplo, la cercanía de su nombre.

¿Por qué Pablo? Porque hoy nuestro país tiene una resonancia internacional como nunca la tuvo en toda su historia, resonancia que hace que la comunicación espiritual con otros pueblos sea más necesaria, y nos obliga a ver, cada vez más claramente, que la lucha de ellos también es nuestra, cosa que él ya supo en su tiempo. Porque la responsabilidad que tenemos sobre nuestros hombros, de hacer que el mundo del socialismo sea más hermoso y más humano, no es tarea fácil sino dura y peligrosa.

Por todo ello aquí, en el primer número de esta publicación revolucionaria, está Pablo.

*Carlos Rafael Rodríguez**

**La imagen de Pablo es la vida.
Conversación con Víctor Casaus****

«Mis ojos se han hecho para ver las cosas extraordinarias. Y mi maquinita para contarlas. Y eso es todo.»

La frase revela, de un golpe, la pasión del cronista formidable que la escribió, en carta a un hermano, días antes de irse a la guerra civil española. Desde allí, Pablo de la Torriente Brau reafirmó la magia y la decisión de esta declaración de principios que podría anteceder, abarcándolas e iluminándolas, la edición de sus obras literarias y, junto a ellas, el recuerdo entero de su vida.

Seguir el hilo de esa vida, compenetrado con la fuerza expresiva de esas letras, ha sido, desde hace ya varios años, parte inolvidable de mi trabajo. De esa tarea investigativa y artística salieron libros y filmes que recogieron la palabra de Pablo y las voces de muchos de sus contemporáneos.

Buscarlos, encontrarlos y conversar con ellos a lo largo de meses y años ha sido, sin dudas, una recompensa mayor para este trabajo. Desde la colaboración imprescindible de las hermanas de Pablo, pasando por más de una docena de fieles testimoniantes de la historia y de la amistad, hasta la alegría sin término que fue conocer a Raúl Roa y recibir, en su voz nerviosa y brillante tanto dato, tanta anécdota, tanta confianza, el proceso de creación de esos libros y esos filmes se realizó al calor de la frase de Pablo que aparece allá arriba. Con ese ánimo trabajaron también, registrando los testimonios documentales, los integrantes del equipo de filmación de *Pablo* y de *Con Miguel Hernández en Orihuela*.

* Político, escritor y profesor cubano (1913-1997).

** Entrevista concedida a Víctor Casaus. *Bohemia* [La Habana], año 79, no. 28, agosto de 1987, pp. 39-45.

Así se nos reveló muchas veces que la búsqueda y obtención de un testimonio puede ser una aventura de la imaginación y de la comunicación humana, multilateralmente valiosa y enloquecedora, en la que pueden convivir la admiración, la amistad y el cariño.

La solicitud de su testimonio

Ahora la continuación de ese camino testimonial nos ha puesto nuevamente ante una experiencia de profunda significación humana y artística: esta conversación con el compañero Carlos Rafael Rodríguez tuvo como punto de partida la solicitud de su testimonio para un proyecto literario con el que nos propusimos reconstruir los últimos tres meses de la vida de Pablo en tierra española.

Aquella solicitud encontró respuesta a través de una carta del compañero Carlos Rafael, el año pasado, en la que expresaba: «Colaborar en algo destinado a destacar una vez más la figura de Pablo, me apasiona [...] En lo que concierne a mi posible participación personal, tengo testimonios muy vívidos que podría transmitirle. Lamentablemente no había grabación y no usábamos la taquigrafía, de modo que están perdidas mis palabras sobre Pablo en el homenaje a él en diciembre, pocos días después de su muerte, ocasión en que hablamos Roa y yo. Cuente con la entrevista.»

Contamos ya felizmente con ella para ese libro porque el compañero Carlos Rafael alcanzó a encontrar, en el apretado panorama de su tiempo, tensado por las múltiples tareas que realiza, aquellas dos horas formidables que estuvimos frente a él, en su oficina, mi compañera y yo, armados de dos grabadoras obtenidas en el último momento, como garantía de que esta vez sus palabras sí quedarían recogidas en este nuevo homenaje a Pablo, cincuenta años después de su caída.

Antes de comenzar a guiarnos por un cuestionario de más de diez preguntas que le habíamos hecho llegar previamente, le mostramos los cuatro cuadernos de notas escritos por

Pablo, con letra urgente y rasgos taquigráficos, entre septiembre y noviembre de 1936, que ya se encuentran transcritos en su primera versión.

El nerviosismo de aquella letra «que nos transporta a los momentos en que su cronista escribió esas notas» llenó entonces los primeros momentos de la conversación que se iniciaba, en la que el compañero Carlos Rafael mezclaría las vívidas evocaciones con las agudas reflexiones sobre la historia y las figuras de aquellos años e hizo vivir nuevamente, en el calor de las anécdotas, el recuerdo del Che, que nos sonreía desde su foto inmensa en la pared, y las buenas malas palabras de Raúl Roa que se convirtieron en otro homenaje, juvenil como él mismo, al aniversario de su nacimiento que en esos días estábamos conmemorando.

Letra con filo rebotante de agudeza y juventud, aquí están estas nuevas palabras en los setenta.

—*Quisiera comenzar en un orden inverso y pedirle, primero, este esfuerzo de memoria: ¿cómo fue aquel primer acto de recordación de la caída de Pablo?*

—El acto fue en el Auditorium y se realizó pocos días después de la muerte de Pablo, que para todos nosotros fue un hecho muy dramático porque realmente a Pablo le pasaba como a Mella, como a Fidel: son de ese tipo de personalidades que uno no concibe en la muerte. Son tres personalidades que yo asocio a pesar de las diferencias y de tantos niveles que puede haber entre ellos. Tienen algo en común, ante todo: parecen la expresión de la vida misma. Y aunque Pablo estaba en un lugar donde podía morir cada día, no era fácil para nosotros concebir que cayera.

Todo se organizó rápidamente y hablamos Raúl Roa y yo. En aquella época no se acostumbraba a registrar los discursos, de manera que las palabras exactas se perdieron, quedaría la noticia en los periódicos de la época. Recuerdo que había muchos intelectuales de izquierda en aquel acto. Recuerdo mi conversación, al terminar, con Enrique Serpa, que

me descubrió ese día, porque él conocía a Roa, pero no a mí. Yo tenía entonces veintitrés años. Hoy, a pesar de la madurez de nuestra juventud, los muchachos no maduran tan rápido como sucedía en nuestra época: uno piensa hoy y no cree que en esa época podía haber tenido sólo veintitrés años.

Hay que comprender, para ver la significación del acto, lo que fue la defensa de España para Cuba. Creo que entre los acontecimientos formadores de nuestra generación, incluso en hombres que ya estaban un poco más formados, como Roa —que tenía apenas seis años más que yo—, hubo, en particular, dos acontecimientos que fueron convertidos por nosotros en instrumentos para la lucha en Cuba: la guerra de España y la expropiación del petróleo por Lázaro Cárdenas.

En el momento en que Pablo muere, en el momento de toda la lucha de España, la revolución ya está en su reflujo en nuestro país. La revolución frustrada de 1930 se mantuvo como una posibilidad hasta la huelga de marzo de 1935. Aquella huelga fue aplastada brutalmente, con una brutalidad que antes no se conocía, a pesar de las muchas muertes que hubo en la dictadura de Machado. La represión durante la primera dictadura de Batista fue más organizada, tuvo un sentido orgánico, porque se golpeó a las organizaciones mismas y a la clase obrera.

En aquel momento había una revolución en derrota y una gran dispersión de las fuerzas populares. Muchos compañeros habían ido al exilio, entre ellos Pablo. Otros, por distintas razones, habíamos permanecido aquí. Pero orgánicamente, la revolución estaba herida. La revolución nunca muere, pero estaba herida de muerte.

De modo que para nosotros la posibilidad de luchar por una causa que no estaba en Cuba, pero que también era nuestra, fue un gran estímulo. En ese momento, como ha dicho Fidel, el internacionalismo cobra en el pueblo cubano una magnitud distinta. La revolución cubana siempre fue, en su concepción, internacionalista desde la época de los

libertadores del 95 y aun antes. Pero es esta la primera vez que hay una movilización de fuerzas para ayudar a la Guerra Civil Española; es una movilización internacional, pero Cuba, en particular, se distingue.

Yo diría que el per cápita de participación cubana fue superior al de ningún otro país. Hubo una participación norteamericana muy importante, la Brigada Lincoln; los ingleses tuvieron una participación incluso con escritores de gran significación, pero la nuestra fue cuantitativamente mayor.

De modo que el acto tuvo una significación nacional, y fue utilizado por Roa y por mí para denunciar la dictadura. Yo recuerdo que me correspondió ser el primero que hablara de la tiranía de Batista con nombre y apellido en el acto de los estudiantes en ese mismo año. De modo que aquel no era sólo un acto de dolor por la muerte de Pablo, sino de denuncia, de movilización.

Toda aquella época transcurre bajo ese signo. En estos días evocaba yo la significación que tuvieron otros actos populares como las grandes concentraciones motivadas por la venida de Marcelino Domingo, de González Peña, de una serie de dirigentes españoles que llenaron la Polar, el parque Hatuey, que eran las grandes plazas de aquel momento.

Esos actos congregaban a una muchedumbre de hombres y mujeres que representaban el pensamiento liberal de nuestro país. Estaba la izquierda, naturalmente. Todas las izquierdas, porque ya desgraciadamente en ese momento la izquierda se había dividido, se había fragmentado, y estaban las izquierdas, izquierdas menos definidas, izquierdas menos izquierdistas, liberales que estaban luchando por la recuperación de la democracia en nuestro país. Y ese fue el signo de la conmemoración de la caída de Pablo.

—En menos de dos meses Pablo había enviado al diario mexicano El Machete y a la revista norteamericana New Masses —de los que era corresponsal— más de diez crónicas periodísticas, que después de su muerte serían reunidas en el libro Peleando con los milicianos.

¿Cómo valora usted ese conjunto de trabajos periodísticos?

—Yo veo la obra de Pablo como un conjunto de una continuidad que define una personalidad: desde los «105 días preso», desde las crónicas del presidio, pasando por las crónicas de la Universidad —que se refieren a episodios que directamente viví— hasta lo que escribió en España.

Se ha hablado mucho acerca de que Pablo es el fundador de un nuevo género literario: el testimonio. Efectivamente, se puede hablar de eso, enfatizando que un buen periodista es siempre un testigo y en este caso el testigo fue un actor, que es lo que le da su caracterización mayor. No es un espectador: es un actor que va registrando, es un actor que va consignando lo que ve y actuando sobre lo que ve. Sus crónicas de presidio son eso. En las asambleas de la Universidad, él era periodista, pero no se sentaba con los periodistas. Lo recuerdo sentado en los grupos de nosotros y actuando, a pesar de no ser propiamente un estudiante: interviniendo no con discursos pero sí con la sorna que le era característica, con expresiones, su manera de intervenir en la asamblea.

Por eso, siendo el testimonio de un actor, le da un contenido excepcional a toda su literatura de transcripción de la historia. Porque vamos asistiendo a algo vivido y recogido simultáneamente: le da una realidad que es real y al mismo tiempo imaginaria, porque Pablo ponía en ella su propia imaginación sin quitarle nada a la realidad. Ponía en ella la riqueza de una literatura no deliberada, que fue una de sus características, incluso en las *Aventuras del Soldado Desconocido cubano*, en el propio *Batey*, se da la falta de deliberación de la literatura de Pablo.

Su literatura se parecía más bien, pienso yo, aunque no es exactamente igual, a una literatura ya más trabajada, la de Hemingway: una literatura directa, que tiene el valor de la transcripción de lo real y el enriquecimiento a partir de lo real. No una literatura que se sobrepone a la realidad para

enriquecerla, sino que surge de la misma realidad, enriqueciéndola. Me parece que en toda su literatura hay ese signo.

Hay otra cosa de la cual podríamos hablar, que es el humor de Pablo.

Te dije al comienzo que lo sorprendente de la muerte de Pablo para nosotros fue que ocurriera: Pablo transpiraba vida. Esa vida se manifestaba física y moralmente, porque repito, como Fidel, como Mella, son personalidades que uno asocia siempre con la vitalidad. A Pablo se le asocia siempre con el deporte, con la vitalidad, con la capacidad de vivir.

El suyo era un humor sano, no el humor, digamos, por ejemplo, mexicano, ese humor un poco siniestro, un poco negro de los intelectuales mexicanos. Pablo veía en todo el prisma de lo que podía originar risa.

Recuerdo que en las asambleas universitarias había un compañero muy combativo de Izquierda Comunista, Pego, de la Escuela de Veterinaria creo recordar, que era un rubio. En esos momentos estaba aquella actriz que fue muy famosa, Jean Harlow, que le decían «la rubia de platino». Entonces Pablo bautizó a ese compañero: le puso «el rubio de platino», lo cual lo selló; fue aplastante: «el rubio de platino». Esa era su forma de humor y eso se ve a través de las polémicas y de las crónicas.

He vuelto a leer algunas de sus crónicas de la Universidad y tengo la impresión de que no se ha recogido todo. Tengo la impresión de que sus manifestaciones en la Universidad eran un poco menos serias, por así decirlo, de lo que salía después publicado en *Ahora*. Lo recuerdo continuamente: era una diversión estar junto a Pablo en una asamblea universitaria.

Allí ocurrían cosas verdaderamente extraordinarias: era la época en que estaban juzgando a todos los profesores que habían sido machadistas, unos encubiertos, otros desembozados, otros que querían sobrevivir como machadistas, porque a pesar de serlo habían salvado una

vida; había profesores eminentes, a los cuales se les quería salvar, se buscaba toda suerte de subterfugios para salvarlos; había otros que eran salvables y se les lograba recuperar, y había pocos —muy pocos— que no eran impugnados.

Se veían allí muchos intereses distintos, incluso intereses de sectores: los veterinarios, por ejemplo, reclamando un lugar bajo el sol. Recuerdo al viejo don Carlos de la Torre, impugnado él mismo, a pesar de su venerable ancianidad y de su posición, en una asamblea que Pablo recogió también, en la que los veterinarios se sintieron impugnados porque alguien dijo que eran sólo veterinarios. El viejo Carlos de la Torre con aquella dignidad..., me da la impresión de que era octogenario, no sé ahora muy bien, porque estoy llegando a los octogenarios y me veo bastante más joven de lo que él parecía; pero lo recuerdo con aquella voz pausada recordando que Pasteur era veterinario.

Y recuerdo al que había originado la polémica, un estudiante de Izquierda Comunista, de Guantánamo. Creach, explicando: «Bueno, lo mío fue una coña.» Aquella era una palabra que en aquellos días no se podía usar y ocurrió un levantamiento femenino generalizado en aquel lugar. Pero digo que Pablo expresaba más todo aquello, tal vez, estando allí mismo, aún cuando sus crónicas son realmente formidables.

Una vez dije —no sé si lo dije por escrito, pero recuerdo haberlo dicho— que *Aventuras del Soldado Desconocido cubano* es parte de la picaresca española. Si alguna literatura podemos tener como referencia de las *Aventuras...* es la picaresca española, por su manera de reaccionar frente a los acontecimientos. Hace muchos años que no la releo, pero recuerdo, dentro de su concepción literaria, cómo me llamó la atención ese vínculo de aquella literatura a través de los años con un hombre absolutamente moderno. Pero aquella literatura de la picaresca era moderna para su época, y moderna también para nuestra época: tiene valores que son actuales. Me parece que esa es la raíz de la literatura de Pablo en algunos de sus libros.

—Pablo, por cierto —ya hablando de coñas—, llamaba al Soldado Desconocido una «coña terrible» en una de sus cartas...

—Es así, una coña terrible.

—Y, por otro lado, como sabemos, es profundamente seria: cómo trata el tema del militarismo, cómo mueve todos estos personajes en ese marco de irrealidad y de fondo histórico, esa mezcla formidable de cosas. La próxima pregunta es un poco así: tiene de testimonio y de ficción. En sus cartas cruzadas del exilio, Pablo analiza y debate la posibilidad de irse a España o de regresar a Cuba, como lo estaban haciendo en aquellos momentos otros compañeros. Si Pablo hubiera regresado a Cuba entonces, ¿qué usted cree que habría hecho?, ¿qué estaría haciendo ahora?

—Primero: el si Pablo hubiera regresado a Cuba entonces. Uno se ha preguntado mucho sobre la muerte de Martí y sobre la muerte del Che. La muerte de Martí ha sido cuestionada por alguna gente, que no la creyó necesaria. Tal vez Martí vivo podría haber hecho muchas cosas, porque evidentemente hay una ruptura del momento revolucionario al final de la guerra, y la ausencia de Martí y de Maceo pudo haber tenido consecuencias dramáticas. Uno no sabe si los hombres solos pueden superar las tendencias de los acontecimientos que a veces resultan invencibles.

Del Che: ahí tengo una carta del Che. Es la carta que me dejó cuando se fue, donde me dice: «...si tengo razón, si se puede, gana una guerra como esta, y la ganaremos». Naturalmente, él sabía que yo no quería que él se fuera para donde él pensaba irse entonces, que era para África. Y yo pensé, con gran tristeza, que había perdido la guerra el día que conmemorábamos su muerte. Yo aplacé un viaje de trabajo, me quedé un día más en Cuba para estar en el acto por su muerte en la Plaza de la Revolución, y pensé aquello.

Pero llegué a Italia —lo he dicho en otras partes— y me encontré Roma llena de las fotos del Che guerrillero, y estas palabras: «El Che mira», y dije: «Bueno, ha ganado la guerra. Ha ganado la guerra.»

Entonces con Pablo uno se pone a pensar: podría haber hecho muchas cosas en Cuba, pero ¿qué fue más importante? Creo que fue más importante su muerte. En aquel momento pareció también una derrota, porque era una muerte en una guerra que se perdió.

Yo me pregunto también —como dice tu cuestionario—: ¿qué habría hecho Pablo en esta Revolución? Pablo hubiera tenido cincuenta y ocho años en el momento del triunfo, hubiera hecho muchas cosas. Creo que sí, que hubiera hecho muchas cosas. Pero creo que para la juventud cubana el recuerdo de lo que hizo Pablo fue más importante de lo que podría tal vez Pablo haber hecho disuelto entre todos nosotros. Era una personalidad muy definida. Pablo hubiera continuado luchando hasta nuestros días y hubiera sido una de las personalidades de nuestra época: es así, hay que imaginárselo de esa forma, como hemos sobrevivido muchos. Tenía fuerza interna suficiente para ser uno de los grandes conductores de nuestra Revolución.

Pero yo pienso en el efecto político de aquel hombre: ¿cómo hubiera sido mejor, más fuerte, más útil? Hay otra cosa: uno no se imagina a Pablo viejo. Ese es el caso. Yo me pongo a pensar: ¿qué edad tendría hoy? Lo veo dramáticamente distinto a como lo he visto siempre.

Lo mismo me sucede con el Che. Tengo esa fotografía ahí detrás con el Che riéndose porque es como recuerdo al Che, en su vitalidad. El Che era también, por otra parte, un hombre de un gran humor; esto no se ha manejado mucho: una gran capacidad de humor...

—¿Cuál fue el libro —o el texto— de Pablo que más lo impactó en su primera lectura?

—Todos me fueron impactando. No sabría decir cual es mi favorito, porque las cartas son de tal fuerza que tienen

tanto valor como la literatura misma. Esas cartas son muy peculiares, en particular las que intercambiaron Pablo y Raúl, que son gente de distinta condición pero de la misma humanidad, del mismo sentido, y además con gran valor comunicativo.

En el epistolario de la historia revolucionaria de Cuba —lo he dicho también— hay un solo cubano, que es Gaspar Betancourt Cisneros, que refleja tan bien esa humanidad en la forma tan criolla como se recoge en las cartas de Pablo y en las cartas de Raúl. Son gentes festivas y dramáticas al mismo tiempo. Manejan el idioma con un gran poder y el idioma que manejan no es sólo el de los clásicos, sino que manejando el idioma de los clásicos manejan también el idioma popular.

Son dos gentes que han sido intelectuales y populares al mismo tiempo: eso es enormemente importante.

De las crónicas del presidio, recuerdo el impacto que me produjo la de «los negros del carburo». Porque era una anécdota de aquella época, muy simpática, y además indicativa de lo que era la revolución en ese momento.

Nuestra revolución, a pesar de que tuvo una participación muy importante de minorías intelectuales, es una revolución menos intelectualizada que otras de América Latina, con la participación de un pueblo no totalmente culto, no totalmente alfabetizado. La clase obrera cubana era una clase obrera de tercer grado de educación o menos; no es la clase obrera europea ni es la clase obrera argentina, sino que es una clase obrera más... Es difícil decir que una clase obrera sea más popular que otra, ¿no?, pero podemos decirlo en el sentido de la simplicidad.

El pueblo cubano ha sido siempre de una tremenda inteligencia política, de una sensibilidad política superior. Pienso —si es que se puede hablar de esta forma: no quiero ser chovinista— que se trata de una sensibilidad superior a la de otros países de América Latina del mismo nivel de desarrollo y las mismas condiciones históricas. La sensibilidad política del cubano fue siempre muy aguda. Y en «los negros

del carburo» está eso. En aquella época, los negros de Scottsboro fueron parte de nuestra lucha porque lo internacional fue siempre de una importancia política e ideológica grande para nosotros. Eso es muy importante subrayarlo, porque el internacionalismo se ha hecho ya nacional en Cuba; antes no era nacional, pero era revolucionario. Las minorías revolucionarias siempre fueron en nuestro país internacionalistas.

Después, la novela del soldado desconocido —esa gran «coña» como tú recuerdas que Pablo decía— y lo que vino después, continuó ese ciclo, ese conjunto formidable que es la obra de Pablo. A mí me parece que es una obra que se asemeja a sí misma a lo largo del tiempo y es distinta. Pero en la que hay una gran continuidad. Porque en los literatos hay cambios de estilo como en los pintores; se sigue siendo el mismo pintor aunque se pinte con técnicas distintas. Pablo tuvo siempre la misma técnica, que es la del realismo enriquecido por su gran imaginación.

—Al leer sus cartas, uno piensa en los posibles libros futuros de Pablo —que nunca pudieron llegar a ser escritos. Allí uno encuentra que entre los proyectos que tenía Pablo antes de irse a España estaba irse a Nicaragua y reconstruir la lucha de Carlos Aponte junto a Sandino, y estaba también escribir una biografía de Mella. Desde New York trabaja en las investigaciones para ambos libros, mientras realiza una intensa actividad política y periodística...

—Pablo era trepidante; estaba en perpetuo movimiento. Esa es la imagen que uno conserva de Pablo: la imagen de Pablo es la vida. Es la vida.

—La siguiente proposición de tema para continuar esta conversación se refiere a la labor periodística de Pablo en la prensa cubana, sobre todo en el período de 1930 a 1934, cuando regresa de su primer exilio y co-

mienza a publicar en Ahora, donde aparecieron las crónicas de la Universidad a las que usted se refirió, y trabajos sobre otros diversos temas. Hay una buena noticia en ese sentido: la editorial Letras Cubanas va a preparar la edición de las obras completas de Pablo.

—Es muy importante que se reúnan los trabajos inéditos o poco conocidos de Pablo. En ese sentido, los cuadernos que ustedes están descifrando van a ser de una significación muy grande por el valor histórico que tienen y porque a partir de ellos podrán investigarse otros temas relacionados con Pablo.

Ahora, hablando de su obra periodística, creo que eso ha estado presente en esta conversación, hemos venido comentándolo. Recuerdo de esa época, un incidente muy simpático, que me concierne.

Como te dije, yo tenía veintitrés años, había sido conocido en Cienfuegos, pero en La Habana, aunque ya se habían publicado cosas mías, no era todavía conocido. A Pablo se le ocurre publicar en la primera página de *Ahora*, con mucha solemnidad, el retrato mío, un retrato con una nota de presentación diciendo que yo era el director de la revista *Segur*.

A los tres días me trae Pablo una carta recibida en el periódico, dirigida a mí, que empezaba diciendo: «Ilustre mojonete desconocido... ilustre director de la más desconocida *Segur*...» Yo perdí la carta, pero nunca se me ha olvidado el comienzo. Decía: «... con tu cara de mestizo, igual que los peores colegas tuyos...», y por ahí seguía. Luego venían los insultos: esta era la presentación nada más. Le dije: «Pablo, tú tienes la culpa por haberme solemnizado en las páginas de *Ahora*.» Y él se reía mucho.

Naturalmente, para la revolución tuvo mucha importancia la presencia de una gente como Pablo, con esa capacidad de decir las cosas, de expresar acontecimientos que fueron desde la reconstitución de la revolución —que parecía posible, pero ya no lo era— hasta la derrota. Era un

período intensísimo en el cual la revolución estaba ya hecha pedazos porque las fuerzas revolucionarias no habían podido unirse, no habíamos podido unirnos. Grau tuvo mucha responsabilidad en todo eso, pero no sólo Grau, también nuestro Partido Comunista tuvo su responsabilidad de sectarismo en las fuerzas de izquierda. La izquierda se dividió.

—*Pablo analiza dramáticamente esa división en varias de sus cartas cruzadas, cuando hace el balance de la huelga de marzo de 1935 y de sus causas y consecuencias para el movimiento revolucionario. Un año después, en el primer aniversario de la caída de Antonio Guiteras y Carlos Aponte, Pablo publica en El Machete el artículo «Hombres de la revolución», donde resume su visión de aquella derrota, al mismo tiempo que rinde homenaje estremecedor a estos hombres.*

—¿Tú te acuerdas de un período de la literatura inglesa reciente en que apareció un grupo que se llamaba *The Angries Young Men*, los «jóvenes iracundos» aquellos? En aquel momento por las razones que he descrito antes, había una gran ira interna en todos los revolucionarios, en todos los que participamos en la revolución. Yo no diría decepción; los revolucionarios no se decepcionan nunca. Pero sí rabia interna, unas veces consigo mismo, otras con los demás. El artículo de Pablo refleja esa ira mal contenida, ese reproche a todo el mundo por lo que está pasando.

A pesar de que no estoy de acuerdo con todo lo que dice, podemos analizar algunas cosas aquí.

Lo esencial del artículo se comprende y se apoya. Porque la muerte de Guiteras y de Aponte era una muerte, en primer lugar, producto de la traición, pero además producto de la soledad.

Desde ese momento estamos en la clandestinidad y estamos, repito, en una minoría muy golpeada. Nosotros mismos teníamos muchos compañeros en la cárcel. Ese lugar donde después estuvo el Buró de Investigaciones se convirtió en

un sitio de torturas. Entre los compañeros, recuerdo ahora a José Sanjurjo —a quien Pablo menciona en sus crónicas—, que pudo sobrevivir gracias a su fuerza física, a que era un atleta: se fajó mano a mano con la gente que lo torturaba — ¡mano a mano!— y lo dejaron casi muerto. Pero lo dejaron.

Cuando Pablo escribe en ese artículo: «La revolución no es el sueño de un poeta solitario, sino la canción imponente y sombría de la muchedumbre en marcha» —con una enorme fuerza lírica, con una capacidad de expresión tremenda—, está manifestando una fe que todos teníamos en momentos en que todo nos llevaba a perderla.

Recuerdo el día de la muerte de Guiteras y Aponte. Había ido a San José de las Lajas y estaba en un café esperando que me trajeran de Matanzas la edición de *Línea*, el periódico del Ala Izquierda que se hacía en una imprenta clandestina allá y que aparecía como publicado en La Habana. Me paseé horas esperando, y creí que el compañero había fallado, que algo había pasado: regresé a La Habana.

En esa época yo vivía en un cuarto clandestino con dos compañeros más —Carlos Font y Celestino Hernández, que después serían médicos (entonces éramos estudiantes los tres)—, por la calle Infanta, en un callejón que hay allí, casi llegando a Carlos III. Cerca de ese lugar vivía Carlos Alfaras, que había estado allá y que había podido huir del cerco tendido. Entonces conocí la muerte de Guiteras cuando regresé.

Puedo reflejarte el espíritu de aquella zona, que era una zona revolucionaria, porque era la zona donde vivían los estudiantes que se habían quedado en La Habana después de la huelga; o gente que había venido del interior a estudiar y se mudaban cerca de la Universidad. Era una zona muy universitaria la que iba desde Infanta y San Lázaro —que estaba en aquel momento llena de fondas de chinos donde comíamos por diez, por doce centavos: la posibilidad máxima que teníamos en esa época—, y la atmósfera que se creó allí era muy sombría, de desesperación, cuando se supo la muerte de Guiteras.

El artículo, yo diría, es justo en su esencia, no en cada una de las frases que contiene. Expresa un estado de ánimo revolucionario, una acusación correcta frente a mucha gente que vacila en aquella época. Hay que haber vivido, quizás, aquella época para darse cuenta: veníamos de un espíritu del 30, que era de victoria, y que empezó a fallar en el 33, cuando se ve que la revolución no cuaja, cuando se corrompe desde dentro, cuando la pentarquía es sustituida por el gobierno de Grau, y Batista traiciona y viene Caffery. A través de aquel proceso se nos va desgajando la posibilidad de la victoria entre las manos y no sabíamos cómo hacerla, cómo reconstruirla; eso se expresa muy bien en este artículo que termina reafirmando su enorme fe revolucionaria en el pueblo: «La revolución va adelante. ¡Por encima de todo!»

—Hay otro aspecto de este artículo que siempre me ha parecido de gran importancia: su valoración del héroe, del hombre. Pablo escribe: «... ni me interesa, ni creo en el «hombre perfecto». [...] para encontrar eso que se llama «el hombre perfecto» basta con ir a ver una película del cine norteamericano.»

—Creo que eso tiene también un valor que llega hasta nuestros días.

Yo lo he dicho mucho, en relación con el «seremos como el Che». Cuando los pioneros nuestros dicen «seremos como el Che», creo que tenemos que comprender bien que como el Che no se puede ser, no pueden ser todos los muchachos. Puede ser que algún pionero, o algunos pioneros, se acerquen a lo que fue el Che. Pero el Che mismo no se consideraba un hombre perfecto; esa es otra de las cosas que hay que tener muy claras.

Ese grado de perfección a que llegó el Che, que es inalcanzable para muchos, no se puede poner como un objetivo de la gran generalidad de los combatientes revolucionarios.

Si alguna vez escribo un libro con mis recuerdos personales, tratará de ser la historia de la formación imperfecta de un comunista imperfecto. Porque me parece que es así.

Creo que Pablo tiene razón: el héroe perfecto no existe. En todo caso, es un héroe perfecto en su imperfección. Y creo que si no es imperfecto, no es héroe. Podría llegar a decir esto también: que las imperfecciones son parte de la masa con que se articula un héroe. Lo vemos en Marx y lo vemos en Lenin, y lo vemos en el Che, lo vemos en todo.

—Preparando estas preguntas, ha surgido constantemente la tentación de referir, casi cada una de ellas, a la figura querida de Raúl Roa, compañero de generación y hermano de Pablo. Resumo esas posibilidades en esta pregunta general que quiere ser otro homenaje a esa amistad entrañable y aleccionadora: ¿qué rasgos afines y qué elementos diferentes ve usted en las personalidades de Pablo y de Roa?

—Son personalidades identificadas y distintas a pesar de lo mucho que tenían en común. Creo habérselo dicho antes: Roa era un hombre de la cultura. Pablo, no podría yo decir que es un hombre de la cultura. No lo veo como tal: lo veo como un hombre de acción transitando por la cultura. A Roa lo veo como un hombre de la cultura metido en la acción, obligado por la vida a la acción y ejerciéndola con gran gusto, pero no lo veo como un hombre de acción: ahí empieza su diferencia esencial.

Pero los dos tienen la misma raíz. Yo diría que el enraizamiento en lo popular es característico de ambas personalidades.

Se ve en la prosa de Roa: cómo le va brotando, por ejemplo, esa alusión al juego de la quimbumbia. Era un muchacho criado en la calle, a pesar de su formación literaria, y eso es muy valioso. Roa nunca dejó de tener ese rasgo como característica esencial. Hay gente que se pone por encima de lo popular. En Roa lo popular es parte de su naturaleza.

En este momento preparo precisamente las palabras que pronunciaré en su homenaje en el Aula Magna de la Universidad de La Habana. En aquel lugar no mencionaré detalles y anécdotas que pondrían inmediatamente en evidencia eso que digo, pero voy a hacerlo aquí. Hay, por ejemplo, procacidades en informes oficiales de Roa que son deliciosas. Y eso identifica a Roa y a Pablo de una manera muy evidente.

Dentro de la gran división que hizo Roa entre el alma encantada de Romain Rolland y el alma desencantada de Ortega y Gasset, los dos pertenecen a la primera. Vivieron, además, la misma época, y para los que vivimos la misma época con el mismo criterio, son constantes nuestras identidades. Más allá de eso, sin embargo, hay diferencias entre Pablo y Raúl. Porque la concepción de Roa es una concepción más pasada por la cultura que la concepción de Pablo. La concepción de Pablo es más natural. Lo que estoy diciendo de Roa no es una crítica. En todo caso, sería una autocrítica también, porque yo mismo me siento metido en esa atmósfera. Me considero una persona de contenido popular. La gente que no me conoce, me ve con el saco y la corbata y esas cosas y podrá pensar distinto, pero yo creo ser de contenido popular.

Sin embargo, no me compararía con Pablo. Me identificaría más con Roa: las reacciones nuestras son más intelectuales.

El caso de Pablo es distinto: este mismo artículo, «Hombres de la revolución», un gran artículo, es menos intelectual que humano. No porque los intelectuales dejemos de ser humanos, sino que aquí lo humano se hace más evidente, no hay ningún toque intelectual, de esos que se nos van inconscientemente. Aquí todo es humanidad, todo es explosión, todo es ira.

Raúl y Pablo eran deportistas, pero uno era deportista artificial, a pesar de que jugara primera base, y el otro era un deportista natural. Uno era más vital que el otro. No porque a Roa le faltara vitalidad; era una vitalidad de otra natu-

raleza, Roa era el hombre que, agonizante casi, dirige la Asamblea Nacional del Poder Popular: un enorme signo de vitalidad, como lo tuvo Juan Marinello también. La de Pablo es una vitalidad más física, más natural, más espontánea. Y todo eso está en su prosa, en su manera de ser, en sus reacciones.

Creo que, incluso, esa decisión de irse a España —impugnada— indica otro tipo de vitalidad: menos reflexiva, por así decirlo. Alguien más intelectualizado hubiera pensado, hubiera medido, hubiera ponderado más el asunto.

—Hay una frase que está en las cartas de Pablo de ese período y que me gustaría que usted comentara ahora, en el final de esta conversación. Pablo escribió: «...Mis cartas son las actas oficiales de mi pensamiento. No tengo nunca miedo a escribir lo que pienso, ni con vistas al presente ni al futuro, porque mi pensamiento no tiene dos filos ni dos intenciones. Le basta con tener un solo filo bien poderoso y tajante que le brinda la interna y firme convicción de mis actos. No me importa tampoco nada, equivocarme en política. Pienso que sólo no se equivoca el que no labora, el que no lucha.»

—Ahí está todo Pablo: está todo Pablo. Pablo vital, no irreflexivo, porque nunca fue hombre irreflexivo, pero sí un hombre espontáneo que no somete la espontaneidad a la reflexión. No busca si coincide o no con la opinión oficial, sino que da su criterio sobre las cosas, lo debate y lo discute.

Y creo que considerar las cartas como el resumen de sus opiniones es lo más auténtico que puede haber. Es una muestra más de la autenticidad vital de Pablo.

Así lo recuerdo yo.

*Víctor Casaus**

Elogio de Pablo**

Miembro de *Línea* de la Real Academia de Foot Ball Intercolegial del Club Atlético de Cuba. [...]. Decano de la Sociedad de Empleados del Bufete *Giménez, Ortiz y Barceló*, en comisión al servicio del Dr. F. Ortiz. Mecnógrafo de Mérito. Taquígrafo graduado. Alumno de Dibujo de la Escuela Libre dirigida por el pintor *Víctor Manuel* y domiciliada en cualquier café de La Habana. Ex-Redactor anónimo de periódicos desconocidos. Socio de Pro Arte Musical. De la Hispano Cubana de Cultura. Del Centro de Dependientes y de Gonzalo *Mazas*, etc., etc. Confieso que después de ver cuánto título tengo, yo mismo me asombro de ser tan perfectamente desconocido. [...].

Con estas palabras se presentaba en el prólogo de *Batey*, en 1930, el hombre que vamos a recordar esta tarde aquí, Pablo de la Torriente Brau.¹ El año 1930 marcaría efectivamente una fecha clave en su vida. *Batey*, el libro de cuentos escrito a cuatro manos con su amigo Gonzalo Mazas, apareció a finales de febrero. Meses después, exactamente el 30 de septiembre, Pablo entraría de lleno en la lucha política popular con la misma pasión y el mismo dinamismo que había desplegado en su práctica constante del deporte.

* Escritor, poeta y cineasta cubano (1944).

** Palabras pronunciadas el 14 de marzo de 1992 en el Aula Magna de la Universidad de La Habana, en el acto de constitución de la Cátedra Pablo de la Torriente Brau. Tomado de: *Evocación de Pablo de la Torriente Brau*. Selección de Raysa Portal y prólogo de Víctor Casaus. La Habana, Editorial Letras Cubanas, 1997.

¹ Pablo de la Torriente Brau y Gonzalo Mazas Garbayo. *Batey*. La Habana, Cultural, 1930, p. 5. El libro incluye once cuentos de Pablo y diez de Mazas, y según su colofón «se terminó de escribir en el cuerpo de guardia del Hospital Nacional “General Calixto García”, en la madrugada del 13 de febrero de 1930».

A partir de entonces se produciría un acelerado proceso de maduración profesional, política y humana. Seis años más tarde, cuando cayera en Majadahonda, no sería aquel desconocido perfecto que su humor describiera en el prólogo de *Batey*: por el contrario, había dejado un rastro de imaginación y audacia en la acción y las letras de su tiempo, el mismo que nos lleva hoy a dar su nombre a esta Cátedra y a evocar los ecos actuales de sus palabras entre estas paredes que le conocieron.

Nacido en San Juan, Puerto Rico, el 12 de diciembre de 1901, Pablo recibió desde muy temprano las enseñanzas esenciales de su abuelo, Salvador Brau, periodista y hombre de letras de austera y digna trayectoria personal. Los antecedentes familiares, mantenidos vivos en el seno del hogar, ayudaron sin duda a formar el carácter de aquel joven inquieto y audaz, soñador y valiente. Raúl Roa, su hermano entrañable, que lo conoció una tarde en la azotea del bufete de Fernando Ortiz, nos dejó su imagen instantánea: «Era un mocetón alto, de musculatura atlética, pelo oscuro, frente dilatada, voz grave, mentón altivo, sonrisa franca, mirada diáfana y jocundo talante.»² Aquella tarde precisamente Roa invitaría a Pablo a participar en la manifestación del 30 de septiembre.

A partir de ese día, combates, cárceles, polémicas, exilios, unieron las vidas de estos hombres en una medida tal que resulta prácticamente imposible recordarlos por separado. El propio Roa definió después la magnitud íntima y ejemplar de aquel encuentro: «Había conocido a un hombre entero y verdadero. Y había anudado, también, la más limpia, alegre y honda amistad de mi vida.»³

Periodista en *Alma Máter* y en *Línea*, combatiente activo contra la dictadura de Machado en las filas del Ala Izquierda Estudiantil, Pablo conoció la represión y las cárce-

² Raúl Roa. «Los últimos días de Pablo de la Torriente Brau». En: *La revolución del 30 se fue a bolina*. La Habana, Instituto del Libro, 1969, pp. 159-174.

³ *Ibidem*, p. 161.

les. Al salir de una de ellas escribió las crónicas de sus «105 días preso», en las que su humor y su agudeza recrean una óptica testimonial profunda, humana y amena. Dicho bien y pronto: Pablo confirmaba su vocación de cronista apasionado de su tiempo y mostraba las posibilidades del periodismo moderno y audaz en la batalla por transformar la realidad.

A su vez, en ese ejercicio fecundo del periodismo se forjó su personalidad, rica en matices, donde convivían el amor con el humor y la pasión con el análisis. Juan Marinello recordó, muchos años después, el sentido unitario del carácter de Pablo:

Alguna vez me dijo un compañero de cárcel que había *dos Pablos*. No tenía razón. Hubo uno solo, atrevido y meditador. No traicionó su sanidad bullente ni su clara rebeldía, pero tampoco el respeto a su inteligencia y a su oficio de pensar y escribir.[...]. Como ciertas frutas, había madurado hacia dentro, pero la corteza se mantenía lustrosa y sedienta. [...].⁴

Releyendo sus cartas y trabajos periodísticos encontramos esta (otra) coincidencia fecunda de Pablo y Roa: la presencia simultánea de lo culto y lo popular en su obra y en su palabra. Se trata de una mezcla explosiva y enriquecedora, que dio color y calor a sus expresiones y sus acciones y dotó a sus personalidades de encantos y profundidades que admiramos hoy, en la distancia y en la cercanía. Escuchémoslos.

Dice Pablo en una carta a Gustavo Aldereguía:

Te acompaño tres relatos del libro mío sobre el presidio. [...] quiero que se conserve la frase rústica y puerca tal y como está, porque mis personajes no hablan como los de Calderón sino tal como ellos son.[...].⁵

⁴ Juan Marinello. «Pablo de la Torriente Brau, héroe de Cuba y de España». En su *Contemporáneos. Noticia y memoria*. Santa Clara, Universidad Central de Las Villas, 1964, p. 246.

Dice Roa, en medio de una entrevista:

Soy criollo de pura cepa y, por eso, escribo tan espontáneamente como hablo, saliéndoseme las expresiones populares y las «palabrotas» sin que intervenga mi sistema nervioso central. Mi «estilo» se parece a mí como yo a él.[...].⁶

Creo que es doblemente aleccionadora esa experiencia en que lo culto y lo popular conviven y se alimentan mutuamente. Creo que el resplandor de ese aserto se proyecta sobre nuestra cultura toda, mostrando los relieves que la hacen, al mismo tiempo, mestiza, rica, auténtica.

«Escribía naturalmente, como sudaba o respiraba», ha sintetizado Roa.⁷ Con esa misma intensidad Pablo escribiría «La isla de los 500 asesinatos», a partir de lo visto y lo vivido durante dos años en el mal llamado Presidio Modelo de Isla de Pinos. Esa serie de crónicas abrió el formidable ciclo de trabajos de Pablo en el periódico *Ahora*, fundado en 1934, tras la caída de la dictadura machadista.

Vista desde hoy, su obra periodística recorre el camino de las luchas de su tiempo, siempre en el borde delantero de los

⁵ Carta del 11 de septiembre de 1935. En: Pablo de la Torriente Brau. *Cartas cruzadas*. Selección, prólogo y notas de Víctor Casaus. La Habana, Editorial Letras Cubanas, 1981, p. 133.

⁶ Fornet, Ambrosio. «Tiene la palabra el camarada Roa.» *Cuba* [La Habana], octubre de 1968. Incluida en *La revolución del 30 se fue a bolina*, *op. cit.*, pp. 285-318.

⁷ *Ibidem*, p. 307. La frase está incluida en la respuesta de Roa a la pregunta «¿Quién diría usted que es: [...] de su generación el mayor talento frustrado [...]?» «El mayor talento frustrado de nuestra generación es Pablo de la Torriente Brau, pero bien entendido: frustrado por la muerte. Justamente se extinguió cuando su talento empezaba a desplegarse en vuelo arrebatado hacia cumbres insospechadas. Escribió torrencialmente y de innumerables cosas, sin otro esfuerzo que teclear la maquinita. Escribía naturalmente, como sudaba o respiraba. Su imaginación era un bosque incendiado y su sensibilidad más vibrante que un sismógrafo. Pero fue tan plena su vida y tan hermosa su muerte que hablar de su «talento frustrado» es pura retórica.»

acontecimientos, y testimonia, al mismo tiempo, la vida de su autor.

Pablo estuvo en *Ahora* y el *ahora* de aquellos días convulsos, tensos, esperanzados y finalmente frustrados estuvo en Pablo. No hay mejor correspondencia entre una historia que se jugaba la posibilidad de una revolución verdadera y un periodista revolucionario verdadero. Ese profundizar y actuar en el *ahora* es una de las enseñanzas mayores que Pablo nos deja para realizar un periodismo revolucionario activo, antirretórico, en dos palabras: periodismo vivo.

Carlos Rafael Rodríguez ha puntualizado al respecto:

Se ha hablado mucho acerca de que Pablo es el fundador de un nuevo género literario: el testimonio. Efectivamente, se puede hablar de eso, enfatizando que un buen periodista es siempre un testigo y en este caso el testigo fue un actor, que es lo que le da su caracterización mayor. No es un espectador: es un actor que va registrando [...] lo que ve y actuando sobre lo que ve. [...].⁸

Pablo fue consecuente con ese ejercicio del periodismo en el que la habilidad y la pasión por el oficio se conjugaban con un firme sentido de la ética profesional. El periodismo fue su instrumento para denunciar de frente los crímenes del gobierno de Batista-Caffery-Mendieta. Cuando el fracaso de la huelga de marzo de 1935 desata la mayor y más selectiva represión, Pablo tiene que marchar nuevamente al exilio, para salvar su vida.

En Nueva York funda, junto a Raúl Roa, Gustavo Aldereguía y otros compañeros, la Organización Revolucionaria Cubana Antimperialista (ORCA), que trabajaría por la unidad de las fuerzas de izquierda, dramáticamente divididas por entonces.

⁸ Víctor Casaus. «La imagen de Pablo es la vida. Conversación con Carlos Rafael Rodríguez.» *Bohemia* [La Habana], año 79, no. 28, agosto de 1987, pp. 39-45.

De nuevo el periodismo será el instrumento idóneo para Pablo: allí fundan el periódico-vocero de ORCA, que iba a llamarse al principio *Guásima*, para redondear el símbolo, pero que finalmente se llamó *Frente Único*, para subrayar los esfuerzos de integración de la izquierda.⁹

Al mismo tiempo, Pablo organiza en Nueva York el Club José Martí, que nucleará a los emigrados cubanos, se relacionará con otras organizaciones latinoamericanas y recaudará fondos para el funcionamiento de ORCA. En sus *cartas cruzadas* puede corroborarse fácilmente la intensidad con que Pablo desarrolló esas actividades:

[...] El periódico es nuestra arma y el Club es nuestra obra. [...] Ya yo no sé cuántas maravillas y milagros más intentar. Casi, dentro de poco, voy a creer en la existencia de Dios. Porque sólo él explica que cuatro muertos de hambre hayan sido capaces de dar mítines, fundar un Club, publicar manifiestos y sacar tres periódicos. El prodigio ha pasado a la categoría de cosa cotidiana. [...].¹⁰

Junto a esos afanes en la lucha por la historia mayor, hay una historia más personal que puede rastrearse en sus *car-*

⁹ «Editado en Nueva York, formado por artículos recibidos desde distintos puntos de Estados Unidos donde se encontraban sus colaboradores, el periódico era introducido y distribuido clandestinamente en Cuba. Para ese fin se confeccionaba con un formato apropiado —escasos 14 x 11 cm en papel muy fino. El primer número, del 12 de octubre de 1935, se abrió con un artículo de Pablo [...], «Toque de rebelión», que aludía a la Demajagua y que terminaba preguntando: «¿No es hora ya de que vibren juntos todos los impulsos de la revolución?» Véase Víctor Casaus. «Prólogo.» En: Pablo de la Torriente Brau. *Cartas cruzadas, op. cit.*, p. 15-16.

¹⁰ Carta a Raúl Roa, del 10 de marzo de 1936, en Pablo de la Torriente Brau. *Cartas cruzadas, op. cit.*, p. 261. Otro acercamiento, ahora desde el humor, a la intensidad de su trabajo en el periódico y en la organización de actividades para el Club, puede encontrarse en su carta del 19 de noviembre de 1935. En *ibidem*, p. 152-153: «He salido del baile y he entrado en el periódico, sin transición, sin hacerme el cambio mental necesario, entre un linotipo y un son.»

tas cruzadas de entonces. Es la historia de la supervivencia en el exilio, donde el periodista extraordinario tiene que buscar (y, por lo general, no encontrar) empleo como camarero o limpiapisos de un restaurant. Quiero mencionarlo aquí —en este recorrido por su obra múltiple y su combativa vida— para reconocer también esos pequeños, cotidianos momentos en que la dignidad brilla formidable en sus cartas al contar una anécdota o putear a un miserable.¹¹

Este segundo exilio es un período particularmente tenso en la existencia de Pablo. Con el fracaso de la huelga de marzo, y luego la muerte de Guiteras y Aponte, se cancela ese ciclo de posibilidad revolucionaria. Las cartas de Pablo son el reflejo de aquel momento y muestran claramente su capacidad y audacia de análisis en aquellas circunstancias. Inmerso en esos instantes difíciles, participante audaz y analista brillante, Pablo reafirma en una de las cartas su posición ética, cuyo alcance, por su sinceridad y autenticidad, llega a nuestros días:

[...] No tengo nunca miedo de escribir lo que pienso, ni con vistas al presente ni al futuro, porque mi pensamiento no tiene dos filos ni dos intenciones. Le basta con tener un solo filo bien poderoso y tajante que le brinda la intensa y firme convicción de mis actos. No me importa tampoco nada, equivocarme en política. Pienso que sólo no se equivoca el que no labora, el que no lucha.[...].¹²

Esa declaración de principios es una enseñanza mayor de este cronista infatigable. Así lo subrayó, hace unos años, Carlos Rafael Rodríguez:

¹¹ Ver carta de Pablo a Rafael Suárez Solís, del 11 de abril de 1935. En *ibidem*, p. 42: «Aquí, además de trabajar revolucionariamente, intento trabajar para ganarme los frijoles. El otro día fui a Long Island a descargar azúcar —nada menos que de Mabay— y un cubano hijo de puta que hay allí, abecedario por más señas, dijo que no quería cubanos... Hasta ahora no he encontrado nada [...].»

¹² Carta a Raúl Roa del 15 de enero de 1936. En *ibidem*, p. 226.

Ahí está todo Pablo: [...] vital, no irreflexivo, porque nunca fue hombre irreflexivo, pero sí un hombre espontáneo que no somete la espontaneidad a la reflexión. No busca si coincide o no con la opinión oficial, sino que da su criterio sobre las cosas, lo debate y lo discute.¹³

Además de las cartas, particularmente numerosas, intensas y humanas en este período del exilio, Pablo escribe artículos que denuncian la situación en Cuba, llaman a la solidaridad con los revolucionarios y desenmascaran la presencia de Batista y del imperialismo en el panorama político cubano.

Entre ellos se destaca por su intensidad, agudeza y hondura, «Hombres de la revolución», que Pablo publicaría en *El Machete*, en el primer aniversario de la caída de Guiteras y Aponte. Después de caracterizar la personalidad de su hermano Carlos Aponte («Fue un hombre de las avalanchas. Fue un turbión. Fue un hombre de la revolución. No tuvo nada de perfecto»), esbozó la dramática personalidad de Antonio Guiteras, una de las figuras más formidables de aquel período:

[...] Tuvo, arrastrado por su fiebre, el impulso de hacerlo todo. E hizo más que miles. Y tenía el secreto de la fe en la victoria final. [...] Tuvo también defectos. El día del castigo no hubiera conocido el perdón. Era un hombre de la revolución. Tampoco tuvo nada de perfecto.¹⁴

Ayudado por el arma del humor, Pablo resume su definición del héroe revolucionario, alejándolo de toda sospecho-

¹³ «La imagen de Pablo es la vida...», *op. cit.*

¹⁴ «Hombres de la revolución». *El Machete* [México], 7 de mayo de 1936. Aparece también en: Pablo de la Torriente Brau. *El periodista Pablo*. Selección, prólogo y notas de Víctor Casaus. La Habana, Editorial Letras Cubanas, 1989, pp. 363-370.

sa canonización, reintegrándolo, en toda su grandeza, al sitio cotidiano y fundamental a donde pertenece: «Ellos fueron hombres de la revolución. Y ni me interesa, ni creo en el «hombre perfecto». Para eso, para encontrar eso que se llama «el hombre perfecto» basta con ir a ver una película del cine norteamericano.»¹⁵

Creo que los homenajes de evocación a Pablo pueden alcanzar su dimensión más honda si los colocamos bajo su propia pupila, ajena a toda sacralización, e indagadora en los verdaderos valores que definen al héroe dentro de su complejidad enriquecedora.

Desde el exilio neoyorquino Pablo partiría como corresponsal a la Guerra Civil Española en septiembre de 1936. Él mismo ha contado cómo lo asaltó esa idea, en el gran mitin antifascista de Union Square: «Desde entonces, el gran bosque de mi imaginación está incendiado y el resplandor glorioso ilumina hasta los remotos confines de mi vida, hasta los tres horizontes, de ayer, de hoy y de mañana...»¹⁶

España será el momento más alto de la trayectoria de Pablo. Ahí están, para confirmarlo, las formidables cartas y

¹⁵ *Ibidem.*

¹⁶ Carta desde Nueva York, del 6 de agosto de 1936. En Pablo de la Torriente Brau. *Peleando con los milicianos*. México, D.F., Editorial México Nuevo, 1938, p. 12. En varias de sus cartas de julio y agosto pueden encontrarse los argumentos de Pablo para emprender ese apasionado proyecto. Tómese como muestra esta, dirigida a Roa el 18 de agosto: «No me arrastra ninguna aspiración de mosquetero. Voy simplemente a aprender para lo nuestro algún día. Si algo más sale al paso, es porque así son las cosas de la revolución. Y si me voy por otro camino, será porque así son también las cosas de la revolución. Como si me vuelve cojo una granada. // No vayas a creer tampoco que estoy encabronado. Sencillamente, trato de darte a comprender el secreto de mi impulso hacia allá. Y hay, como siempre en mí, la emoción del impulso que me dice que allá está mi lugar ahora. Porque mis ojos se han hecho para ver las cosas extraordinarias. Y mi maquinita para contarlas. Y eso es todo.» En: Pablo de la Torriente Brau. *Cartas cruzadas, op. cit.*, pp. 426-427.

crónicas reunidas después de su muerte bajo el título de *Peleando con los milicianos*. En poco más de dos meses Pablo escribió esos textos que trascendieron, por su agudeza y profundidad humana, aquel momento específico, y han quedado, sin duda, entre los más altos exponentes del quehacer testimonial en nuestra literatura y también en la del continente.

Allí, en los alrededores del Madrid asediado, Pablo decide convertirse en Comisario Político de las fuerzas que defienden la República luchando contra el fascismo. Nunca he visto en esa decisión una renuncia al periodismo o a la literatura, sino una nueva forma de asumirlos: de ahí su grandeza. Cientos de voluntarios cubanos marcharían a combatir junto al pueblo español siguiendo el temprano ejemplo internacionalista de Pablo.¹⁷

En una de las cartas donde habla de sus nuevas tareas, Pablo da esta noticia: «Descubrí un poeta en el batallón, Miguel Hernández, un muchacho considerado como uno de los mejores poetas españoles, que estaba en el cuerpo de zapadores. Lo nombré Jefe del Departamento de Cultura [...]».¹⁸

Miguel Hernández, a su vez, narró así su primer encuentro con Pablo:

Conocí a Pablo en Madrid, en la Alianza de Intelectuales Antifascistas [...]. Esa noche, recién amigos, bromeamos como antiguos camaradas. El sentido humorístico de Pablo era realmente irresistible. Quien estaba a su lado tenía que reír siempre, siempre, porque él sabía encontrar como pocos el costado grotesco de las cosas más solemnes. Y lo hacía

¹⁷ Desde fecha tan temprana como el 15 de noviembre de 1936, Pablo ya puede escribir en una de sus cartas sobre la participación de los cubanos: «Bien se está poniendo aquí el nombre de Cuba, aparte de ser los latinoamericanos quienes en mayor cantidad han acudido a la lucha y casi todos se han distinguido y ostentan grados y prestigios.» En: Pablo de la Torriente Brau. *Peleando con los milicianos*, *op. cit.*, p. 82.

¹⁸ Carta de Pablo desde Alcalá de Henares, 28 de noviembre de 1936. En: *ibidem*, p. 113.

con una originalidad y una fuerza...¹⁹

Allí, a pocas semanas de cerrarse en Majadahonda el ciclo de aquellos seis años formidables en que Pablo maduró y entregó obra y vida en un mismo gesto, Miguel nos habla de su humor. Excelente manera de evocar ahora aquí a este hombre felizmente imperfecto, enormemente humano, combativo y sensible, profundo y jodedor.

Y excelente y feliz coyuntura la de aquel encuentro entre Pablo y Miguel porque allí se estaba reuniendo, también, lo mejor de sus culturas —de nuestras culturas— en fragor emocionante del *viento del pueblo*. Le tocaría a Miguel despedirlo a finales de diciembre, con el puño en alto, junto a sus jefes y compañeros, y recordarlo después en su impresionante «Elegía segunda» con el sol español puesto en la cara y el de Cuba en los huesos.

Hoy queda constituida la Cátedra Pablo de la Torriente Brau en la Facultad de Periodismo de la Universidad de La Habana,²⁰ y dentro de las actividades por el Día de la Prensa Cubana y el Centenario del Periódico Patria. Como se ve, entre los miembros fundadores de la Cátedra hay importantes figuras de la cultura cubana y admiradores y estudiosos de la obra y la vida de Pablo, entre ellos sus hermanas Zoe y Ruth, que durante años han guardado —como hiciera también Roa—, sin solemnidades innecesarias, en familia, el recuerdo de Nene, y han compartido generosamente sus papeles y sus recuerdos entre los que nos hemos acercado a estudiar la trayectoria de Pablo.

Con el triunfo de la Revolución la figura de Pablo comenzó a recibir el reconocimiento que merece. Desde entonces es posible ver su nombre en fachadas de escuelas y centros de trabajo. Pero para ser fiel a esa eticidad de Pablo que he mencionado aquí, debo decir que, a mi juicio, la magnitud global de su estatura no ha sido reconocida aún totalmente.

¹⁹ Nicolás Guillén. «Un poeta en Bardeña. Hablando con Miguel Hernández». *Mediodía* [La Habana], 1º de noviembre de 1937, p. 11.

²⁰ Con el auspicio, además, de la Editorial Pablo de la Torriente Brau, de la Unión de Periodistas de Cuba.

Creo que la reciente fecha de su 90 aniversario pudo haber tenido una dimensión mucho mayor, sobre todo en relación con las nuevas generaciones, a las que Pablo tiene tanto que enseñar.

De igual manera es necesario referirse a la edición de sus «papeles», en los que esencialmente viven sus ideas y sus propuestas.

Salvo las ediciones que Raúl Roa impulsó en la década del 40, los libros de Pablo tuvieron que esperar al triunfo revolucionario para ser publicados.²¹ Así sucedió con su *Presidio Modelo*, cuyas vicisitudes editoriales dicen mucho de sus virtudes y su alcance como magnífico testimonio. Pablo lo terminó en el exilio en 1935 y sus intentos de publicarlo en Chile, México y España no resultaron exitosos, según sabemos hoy por sus cartas, debido fundamentalmente a la crudeza del tratamiento y al filo crítico de sus páginas. Fue en la década del 60 cuando pudo ver la luz, en Cuba,²² y desde entonces se han realizado varias ediciones.

Una suerte diferente corrieron sus crónicas de España. Después de la edición póstuma, hecha en México por sus amigos en 1938, la primera edición cubana, de 1962, apareció mutilada, atendiendo al criterio de que debía ser suprimido el nombre de Valentín González, El Campesino, jefe de Pablo en el frente, porque había tenido una actitud controvertida en los años posteriores a la Guerra Civil Española.²³ La segunda edición hecha en Cuba en 1987 repitió, veinticinco años después, el mismo error.²⁴ El primer tomo de las *Obras completas* de Pablo salvará esa situación entregando esas crónicas y cartas tal como él las escribió.

²¹ En 1940 apareció *Aventuras del Soldado Desconocido cubano* (La Habana, Ediciones La Verónica), con «Inicial» de Raúl Roa. En 1949, la selección hecha por Roa titulada *Pluma en ristre* (La Habana, Ministerio de Educación, Dirección de Cultura) en la Colección Grandes Periodistas Cubanos.

²² Pablo de la Torriente Brau. *Presidio Modelo*. La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1969.

²³ *Peleando con los milicianos*, op. cit.

²⁴ *Peleando con los milicianos*. La Habana, Editora Política, 1987.

La aparición de los primeros tomos de sus obras completas —también hay que decirlo— ha demorado muchísimos años más de los que Pablo merece. Su edición entregará a los lectores y estudiosos el volumen fundamental de sus textos para el análisis, el disfrute y la reflexión.²⁵

La creación de esta Cátedra es un modesto paso para estimular el estudio y la difusión de la obra y la vida de Pablo. Todos nos felicitamos porque nazca vinculada a esta Universidad, que es parte de su historia personal y colectiva. Cerca de aquí dio Pablo su primera sangre por la Revolución; en esta misma Aula participó en las tempestuosas asambleas estudiantiles que siguieron a la caída de Machado. Al mismo tiempo, fue el cronista puntual de la sonrisa de Trejo, del magnetismo de Rubén, de la valentía de Mella.

Al mencionar en un balance apretado las cualidades de la obra periodística de Pablo —profundidad, amenidad, compromiso, humor, agudeza, imaginación, naturalidad, mezcla creadora de lo culto y lo popular, sentido auténtico de lo moderno—, no hemos querido realizar un inalcanzable inventario de maravillas, sino poner delante de todos ese conjunto de elementos que conforman una óptica creativa, ne-

²⁵ Las *Obras completas* incluirán, por supuesto, las obras de ficción de Pablo, a las que nos hemos referido sólo de pasada aquí, pero que también constituyen una zona importante de su creación, tanto su novela *Aventuras del Soldado Desconocido cubano*, como sus cuentos —los de *Batey* y otros que no han sido recogidos aún en libro. Valga como valoración general de su obra literaria de ficción, esta frase de Juan Marinello, en su evocación de Pablo, ya citada: «Tengo la certidumbre de que con Pablo de la Torriente Brau murió uno de los más cabales narradores de su tiempo cubano.»

(Con la fundación, en 1996, del Centro Cultural *Pablo de la Torriente Brau* y el inicio, un año después, de la actividad editorial de Ediciones *La Memoria*, se comenzó la ejecución de este anhelado proyecto. Hasta ahora han aparecido cuatro títulos entre diciembre de 1998 y enero de 2000: *Cuentos completos*, *Cartas y crónicas de España*, *Aventuras del Soldado Desconocido cubano* y *Presidio Modelo*. Véase la presentación de Víctor Casaus, director del Centro, en la p. 7 del presente volumen.) (N. de E. H. V.)

cesaria en cualquier caso para el ejercicio del periodismo revolucionario.

Aquel cronista vivió la vida con la avidez del que asiste al cine; combatió con el entusiasmo y el humor como escudos infranqueables y creyó en el periodismo como una actividad vital, imprescindiblemente creadora, capaz de devolvernos enriquecida nuestra propia imagen como individuos, como pueblo, como nación.

Esas son sus enseñanzas también para estos tiempos difíciles en los que Pablo pone de nuestra parte y para nuestra suerte toda su pasión, todo su humor y toda su capacidad de reflexión.

Gonzalo Mazas Garbayo*

Pablo y Batey**

Explicación oportuna

A punto de ser cogido *infraganti*, o «fuera de base», como se dice familiarmente, debo confesar, paladinamente, que los días se me han ido sin saber cómo y ya está a punto de vencerse el cómodo plazo que me dieran mis estimados amigos y compañeros de la revista *Santiago*, para escribir unas cuartillas sobre *Batey*.

Pero también debo aclarar, con la mano en el corazón, que no ha sido por vagancia ni por deseo de no complacerlos que me he metido en este lío que me ha costado preocupaciones y penas.

Así pues, aduzco en mi favor que en varias ocasiones me he puesto a la mesa de trabajo, sin que me llegara la inspiración para describir en adecuados párrafos los recuerdos de aquellos felices días del pasado.

Pero tengo ante mí lo que escribí hace algún tiempo. El relato es objetivo, fiel, sencillo y espontáneo, por lo que he pensado debe publicarse sobre *Batey*, en la edición homenaje a Pablo de la Torriente Brau, que hará la revista *Santiago*. Y yo espero que el mismo sea de interés para los numerosos lectores de la revista oriental.

Este breve relato que quizás tenga incorrecciones y fallos en el estilo por la premura con que fue escrito, puede servir de fuente de información sobre cosas de aquellos tiempos. Así que los que lo lean evocarán con interés momentos de nuestras vidas. Podrán apreciar la tensión emotiva, la pasión creadora en cuyas aguas nadábamos

* Médico y escritor cubano (1904-1978).

** Publicado en: *Santiago* [Santiago de Cuba], no. 23, septiembre de 1986, pp. 47-52.

sin cansancio para llegar a la meta de nuestras aspiraciones de lograr un sitio al sol en la vida literaria de aquella época.

Son indescriptibles las emociones que nos sacudieron como corriente de alto voltaje, antes, durante la impresión del libro en la imprenta, y después cuando salió a la calle con su cubierta roja y negra como una bandera audazmente retadora.

El libro nos abrió las puertas de los círculos y de los grupos literarios del país. Los escritores, los periodistas, los críticos, nos abrieron los brazos cordiales y acogedores. En todas partes escuchamos aplausos y felicitaciones. El público mostró un gran interés por el libro y el mismo fue muy solicitado en las librerías en que se encontraba a la venta. Algunas publicaciones extranjeras nos saludaron con notas laudatorias; y también recibimos algunas cartas de escritores de América Latina y España.

Quizás aquel éxito fulminante se debió, aparte de algunos cuentos de genuino valor literario, a que, como decía Pablo, sus páginas eran nuestro periódico. En ellas vibraba un grito de denuncia y de protesta, por las injusticias económicas y sociales en que se debatía nuestro país. El trueno subterráneo y lejano de la revolución se escuchaba sordamente, pero iba en aumento. Era en 1930. Los cubanos ya había decidido liberarse de las cadenas de la tiranía del gobierno dictatorial que padecían.

Estimados lectores de la revista Santiago: si quieren saber cómo nació Batey a la vida cultural cubana, sigan leyendo...

Así fue la cosa

En noviembre de 1929, había comenzado el entrenamiento del *team* de fútbol americano en el Club Atlético de Cuba. Pablo y yo éramos jugadores de dicho *team*. Habíamos terminado una práctica una tarde, y estábamos sentados en el mismo banco quitándonos el pesado equipo para

ir a la ducha. Nada sabía yo de que él era aficionado a la literatura y menos de que hubiera escrito cuentos.

De pronto, Pablo comentó unos cuentos míos que había leído y que habían sido premiados en los concursos de la revista *Carteles* y del diario *Excelsior*, unos meses antes. Seguimos hablando de literatura bajo el chorro frío de las duchas. Ofreció enseñarme un cuento que le había publicado José Antonio Fernández de Castro en el *Diario de la Marina*. Al día siguiente, de acuerdo con la cita que habíamos hecho, fuimos temprano al club y leí su cuento «El héroe», que me pareció muy bueno. Entonces le dije: «¡Qué casualidad: mira lo que me pasa! Hace unos meses proyecté publicar una antología de cuentos, incluyendo los míos que no son muchos, y los de otros escritores. Y cuando solicité los cuentos me los negaron, algunos con pretextos sin justificación; así que desistí de publicar la antología: parece que estos escritores no quieren que sus cuentos se “codeen” con los míos, que, modestia aparte, son detestables...» Y nos echamos a reír. Y riéndonos estábamos cuando a mí se me ocurrió ofrecerle publicar un libro juntos. Me aseguró tener bastantes cuentos escritos y yo creí que los que tenía serían suficientes.

Él se puso a escribir febrilmente para terminar algunos cuentos que ya llevaba en la mente. Yo inicié las gestiones para la publicación del libro. Alberto Sánchez Veloso, que nos vendía a los médicos libros de la Cultural, me aseguró que no tendría problemas, que el importe de la edición me lo cargaría a mi cuenta en la librería y que ya se ocuparían de cobrar los abogados, el juzgado o la Audiencia. Pero que ellos cobraban de todas maneras...

Con tan felices perspectivas Pablo y yo nos aparecimos una mañana en los talleres de la Cultural, donde estaba el señor J. Labraña de administrador. Le entregamos las cuartillas del futuro libro con cierto aire de satisfacción y orgullo, pero él se limitó a decir, con bastante frialdad: «¡Ya! ¡Ya! Dejen eso por ahí que ya le echaré un vistazo...» Parece que en aquellos días había recibido mucha «metralla litera-

ria», según nos dijo después, y creyó que lo nuestro sería igual. Pero nosotros, seguros de que «lo nuestro valía», en el viaje de regreso reíamos de las aprensiones del señor Labraña. Efectivamente, unos días más tarde nos llamó para entregarnos las pruebas de galeras y, apenas nos vio, nos dijo: «¡Muchachos! ¡Lo que han escrito ustedes va a ser una sorpresa, yo se los aseguro! ¡Van a tener un gran éxito!» Y nos abrazó felicitándonos.

Mientras revisábamos las pruebas nos dimos cuenta de que el libro iba a salir con pocas páginas, así que, sobre la marcha, escribimos algunos cuentos más. Y en la madrugada del 13 de febrero de 1930, cuando yo estaba de guardia en el hospital General Calixto García, Pablo y yo escribimos las últimas cuartillas de *Batey*. El título se me había ocurrido a mí, familiarizado con esa palabra tan auténticamente cubana, porque con otros muchachos visitaba los bateyes de los ingenios que rodeaban mi pueblo natal. La palabra era adecuada para el título, por significar, espacio, perímetro, y, por extensión, territorio que servía de escenario total a nuestros cuentos. Pablo me dijo que sabía dibujar y que se encargaba de la portada. Así fue. Hizo un dibujo estilizado de un ingenio. Él sugirió los colores y salió aquella portada criolla y llamativa.

Cuando el libro se imprimía, Pablo y yo nos reuníamos diariamente. Un día en que yo había estado pensando en las múltiples amistades literarias que se habían roto por insignificantes diferencias e intrigas de amigos malintencionados, al encontrarme con Pablo a la hora en que él salía de la oficina, le dije: «¡Vamos a hablar!... ¡Tenemos que hacer un pacto!... » Me dirigió una mirada llena de interrogaciones, pero, enseguida, con su voz estentórea y cordial me contestó: «Mira... Primero tú me pagas el almuerzo y después hacemos el pacto que tú quieras...»

Nos fuimos a una fonda de chinos en la calle Consulado, y durante el fraterno yantar, le expliqué cuáles habían sido mis pensamientos. Le dije que creía inevitablemente que al hacerse la crítica del libro surgirían las opiniones en-

contradas, y algunos alabarían su parte y otros ensalzarían la mía. Y yo estimaba que eso no podía ser motivo de celos pueriles y que nuestra amistad debía mantenerse incólume sobre todas las contingencias. Pablo rió escandalosamente y me dijo: «¡Ah! ¿Conque ese era el pacto? Pues yo he pensado lo mismo. ¡Aquí está mi mano!... » Y por encima del plato de congrí y de la fuente de plátanos fritos se estrecharon nuestras manos con lealtad. Desde entonces nuestra amistad se mantuvo inalterable, y era a mí a quien desde el exilio, en Nueva York, enviaba sus escritos para la revista *Bohemia*, entre ellos «Guajiros en New York», premiado después de su muerte con el premio Justo de Lara.

Críticas y comentarios

En periódicos y revistas de la época, se publicaron nuestras fotografías con la correspondiente nota de presentación, como «los distinguidos y talentosos autores de *Batey*».

Periódicos y revistas de entonces publicaron cuentos del libro con notas explicativas. Por ejemplo: *La Semana*, *Diario de la Marina*, revista *Carteles*, *Revista de La Habana*, revista *Cervantes*. Todo aquello servía de espléndida propaganda.

Hicieron crítica literaria o comentarios amables, los siguientes escritores: Rafael Suárez Solís, Gustavo Urrutia, Sergio Acebal, Jorge Mañach, Joaquín Milián en la *Revista de Oriente*, Lino Novás Calvo en la *Revista de Avance* «1930», *Revista Bimestre Cubana*. Atanasio Fernández Morera en la revista *Hero*, Guillermo Pi en la página deportiva del *Diario de la Marina* y *Archivos del Folklore Cubano*.

En el extranjero, se ocuparon del libro: la revista *La Pluma* de Montevideo, el periodista Antonio Pedreira, puertorriqueño, quien publicó un artículo en *El Mundo* de San Juan de Puerto Rico.

Y recibimos cartas muy efusivas, que fueron publicadas muchas de ellas, en la sección Bibliografía del *Diario de la Marina*, a cargo del poeta Ernesto Fernández Arrondo. Así llegaron a nuestras manos las misivas de Federico Gamboa, de México; Juana de Ibarbourou, de Uruguay; Concha Espina, de España; Federico Henríquez Carvajal, de Santo Domingo. Y muchas más, entre las cuales llegó una muy entusiasta de Néstor Carbonell, entonces Embajador de Cuba en Argentina.

*Ana Cairo**

[*Presidio Modelo*]**

En 1934 las memorias sobre la prisión en Cuba constituyen ya una temática en pleno auge. Pero Pablo de la Torriente Brau sabe que *Presidio Modelo* será un libro verdaderamente trascendente porque enrumba hacia otro objetivo, similar al propuesto por José Martí en *El presidio político en Cuba* (1871).

La aparición de *Cartas cruzadas* (1981),¹ epistolario de Pablo en el segundo exilio en Nueva York, de abril de 1935 a agosto de 1936, permite un mejor estudio de *Presidio Modelo*. El 8 de abril de 1935 le informa al ensayista, crítico literario y diplomático en México José Antonio Fernández de Castro:

[...] He escrito «Presidio Modelo» —inédito aún y que le rompería la cara a todos los libros publicados sobre el tema del Presidio y del cual podría sacarse una película prodigiosa. [...]. [p. 36]

Al poeta manzanillero Manuel Navarro Luna —el 22 de mayo de 1935— le confiesa:

[E]s probable que se edite en México mi libro de Presidio. Ese sí que es un libro decente. Ese sí me da «la satisfacción del deber cumplido». Hace más de un año que está escrito y sin chance de publicar y ahora creo que por fin salgo de él. [...]. [p. 74]

* Profesora e investigadora cubana (1947).

** Ana Cairo. *La Revolución del 30 en la narrativa y el testimonio cubanos*. La Habana, Editorial Letras Cubanas, 1993, pp. 81-96.

¹ Pablo de la Torriente Brau. *Cartas cruzadas*. Selección, prólogo y notas de Víctor Casaus. La Habana, Editorial Letras Cubanas, 1981.

A Pedro Capdevila, amigo del bufete de Fernando Ortiz y ayudante en la mecanografía de la obra, le pide ese mismo día el envío de dos copias, pues sólo posee el original que está corrigiendo, y le solicita el favor de que mecanografíe una lista de presos políticos del machadato en Isla de Pinos que está en el libro *El gran suicida*, de José Embade Neyra.

El 1º de junio le comunica a Fernández de Castro que sigue revisándolo. Y por fin, el 9 de junio le manda trescientas ochenta y siete cuartillas con las siguientes advertencias:

1ª.) Tienes absoluta independencia en cuanto al aspecto económico. No estoy dispuesto a dar un kilo y sí a aceptar todos los más que tú puedas obtener. No estoy dispuesto a vender la propiedad intelectual del libro bajo ninguna condición. Estoy dispuesto a no aceptar un kilo con tal de que se publique. Y más nada, aunque me parece que es bastante.

2ª.) Tienes también absoluta independencia en todo lo que se refiere a la impresión. Puedes escoger el tipo de letra, el papel, el tamaño y la portada [...], sin consultarme para nada. Sólo quiero hacerte estas sugerencias. Sabes que la portada es problema de importancia en un libro de venta. Yo le había pedido a Horacio [González],² una portada que tuviera como tema el capítulo «Los hombres azules». Algo así como una fila humillada y larga, del azul al negro, que se perdiera en el término de una Circular en gris. Tengo todas las fotografías del Presidio Modelo que sean necesarias. Teté [Casuso] te quiere hacer unas sugerencias también. Acaso también pudiera ser un «hit», la carátula a base de los rostros de varios de los asesinos más famosos. Pero si se te ocurre algo mejor, leyendo el libro, allá tú. En cuanto al tamaño, lo que te envío suma 387 cuartillas, y aún tengo que enviarte dos estadísticas, una de los quinientos y tantos muertos del Predidio, y otra de los 539 presos políticos, cada una con varias anotaciones. Ambas listas han de ir a punto y raya y con letra menor, por lo que no ocuparán demasiadas páginas. De to-

² Los nombres y apellidos entre corchetes han sido añadidos por la autora.

dos modos, pienso que el tamaño de «Batey» resultará pequeño para el libro.

3ª.) En cuanto a la impresión, desde luego que no accedo a que se suprima ninguna palabra, por puerca que parezca. Esta advertencia no te la hago a ti, por supuesto, sino por si los editores se ponen con miramientos. Quisiera, de publicarse el libro, ver la última prueba, que podría revisar en un par de días a lo sumo. Si notas alguna repetición la suprimas. Si quieres hacerme alguna advertencia no dejes de hacérmela. [pp. 93-94]

El 14 de agosto de 1935 rechaza la sugerencia de un cambio de título hecha por Fernández de Castro porque:

[...] La idea de cambiarle el título sí no me seduce. Comprendo que «Los hombres azules» es un título bello, de posibilidades hasta cinematográficas, pero no se te ocultará que es un poco literario. En cambio «Presidio Modelo», es una ironía terrible que quiero conservar. Además, yo escribí el libro con el propósito de la denuncia, para que se conociera ese antro y debo sacrificar cualquier cosa a este propósito. Si acaso, y creo que como subtítulo —ya el libro tiene un capítulo que se titula así— se le puede poner lo de «Los hombre azules». Te agradezco las efectivas gestiones que has hecho por el libro y ya sabes que quedas nombrado padrino del mismo. [p. 128]

El 21 de noviembre le ordena a Aureliano Sánchez Arango que le recupere la obra que tiene Fernández de Castro (quien no ha podido conseguir editor) y con amargura agrega: «Ese pobre libro es tan desgraciado como los presidiarios que en él retrato» (p. 157). El 15 de diciembre se lo reclama directamente a Fernández de Castro. Al día siguiente se comunica con Joseph Freeman para la publicación en *New Masses* de algunos de los relatos del volumen. El 30 de diciembre de 1935 se lo manda al ensayista, crítico literario y diplomático en Madrid, José María Chacón y Calvo, con la siguiente explicación:

Al fin lo he rescatado de las manos de José Antonio, que lo tuvo en México más de seis meses, al cabo de los cuales nada pudo obtener de la editorial «Botas», según parece. Me lo envió hace dos o tres días, y, como yo considero un deber el hacer cuantos intentos estén a mi alcance para que se publique, para dar a conocer la tragedia que pinto, en la que viví, hago un esfuerzo más y te lo mando para «tomar otro chance» como dicen estos salvajes.

Por todo ello te mando ahora el libro, primero, para que lo leas y, después, para que hagas lo posible porque se publique. Estoy seguro de que tu fina sensibilidad se sentirá hondamente impresionada por la calidad dramática que intenta tener el libro. Yo estoy completamente seguro de que no he sido capaz de reproducir con la suficiente fuerza la bárbara, la monstruosa realidad. Pero estoy también seguro, después de haber estado dos años en Presidio Modelo, de que nadie ha sabido describir nunca la profundidad insondable y lóbrega de la vida de los prisioneros. En el propio Presidio leí algunos libros de presos: Dostoievsky y Víctor Serge. Toda pura literatura al lado de lo tangible, al lado de las 24 horas infinitamente iguales; de los años iguales; al lado del olvido de los hombres que viene a ser como el aprendizaje de la muerte, para que se vayan acostumbrando a ella; al lado de la tragedia, la barbarie, el crimen, tan repetidos, que llegan a ser monótonos; al lado de los hombres tan inverosímiles, que ninguna imaginación honrada puede hacer otra cosa que ponerse a la observación con la intención más fiel. Aquel es otro mundo. O mejor aún, es el mundo actual, retrocedido a los períodos primitivos de la humanidad, pero con la lección aprendida de la astucia, la vileza, la ignominia. Y, de tarde en tarde, el heroísmo inverosímil y la generosidad inaudita e incomparable.

Yo le tomé compasión a la gente humillada y olvidada de este mundo, sometida a todos los terrores y a todas las vejaciones. En Cuba hay Sociedades Protectoras de Animales, pero no hay ninguna que se ocupe de los presos. Por eso, en absoluto me extraña que las campañas que emprendí por dos veces sobre el régimen penal no tuvieran efectiva resonancia. Pero cuando uno cumple con su deber, por lo menos se siente tranquilo personalmente. Y como parte de mi deber

consiste en obtener la publicación del libro en el que expongo muchas de las cosas que observé y de los relatos que obtuve, por eso le envío el original para ver qué esfuerzo puede hacer allá, en donde acaso haya oportunidades de publicarlo.

Lo nombro, pues, apoderado general. En la portada hay un dibujo de Teté que trata de interpretar la portada como ella la quería. Al leerlo, hágale las correcciones que estime pertinentes, salvo en todo lo que es expresión fiel del lenguaje de los presidiarios, sus costumbres, sus dichos, expresiones, etc., en las que he seguido la más justa interpretación. Creo que, a veces, hay repeticiones de hechos, según me dice José Antonio. Si las encuentras y lo consideras así, suprímelas y me lo comunicas. [pp. 204-206]

Si se han citado extensamente estas hermosas cartas es porque resumen las intenciones políticas de la obra y, al mismo tiempo, las consecuencias morales que la gestan y sustentan. Se trata del cumplimiento de un deber sagrado al que se subordina desde el título hasta la posible ganancia. ¡Gran lección de probidad intelectual dimana de las anteriores epístolas, que deberán encabezar las próximas reediciones del libro!

Raúl Roa, amigo y albacea literario de Pablo, tiene el mérito de publicar *Presidio Modelo* (1968) treinta y tres años después de la terminación del original. Entre los libros de homenaje al centenario del alzamiento independentista en La Demajagua, aparece esta obra capital de la literatura testimonial cubana en el siglo xx.

¿Cómo está estructurado *Presidio Modelo*? Se divide en diez partes con nombres independientes y cada una en capítulos titulados en sucesión de números romanos hasta el cincuenta y tres. El «Prólogo» reitera los objetivos realzados en las citadas cartas y resume la tesis esencial que fundamenta la denuncia política:

[E]l presidio no es sino un reflejo de la calle. El capitán Castells impuso en la penitenciaría de Isla de Pinos el terror que sobre

toda la república de Cuba desató el General Machado; ahora de nuevo Cuba bajo el terror, la muerte vuelve a pender sobre el Presidio... No hay diferencias... No hay más diferencia que la que va de un nombre a otro. Castells, la fama conseguida y Fernández Pulido, la fama por conseguir. [...].³

Además comenta cómo los penados reciben una sentencia no prevista en el código civil: el aislamiento, la soledad, porque la lejanía impide a los familiares (casi siempre sin recursos) la visita sistemática; pero el confinamiento en un lugar apartado favorece la impunidad del genocidio. Del mismo modo, cuenta cómo las ganancias pensadas, a partir de mano de obra barata para las canteras de mármol, constituyeron la génesis de la decisión de escoger a Isla de Pinos como sede del penal.

La primera parte, «Iniciación», comprende seis capítulos y una presentación (recuerdo de infancia en que por primera vez oye hablar de la cárcel ignorando el significado de la palabra, en contrapunto con la experiencia brutal que le ha dado su pleno sentido). Los seis capítulos se dedican a narrar el traslado del primer grupo de presos políticos hacia Isla de Pinos, la llegada y los primeros encuentros con Pedro Castells. Estos capítulos se contrastan a todo lo largo del libro con los restantes, porque demuestran la demagogia en el trato para evitar que los combatientes antimachadistas conocieran realmente la «leyenda negra» de aquel infierno, que ya el propio Pablo había denunciado en «105 días preso».

La segunda parte, «Hombres del presidio» (capítulos VII al XIV), se integra por retratos de los presos comunes que los

³ Pablo de la Torriente Brau. *Presidio Modelo*. La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1975, pp. XXIV-XXV. Fernández Pulido sustituye a Castells en la jefatura del «antro modelo», después que este es encarcelado en agosto de 1933. Fernández Pulido comete una matanza de presos y la justifica diciendo que se había rebelado un grupo de los que saldrían en libertad al otro día de la masacre; por eso Pablo insiste en que los métodos criminales persisten.

atendieron, primeros informantes —a veces inconscientes— sobre los horrores que allí se cometían.

La tercera parte, «El zar de Isla de Pinos» (capítulos XV al XIX), constituyen un retrato complejo y multiforme de Castells, desde los puntos de vista ideológico y psicológico. En primera persona, Pablo caracteriza al jefe del presidio insistiendo en las facetas contradictorias de su personalidad (pero discrepa de la visión de Carlos Montenegro porque no cree que sea un loco y, en consecuencia, un irresponsable jurídicamente hablando). A continuación, cede la palabra a los presos comunes para que expresen su odio, ya en las décimas de Evelio Díaz Ribes, de Alfredo Mendoza y Manuel Arzola, quien hace una parodia de la canción *San Juan de Ulúa*, ya en el cuadernillo «Filosofía de farsante», elaborado por un penado a partir de sus demagógicos discursos, ya en las reflexiones y datos biográficos de Antonio Reyna Leyva. También incluye fragmentos de cartas de Castells a Barraqué (secretario de «justicia» del sátrapa), a Fors (jefe de la Policía Judicial), del folleto *El régimen y la vida del recluso en el Presidio Modelo*, y de las hipócritas misivas de pésame a los familiares de asesinados, que Pablo contrapone en tono indignado a la explicación de la real causa de muerte.

El epíteto irónico de «zar de Isla de Pinos» también alude a la sobrevaloración que tiene de sí mismo el retratado. Con la técnica del testimonio múltiple, del contrapunto entre documentos que escribe a los superiores, las mentiras de la propaganda, las condolencias a los parientes, y las horrendas verdades sobre los tipos de homicidios, se conforma para el lector una imagen integral del genocida.

El retrato de Castells surge de la confrontación de visiones, de puntos de vista, que han sido seleccionados a partir de una idea rectora: ha autorizado el crimen de más de quinientos hombres.

En la cuarta parte, «Bestias» (capítulos XX al XXV), pinta a los ejecutores de las órdenes de Castells. Empieza por Gregorio (Goyito) Santiesteban, sentenciado por matar a un

general del Ejército Libertador. Goyito es denominado con ironía «el recluso modelo», que se transforma en sarcasmo cuando se concluye el inventario de sus fechorías al final del mejor capítulo de esta sección.

La admirable quinta parte, «Divinidades» (capítulos XXVI al XXVIII), se conforma por la tríada «La Justicia», «La Venganza» y «El Tiempo». Pablo interpreta la conocida alegoría de la Justicia (la mujer vendada, con la balanza en una mano y la espada en la otra), después de atribuírsela a Aristófanes, de la siguiente forma:

[...] ¡Él le puso la balanza, porque la balanza es el símbolo del mercader aprovechado; le puso la espada, porque la espada representa el atropello y la desigualdad; y por fin, le puso la venda para que no tuviera que avergonzarse de sus propias decisiones... Y es así como ha sido la justicia en el mundo; una concreción de falsedades, de hipocresías y de atropellos; que para hacerse más repulsiva y tangible, ha aumentado en dureza y crueldad a medida que ha ido descendiendo por el escalafón social.

¡Nunca conocí en Presidio un hombre rico!... Y si es que alguno pasó por allí, fue porque hubo la presión de alguien más rico que él. El Presidio es sólo un cementerio para pobres!... [p. 296]

A continuación, reproduce el expediente de un juicio como ilustración del atropello que bajo el nombre de «justicia» hacía la Comisión de Mayores y sancionaba Castells.

Después cuenta un caso de cómo los mandantes se vengaban de cualquier afrenta con los hombres subordinados. Y por último, en el magistral capítulo «El Tiempo», emplea la personificación para describir el significado de dicha categoría para los sometidos a prolongado cautiverio:

[...] Es en el Presidio donde el silencioso monarca caminante tiene un trono implacable y donde sus dos fríos e inalterables Consejeros —el Reloj y el Almanaque— ejercen su función con más perversa lentitud y ceremonia...

El Reloj, funcionario infatigable, tiene su ayudante de campo: la Corneta; varios agentes secretos: el Hambre, el Cansancio y el Sueño; y dos atormentadores: el Insecto y el Espanto... Como un mayoral de negros esclavos, cruel y bárbaro, no suelta a sus hombres y los flagela impiamente, desde el amanecer hasta la noche. [p. 311]

Si la corneta es «perra perseguidora de cimarrones». Si el hambre se describe como:

[...] ¡histérica y convulsa, que retuerce las tripas y afloja, como gajos muertos de un árbol, los brazos y las piernas de los hombres, y les llena de nubes negras y fugaces las pupilas anémicas!... [p. 320]

Si el cansancio resulta

[...] amarillo y violáceo, cloroformo de los músculos, que convierte a la sangre en plomo lento y habla en voz baja con la Angustia!... [p. 320]

Si el sueño es

[...] turbio, gris, que nubla la luz, que duerme los ruidos y columpia su hamaca en las pestañas!... [p. 321]

Si Pablo acude a una prosa pletórica de metáforas, es porque el artista necesita de la poesía para expresar con toda fuerza lo que sienten esos hombres enjaulados; pero también, para recrear en imágenes plásticas una vivencia personal de casi dos años. Porque para el preso político (recuérdense las cartas a Federiquito Morales y a José María Chacón y Calvo) el tiempo es también «un señor absoluto», por lo que hay que llenar el día de actividades para olvidarse de su «silenciosa» majestad.

La verdadera unidad del presidio es el «almanaque» (el año), porque las veinticuatro horas del día resultan insuficientes; por eso los presos cuentan en números de «almana-

ques» la distancia hacia la «libertad», que es para ellos «...como la sombra de los viajeros que proyecta la luna en los caminos blancos, que va siempre delante, que nunca se alcanza!...» (p. 326)

Otro tópico importante son los sueños («realidad de las esperanzas») que siempre se nutren de ausencias como la libertad y la mujer:

¡La Mujer!... ¡Los hombres que no han estado presos no saben lo que es la mujer!... ¡Ni siquiera en el sentido animal y lúbrico de la palabra!... ¡No lo pueden saber, como no sabe el rico lo que es el hambre del pobre!... ¡Como en los cuentos de la infancia, cuajados de héroes y aventuras maravillosas, la mujer cobra en la imaginación del preso magnitudes y perfiles fantásticos, que para el hombre sensible no se limitan al sexo estricto, sino que se extienden, como una enredadera milagrosa y perfumada, a lo más puro y lírico del corazón humano!...

La mujer, en los sueños, sacude el látigo de todas sus curvas sobre la carne encarcelada del preso, y lo exaspera, y le pone los ojos pequeños, y le hace rabioso el deseo, la voluntad de salir... ¡Por la fiebre de un sueño de mujer estoy seguro que más de un hombre se ha sentido capaz de estrangular a un compañero!... [p. 325]

El colofón del capítulo reitera las palabras del párrafo de apertura, pero ya cargadas de una intensidad dramática aportada por lo dicho:

¡El tiempo!... Ni el historiador ni el astrónomo saben lo que es el Tiempo. Sólo los que hayan naufragado en él, como los presos, pueden comprender lo terrible de su poder inalterable; su grandeza y límite... ¡Él, padre de la vida... único superviviente de la muerte!... [p. 328]

El capítulo «El Tiempo» quizás sea el más poético, el más logrado artísticamente por la calidad de las metáforas y símiles con que se describe un universo en que se hermanan las vivencias de los presos comunes y políticos, a pesar de

que las de los primeros están acompañadas además de las calamidades físicas (el hambre, la sed, el frío, la extenuación por la rudeza de las labores, los insectos y las pocas horas para dormir).

La sexta parte, «Víctimas» (capítulos XXIX al XXXI), agrupa la denuncia del maltrato a los tuberculosos, quienes realizan faenas agotadoras, y a los locos, que a fuerza de golpizas cumplen la «disciplina consciente» de Castells. El capítulo XXXI, «Los hombres azules», sirve de presentación a las cuadrillas de penados que laboran en la cantera, en la ciénaga, y que siempre regresan diezmados a las circulares.

La séptima parte, «Geografía del pánico», narra, de acuerdo con los lugares (El Columpo, La Piedra, El Cocodrilo, La Fuente Luminosa, Loma de Tierra, La Yana y el cementerio de reclusos), los tipos de masacres cometidas con «los hombres azules».

La octava parte, «Relatos» (capítulos XXXIX al XLV), tiene como lema:

*Fatiga, angustia, traición, soldados, balas, muertos...
¡Y siempre igual!...
olvido!... [p. 391]*

En el capítulo XXXIX, «Historia de dos relatos», informa cómo los cuentos «El Guanche» y «La Obra» (escritos el 14 y 15 de octubre de 1932 respectivamente) se inspiran en una conversación con el preso Cuna, y cómo los saca clandestinamente del penal.

La novena parte, «Escenas para el cinematógrafo» (capítulos XLVI al LI), constituye un valioso esfuerzo narrativo, que posee dos relatos admirables «Las pupilas» y «La mordaza».

El narrador en tercera persona coloca unas pupilas en un primer plano y describe el terror que se infiere de ellas. Después plasma el escenario tal y como lo ven esos ojos en realce. A continuación identifica al dueño de los ojos, Daniel

Pérez, «hombre azul» que ha salvado la vida por la agilidad de sus piernas en una loca carrera, donde su amigo ha servido de tiro al blanco móvil a un soldado. Por último, el narrador se identifica y explica el montaje que ha hecho.

«La mordaza» (mejor que el anterior) tiene a Pablo como narrador-protagonista, quien describe primero el instrumento (sacado para mostrárselo del buró de Castells):

[...] Era de cuero, fuerte, con una hebilla de hierro para cerrarla por la nuca, y por el frente, a la altura de la boca, formada por varias capas superpuestas, tenía una especie de tacón, que obligaba a la lengua a retroceder, atropellada, contra la glotis, produciendo una asfixia lenta y desesperante. [p. 509]

A continuación, Pablo se desdobra en narrador y personaje de lo contado. Se pinta observando atentamente aquel objeto, fijándose en las manchas de sangre y en las huellas de los dientes de los presos y después, tirado sobre una cama soñando:

Fue de pronto que me puse a pensar en la mordaza, en los dientes clavados en ella y en la sangre, ennegrecida por el tiempo.

Me sucedió entonces que adquirí la convicción absoluta de que quien estaba pensando no era yo, sino otro yo que no era yo mismo... Algo muy raro, lo comprendo, pero absolutamente cierto.

Y vino lo inaudito: primero pensé en la mordaza —es decir, pensaba el otro yo que no era yo— enseguida, en los dientes clavados en ella y en la sangre... ¡E inmediatamente después los dientes se adhirieron a sus maxilares, los maxilares se completaron en las cabezas y las cabezas en las figuras de los presidiarios martirizados!...

¡Y todo aquel conjunto aterrador, se puso a gesticular, primero, a aullar después, a quejarse con sobrehumanos gemidos, con desgarradores lamentos... y dirigidos todos a mí, amontonados sobre mis ojos dilatados, unos me imploraban venganza, otros me increpaban por mi silencio; aquellos me

suplicaban un recuerdo para la madre lejana y otros lloraban sobre mis ojos lágrimas ardientes de cólera, de pena, de pavor, de angustia!... [...]. [pp. 510-511]

Pablo emplea una gradación ascendente en la intensidad dramática, cuando describe la muerte con la mordaza:

¡Un hombre se fue sustituyendo por otro: caras negras que se ponían verdosas, violetas, rojo profundo; caras mulatas que se ponían pálidas, lívidas y caras blancas, amarillas por la anemia, que en un esfuerzo desesperado adquirirían un rosado de enfermedad!... ¡Y ojos, eternos, llenos de angustia, inflamados por el esfuerzo, rojos por el llanto o la cólera, dilatados por el terror!... ¡Gritos ahogados por las mordazas, insultos abortados en la lengua estrujada por el cuero, sangre saltada de las encías por la rabiosa presión de los dientes sobre el taco!... [p.512]

La precisión de colores en las caras, de sentimientos, tornan este fragmento de una objetividad horrenda, que me evoca a Edgar Allan Poe y a Dante, este último cuando describe la muerte del conde Ugolino en la *Divina comedia*.

En el desenlace se esfuma el tropel de imágenes, porque el personaje Pablo ha despertado. Y entonces anuncia el juramento que cierra el cuento y revitaliza la tesis esencial del «Prólogo»: «Los recuerdo bien. Su aparición fue para mí como un mandato de mí mismo, y haré que la ignominia caiga sobre los asesinos. Es todo cuanto yo puedo hacer.» (p. 513)

La décima parte, «Estadísticas» (capítulos LII y LIII), reúne la lista de los nombres y números de los presos comunes muertos en cada año y la de los nombres de los presos políticos con la edad. El número total es de quinientos veintinueve presos políticos del machadato, con notas aclaratorias sobre los que ya han muerto en 1935.

José Antonio Fernández de Castro, primer crítico cubano que conoce el original, le asegura a Pablo que el libro hará

época, en carta fechada el 12 de julio de 1935. José María Chacón y Calvo, segundo crítico cubano en valorarla, le expresa que era obra vital de nuestra literatura, en misiva del 24 de enero de 1936.

Los dos tienen razón en los elogios y en la sugerencia de que era necesaria una «poda» de reiteraciones. Además, es cierto que hay desbalances estructurales en algunos capítulos y desniveles cualitativos en el empleo de la técnica del testimonio múltiple, porque la narración de algunos informantes resulta injustificadamente extensa.

No obstante, *Presidio Modelo* es un libro novedoso, original, con gran riqueza para los estudios lingüísticos; audaz en el momento de su escritura, en cuanto al montaje en las distintas partes de los cuentos, las poesías, las canciones, las cartas, los documentos y las listas de estadísticas; innovador en el adecuado manejo de varios tipos de lenguaje (factor de caracterización de los testimoniantes) y en el uso del contraste; efectivo en la ironía y el sarcasmo, en las metáforas y símiles, así como en la personificación.

Presidio Modelo, al cumplirse el 9 de junio de 1985 el cincuentenario de su terminación, es uno de los libros fundamentales de la literatura testimonial cubana del siglo xx, un digno sucesor de *El presidio político en Cuba* de José Martí. Un posible paradigma de cómo en algunas obras la denuncia esencial de lacras inherentes al sistema capitalista (expresión del deber político de combatirlas hasta erradicarlas) centuplica su función de propaganda, cuando la obra alcanza una realización cualitativamente satisfactoria.

*Denia García Ronda**

Humor vs. Presidio**

Que el humorismo no es un arma exclusiva de un determinado carácter, nacionalidad, ideología, clase, es postulado comprobado por todos los humoristas «que en el mundo han sido». Que su función varía según quien lo esgrima, se desprende de lo anterior. Como el átomo puede ser el humor: destructor hasta el genocidio o constructivo hasta el progreso humano. Las leyes que han tratado de esquematizarlo se han quedado en generalizaciones teóricas que varían en cada caso en que se intente su aplicación. Los grandes humoristas han llegado a serlo no por el instrumento utilizado, sino por cómo lo han empleado.

Utilizando el buen humor se puede contribuir a la cultura de un pueblo o de la humanidad y llamarse Tom Sawyer o Sancho Panza, o se puede, con el mal humor, desculturizar a enormes masas de lectores y llamarse Donald Duck o Mickey Mouse. Llamarse Cervantes, Shakespeare, Gracián, Voltaire, Mark Twain o Chaplin y satirizar lo negativo de su sociedad; o servir de propagandista de un sistema explotador y alienante y haberse llamado Walt Disney (cuyo último chiste parece haber sido la petición de hibernación de su cadáver).

Si aceptamos el sentido lato —y laxo— del término, el humorismo va desde la agudeza irónica hasta el chiste grosero. Asimismo, según su función, irá desde la abyección hasta el heroísmo. Se pretende en estas breves notas intentar un acercamiento a la función del humor en Pablo de la Torriente Brau —militante activo del bueno—, tomando

* Profesora y ensayista cubana (1939).

** Publicado en: *Santiago* [Santiago de Cuba], no. 23, septiembre de 1976, pp. 99-106.

como fuente referencial una parte significativa de su correspondencia privada: las cartas de presidio.

Leer las cartas personales de Pablo es ratificar los criterios que acerca de su subyugante personalidad nos dan los que con él convivieron en una u otra circunstancias. Y es también comprobar que su obra literaria y periodística parte, sin artificios «profesionales», de su singular manera de ser y de su profunda manera de pensar. Salvo las lógicas diferencias de géneros y las alusiones a temas de exclusivo dominio de sus corresponsales, no hay contradicción esencial entre lo que se escribe para la imprenta y lo que va dirigido a su «querencia» —sin ánimo de publicación ni interés en «hacer literatura»—, que garantiza la sinceridad del escritor público. «[E]scribía naturalmente, como sudaba o respiraba», ha dicho Raúl Roa. Su correspondencia no hace más que reafirmar el acertado testimonio de quien Pablo llamó su mejor amigo.

Uno de los rasgos definatorios de su manera de decir —que en Pablo equivale a manera de ser y de pensar— es el sentido del humor. No hay por qué aplicar patrones retóricos o tropológicos a la gracia y a la jovialidad de su estilo: en el carácter hay que buscar la clave. En el carácter que implica no sólo rasgos hereditarios y aquellos conformados por el ambiente de la infancia y la adolescencia, sino los que le dieron la lucha, la conciencia política, la disciplina y las relaciones establecidas en el bregar revolucionario.

El sentido del humor es consustancial a la personalidad de Pablo de la Torriente, pero tiene funciones específicas en las diversas circunstancias de la activa vida del héroe de Majadahonda. Es, según la necesidad, lanza o coraza, saeta o escudo, entrega o salvaguarda, y es sobre todo —y muy especialmente en las alienantes condiciones del presidio y de Nueva York— ingrediente imprescindible de su alta moral revolucionaria y de su dignidad humana.

En la cárcel estas funciones se hacen imperiosas y sus cartas las hacen evidentes. Quien se acerque a su corres-

pondencia de entonces, sin olvidar lo que era el Presidio Modelo, sin olvidar los métodos de Castells, teniendo en cuenta lo que significaba estar dos años preso durante el machadato, se dará cuenta de lo dicho.

Quien escribiera:

Estar en la cárcel, es vivir en la penumbra, es adquirir la virtud del recelo y una misteriosa habilidad subterránea del espíritu parecida a la doblez y más sutil —mucho más— que la hipocresía. Estar en la cárcel es también perder para siempre la confianza en el éxito del esfuerzo humano; sospechar que en realidad el mundo de afuera no es más que una cárcel un poco mayor; es sumergirse en las esperanzas sin base y dar pábulo a lo inverosímil y a lo fantástico... Estar en la cárcel cuando se es joven, es casi tan malo como estar de niños en un colegio de curas...¹

no reaccionó de esta forma durante sus años de presidio. Antídotos fueron su jovialidad, su frescura, su joie de vivre, como apunta Juan Marinello. Antídotos también fueron su confianza en la causa que defendía y su método de resistencia —método colectivo de «El Patio de las Izquierdas» del que fue sagaz y alborozado conductor—, que consistía en mantener la altura moral mediante los ejercicios físicos, la ocupación manual, la lectura política comentada —en las «academias» que ellos mismos crearon—, la solidaridad, el intercambio agudo de impresiones sobre una situación, un libro, una personalidad; y la fidelidad, tácitamente jurada, al buen humor. En el caso de Pablo hay que añadir su original protesta de desnudez, barba y melena, y su afición gozosa (¿o secretamente melancólica?) a la astronomía.

De entre los temas que Pablo toca humorísticamente en sus cartas del Presidio, ninguno más lógicamente reiterado que el de la libertad. Lo que no sería lógico, en otro carácter

¹ «La noche de los muertos». En: Pablo de la Torriente Brau. *Pluma en ristre*. La Habana. Publicaciones del Ministerio de Educación, Dirección de Cultura, 1949, p. 425.

que no tuviera los ingredientes que conforman el de Pablo, es no encontrar la desesperanza, la angustia, la nostalgia, la asfixia, en una personalidad hecha para el aire libre, el bullicio y la acción. No sería lícito pensar que no sintió esa angustia y esa asfixia. Pero si el valor es el vencimiento del miedo, puede afirmarse que en el vencimiento de los estados psíquicos que genera la terrible realidad del encierro carcelario, radica la grandeza del preso revolucionario. Y Pablo era un revolucionario: un comunista.

En este sentido, la función de su humorismo roza lo heroico, a pesar de estar esgrimido «sencilla y naturalmente». Hay otra causal, además de su método de resistencia, para la utilización del humor en lo relacionado con la llevada y traída posibilidad de liberación: su generosidad, igualmente ingénita. Marinello lo ha dicho mejor que nadie: «Como su color era la nobleza, no infligía a otros la pesadumbre propia, ni la herida injusta le amargaba la risa.»²

A su familia —armónica, estable, generosa; comunidad idónea para la formación de un carácter como el del único hijo varón— escribe Pablo acerca de su libertad. Le resta importancia a la constantes prórrogas, trata de borrar de antemano cualquier angustia: arranca la sonrisa y a veces quiere arrancar la carcajada. Habla poco de esto, pasa a otro tema generalmente agradable o se burla «de mentiritas» de las aficiones de madre y hermanas. Y les recuerda, como para tranquilizarlas, que tiene un aliado: su buen humor: «El fracaso de tanta bola no me ha hecho perder ni por un momento el buen humor y aquí me paso el día en cueros al sol, cantando y molestando a los demás. [12-12-31.]

Aun cuando casi se deja llevar por el pesimismo, ante un nuevo engaño de libertad, rompe esta tensión peligrosa y continúa con su tono acostumbrado: «[N]os han quitado el dulce de la boca y ahora cualquiera nos sabe amargo. Sin

² Juan Marinello. «Pablo de la Torriente Brau, héroe de Cuba y de España». En: *Contemporáneos. Noticia y memoria*. Santa Clara [Cuba], Universidad Central de Las Villas, 1964, p. 246.

embargo, hay buen paladar y pronto nos acostumbraremos, y aunque ha caído un año más en la cuenta, siempre les sacamos muchos de ventaja a los que nos tienen aquí.» [12-12-32.]

A Federico Morales, su asiduo corresponsal y suministrador, le informa:

Estamos dispuestos a seguir cogiendo sol por un buen rato más todavía y hacer del nudismo un apostolado verdadero. [5-5-32.]

Yo no sé, a fuerza de ver desvanecerse tan reiteradamente las esperanzas de libertad, yo creo que en nuestro subconsciente ha tomado vida la idea de que vamos a estar presos por toda la vida, y por eso puede ser que paremos en filósofos o astrónomos. A mí especialmente, cada día me interesan más estas cosas de las estrellas y eclipses y demás líos siderales, en los que por lo menos puede asistir uno con la relativa libertad del espectador. [11-6-32.]

Está visto que estamos gastados. En foot ball intercolegial yo diría que es que nos conocen todos los «fakes». Por las familias sentimos esto muy profundamente. Ha sido una burla cruel. Bien, pero el ánimo, ¿no es eso? [17-12-32.]

La burla de que habla Pablo —burla de las malas— parece haber sido un método de ablandamiento psíquico del «bondadoso» Castells. Los presos políticos no tenían, en su mayoría, condena fijada, y se podía «jugar» con las noticias falsas, los rumores, las apariencias, de una próxima libertad. Cuando se cumplía la fecha y no pasaba nada, empezaba de nuevo la campaña. Tortura refinadísima, sin dudas. En este grupo de cartas que analizamos, se puede ver la lucha íntima de Pablo con este «dragón» psicológico: utiliza todas las armas, a veces parece que baja la guardia —por un instante aflora el abatimiento— pero de nuevo, «humor en ristre», se levanta altivo. En las últimas cartas no utiliza ya la ruptura chistosa o aguda para aflojar la tensión. El problema de la presunta libertad está visto ya con ironía desde que se enfo-

ca: «Aunque “es seguro que salimos antes del año nuevo”.» [29-12-32.]

Y como la ironía es el más ilustre de los recursos del humor, el símil utilizado por Pablo en la misma carta, adquiere categoría de frase literaria y trasciende su significación inmediata: «Llegaron tus cosas tan oportunamente como una libertad.» [Id.]

Asimismo recurre al equívoco: «Hemos llegado a la conclusión de que este [el tiempo] al cabo resultará nuestro mejor auxiliar. Y Fe y Almendares.³ [5-1-33.]

El tercer párrafo de la carta fechada «19-2-33», la última de la colección facilitada por Alberto Saumell, es una lección de humorismo: sátira, ironía, burla, abierta comicidad; pero fundamentalmente jovialidad, regocijo casi infantil por el entretenimiento que, como reivindicación, le arrancaron a Castells. Ese párrafo, en el que se unen la tragedia (el encierro) y el testimonio de lo que hemos llamado método de resistencia, es una demostración de que Pablo había vencido al dragón.

Otros temas, no menos interesantes, se encuentran en este grupo de cartas. No es posible, en un trabajo que pretende ser breve, el análisis exhaustivo; basten por ahora someras menciones de dos de ellos: la falta de mínimos recursos económicos y la mala alimentación.

Es sorprendente constatar cómo Pablo —y en esto la función de su humorismo es importante— logra mantener la dignidad cuando le es necesario pedir, a familiares y amigos, desde materiales de trabajo hasta el franqueo para contestar cartas o enviar, como obsequio, artículos de artesanía del presidio (la «fifina»), en la que, según varios testigos, era un verdadero maestro. Su absoluta falta de recursos está siempre tratada con humor. Valgan estos ejemplos:

Me llegó tu carta certificada, el derroche de un peso —¡Vas a parar en la miseria, te lo vengo pronosticando!— y cuaren-

³ Fe y Almendares eran dos equipos de béisbol de la época.

ta centavos en sellos que vinieron muy bien. [Carta a la madre: 27-12-32.]

Como mi situación económica se parece cada día más a la de Henry Ford... [Carta al padre: 9-2-33.]

Te debo dos cartas y voy a pagar ahora mismo. Esta vez Saumell no dejó espacio en su carta por lo que me veo obligado a derrochar. [Carta a Federico Morales: 19-2-33.]

Asimismo esgrime su buen humor en lo relacionado con la alimentación. Si se tiene «unas cuantas cosas locas detrás de las pupilas, un tumulto físico metido entre los músculos jóvenes, y una docena de dos de pecho que se niegan a salir por la garganta en otra forma que no sea la de insoportables gritos de vendedor de periódicos», se debe tener un apetito que no desmerezca en el conjunto. Pablo lo tenía voraz. Aunque, como su abuelo, prefería la vergüenza al pan, se alegra como un niño al recibir dulces, pasteles, o cuando, gracias a los «sablazos» dados a los amigos en libertad y en solvencia, podían celebrar una Nochebuena por todo lo alto. La mejor demostración de su condición de buen comilón y al mismo tiempo de su fino humorismo, es cuando le dice a Federico Morales:

No sé qué rara y envidiable virtud tiene mi estómago, que todo le sienta y lo aprovecha. A mí no hay chance de redimirme por el estómago. Es por lo menos una satisfacción. Y en tanto que llega ese famoso día de nuestro almuerzo en el club, me dispongo a mantener el training de apetito para no hacer el ridículo. [19-4-32.]

No hace falta recordar que eso que le aprovechaba al saludable estómago de Pablo, era una bazofia cocinada con cebo.

Aquel muchacho de «apetito pantagruélico», como lo llamó Gustavo Aldereguía, que pide desembozadamente «un pedazo de queso gruyere» para el capricho colectivo, tiene

un elevado concepto de la dignidad y de la función —ética— de su humorismo. No lo utilizará jamás para obtener otros beneficios que no sean las chucherías camaraderiles. ¿Pruebas?: el 9 de febrero de 1933 le escribe a su padre: «Ahora parece que hay un chance de salir de aquí, aunque sea para el extranjero. Naturalmente, el problema fundamental es el dinero, por lo que me parece que todo se hará más difícil.»

Es significativo que ese mismo día le escriba a Federico Morales —representante de firmas comerciales, propietario de tierras, accionista— y no sólo no le exponga el problema, sino que ni siquiera le informe de la posibilidad de libertad con la condicionante del abandono del país. Su dignidad se lo impidió seguramente. Y uno recuerda sin esfuerzo cómo José Martí rechazó también, por dignidad y entereza de espíritu, la sugerencia de pedir ayuda a su suegro rico, cuando debió exiliarse en España en 1879.

No hay que lamentar que la existencia de la censura haya evitado las funciones de ataque de su humorismo a la tiranía machadista. Por suerte ahí están «105 días preso», «La isla de los 500 asesinatos» y Presidio Modelo, sin duda la mejor literatura sobre el tema del presidio en la seudorepública. En estos trabajos están también, en medio de la denuncia viril de la relación de crímenes espeluznantes, la gracia festiva y el humorismo combatiente de Pablo. Estos trabajos, su epistolario y el resto de su obra, permiten afirmar: utilizando el buen humor se puede hacer revolución y llamarse Pablo de la Torriente Brau.

*María del Carmen Victori**

**Aventuras
del soldado desconocido cubano****

Paralelamente a la realización de un periodismo de lo inmediato y de lo insoslayable, Pablo de la Torriente Brau, durante su segundo exilio en Nueva York, encamina sus posibilidades expresivas por otros derroteros y ensaya un nuevo género literario, no intentado por él hasta entonces: la novela. Así surgen las aventuras de nuestro desconocido soldado de la primera guerra del siglo.

Novela insólita, irrumpe en nuestras letras en 1940 al ser dada a la publicación por Raúl Roa, quien recibiera el manuscrito de manos de José Luis Galbe, fiscal del Tribunal Popular de Madrid durante la Guerra Civil Española.

La singular fuerza expresiva de esta obra pone un acento nuevo en la narrativa nacional por la forma en que elabora un tema histórico como la Primera Guerra Mundial, con un enfoque en el que señorean, en forma sostenida, el humor más libre y popular, la jarana y el choteo; sin que se pierda, en ningún momento, la precisión en el detalle de tipo histórico que se desea resaltar.

La obra, escrita en Nueva York en 1936, queda interrumpida al final del capítulo V por la muerte de Pablo, en el ejercicio de su vocación internacionalista. Concebida a partir de la contraposición entre un falso ambiente de narración testimonial y la ficción pura como su verdadera esencia, la novela posee un personaje central, en función de sujeto entrevistado, que relata los acontecimientos vividos y conoci-

* Escritora e investigadora cubana (1946).

** «Pablo de la Torriente Brau 1935-1936». *Revista de la Universidad de La Habana* [La Habana], no. 216, 1982, pp. 199-212.

dos con absoluta «seguridad» por su condición de «aparición espírita», lo que permite conjugar la crítica social y la fabulación humorística.

Las Aventuras del Soldado Desconocido cubano presentan en el prólogo y el capítulo I, todos los datos de importancia social referentes a la posición ocupada por Cuba en el contexto mundial de su tiempo; en los capítulos II, III y IV se pasa a los problemas desencadenadores de la Primera Guerra Mundial en una bien lograda coordinación con la historia militar de Europa a través de los siglos; y el capítulo V —último e inconcluso— señala los indicios alarmantes de la Segunda Guerra Mundial.

Durante toda la obra se realiza un balance de la correlación mundial de fuerzas de la entreguerra, a través de una crítica a la primera conflagración mundial y un alerta sobre la próxima, que ya se avecinaba.

Si la analizamos por partes, descubriremos que el prólogo es una valiosa lección de historia, por el preciso alegato sobre los subterfugios y recursos de los países capitalistas desarrollados para avasallar a los pueblos pequeños, ejemplificados en las formas de dependencia en relación con los Estados Unidos de países como Cuba, y a las razones esgrimidas por aquellos para justificar sus intervenciones en toda la América; a la vez, apunta críticamente la poca importancia dada por los cubanos de las primeras décadas republicanas a los hechos heroicos de nuestra historia patria, señalamiento acorde con las opiniones de los revolucionarios del 30, que fustigan a sus antecesores inmediatos por su pasividad y resignación.

El autor llama a su obra —en dicha introducción— una réplica cubana de Sin novedad en el frente, clasificación de manifiesto sentido humorista, pues en el desarrollo del argumento los únicos contactos evidentes son la época tratada y su condición de novela sobre la Primera Guerra Mundial. Las características y peculiaridades tanto técnicas como argumentales, así como la forma de presentar el tema, la alejan considerablemente de la mencionada novela europea.

Este libro de arrojo militante es un alerta a las fuerzas de la paz contra un nuevo peligro de guerra, cuyo fin lógico es la destrucción de muchos países y una creciente ola de terror generalizado, resultado de la orgía expansionista, prepotente y discriminatoria, del imperio del capital en la fase culminante de su inhumano poderío.

Pablo se preocupa, quiere comunicar el interés por la causa de los explotados y oprimidos de todos los confines del mundo, pero siempre con el pensamiento puesto en su patria y en sus conflictos tan ejemplificadores, de ahí que el prólogo a la novela gire sobre las relaciones de subordinación dependiente de Cuba a los Estados Unidos, con una explicación de sus causas a lo cómico, para dar más fortaleza y universalidad a su interpretación. El fin perseguido no es otro que una amplia denuncia al imperialismo y a los métodos de dominación que acostumbra emplear.

El interés se centra en las «razones de la sinrazón» de la Enmienda Platt, apéndice constitucional cubano, que aunque extinto desde 1934, le sirve perfectamente para ilustrar las relaciones neocoloniales impuestas a nuestros pueblos, tomando como base el ejemplo de Cuba:

A fuer de justos, precisa subrayar el hecho de que en esta alianza ofensiva y defensiva, quien en realidad ha salido más beneficiado han sido los Estados Unidos, ya que nosotros, francamente, no teníamos problemas que nos abrumaran. Según los mismos críticos militares en quienes fundamento mi argumentación, ni Haití, ni Santo Domingo han estado durante mucho tiempo en capacidad de hacernos agresión; ni tampoco las Bahamas, ni el Archipiélago de los Canarreos, que han sido nuestros más peligrosos rivales.[...]. No así los Estados Unidos. Por el norte, la gran frontera canadiense, propicia a cualquier invasión inglesa en caso de conflicto, y por el sur, la frontera mexicana, ocasión de constantes choques y posible punto de desembarco de la infantería japonesa. [...]. Si a esto se añadía la posibilidad de una invasión cubana por la Florida [...] se comprenderá que la situación de los Estados Unidos, en esa dramática circunstancia, sería

desesperada. Por ello, sus críticos militares convinieron en que, cuanto antes, se contara con nuestra alianza. Y de ahí que firmáramos la Enmienda Platt.¹

En la misma introducción intercala, seguidamente, una crítica sobre las deficiencias de nuestra producción literaria con respecto a las insuficiente actualidad temática y expresiva en concordancia con el movimiento creativo general de su momento:

[N]osotros por tomarnos nuestro tiempo, siempre empezamos a producir con un retraso sobre cualquier corriente literaria o artística, de quince, veinte y hasta cien años. También esta morosidad nuestra es una gran virtud. Nunca incurrimos en exageraciones que ya no se conozcan.²

Y si alguien alega que es muy tarde para salirse ahora con un libro de la gran guerra, que esto no sea obstáculo, porque, como la próxima gran guerra está al caer de la mata, como vulgarmente se dice, estos libros cubanos serán precursores de esa gran contienda y, alguna vez, habremos sido nosotros los iniciadores de una nueva corriente literaria.³

En esta original obra se juega a la semi-superchería literaria, y para ese fin el autor se esfuerza por dar verosimilitud a su argumento con el señalamiento de fechas exactas: el autor-narrador «conoce» a su personaje Heliodomiro del Sol el 4 de julio de 1935 en la ciudad de Nueva York. También se nos informa de un «mitin» contra la situación existente en la Cuba de entonces, efectuado en el Club Cubano Julio Antonio Mella; se registra escrupulosamente la dirección del local: Quinta Avenida y 116 en la ciudad de Nueva York —sitio que en realidad existió—, y después se nos ase-

¹ Pablo de la Torriente Brau. *Aventuras del Soldado Desconocido cubano*. La Habana, La Verónica, 1940, p. 19.

² *Ibidem*, p. 27.

³ *Ibidem*, p. 31.

gura que aquel día y en el lugar apuntado, el autor «es descubierto» por su personaje. Y sigue manteniendo la ilusión «a lo humorístico» al no olvidar ni los detalles externos ni los psicológicos del sujeto: «Era un mulato alto, bastante bien vestido, aunque se notaba que la ropa era un poco anticuada. Era más bien delgado, pero fuerte, de rostro simpático y charla fluente en la que pronto noté algo raro, algo que me traía recuerdos de la infancia y de la adolescencia.»⁴

Desde aquí comenzará el contrapunteo entre la realidad y la fantasía; también podríamos decir entre un realismo crítico y otro mágico. Se nos describirá a Heliomiro del Sol como dicharachero, emprendedor, amigo de parrandas y de peleas, pero también con una imaginación delirante y una continua sed de aventuras. Será, por ello, el personaje idóneo para una novela que habrá de explotar, con fines políticos, el choteo cubano.

El autor entremezcla en la novela el ambiente nuestro de los años 30 y enlaza en una misma trama a hombres conocidos por su actuación política en el país con personajes ficticios como Heliomiro del Sol con sus fantásticos relatos. Esto lo acerca a la forma de estructurar lo argumental de la novelística realista española, entrecruzando lo histórico, y más, lo historiográfico, con su otro polo, la «verdad» literaria de lo ficticio e ilusorio.

La mezcla, en una misma acción, de personajes de la historia universal con otros, hijos de la invención del novelista, como los soldados desconocidos del libro, dan la tónica y el estilo de esta pequeña gran obra de crítica social y de profundización conceptual en los problemas políticos de la etapa.

Podemos citar como ejemplo, la seria denuncia del verdadero carácter de la Primera Guerra Mundial en boca del «Soldado Desconocido de Arlington», quien en tono jocoso expresa toda la terrible realidad de esta guerra imperialista donde los monopolios traicionan a todos, sean supuestos

⁴ *Ibidem*, pp. 36-37.

amigos o enemigos, y donde perecen, en nombre de las naciones «civilizadas», o mejor dicho, por los intereses del capitalismo mundial, miles de hombres que nada persiguen con la prolongación de la contienda:

Como la Guerra Mundial no fue más que un matadero en donde el heroísmo revistió una forma negativa, una forma que nunca ha tenido: la resignación, la paciencia, la resistencia a sufrir, a rebelarse, es que podemos decir que en ella no hubo héroes. [...]. Por eso, si acaso, por paradoja, los únicos héroes que tuvo la guerra mundial fueron los rusos, que fueron los primeros en *rajarse*, en negarse a pelear.⁵

A Pablo de la Torriente le importaba destacar en su novela la actuación de los Estados Unidos, nación que llegaba a cada guerra con el carácter de «salvadora» y «promisoria»; y si la historia narrada versó sobre el «Soldado Desconocido de Arlington», se hizo con el fin de señalar la «heroica» participación de las tropas norteamericanas en la conflagración, puesta en boca de Heliomiro del Sol:

Nada me sirvió. Por último, de estúpido, quise utilizar los servicios del Cónsul y del Ministro, pero estos tipos se enseñaron conmigo y no sólo no me ayudaron a escapar sino que impidieron que yo fuera con las tropas americanas que fueron a la guerra, a jugar a la pelota allá, en el valle de San Juan, cerca de Santiago.⁶

La novela es un llamado al antimperialismo; remitámonos al capítulo I, donde Heliomiro habla de la libertad de los pueblos de América, y, con la fidelidad guardada por el personaje en relación con el carácter de la demanda, marca todo el discurso con una reiterada apelación a la toma de conciencia internacionalista.

El personaje central es un original logro en nuestras letras, pues encarna, con soltura y fluidez, un individuo típico

⁵ *Ibidem*, p. 56.

⁶ *Ibidem*, pp. 41-42.

dentro del contexto de la jocundia cubana, producto de las difíciles condiciones de vida de las capas populares de la población, que habían de tomar a juego su suerte para poder subsistir. Antes de su aparición, nuestra narrativa carecía de esta interesante caracterización; nadie había emprendido su representación literaria.

Por el tratamiento del lenguaje y por el trabajo realidad-imaginación de tendencia surrealista, esta novela sólo tiene otra compañera en nuestras letras: La vuelta de Chencho de Carlos Enríquez, aunque los temas de ambas sean bien distintos.

En una época en que predomina el cuento, Aventuras del Soldado Desconocido cubano es una novela muy personal, alejada de las estrechas normas naturalistas que regían a este género en la Cuba del momento. De óptica netamente cubana, posee un especial tono narrativo en donde la realidad histórica y la fábula se entrelazan para con la mezcla de ambos planos de la realidad humana y social alertar y enseñar cómo somos y cómo hemos actuado, al tiempo que se señalan con sutileza, los medios de transformación de la situación política, a manera de moraleja no expresa.

Esta interesante obra quedó definitivamente truncada por la participación y la muerte del autor en la Guerra Civil Española.

*Fernando Martínez Heredia**

Presentación**

La de Pablo de la Torriente se nos aparece a primera vista como una vida perfecta. Atleta entusiasta, imaginativo cuentista, enamorado «como un caballo» de su amada, se hace militante y protagonista del 30 de septiembre y pone sus puños y su sangre al servicio de la revolución. Después —y sin perder los calificativos anteriores— la cárcel, el periodismo revolucionario, el presidio, el exilio, otra vez la lucha revolucionaria y el periodismo en la patria, siempre en las filas de la izquierda y siempre la alegría de vivir para la revolución. Y con la huelga de marzo el nuevo exilio y la inmunidad a la desesperanza, la mira puesta en la unidad que sirva para la revolución verdadera —antimperialista y socialista— en medio de la miseria del emigrado. Por último, como si ser grande incluyera una porción de suerte, enrolado en la revolución española, meta internacional de los combatientes del año 1936; Comisario Político en el frente de Madrid, actor y cronista, muerto, ya para siempre joven, fusil en mano y frente al enemigo.

El acercamiento a sus textos no intenta disolver esa imagen en un mar de papeles demostrativos de alguna tesis acerca de Pablo como intelectual revolucionario. Pero sí pretende ayudar al lector a buscar más hondo y orgánicamente en él, a conocer mejor su pensamiento y su maduración, que tanto pueden decirnos cuando una vida es ejemplo; a ver cómo se interrelacionan —y cómo se construyen mutuamente— el hombre y la revolución. Y a través de todo esto, de Pablo y de la revolución del 30, ayudar a esa necesidad del desarrollo actual de nuestra Revolución que es el conocimiento y

* Profesor y ensayista cubano (1939).

** Pablo de la Torriente Brau. *Pablo. Páginas escogidas*. [Presentación de Fernando Martínez. Selección y notas de Diana Abad.] La Habana, Universidad de La Habana, 1973.

la fe en la cultura nacional revolucionaria de un pueblo que peleó y pensó su liberación nacional y social y su lugar en las luchas de los pueblos latinoamericanos durante generaciones de sacrificio, culminadas en la obra y el proyecto de la Revolución actual.

La circunstancia en que Pablo de la Torriente creció y se hizo hombre fue la del «desarrollo» capitalista de Cuba bajo el empujón brutal del afán de lucro imperialista y la voracidad (quizás fue lo único grande que tuvieron) de la clase dominante cubana. La especie de protectorado que fue el régimen político instaurado en el país por los interventores para sepultar a la revolución de Martí, se agotó de tal modo en veinticinco años de desenfreno, que hasta sus propios beneficiarios lo contemplaban con cierto recelo. Otro tanto le sucedió al sistema económico neocolonial, dentro del cual la expansión azucarera, la banca, la infraestructura, las «vacas gordas», o «flacas», todo prácticamente, estaba en función del interés metropolitano y de sus cómplices nativos. Al cuarto de siglo de iniciada la etapa, la economía cubana se acercaba al callejón sin salida de una crisis permanente.

La génesis del movimiento popular que se desbordaría en la primera mitad de la década de los 30 en un torrente revolucionario, ha de buscarse en lugares diferentes y aun divergentes, como suele suceder en los tiempos de crisis. Pero desde temprano encontró expresiones políticas profundas que denunciaron la raíz del mal y lo arduo del remedio. Respetuosos de algunos hombres que habían sido severos críticos de la corrupción republicana, y ayudados por ellos, los nuevos hombres tenían sin embargo otra misión, y para entenderla se remitieron a la revolución frustrada y a Martí, y a la revolución posible, esto es, al leninismo y al marxismo. Julio Antonio Mella y Rubén Martínez Villena lograron explicar a fondo la situación cubana y comenzar a mover voluntades unidas para luchar por la liberación y el socialismo.

Grupos cada vez más numerosos de trabajadores se hicieron partidarios de la unidad de clase y de exigir con más vigor sus demandas, pero sobre todo de comenzar a ver la implica-

ción política y revolucionaria de la lucha de clases; con ello se abrió la posibilidad de organizar a los trabajadores para pelear por el poder político.

Como si se despareciera, la nación se fue reconociendo a sí misma de múltiples maneras. Un día vinculando el ejercicio intelectual a la denuncia política, otro buscando las raíces en nuestro siglo XIX, trayendo las expresiones literarias o artísticas contemporáneas o luchando contra la supervivencia espiritual de la colonia y la academia: la renovación de la expresión y del asunto en la literatura y el arte nacionales denunciaba la existencia de algo nuevo que decir y la voluntad imprecisada de oírlo por parte de una sociedad.

Para 1930, ninguna persona decente con algún conocimiento de la realidad del país, podía creer ya en el orden existente ni en la «regeneración degenerada» emprendida por el presidente Machado cinco años atrás, que había terminado por echar leña al fuego que trataba de prevenir, con sus récords en materia de represiones, latrocinio y entreguismo. Este es el año en que Pablo de la Torriente Brau —veintiocho años, empleado, recién casado, un libro de cuentos publicado,¹ deportista, ningún apego a trepar en busca del provecho personal— entra en el movimiento revolucionario estudiantil que, articulado al descontento político nacional, iba a producir con la jornada del 30 de septiembre el inicio de una etapa de combate frontal permanente que contribuyó poderosamente al desencadenamiento de la revolución.

Pablo ha mostrado ya que puede escribir con fuerza, belleza e imaginación, y que le preocupan las cosas de su mundo en sus escritos. Ahora, inmerso en la revolución, será el cronista que hace y narra el hecho histórico, la voz tremenda que denuncia el crimen o desprecia y ridiculiza al tirano y sus sicarios; el humor criollo y estudiantil que esconde en la sonrisa de cada página lo recio de la lucha, o se desata en

¹ Pablo de la Torriente Brau y Gonzalo Mazas Garbayo. *Batey*. La Habana, Cultural, 1930.

una carcajada que es también propaganda revolucionaria. «105 días preso» encuentra miles de lectores y hasta imitadores; «La última sonrisa de Rafael Trejo» se gana de inmediato un lugar en nuestra literatura revolucionaria.

Pero, más aún que a sus escritos, al autor hay que buscarle la entraña por debajo de la sonrisa aparentemente fácil. Pablo entra en rebeldía contra el conjunto del orden existente —«...¡y el deber, para los hombres pobres de espíritu como ustedes, no tiene límites!...», les dirá a los «hermanos lobos» del machadismo—² junto a una minoría combativa, los «muchachos» (él les lleva seis o siete años a la mayor parte), y no abandonará ya nunca esa actitud; la intransigencia revolucionaria, el máximo desinterés personal y la entrega total a la causa norman su conducta y sus escritos, aunque su carácter lo lleve a ironizar o a burlarse de su posible tránsito a la inmortalidad.

A los tres meses de muerto Trejo —cuando comenzaban los «alegres» 105 días— ya Pablo se alineaba junto al pequeño grupo de la izquierda, los estudiantes que querían integrar su lucha inmediata a la concepción marxista-leninista de la lucha de clases y a una política nacional consecuente que avanzara hacia la revolución socialista. El lector infatigable de Salgari traduce a Bujarin en presidio, junto a Gabriel Barceló, el líder estudiantil comunista que explica *El capital* en la academia de la cárcel. O colabora en la edición de *Línea* que publica «Tiene la palabra el camarada máuser», de Raúl Roa, en vísperas de la insurrección de agosto de 1931.

La militancia comunista de Pablo de la Torriente se acendra en estos años, a través de las vivencias de la revolución y de las reflexiones y discusiones acerca de ella, de la acción directa y la conciencia del papel que desempeña la actuación de los hombres para hacer realidad los proyectos, de la admiración que despierta entre sus compañeros, incluso por

²Pablo de la Torriente Brau. «Informe oficial estudiantil sobre los sucesos del 30 de septiembre de 1930.» *Alma Mater* [La Habana], época III, no. XV, octubre de 1930, pp. 4, 11.

encima de las tendencias en que se dividen. Pablo pinta como ningún otro escritor revolucionario en Cuba la barbarie del sistema carcelario, porque expone también el lugar extremo que ocupan los hombres sin mujer en una sociedad que excluye de mil maneras a la mayoría de los «libres», y muestra que el presidio no es una excrecencia lamentable sino una pieza en la maquinaria de una sociedad que hay que barrer. Es revolucionario porque logra sentir con el pueblo para el cual lucha («Mi imaginación siempre padecerá la enfermedad del Presidio»³), pero, sobre todo, porque logra integrar ese sentimiento que mueve a un hombre a la actuación y al sacrificio en una comprensión profunda de las raíces de la injusticia, que identifica el objetivo y brinda alcance transformador a la acción.

Pero mi apasionamiento me pierde. Debo volver a la realidad y recordar que todo esto no es más que el engranaje de una maquinaria sostenida a lo largo de siglos, precisamente con combustibles humanos, con sangre y sudor de los hombres esclavizados!... ¡Debo recordar que en Presidio no conocí a ningún hombre rico!... ¡Debo recordar que en Cuba, como en el resto del mundo, los ricos no tienen hoja penal, son impolutos, inmaculados!... [...] ¡Debo recordar que la Ley también está al servicio de los ricos, que la hicieron precisamente para descansar en ella; que tiene que ser dura, brutal, inhumana como ellos; que son tan pocos y necesitan mantenerse sobre los millones de oprimidos!⁴

A la caída de la dictadura machadista ya Pablo se ha forjado en la revolución. Los meses cruciales que surgirán, y toda la etapa —de extraordinaria importancia en la historia de nuestra revolución del 30— que va de agosto de 1933 a la huelga de marzo del 1935, será el escenario de su participación valerosa y lúcida entre los revolucionarios que quisieron darle a la furia una vía de permanencia y éxito que

³ Pablo de la Torriente Brau. *Presidio Modelo*. La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1975, p. XVI.

⁴ *Ibidem*, p. XVI.

la convirtiera en poder. Ya el movimiento de investigación histórica generado por la Revolución —y por la amplia posibilidad cultural de comprender nuestro desarrollo histórico nacional que sólo podía abrir la liberación nacional y social— comienza a producir estudios que nos darán claves más profundas acerca del período; pero estamos seguros de que una de las fuentes más ricas y obligadas de esa etapa serán siempre los centenares de páginas que Pablo escribió en ese tiempo.

Escritas como con fiebre de convertirlas en armamento revolucionario, Pablo se las robó al momento que le dejaban la acción clandestina o callejera, a la militancia y el debate entre revolucionarios, a las estrecheces en que vivía, profesional de la revolución más que de cualquier otra cosa. Desiguales, a veces francamente descuidadas en la forma, la fuerza, la belleza y la imaginación de su prosa saltan sin embargo a través de ellas, pasan la prueba de fuego de escribir casi diariamente (publicó ciento diecinueve crónicas en el diario *Ahora*), y lo consagran como una cumbre del periodismo revolucionario en nuestro país. Clava al bloque contrarrevolucionario que gobierna en aquel momento —«¡La mano de Anaya es el brazo de Bouzón del gobierno de Mendieta!»—⁵ con la palabra y con la acción; da cuenta del turbulento proceso estudiantil sin que muchas veces el lector sepa que el cronista acaba de defender vigorosamente una propuesta revolucionaria en la asamblea que reseña; registra al sacrificio final de fundadores del movimiento revolucionario, como Villena y Barceló —«La tuberculosis, esa repugnante aliada de las clases explotadoras[...]»⁶—, mantiene vivo el recuerdo de los que cayeron para exigir que la revolución continúe, o avizora el futuro en medio de la polémica feroz del momento, como cuando después de prometerle al *Diario de la Marina* un final igual al del *Heraldo*

⁵ Pablo de la Torriente Brau. «El 3 de mayo, 30 de septiembre del Instituto de La Habana.» *Ahora* [La Habana], 4 de mayo de 1934, pp. 1, 4.

⁶ Pablo de la Torriente Brau. «Muerte de Gabriel Barceló.» *Ahora* [La Habana], 5 de febrero de 1934, pp. 1, 4.

de Cuba —máximo vocero del machadato, incendiado por la muchedumbre el 12 de agosto—, aclara que si ese día predominaran los comunistas entre los atacantes, quizás no lo destruirán «para poder utilizar en provecho de los explotados lo que por tantos años sólo han usado para su perjuicio».⁷

Por sus crónicas desfila la Cuba de entonces, en la denuncia de la represión, del analfabetismo y el sistema educacional, del peculado, de la insalubridad, del entreguismo, de la explotación de los trabajadores de la ciudad y del campo. «Tierra o sangre», además de un reportaje extraordinario sobre la lucha en el Realengo 18, es el encuentro del revolucionario urbano con la potencialidad subversiva del movimiento campesino, expresión de una masa explotada y aplastada de la nación. El carácter latinoamericano, reivindicado por las revoluciones cubanas en la hermandad de los combatientes y en el enemigo común, se expresa en sus escritos sobre la epopeya sandinista, sobre Puerto Rico o Santo Domingo.

Y todavía le alcanzará el tiempo para escribir «La isla de los 500 asesinatos», comenzar a trabajar en la biografía de Sandino, redactar cartones humorísticos, pies de caricaturas políticas y editoriales del periódico, textos de divulgación científica e histórica, crítica de arte. Su prosa es rebelde de fondo y forma; le pide a menudo su ritmo al cine, un arte que apasiona a los revolucionarios por sus posibilidades expresivas y su impacto sobre las masas; y no detiene su humor de fuego ante la «dignidad» sesuda de un Mañach: «Estaba jovial el señor Secretario. Uno le presentaba excusas por no sé qué. [...]»⁸

Y en todo, en los escritos y en la vida, un rumbo decidido:

[...]. Jorge Mañach lucha hoy por el mundo que nosotros combatimos a sangre y fuego; ninguno de sus postulados

⁷ Pablo de la Torriente Brau. «Pepín, el terrible». *Ahora* [La Habana], 7 de mayo de 1934, pp. 1, 2.

⁸ Pablo de la Torriente Brau. «*Interview* recíproca con el Dr. Mañach». *Ahora* [La Habana], 25 de mayo de 1934, pp. 1, 4.

básicos nos interesa más que para destruirlos; para nosotros hoy el concepto de patria es universal; para nosotros los ciudadanos se dividen exclusivamente en dos banderas: la de los explotados y la de los oprimidos.⁹

El fracaso de la huelga de marzo lo arrojó al exilio. En esta etapa penúltima de su vida, poco más de un año, Pablo profundizó en sus concepciones sobre la estrategia y la táctica de la revolución cubana, dejó análisis de indudable valor teórico marxista y mostró sus potencialidades como dirigente revolucionario, él, que estaba instalado en la punta de vanguardia de la revolución, modesto y jovial, desde hacía más de cinco años.

Vive en el monstruo y en la miseria de los oficios más subalternos de la gran ciudad, pero su pensamiento está más que nunca en la patria. Fue incasable su actividad por evitar el fin de aquel proceso revolucionario, y convertir la derrota de marzo y la muerte de Guiteras en una experiencia y una bandera para reformular los términos de la lucha y conseguir la unión de los factores positivos que hicieran avanzar la revolución. Pablo dialoga, analiza, aconseja, busca el procedimiento inmediato, pero sin perder nunca de vista —comunista— que todo lo que se haga tiene que estar al servicio y servir para la revolución de liberación nacional y socialista.

Ahora cala hondamente el valor del esfuerzo y del sacrificio de Guiteras:

[...]. Tuvo, arrastrado por su fiebre, el impulso de hacerlo todo. E hizo más que miles. Y tenía el secreto de la fe en la victoria final. Irradiaba calor. Era como un imán de hombres y los hombres sentían atracción por él. Les era misteriosa, pero irresistible, aquella decisión callada, aquella imaginación rígida hacia un solo punto: la revolución.¹⁰

Y vuelve a proclamar que la revolución por la que se lucha es la de Martí:

⁹ *Ídem.*

[...] que fue grande y será eterno, sólo porque toda su vida no fue más que la versión hecha hombre de un pueblo entero; porque simboliza como ningún otro toda la vida y la historia y las penas y los sacrificios y las luchas siempre inconclusas del pueblo de Cuba [...].¹¹

Lo reconoce como iniciador de la lucha antimperialista y expositor máximo del sentido revolucionario de nuestra historia, y lo utiliza para llamar a los revolucionarios, «con la visión más clara ya de nuestros problemas», a practicar el arte martiano de unir, por el decoro y el deber, a «tejer a los hombres entre sí, corazón con corazón para ante la muerte y la libertad, a fin de que el pueblo responda vibrante de triunfo y, ahora como entonces, ordene a los nuevos mambises la pelea en las viejas maniguas».¹²

Pablo es ya un luchador maduro, apto para soñar el futuro en la sabiduría de que «La revolución no es el sueño de un poeta solitario sino la canción imponente y sombría de la muchedumbre en marcha.»¹³ Y cuando toma la decisión de irse a España, a la revolución española, puede reclamar con razón y con orgullo que no se trata del arranque aventurero del «muchacho» romántico, que va a hacer nuevas crónicas y a oír tronar la artillería, sino de un nuevo servicio a la revolución cubana en la solidaridad con la revolución internacional y de un nuevo peldaño en el aprendizaje del oficio de su vida, con el cual piensa ser más útil al regresar: «He decidido irme y me iré. Yo no hago ahora falta en Cuba. Voy a España precisamente para darle a Cuba, a la revolución cubana, toda mi experiencia.»¹⁴

¹⁰ Pablo de la Torriente Brau. «Hombres de la revolución.» En: *El Machete* [México], 7 de mayo de 1936.

¹¹ Pablo de la Torriente Brau. «La voz de Martí.» *Frente Único* [New York], Año I, no. 3, 28 de enero de 1936, 1.

¹² *Ibidem.*

¹³ «Hombres de la revolución.», *op. cit.*

¹⁴ Citado en Raúl Roa. «Pablo de la Torriente Brau y la revolución española.» En: *Evocación de Pablo de la Torriente*. La Habana, Editorial Letras Cubanas, 1997, p. 113.

Para esta decisión se ha ido formando, en la lucha en la calle y en el presidio, en Martí y en el marxismo-leninismo, en Sandino y en Aponte, en su sentido indeclinable de la militancia revolucionaria; por eso es natural que, como en Cuba, pronto sea más combatiente que escritor, o más exactamente, escriba como una acción revolucionaria más. Y si su gloria personal ha culminado en Majadahonda, para sembrarlo y hacerlo símbolo y darle una fuerza más a la tradición revolucionaria cubana, esto es casual sólo en la medida en que resultaba imprevisible cuándo sería la última vez que habría de tratarse familiarmente con la muerte, él que la mostró de tantas formas en sus escritos, y que se inmunizó contra ella mediante el sacrificio, el desinterés, y el valor y la constancia de su vida.

Ya parece casi un lugar común decir que los mártires están vivos. Si vale la pena sin embargo repetirlo, es porque la cuestión esconde su verdad: la sobrevivencia de los mártires depende de nosotros. Con nuestras acciones los mantenemos vivos, o por el contrario simplemente los mencionamos. Pablo de la Torriente Brau, demasiado lleno de cosas perdurables para que pudieran matarlo definitivamente, nos señala él mismo los lugares de su permanencia: hacer del periodismo un arte de masas y un arma para el desarrollo ideológico de la revolución; combatir en él la inocuidad y la abulia; no temer entregar la juventud ni la madurez al trabajo diario por la Revolución, saber que es posible trabajar, y hasta marchar a la muerte, alegremente; juntar la pluma y el libro con el fusil de la convicción y de la acción sin arredrarse ante las incompatibilidades, tan engañosamente naturales; saber el destino de Cuba, socialista, antimperialista, latinoamericano, y procurarlo; poder nacer en Puerto Rico y ser cubano, poder ser cubano y morir en España o haber muerto en cualquier parte por la revolución antimperialista mundial.

Julio Girona *

PABLO**

En 1928 vine a estudiar a La Habana. Viví en la calle Pozos Dulces, a un lado de la Quinta de los Molinos. Al final de la cuadra estaba el Almendares Park, el terreno de beisbol. En el invierno el Club Atlético jugaba fútbol; el fútbol americano era popular.

El club Atlético estaba al doblar de la esquina de mi casa.

Los muchachos del barrio y mis tíos, que sólo tenían dos o tres años más que yo, íbamos por la noche a la loma del Calixto García a ver los juegos de baloncesto y los domingos por la tarde veíamos el juego de fútbol. Pablo era una de las estrellas de los Tigres de los Atléticos. Pablo y Mañach —hermano de Jorge— constituían un muro impasable en la defensa de los Atléticos.

En el invierno, los Atléticos practicaban en el Almendares Park, y todas las tardes, a las cinco, veía pasar a Pablo frente a mi casa, mientras yo estudiaba en el portal. Pablo vestía el uniforme de los Tigres, con hombreras y suéter negro con una franja anaranjada, seguido por cuatro o cinco muchachos admiradores que escuchaban sus cuentos.

Pablo era entonces del equipo contrario, mi enemigo, pero me parecía conversador y amigable.

El presidente Machado cerró la Universidad y se terminaron los juegos de fútbol. Supe que hirieron a Pablo en la manifestación del 30 de septiembre, junto a Rafael Trejo. Después leí sus crónicas «105 días preso» sobre el presidio y, desde entonces, sentí admiración por Pablo de la Torriente.

Vino el terror, las cárceles, el hambre y la caída de Machado. Las cárceles se abrieron y los emigrados regresaron a Cuba.

* Pintor, escultor y escritor cubano (1914).

** Inédito.

En el estudio del escultor Juan José Gómez Sicre empecé a modelar el retrato de Juan Marinello y frecuentaron el taller mis nuevos amigos: Raúl Roa, José Manuel Valdés-Rodríguez, el poeta Ramón Guirao, Aureliano Sánchez Arango, Frank Marsal, Pablo de la Torriente y otros.

Un día apareció Jorge Mañach, y sostuvo una polémica con Marinello y Pablo. Mañach pensaba que era inútil luchar contra el imperialismo; que el imperialismo era una hidra a la que se le corta la cabeza y le sale otra inmediatamente.

Pablo era reportero, trabajaba en el diario *Ahora* informando sobre los pasajeros que llegaban de la Florida. A veces venían visitantes importantes, figuras como el compositor George Gershwin y Sinclair Lewis, el novelista, o actores de Broadway y Hollywood, como Gloria Swanson y Mary Astor.

La discusión con Jorge Mañach se prolongó y Pablo no fue al muelle.

Al día siguiente nos contó que Martínez Márquez le preguntó cómo era que su reportaje era exactamente igual al del periódico *El País*.

Pablo había copiado la crónica del diario de la tarde, y respondió:

—Es simplemente una coincidencia.

—¿Los puntos y las comas también?

—Sí, pura coincidencia.

Un día, mientras almorzaba mi familia, tocaron en la puerta. Eran Raúl Roa y Pablo de la Torriente. Me informaron que Gabriel Barceló había muerto. Estaba tendido en el Aula Magna de la Universidad y querían hacerle una mascarilla. Yo había ayudado a Sicre en la mascarilla que se le hizo a Rubén Martínez Villena.

Tomé una palangana pequeña, toalla, yeso y vaselina y fuimos al auto, donde esperaba Teté Casuso, la novia de Pablo.

En la Universidad, delante de cientos de personas, tuve que hacer la mascarilla. Ya he contado que el molde se pegó

y pasé mucho trabajo para sacarlo. Casi paré el cadáver del pobre Barceló.

En el verano del año 36 fui a Italia, Grecia y el Egipto. A mi regreso, en el otoño, me dijeron que Pablo de la Torriente había pasado por París en ruta a España. Sentí no verlo.

Poco después me enteré de su muerte en Majadahonda.

Un día fui a exponer en España y decidí visitar Majadahonda para ver dónde habíamos perdido a Pablo. Pensé buscar la colina donde cayó, pero ya Majadahonda era un barrio próspero de Madrid.

*Jaime Sarusky**

**Pablo de la Torriente Brau.
Un héroe trágico****

*El hombre no puede hacer menos que
actuar según su modo de ser.*

J. W. GOETHE

En el principio fue la acción, y luego, o también en el principio, fue escribir sobre ella. No importaba si después o antes, porque para Pablo de la Torriente Brau la escritura y su alcance eran también una forma primordial de la práctica revolucionaria. Protagonista y notario, todo en una sola pieza, aunque no un notario de legajos, cuños y polillas, sino un comunicador urgido de hacer pública esa acción, probablemente ejecutada por él mismo, es decir, de re-crearla y, a la vez, de difundirla con el propósito de armar a las conciencias —y ese es el término justo, «armar», para calificar al beligerante Pablo—, acerca de los sucesos, instituciones y personajes que eran objeto de su atención. En verdad, él no pretendía informar solamente. Como militante de una idea, el hombre-praxis iba por delante, pero también a la par del periodista, ambos aspirando, a través de medios sutiles o escandalosamente evidentes, a seducir para la revolución al desconocido interlocutor. De todas formas, el acto o la palabra no eran sino medios, instrumentos, para transformar el mundo, hacerlo más habitable, lo cual, irremediamente, entrañaría arder sin pausa en otras bregas y avatares. Así, la necesidad de acción era como una urgencia casi sanguínea, física.

* Escritor y periodista cubano (1931).

** Premio de Ensayo Pablo de la Torriente Brau, convocado por la Cátedra homónima de la Facultad de Comunicación Social de la Universidad de La Habana en 1995. Inédito.

Para él la vida no era un regalo sino una forja, por tanto era preciso atestiguar, dejar constancia de la epopeya que se libraba, que libraban él y otros coetáneos. Advertido de ello o no, asumía la trascendencia de los acontecimientos y de su papel en ellos. Y como para que no cupiera duda, ni fuera introducido por otros el virus de la confusión, decidió *hacer* —sin que necesariamente considerara que cada gesto, cada acción, ya se inscribía en la Historia— y, a la vez, narrar y describir aquellos hechos.

Es curioso que Mella, Guiteras y Martínez Villena, protagonistas como él de pareja estatura histórica, no dejaran testimonios de su brega revolucionaria, a veces épica, en ocasiones dramática. Mientras que Pablo, que ejerció el periodismo de diario profesionalmente, cuando era necesario para los fines que perseguía, empleó incluso el tono humorístico. En realidad, nada más espontáneo que su sentido del humor, siempre listo para la broma y el chascarrillo que, como en un buen criollo, aparecía en los momentos más duros y tensos. Para él la sensibilidad popular cubana, a no dudarlo muy parecida a la suya, era burlona y agresiva. De ese corte, agresivo y burlón, era la carta dirigida a Ramiro Valdés Daussá y fechada en Nueva York en junio de 1935: «Al público de aquí —decía— le ha caído en gracia mi habilidad para insultar a los que odio y mi técnica desfachatada para hablar sin preámbulos y sin finales aparatosos. Además, me doy gusto burlándome de todos los cabrones del teatrillo político nuestro.»¹

En su reportaje «105 días preso», cuenta lo vivido en las cárceles del castillo de El Príncipe y el Presidio Modelo de Isla de Pinos, junto a otros compañeros estudiantes y obreros, durante los primeros meses de 1931, por conspirar contra el régimen de Machado. Aquella experiencia, según la versión de Pablo, parece una fiesta del humor, sin dejar de hacer cosas muy serias y responsables. Todavía nos sorprenden, por su recurrente veta popular, algunas de las me-

¹ Pablo de la Torriente Brau. *Cartas cruzadas*. Selección, prólogo y notas de Víctor Casaus. La Habana, Editorial Letras Cubanas, 1981, pp. 57-58.

táforas que escribió en esos días, aunque también pudieron ser prolijadas en otras épocas: «A la hora del almuerzo, la comida que pasaron para los otros presos, dejó una nube de olor tan maravillosa como una canción a lo lejos.»² Otro símil instigado por el apetito, o mejor, el hambre, le hacer decir: «Llegamos hasta el asiento del reflector y allí aspiramos con el gusto con que se come un bistec, el aire de mar, fuerte, ancho, agresivo.»³ Depauperados tras las rejas, el hambre hostigando la imaginación, y, sin embargo, el encierro no le impedía ver con otros ojos, quizás marcados por oleadas de nostalgia, la ciudad desde las alturas de aquel castillo maldito: lejana, perdida en la noche bajo una llovizna continua, silenciosa. Y así, escribía, porque necesitaba fijar en el recuerdo ese momento: «La Habana, en libertad, quedaba allá abajo y el collar de luces opacadas por la lluvia, la hacía aparecer como un cañaveral negro lleno de cocuyos.»⁴

Cuba vivía tiempos oscuros. Ahora era en serio y todas las calamidades llegaban juntas. Con la dictadura de Machado, a secas, hubiera bastado y sobrado, pero arrastraba, además de la represión sangrienta y la ausencia total de libertades, la economía en crisis, el desempleo, el descontento de la mayoría de la población, el hambre, simbolizada en la tan detestada como deseada harina de maíz: «la comida dejó una nube de olor tan maravillosa, como una canción a lo lejos».⁵

De repente empezaron a proliferar los inconformes, los descontentos, los revolucionarios. Estudiantes universitarios y de segunda enseñanza, los obreros, las capas medias y los intelectuales, ocuparon la vanguardia de ese movimiento que aspiraba a renovar las caducas estructuras del país. Uno de los instantes más álgidos fue, sin dudas, lo acontecido el 30 de septiembre de 1930 en las proximidades de la Universi-

² Pablo de la Torriente Brau. «105 días preso.» En: *Pluma en ristre*. Selección de Raúl Roa. La Habana, Ediciones Venceremos, 1965, p. 13.

³ *Ibidem*, pp. 71-72.

⁴ *Ibidem*, p. 16.

⁵ *Ibidem*, p. 13.

dad de La Habana, cuando fueron reprimidos brutalmente. De allí saldría herido de muerte Rafael Trejo; también resultaron heridos el dirigente obrero Isidro Figueroa y el propio Pablo, gravemente, en la cabeza.

De hecho, parte de su producción periodística y literaria tiene como centro de atención el presidio, o mejor, el mundo carcelario, que llegó a conocer muy bien por haber permanecido tras los barrotes de La Cabaña y de Nueva Gerona.

Es interesante observar, en esas crónicas y reportajes, los diferentes registros que alcanza su escritura, la fluidez de la prosa, su visión de la gente en esas condiciones infrahumanas. Como no perdía el buen humor, cuenta lo ocurrido en la operación de traslado de los presos políticos en el barco que los condujo desde Batabanó hasta la otra isla, remedo de la del Diablo. A la sola lectura diríase que todos se iban de juerga, ya que eran incesantes las bromas, a costa sobre todo del «prestigio» de la flamante Marina de Guerra de aquellos tiempos:

[A] punto ya de partir, «la nave de guerra» [el «24 de Febrero»] se había embarrancado con el peso de todos nosotros y fue necesario que bajáramos a ver si se le podía «dar cranque»... Inmediatamente comenzó el «relajo criollo» y se le estropeó el plante al «Comandola», como empezó a decirse enseguida [al comandante Loys] utilizando la palabra inventada por Fernando López.

Pero es que ni por eso pudo arrancar «la nave de guerra», y el Comandola, desesperado, aullaba detonantes órdenes desde el puente de mando [...].

Nuestra hilaridad y la de los propios soldados provocó una disposición heroica del Comandola: ¡Que se le diera remolque a «la nave de guerra»!... Y entre unánimes aplausos e imitación de voladores y cohetes, pudo por fin despegar del fango el glorioso e inédito cañonero... [...].⁶

El Comandola —adaptándose a las circunstancias y a su nuevo público bromista— ordenó que se le enseñara a los

⁶ Pablo de la Torriente Brau. *Presidio Modelo*. La Habana, Ediciones La Memoria, Centro Cultural Pablo de la Torriente Brau, 2000, pp. 60-61.

estudiantes detenidos el funcionamiento de los cañones. Una vez que terminó de hacerlo un teniente, dijo aquel: — Bueno, pues ya los saben manejar. ¡Ahora, si los disparamos, se abre en dos y nos vamos todos pa'el carajo!⁷

La salida de la cárcel la anotó con el mismo buen humor con que ingresó en ella cuando escribe: «Despegamos, al fin, ante el delirante aunque mudo entusiasmo de los nuevogeronenses [...]»⁸

En el capítulo «Los satélites sangrientos», de «La Isla de los 500 asesinatos», mostraba sus habilidades de agudísimo observador y, al mismo tiempo, su penetrante capacidad para analizar y exponer los íntimos mecanismos de la conducta humana. Allí afirmaba:

En la Isla de Pinos, todo el que tuvo cierto mando dentro del Presidio, tuvo también un parecido evidente, aunque indefinible, con el comandante Castells... Tan claro, tan verdaderamente cierto es lo que digo, que desde el primer momento todos nos percatamos de la extraña coincidencia, y a medida que el tiempo fue corriendo, más distinta se nos hizo la singular observación.⁹

El parecido, observaba, no residía en las características físicas.

[...] El secreto estaba en la imitación. Todos le imitaban algo a Castells. Uno era la manera de pararse. Otro, el movimiento de las manos; otro más, la capacidad discursiva; aquel, el don diplomático. En los de menor capacidad psicológica, el parecido se reflejaba en un estúpido alarde de autoridad y poder. ¡Y aun hubo quien, desmedrado física y moralmente, le imitó la mentira y la hipocresía!... ¡Y en todos, por la violencia del artificio, se hacía palpable un histrionismo rudi-

⁷ *Ibidem*, p. 61.

⁸ Pablo de la Torriente Brau «105 días preso.», *op. cit.*, p. 71.

⁹ «La isla de los 500 asesinatos.» En: *Pluma en ristre*, *op. cit.*, p. 232.

mentario, indigno de Castells, supremo maestro de la farsa!...

Cuando el tiempo nos fue sumando observaciones, la conclusión se nos hizo clara. En toda la furia imitativa había algo más que un impulso adúltero. El niño no imita al padre ni al maestro por adulterio, sino por padre y por maestro. Así pasaba con Castells, padre y maestro de toda aquella fauna cuaternaria. El Comandante, al recoger de manera maravillosa el legado y la técnica de Goyito Santiesteban, dio origen a un estilo: el estilo Castells-Goyito, mezcla de brutalidad y melosería, de rudez e hipocresía, de bestialidad y de perfidia. Hacia ese estilo, Biblia del Criminal, convergieron todas las ansias de perfección de los «discípulos...» [...].¹⁰

Difícilmente se pueda precisar la frontera que une y separa al Pablo periodista del Pablo escritor. Sobre todo en ciertos textos de indudable densidad literaria. Como señalara Víctor Casaus en el prólogo a *El periodista Pablo, Presidio Modelo* es uno de los antecedentes de la llamada literatura de testimonio que tan profusamente se ha cultivado en Cuba, sobre todo en los últimos años. De ahí que también en ese género, como el siguiente fragmento, la excelencia de la descripción de una situación límite, violenta y tensa, revela otra cuerda muy diferente. Ahora, en un pasaje de vida o muerte, parece evidente que le rinde homenaje a Edgar Allan Poe, su admirado maestro, y a la vez, si observamos el ritmo, el movimiento del relato y de las imágenes en su narración y descripción, al cine, una de sus grandes pasiones:

Resbala... resbala... y se levanta. Resbala... resbala... resbala... ¡Cae y se levanta!... Resbala... resbala... Cae ¡Y no se levanta más! ¡Algunos, los que aún están fuertes, sonríen con el bestial y humano egoísmo del que no ha de morir pronto...! Pero al fondo de la fila se ha entablado la más angustiada de las competencias que ha habido nunca... Los hombres se disputan el último lugar... ¡Y al que se quede en él definitivamente, la muerte lo alcanzará por la espalda!...

¹⁰ *Ibidem*, p. 232-233.

¡Los troncos les aplastan los hombros y se hunden en el fango, pero ni Jesús Andréu ni Daniel Pérez Díaz flaquean!... ¡Detrás, gozando con el espectáculo, como quien ve el final de una carrera de cien metros, el escolta trata de seleccionar para quién será la bala que tiene en el «directo».! ¡Daniel Pérez tiene las piernas destrozadas; ya las uñas, a punto de desprendérsele, le encharcan de sangre y agua el zapato roto!... ¡Pero es joven y tiene un furioso deseo de vivir! Jesús Andréu sabe que está castigado, que puede prolongar la vida un día más si consigue pasar a su compañero... ¡Si logra que la bala sea para este!... ¡Cada uno, en la desesperación de vivir, se hace cómplice secreto del asesinato del otro!... ¡La competencia macabra se prolonga, interminable, como un hilo desenrollado de un carretel!... ¡Pero el hilo se acaba y suena el disparo!... La fila entera, como si fuera un caballo que recibiera un latigazo, da un arranque eléctrico, se hace más ágil... ¡Los leños les pesan menos a los hombres!... Los dos hombres del fondo de la fila sintieron en la misma milésima de segundo el impulso intuitivo de acelerar el paso en un esfuerzo extrahumano... ¡Pero sólo uno se dio cuenta de que no caía, de que volaba sobre las charcas, como si comenzara a trabajar!... ¡Una alegría indescriptible lo invadió!... Pero para convencerse de que no estaba muerto, lanzó una relampagueante mirada de refilón... ¡El otro estaba en el fango, con el cráneo destrozado! [...].¹¹

Al salir de la prisión fue desterrado a España, pero permaneció en Nueva York. Durante los cuatro meses que duró el primero de sus exilios, tuvo que hacer los trabajos peor remunerados para poder sobrevivir. Poco después de la caída de Machado regresó a la Isla. Una atmósfera de incertidumbre y desconcierto reflejaba la fragilidad de las fuerzas de vanguardia dentro del proceso revolucionario, a punto de ser asfixiado por poderosos intereses nacionales y norteamericanos que sólo concebían todo posible cambio político bajo su tutela. Primero Sumner Welles, luego el procónsul

¹¹ *Presidio Modelo*, op. cit., pp. 414-415.

Caffery, manejarían los hilos en la sombra. Si limitada había sido la zafra de ese año, miserable era el precio del azúcar. A pesar del breve período en que gobernaron la Pentarquía y Grau San Martín, las medidas tomadas por Guiteras dejaron huellas profundas en la ciudadanía. El golpe de Estado de Batista ya prefiguraba en sí mismo la agonía de la revolución, el inicio de una etapa caracterizada por el entreguismo económico, político y moral. Quizás fue uno de los momentos donde se hizo más evidente la crisis de los valores de la nación. Allí se desplomó la esperanza de que se producirían cambios, el ideal de otra Cuba, soberana, moderna, donde imperaría la justicia social. En su lugar, cundirían la amargura, el escepticismo y la frustración de que serían presa varias generaciones que alcanzaron a reverdecer el optimismo, primero con Grau y luego con Chibás, pero a la postre siempre malogrado hasta que se confirmó la lucha rebelde en las montañas, sus victorias y avances hasta el triunfo de 1959.

Pablo, en medio de la marea de la convulsión social, también se situó en el centro de los debates. Era un extraordinario generador de noticias y acontecimientos polémicos. Se enfrentó a los «pilares» del viejo régimen que no traspasó los límites de la neocolonia. Y no perdonaría a las sacrosantas instituciones y figuras que ya le servían de sustento a Batista.

Pablo y Roa empezaron a hacer un periodismo acorde con los tiempos turbulentos que vivía el país. Se proyectaban según sus respectivos temperamentos; cada uno con el lenguaje y estilo que los distinguía, inauguraron otras formas de abordar la crónica, el reportaje, el artículo y el comentario político; sacudían el discurso del periodismo al uso para estrenar otro más popular, más desenfadado, más comprensible y de mayor acceso al hombre de la calle. Pablo se imponía con su manera de decir: ágil, directa, nerviosa, palpitante. Estaba llevando la revolución al periodismo, y el periodismo, a la revolución. No sólo por los temas que abordaba, sino por los recursos y métodos que

utilizaba para desentrañar y desnudar los fenómenos. La pluma en sus manos era instrumento, no gratuito ornamento. Si en aquel tiempo había una escritura ancilar, como la calificara Alfonso Reyes, literatura al servicio de un objetivo, de un empeño, esa era la de Pablo de la Torriente. Y, con toda seguridad, sería él mismo quien lo suscribiría orgulloso porque hacia esa diana iba disparada su flecha. Un ejemplo fue el periplo por las montañas orientales después de la caída de Machado con el propósito de testimoniar acerca de las condiciones de vida en zona tan inhóspita. Y lo consiguió, porque si se quiere tener una noción aproximada del grado de explotación a que era sometido el campesinado cubano de esa época, basta leer o releer su reportaje sobre Realengo 18. Ahí no intentó hacer literatura, pues el poder de los argumentos que esgrimía para dar a conocer el nivel de vida de aquel conglomerado humano residía en las cifras. A qué precios les compraban a los campesinos sus cosechas, cuánto les costaban los productos imprescindibles para su trabajo y subsistencia. De algún modo, Pablo estaba dando una visión distinta, desmitificadora, del universo rural de la Isla. Lejos de pretender hacer «literatura», como era frecuente entonces, humildemente se limitaba a informar, a dar fe de la precaria situación económica y social a que estaban condenados los «guajiros», por lo menos los de esa zona.

Veamos:

Amontonados alrededor de mí y contestando a mis preguntas, como si nadie antes hubiera tenido la piedad de conocer el grado hasta el cual habían sido explotados, llenos de sorpresa, casi con acento vengativo, aquellos montunos fueron dándome los datos, la gráfica elocuente de su miseria [...].

El barril de ese ñame prodigioso, con 180 libras de peso, ahora, en uno de los mejores períodos lo venden a \$1.20, a mucho menos de un centavo libra... ¡Y han llegado a vender a 30 centavos el barril! El ciento de plátanos gigantes tienen que darlo por 15 centavos y hasta por 10; las 180 libras de

maíz a \$2.00; el quintal de café a \$3.00 [...] ¡Y la miel de abejas alimentadas con aguinaldos! A 8 centavos el galón [...].

En tanto,

[...] El bacalao lo pagan a 15 centavos la libra [...] un pantalón de «bitulay» \$1.85; un sombrero «alón» \$1.80; un par de zapatos muy malos \$1.75... [...] Y en cuanto a los aperos de trabajo: un pico le cuesta \$1.40; un azadón \$0.50; un machete corriente \$1.50... Y el gas para los candiles les cuesta diez centavos la botella... ¡Esta es la «bolsa», la trituradora que los destroza y los exprime y hace aparecer como casi estéril la tierra magnífica de los platales gigantes!... El hombre —¡aún allá!— hace ruina a la naturaleza.¹²

Pablo arremetía contra latifundistas y mercaderes. Parecía estarse probando constantemente a sí mismo al no escatimar sus críticas a los más encumbrados personeros e instituciones y sus jefes, verbigracia, el ejército, la policía, Batista, Pedraza, Mendieta, Sánchez de Bustamante, Pepín Rivero. Nada lo detenía ni lo arredraba. Quizás en ese rasgo bien marcado de su personalidad, la valentía, el cubano, el macho, estaba superponiéndose al dirigente revolucionario, con seguridad aún no lo suficientemente advertido ni consciente de la importancia del papel que desempeñaba, y debía desempeñar no sólo en ese momento, sino también en el futuro más o menos inmediato. De alguna manera, sus actos arrojados y sus palabras suplantaban la cobardía y el silencio de otros. Ya vislumbraba las limitaciones y debilidades de diferentes grupos, movimientos e individualidades que también se habían enfrentado a Machado. Desconfiaba. Explicable actitud en quien ya conocía al dedillo el tablero político en que se movían los hombres. Tenía la experiencia, entre otras, de haber sido arrestado y de permanecer en prisión durante veintisiete meses por causa de una delación.

¹² Pablo de la Torre Brau. «Realengo 18.» En: *Pluma en ristre, op. cit.*, pp. 176-177.

En el orden internacional, la fidelidad de las fuerzas de izquierda a la Unión Soviética, acosada y aislada por varias potencias capitalistas, coincidía con las tropelías, arbitrariedades e injusticias que cometían Stalin y los estalinistas escudados en el pretexto de la defensa del país. Difícilmente se halle a un revolucionario de esa época que, de algún modo, no reaccionara con mecanismos propios del perseguido político, permanentemente a flor de piel, sobre todo aquellos que una y otra vez, habían tenido que sumergirse en la tela de araña de la clandestinidad o habían sido encerrados tras los barrotes de una celda donde todo se amplificaba: los recuerdos, la soledad y la desolación. Eran momentos caracterizados por la persecución a las fuerzas progresistas. Rara, escasa, les llegaba la información de otros núcleos insurgentes afines en el extranjero, así que debían hacer su composición de lugar sin contar con todos los elementos que les permitieran analizar los factores de la lucha con el máximo de objetividad posible y de ese modo arribar a conclusiones adecuadas como guía para la acción. Aquel era un terreno favorable para que brotaran y se extendieran el pensamiento dogmático, los análisis esquemáticos de las situaciones y los hombres, el tribalismo político, por no llamarle sectarismo, de una mentalidad permeada por rasgos típicos, y tal vez explicables, del que vive en un permanente sobresalto, desplazándose de escondite en escondite, siempre huyendo, escapándose a toda hora, al punto de asumir la persecución, o el complejo de tal, como otra característica incorporada a su propia naturaleza.

Es indudable que en la personalidad de Pablo estaban profundamente arraigados muchos de los rasgos culturales que definen al cubano, incluida una nada desdeñable dosis de quijotismo. A su carácter festivo, que no pocas veces revelaba a un muchachote a quien le gustaba hacer «maldades» a sus amigos y compañeros, se añadía un espíritu alegre; no obstante, quienes lo conocieron destacan su orgullo y sentido de la dignidad personal.

El 2 de septiembre de 1934 apareció en el diario *Ahora* una crónica donde narraba la movilización de los estudiantes universitarios y otras instituciones que protestaban airadamente a causa del asesinato de Ivo Fernández Sánchez y Rodolfo Rodríguez. El trabajo lo llevó a realizar una investigación a fondo de todos los factores que intervinieron en el crimen. En la conclusión de sus pesquisas aparecía el teniente Powell como máximo responsable de la ejecución de los dos jóvenes. En él publicó las confesiones de Reinaldo Balmaseda, único sobreviviente del hecho. Powell, tras el escándalo, intimidó a Balmaseda, quien en el juicio se retractó públicamente. El teniente, entretanto, buscaba el modo de vengarse de Pablo. Esa, entre otras, fue la razón por la cual, tras el fracaso de la llamada Huelga de Marzo, saliera en forma clandestina a su segundo exilio neoyorquino en los últimos días de ese mismo mes de 1935.

Por supuesto, sus denuncias en aquel proceso fueron mucho más allá. Se comprende el peligro que lo acechaba cuando leemos:

Al final de mi exposición de cómo se habían desarrollado los hechos según todos los datos que habíamos capturado, pedí a la asamblea estudiantil que no se pronunciara solamente contra los cuatro o cinco nuevos porristas encargados del asesinato, sino contra Pedraza, jefe de la Policía; contra Batista, jefe del Ejército y contra Mendieta, presidente de la República, responsables máximos de lo ocurrido, pues resulta pueril acusar a unos simples soldados y jefecillos, cuando los hombres ametrallados habían estado presos durante varias horas en el transcurso de las cuales las altas autoridades habían tenido tiempo sobrado para decidir sobre la suerte de los mismos. La asamblea acogió con aplausos la condena-ción de los jefes supremos.¹³

¹³ Pablo de la Torriente Brau. «Los estudiantes, conmocionados por los asesinatos del viernes, adoptaron importantes acuerdos.» *Ahora*, 2 de septiembre de 1934, pp. 1-2, 4.

Los institutos armados lo tenían en la mirilla; las máximas autoridades, igualmente. También Falla Gutiérrez, el millonario, y Viriato Gutiérrez, otro magnate y, además, connotado machadista, fueron blanco de sus denuncias.

Pero nadie podía imaginar que personas de tanto «prestigio», como el consagrado jurista Sánchez de Bustamante, hombre de muchos otros títulos, considerado entre los «intocables» fuera despojado de su halo de «persona respetable» con la crudeza con que lo hiciera Pablo en Ahora:

Me cupo el honor de realizar el primer ataque a Bustamante. Fue violento, duro bárbaro casi. Utilizando el sarcasmo, hablando como un hombre irritado, estuve excesivo quizás, en la forma, pero sigo creyendo que no en el fondo, pues siento que Bustamante está juzgado por el pueblo de Cuba desde hace años. Expresé que a mi juicio la asamblea estudiantil tenía un honor insigne al juzgar a Bustamante, puesto que era en ese caso un tribunal por delegación del pueblo de Cuba. Luego analicé los méritos de Bustamante en la cátedra, en la vida republicana y en la vida internacional. Alegué que llegó a la cátedra en tiempos de Weyler por oposiciones en que Lendián «lo rompió»; lo acusé de haber sido el precursor de los «cursillos» con sus viajes prematuros al extranjero y de haber sido «el apóstol de los catedráticos de dedo»; lo acusé también de no haber cooperado a la Guerra de Independencia; de haber servido de pantalla de Machado para la Constituyente y la prórroga de poderes, así como también de su papel en la Sexta Conferencia Panamericana al lado de Ferrara. Me referí de modo burlón a su sabiduría en una ciencia de salón —el Derecho Internacional— que ha culminado en dos pasteles hipócritas: el Tribunal Permanente de La Haya y la Liga de las Naciones cuyo máximo triunfo, mientras se destrozan Paraguay y Bolivia, ha consistido en el laudo entre médicos y quintas regionales. [...] Estuve duro y cruel, pero sólo en la forma.¹⁴

¹⁴ Pablo de la Torre. «La Asamblea estudiantil decretó ayer numerosas expulsiones de profesores.» *Ahora*, 19 de junio de 1934, pp. 1, 9.

Además, deja bien sentada su *ars poética*, en un párrafo de la carta dirigida a Roa en los primeros días de 1936:

[...] No tengo nunca miedo a escribir lo que pienso, ni con vistas al presente ni al futuro, porque mi pensamiento no tiene dos filos ni dos intenciones. Le basta con tener un solo filo bien poderoso y tajante que le brinda la interna y firme convicción de mis actos. No me importa tampoco nada, equivocarme en política. Pienso que sólo no se equivoca el que no labora, el que no lucha [...].¹⁵

Evidentemente, se jugaba el todo por el todo en las continuas batallas que sostenía. Había emprendido *su* guerra contra el batistato y la contrarrevolución. No se reservó, ni se cuidó, descubiertos el pecho y las espaldas.

Para él la revolución era grande porque se podían encontrar hombres como Antonio Guiteras y Carlos Aponte, «capaces de tener el valor, la dignidad, el desinterés y la angustia de muchos. Capaces de tener, de sobra, lo que les falta a tantos...». ¹⁶ A juicio suyo, se había intentado, y se seguiría intentando, aquello a que aspiraban Guiteras y Aponte por quienes «no consideran la Revolución como un episodio interesante de la juventud, que al cabo del tiempo puede dar buen tono; por todos aquellos que no la consideran como una oportunidad para adquirir habilidad y prestigio político con qué escalar algún día altos sitios [...].»¹⁷

Quien quiera comprobar de cerca las numerosas alternativas que se conjugan en el destino de los hombres, o hasta dónde esos hombres son capaces de conformar ese destino, bastaría que confrontara las trayectorias de aquellos que compartieron con Pablo la lucha, la cárcel y el exilio y lo que hicieron con sus vidas: cómo y adónde llegaron la mayoría de ellos, con lo que Pablo hizo, y el alto

¹⁵ *Cartas cruzadas, op. cit.*, p. 226.

¹⁶ Pablo de la Torre Brau. «Hombres de la revolución.» En: *Pablo. Obras escogidas*. La Habana, Universidad de La Habana, 1973, p. 333.

¹⁷ *Ídem*.

precio que pagó por conformar su destino, o lo que el destino lo compulsó a decidir, y se comprenderá por qué su actitud y su conducta, desde la perspectiva actual, parecen las del revolucionario sin fisuras, exaltado, de temeridad tal, que sabe que su cabeza en manos del enemigo sería una gran fiesta.

Conocedor de la grandeza y la debilidad que puede albergar el alma humana, sabía quiénes eran y hasta qué punto de la ruta lo acompañarían. Amante de los grandes desafíos —no olvidaba los tiempos cuando competía en el Atlético de Cuba— a cada instante se la juega en reto permanente con la muerte. En definitiva, los acontecimientos posteriores se encargaron de juzgar a esos hombres.

Quizás el desgaste de ciertos términos, como el de «revolucionario», por ejemplo, exigía una revalorización para situarlos en su justo lugar. Digamos, aun a riesgo de ser esquemáticos, que mientras la mayoría de sus compañeros estaban inmersos en el torbellino revolucionario, tal vez sacrificándose en el curso de la lucha, luego sufriendo cárcel y exilio, probablemente nunca se plantearon ir más allá. Hicieron y experimentaron la revolución como una etapa de su devenir como hombres, pero la vida, el proceso revolucionario abortado, las ilusiones juveniles frustradas, los conducirían por otros caminos. En tanto que Pablo y los contadísimos que lo acompañaron en esa brega eran «los imprescindibles», como gustaba llamarlos Bertolt Brecht. Esos aspiraban a modificar el rumbo de la historia, y, de ser posible, ir ellos delante arrastrándola hacia el puerto que suponían más conveniente, aunque dejaran costillar, cabeza y pellejo en la tentativa.

Pablo no era solamente una individualidad fuerte agitando en medio de la rebelión de su época. No se contentaba con su acción, con su necesaria participación. Estaba convencido de que después de la insurgencia era preciso transformar las estructuras sociales, reiniciar la larga y difícil tarea de aprender a vivir, hacer habitable el planeta y enriquecerlo imaginativamente, minuto a minuto. Ahí radi-

caba la diferencia: él no era solamente un hacedor, un partícipe de rebeliones: él era un revolucionario. Nada más y nada menos.

Espíritu quijotesco, no podía ocultar su admiración por los gestos y la gente valientes. Ello se hace obvio en su testimonio sobre el juicio al traidor José Soler Lezama:

[...] Ayer, al fin, [...] se encontró al antiguo compañero escondido en casa de un familiar. Tenía un revólver en la mano. Pero lo entregó sonriente y casi despreciativo a sus capturadores alegando que, aunque había hecho el propósito de no entregarse vivo, como lo habían sorprendido en una casa donde vivían niños, no quería comprometerlos. Y tenía su eterna, su inmutable sonrisa.¹⁸

Pablo relataba que a Soler lo recluyeron en una habitación que tenía recuerdos de espanto para varios cómplices del machadato que habían pasado por ella, «cobardes que pasaron por él [cuarto] y que merecieron el despreciativo perdón de que siguieran viviendo la vida con los recuerdos llenos de bajezas y de renunciamientos»¹⁹ Y entonces añade:

Pero hay que decir que Soler cuando estuvo en el cuarto, no mostró temor ninguno. Al contrario, con una flema desconcertante, no cesó de chupar en su tabaco, inseparable compañero, y habló con algunos de sus antiguos amigos, con absoluta naturalidad, a pesar de que ya sabía que el juicio a que se le iba a someter sería de una absoluta severidad revolucionaria. Allí estuvo muy poco tiempo, y en la madrugada, sin soltar el tabaco, se le metió dentro de una máquina y se le llevó a un lugar distante de La Habana [...].²⁰

¹⁸ Pablo de la Torriente Brau. «Ejecutado el traidor Soler después de juzgado por los mismos a quienes entregaba.» En: *Pablo. Obras escogidas, op. cit.*, p. 89.

¹⁹ *Ibidem*, p. 90.

²⁰ *Ídem*.

En el proceso que se le hizo

las acusaciones sobre Soler, por complicidad en la muerte de [Carlos Manuel] Fuertes [estudiante asesinado por las hordas de Ainciart en las faldas de la Ermita de los Catalanes] adquirieron el valor de implacables denuncias a las que él, a pesar de la serenidad estupenda que en todo momento mostró, no logró no sólo disipar sino ni siquiera poner en dudas, ya que, en realidad, sólo pudo defenderse con eso, con su imperturbable sangre fría [...].²¹

Y apuntaba luego:

También sin inmutarse, escuchó la abrumadora acusación de sus amigos más íntimos, de sus compañeros más viejos en las luchas revolucionarias. Y, por último, firme permaneció, cuando en un ruedo hecho al efecto, fue reconocido por un miembro de un cuerpo policíaco de La Habana, como el individuo que entregaba confidencias al Jefe de dicho Cuerpo.²²

Luego añadía:

[...] Por fin la sentencia dictaminada fue la de muerte, y en un acto de verdadera generosidad estudiantil, dando al olvido momentáneamente que aquel había sido el causante de la muerte de heroicos compañeros, se acordó que se le ofreciera como final el suicidio, entregándosele a la hora de leerse la sentencia, un revólver con una bala.

[...] Pero la angustia de los corazones conmovidos ya se hizo más intensa cuando, al notificársele a Soler la sentencia y ofrecérsele el arma suicida, este la rechazó diciendo que no estaba conforme con la sentencia dictada y que prefería ser fusilado como un hombre a morir como un cobarde.

El jurado, tras una breve deliberación, acordó entonces que se le fusilara.

²¹ *Ibidem.* p. 92.

²² *Ídem.*

[...] Y entonces habló Soler. Tampoco ninguno de los que lo oyeron podrán olvidarlo. Su voz fue emocionada, pero serena. Era la voz de un hombre que iba a morir como un valiente y que por ello merecía respeto; y era también la voz de un traidor y que merecía por ello execración. [...].

[Y]a bastante cerca de La Habana, se le bajó de la máquina para ser ejecutado.

Allí suplicó que lo dejaran solo tres minutos junto a un árbol y se quedó en medio de un silencio terrible e inolvidable. Pero llegaban unos caminantes y hubo que trasladarlo de lugar. Era el último. Se le pidió que se alejara unos pasos, y temeroso de que lo fusilaran por la espalda hizo la última súplica, de que se le disparara de frente. El jefe del pelotón que lo fusiló accedió en el acto y se le permitió que él mismo diera la voz de «¡Fuego!» a la tercera palmada sobre el pecho. Y las ametralladoras funcionaron y cayó de espaldas, muerto casi instantáneamente.

Así terminó José Soler Lezama, extraño hombre, que llevó a la muerte a Carlos Manuel Fuertes, que denunció a muchos compañeros de la Revolución, que engañó a todos mucho tiempo y que, no obstante, pudo, contra lo usual, morir con un valor sorprendente, casi inverosímil [...].²³

Justo treinta y ocho años antes, José Martí también se conmovía admirado ante la valentía de un hombre que había violado y robado en plena manigua mambisa. Así lo registraba en unas pocas líneas de su *Diario de Playitas a Dos Ríos*. Obviamente, la admiración por el hombre valiente — abstracción hecha de las aristas éticas del problema o quizás, justamente, por esas aristas éticas— es un aspecto a considerar de la proyección cultural de los cubanos, al punto que sigue teniendo enorme vigencia. Lo que resulta interesantísimo es cómo coinciden en la visión del asunto José Martí y Pablo de la Torriente. Para que se tenga una noción de esto, reproducimos las líneas martianas del juicio y la ejecución de Masabó, ocurrido el 4 de mayo, exactamente quince días antes de su caída.

²³ *Ibidem*, pp. 93-95.

Se va Bryson. Poco después el consejo de guerra de Masabó. Violó y robó. Rafael preside, y Mariano acusa. Masabó sombriamente niega: rostro brutal. Su defensor invoca nuestra llegada, y pide merced. A muerte. Cuando leían la sentencia, al fondo del gentío, un hombre pela una caña. Gómez arenga: «Este hombre no es nuestro compañero: es un vil gusano.» Masabó, que no se ha sentado, alza con odio los ojos hacia él. Las fuerzas, en gran silencio, oyen y aplauden: «¡Que viva!» Y mientras ordenan la marcha, en pie queda Masabó, sin que se le caigan los ojos, ni en la caja del cuerpo se vea miedo: los pantalones, anchos y ligeros, le vuelan sin cesar, como a un viento rápido. Al fin van, la caballería, el reo, la fuerza entera, a un bajo cercano; al sol. Grave momento, el de la fuerza callada, apiñada. Suenan los tiros, y otro más, y otro remate. Masabó ha muerto valiente. «¿Cómo me pongo, Coronel? ¿De frente o de espalda?» «De frente.» En la pelea era bravo.²⁴

Como Pablo no era hombre de medias tintas, con idéntico apasionamiento manifestaba su desprecio. En este caso, hacia José Ignacio Rivero, conocido por Pepín, director del periódico *Diario de la Marina*. Tal vez, de los trabajos periodísticos de Pablo, este se distingue por la carga de agresividad. Intentando hallar las raíces, busqué en las páginas de *La Marina* y hallé el editorial, que siempre redactaba y firmaba Pepín Rivero con el título de «Impresiones» y que ese día, 5 de mayo de 1934, firmaba con sus iniciales, J.I.R.

A la sola lectura de algunos de esos párrafos, se explica la cólera con que escribió Pablo su réplica titulada «Pepín, el Terrible», y que hubo de publicar dos días más tarde en *Ahora*, diario donde trabajaba en aquel momento.

La polémica se produce en momentos de extrema tensión, luego que el ejército y la policía arremetieron, con

²⁴ José Martí. *Diario de campaña*. Ordenación y prólogo de Ezequiel Martínez Estrada. La Habana, Editora del Consejo Nacional de Cultura/Casa de las Américas/Editorial Nacional de Cuba, 1962, p. 64.

inusitada violencia, contra los estudiantes en huelga del Instituto de La Habana, situado al fondo del propio edificio del *Diario de La Marina*, justo frente al plantel.

De principio a fin, Rivero utilizaba el recurso típico de la retórica al uso: reiterar, como un latiguillo, la frase del gran romano: «La suerte está echada.» O sea, el país estaba en situación de extremo peligro, a punto de caer en manos del comunismo internacional, y por lo tanto había que enfrentar sin vacilaciones, con la firmeza que requería la situación, tan grave desafío a la existencia misma de la nación. Veamos que escribía Pepín, entre otros argumentos:

Contaminados, en parte, los centros de enseñanza de la peste rusa, se conducen en el retablo de la vida nacional como los elementos más dóciles a los designios de la Tercera Internacional. Y se produce el caso paradójico de que la República de Martí encuentre su sostén más firme en los hombres modestos que lucen su uniforme de soldado y su peligro más inminente en los que debieran constituir, por los conocimientos adquiridos a expensas de este Estado democrático-liberal, la barrera infranqueable de toda doctrina aniquiladora de la nacionalidad.²⁵

Como el editorial no pretendía otra cosa que justificar el uso de la fuerza del ejército contra los estudiantes, uno de los últimos reductos que mostraba signos de vitalidad luego de la caída de Machado, la respuesta de Pablo, airada, punzante, sarcástica, tomaba como blanco de su pluma no al ideólogo, ni al vocero de la reacción, sino al vulgar instigador, al burgués cobarde y acobardado que emplazaba a las autoridades a disparar sin vacilaciones contra los estudiantes y obreros que protestaban, escudado tras un bosque de bayonetas. Siguiendo una vieja herencia de connotados polemistas del periodismo cubano, Pablo la emprende con el sujeto y no con sus ideas.

²⁵ J[osé] I[gnacio] R[ivero]. «Impresiones.» *Diario de la Marina* [La Habana], 5 de mayo de 1934.

Ya lo había denunciado en un reportaje publicado en *Ahora*. A la invitación de Rivero a ahogar en sangre la rebeldía estudiantil, con la correspondiente frase de adulonería dirigida a los soldados, lo desenmascaró, puso en entredicho su hombría —y ya eso era mucho decir en Cuba. Lo desarmó pública y espectacularmente llevando la discusión al mismo terreno y utilizando las armas de Pepín. Para asombro general, Pablo humilló a un personaje invulnerable, inmune e impune de aquel régimen. De haber querido recobrar ante la gente su varonía escarnecida, no le quedaba más remedio que batirse.

Desde el sarcástico título: «Pepín el Terrible», los epítetos, el tono cáustico, agresivo y burlón, era obvio su desprecio por el personero. En su respuesta, Pablo vindica la memoria de José Martí, Antonio Maceo y tantos mambises y patriotas que le reclamaban justicia histórica y justicia poética al órgano que con gran despliegue y alegría publicó, brindó y festejó sus caídas en combate; seguramente también tomaba en cuenta la negra historia de aquel órgano de la reacción, indefectiblemente situado contra todo lo que significara progreso y soberanía en la Cuba colonial y en la republicana.

Los campos se escindían, se polarizaban cada vez más. Y Pablo no estaba exento, más bien diría que era uno de los más conscientes voceros de la izquierda. Por ello, como no había lugar para las sutilezas en medio del campo de batalla, él tampoco pudo despojarse de posturas extremas, también marcadas por el maniqueísmo, un mal tan antiguo como moderno, del cual sólo es posible librarse en situaciones donde el diálogo no esté saturado por la agresión real o latente, forzando a la otra parte a la necesaria o hipotética defensa, de modo que la atmósfera se envenena impidiendo el libre curso de las ideas, situación típica de la guerra, caliente o fría. Y así andaban las cosas cuando al rememorar a sus compañeros, héroes que habían inspirado a toda una generación, necesaria, inevitablemente, los idealizaba. En su artículo «Mella, Rubén y Machado», que publicó en *Ahora* en

enero de 1935, en el sexto aniversario de la caída del joven dirigente en México, evocaba la huelga de hambre y describía el fortuito y ya legendario encuentro de Rubén Martínez Villena con Machado. Al referirse a Mella, apuntaba Pablo: «Julio Antonio Mella, joven, bello e insolente como un héroe homérico.»²⁶ Todo era cierto, claro está, pero, ¿era imprescindible la hipérbole? Quizás sí, probablemente más que nunca en ese momento, era preciso exaltar a una figura carismática, rebelde e inspiradora como Mella. De todos modos, es bien sabido que si alguien conocía muy bien la significación y el peso de cada palabra, ese era Pablo de la Torriente Brau.

De Carlos Aponte, el valeroso guerrillero venezolano, donde ya se fundían el hombre, la historia y el mito, una vida tronchada por la delación y la traición, que provocaron su caída junto a Antonio Guiteras en desigual combate frente al ejército de Batista, en El Morrillo, escribía el 11 de mayo de 1935, tres días después de su muerte, el artículo biográfico, «Carlos Aponte: un peleador sin tregua», que le había prometido cuando se encontraron en algún momento en La Habana. En uno de los fragmentos lo describe así:

Toda su figura denunciaba al hombre que sólo estaba a gusto en la pelea. Su voz varonil tenía resonancias graves; el sol de los trópicos le había curtido la piel, color de bronce; la cabeza de líneas enérgicas ostentaba un perfil lleno de audacia, y en los ojos, oscuros y brillantes, su mirada se cargaba de altivez y de insolencia, a la simple evocación del nombre de un tirano o de un traidor.²⁷

Pero la idealización no era sólo una característica personal de Pablo, también lo era de aquellos tiempos, de este y

²⁶ Pablo de la Torriente Brau. «Mella, Rubén y Machado.» En: *Pluma en ristre, op. cit.*, p. 118.

²⁷ Pablo de la Torriente Brau. «Carlos Aponte: un peleador sin tregua.» En: *El periodista Pablo*. Selección, prólogo y notas de Víctor Casaus. La Habana, Editorial Letras Cubanas, 1989, p. 320.

de todos los tiempos. Como, por ejemplo, la descripción que hace del propio Pablo Raúl Roa al enterarse de su caída en Majadahonda. Roa recuerda al amigo, al hermano, que ya ha entrado también en el reino de la leyenda y del mito: «Me había asombrado su imaginación fabulosa, su estilo desenfadado, su pupila afiebrada, su afán de servicio, su corazón trepidante y su generoso amor a los que sufren, sueñan y pelean [...]»²⁸

Y completaba la imagen del héroe así: «Era un mocetón alto, de musculatura atlética, pelo oscuro, frente dilatada, voz grave, mentón altivo, sonrisa franca, mirada diáfana y jocundo talento. De vez en cuando lanzaba una carcajada estruendosa que estremecía los cristales de las ventanas [...]»²⁹

En última instancia, sería muy flaco el favor que le haríamos a Pablo si pretendiéramos describirlo como un mirlo revolucionario impoluto. Entre otras cosas, porque quien primero no creía en el héroe perfecto, era él. Su trayectoria, personalidad y visión del mundo reafirmaban ese concepto revolucionario y no hagiográfico de los héroes. Y, como para que no quedara duda, así lo evidencia en «Hombres de la Revolución», artículo que publicara, en la edición del 7 de mayo de 1936, en el periódico *El Machete*, de Ciudad México, al conmemorarse el primer aniversario de la caída de Guiteras y Aponte: «[...] ni me interesa ni creo en el “hombre perfecto”. Para eso, para encontrar eso que se llama “el hombre perfecto”, basta con ir a ver una película del cine norteamericano.»³⁰

En rigor, a Pablo se le reducía cada vez más el espacio para la acción a causa del asedio sistemático de la policía, el ejército y otros enemigos emboscados que lo acechaban,

²⁸ Raúl Roa. «Los últimos días de Pablo de la Torriente Brau.» En: *Retorno a la alborada*. T. 2. Santa Clara, Universidad Central de Las Villas, 1964, p. 87.

²⁹ *Ídem*.

³⁰ «Hombres de la revolución», *op. cit.*, p. 331.

pues todos eran poderosos en sus respectivos campos: desde Batista hasta Viriato Gutiérrez, desde Pedraza hasta Pepín Rivero, desde Mendieta hasta el teniente Powell. Por otra parte, la reacción estaba firmemente afincada tras el fracaso de la Huelga de Marzo, en la cual él participó activamente y se desató una nueva ola represiva contra las fuerzas de izquierda, donde él, una vez más, se encontraba en primera línea. Por lo tanto, debía tomar una decisión tajante. En su interior debía de estarse desarrollando una aguda pugna entre el Pablo osado hasta el último aliento y el Pablo racional, analítico, y en esa coyuntura era candidato seguro al martirologio. Aquí podríamos preguntarnos ¿Por qué habría de «regalarse», de regalarle su preciosa y útil existencia, su capacidad para la lucha y su talento a aquella banda de reaccionarios? En carta a José Antonio Fernández de Castro, fechada el 8 de abril de 1935, apenas unos días después de llegar a Nueva York, durante el segundo exilio, redactó un breve currículum donde muy pálidamente describía que fue «uno de los seis fundadores del Ala Izquierda Estudiantil», se refería a su participación en la tângana del 30 de septiembre de 1930, momento en que los estudiantes reiniciaban una violenta campaña contra Machado; recordaba que allí había sido herido y luego hacía mención a los veintisiete meses que sufrió prisión en varias cárceles; no olvidaba su primer exilio en Nueva York, cuando vendió helados en la calle y trabajó en una fábrica de escobas durante cuatro meses; apuntaba que regresó al país tras la caída de Machado; su participación en la depuración de los profesores universitarios, incluido Bustamante; señalaba que estuvo presente cuando se produjo el ataque al Instituto de Segunda Enseñanza de La Habana por parte del ejército y en el que hubo muertos y heridos. Y también estaba en la Universidad en otro ataque del ejército; mencionaba su actividad en la Huelga de Marzo, y terminaba así:

y por mis ataques al ejército de Batista, contra el que formulé acusaciones por asesinatos, en el propio Campamento de

Columbia, ante un Consejo de Guerra, si me cogen esta vez me la arrancan. Huí en aeroplano para Miami y de ahí vine para Nueva York, en donde actúo con el Club Julio Antonio Mella, la Liga Antimperialista y otras organizaciones revolucionarias. Y aquí estoy luchando por encontrar trabajo.[...].³¹

Justo un mes más tarde, caían Guiteras y Aponte en El Morrillo. Como símbolo, se trataba del último acto de la revolución del 30.

Las experiencias de Pablo en Nueva York serían singulares y múltiples: organizador político, periodista y editor de revistas, escritor aspirante a que se tradujeran y se publicaran sus cuentos y su testimonio sobre el presidio en Cuba. Mientras que, como exiliado, una vez más se veía forzado a realizar las tareas más humildes para sobrevivir.

En sus cartas manifestaba que había tenido algunas oportunidades de trabajo: sereno, empleado de servicio, mochila, camarero; que ganaba poco, sólo las propinas. «[P]ero algo me voy defendiendo —le escribía a Luis Gómez Wangüemert, a la sazón jefe de redacción de la revista *Carteles*— y de paso voy conociendo aspectos distintos de la vida.»³²

Intentó abrirse camino dando a conocer sus cuentos, aunque en su opinión los que se publicaban carecían de valor literario y sólo se tomaban en consideración por las «conexiones». Consiguió un *job* en un cabaré que tenía que barrer y mapear después que se iban los parroquianos. Al final, se levantaba a las tres de la mañana y terminaba su labor a las tres de la tarde. Trabajar en tales condiciones le anulaba el día, le alteraba el horario de las comidas y, al final, sólo devengaba diez pesos sin ningún día *off*. No obstante, su inveterado sentido del humor le permitía liberar tensiones. Así, después de describir el cúmulo de labores que le molían el cuerpo y el espíritu, comentaba con Pedro Capdevila, su corresponsal: «Hoy parece que en desquite

³¹ *Cartas cruzadas, op. cit.*, pp. 35-36.

³² *Ibidem*, p. 129.

[...] rompí seis vasos de un sólo golpe![...]».³³ En cuanto al de lavaplatos, decía que era oficio al que los cubanos, sin perder su proverbial buen humor, frente al fracaso rotundo que siempre impediría el regreso, habían nombrado con el irónico calificativo: «¡Está imprimiendo discos!»

Simultáneamente, desarrollaba una intensa actividad organizativa del movimiento revolucionario en Nueva York, pero mantenía una comunicación diaria, sistemática, con La Habana, en particular con Ramiro Valdés Daussá, miembro del Directorio Estudiantil, ambos a la búsqueda de cauces que condujeran a la unificación de los movimientos y grupos revolucionarios. Junto a Roa, Gustavo Aldereguía y otros, fundó la Organización Revolucionaria Cubana Antimperialista (ORCA), entre cuyos objetivos, precisamente estaba la unidad de las fuerzas revolucionarias. También tenía a su cargo la edición de *Frente Único*, vocero de ORCA y se afanaba en fundar el Club José Martí.

Por otra parte, le resultaba muy difícil publicar sus artículos periodísticos o sus reportajes, ya que al periodismo revolucionario se le cerraban cada vez más las puertas en Cuba. Intentó publicar sus crónicas en *Bohemia* y *Carteles*, pero la dificultad era casi insuperable, pues el contenido atemorizaba a los jefes de redacción y a los directores. En contadas ocasiones le abonaron sus colaboraciones, que nunca sobrepasaron la suma de cinco pesos.

Necesitado de hacerse de algunas corresponsalías, le escribió a José Antonio Fernández de Castro, pues pensaba que podría aliviar su penuria económica si le publicaban sus crónicas en algunas revistas de la América del Sur. Pero como no tenía las relaciones que le facilitaran concretar esa aspiración, también gestionó insistentemente el modo de publicar o de que le tradujeran *Batey*, su libro de cuentos, y *Presidio Modelo*, su hoy tan conocido testimonio. Y ya desde ese momento, primeros días de junio de 1935, a dos meses apenas de su arribo a Nueva York, empezaba a sentirse

³³ *Ibidem*, p. 115.

molesto, incómodo. En carta a Fernández de Castro le confiesa: «No me parece ya improbable que me vea precisado a emigrar de aquí también.»³⁴

En aquellos días neoyorquinos, grises y deprimentes, tenía a su lado a su mujer, Teté Casuso. Sin embargo, asomaban fugaces, pero intensos, momentos de nostalgia donde emergía la familia distante, el paisaje del terruño, el cielo y el mar, sus años de juventud, de adolescencia; sus pillerías infantiles, primero en San Juan de Puerto Rico, después en El Cristo y en Santiago de Cuba.

Seguramente seguía fluyendo en su memoria el recuerdo del abuelo puertorriqueño, don Salvador Brau, firme defensor de los valores históricos y culturales de su isla. Asimismo tenía muy presente a su padre español, nacido en Santander, don Félix de la Torriente, pues ambos lo marcarían con una impronta ética que lo acompañaría hasta la última bala y la última palabra en Majadahonda. Así que España era para Pablo una referencia mucho más profunda, más íntima y entrañable de lo que puede parecer a primera vista. Y con más razón si todavía tenía presentes las imágenes de su estancia en Santander, cuando era niño, junto a su padre y a sus familiares residentes en la región montañesa. Habría que preguntarse si ese costado español en su personalidad, las aristas quijotescas de su carácter vehemente, no le venían de ese sustrato ético y de los recuerdos de la infancia, que siempre dejan huellas duraderas, y de los nexos afectivos con la familia paterna, luego de aquella su primera aventura en la tierra de Cervantes.

Por los fueros de la imaginación viviría y vibraría con los personajes y las grandes aventuras de las novelas de sus autores favoritos desde la adolescencia: Salgari, Julio Verne, Mayne Reid, a quienes leía vorazmente. Entonces ocurría lo inevitable, lo de siempre: los conflictos generacionales. El padre, realista, presionado por la situación económica que vivía el país en la segunda década del siglo xx, le reprochaba

³⁴ *Ibidem*, p. 91.

al muchacho sus imagerías y sueños; le aconsejaba incansablemente que estudiara y que no se hiciera ilusiones, pues ya no había buscadores de oro en Alaska, y en África se tenía por exquisito manjar la carne de cazador blanco. «Pero contra lo cierto —escribe Loló de la Torriente en su biografía, *Torriente-Brau. Retrato de un hombre*—, Nene creía en lo fabuloso. Estaba bajo la fascinación de Salgari, en el que creía mucho más que en don Félix.»³⁵

Tanto era así que en carta a la madre de noviembre de 1935 deja al descubierto la veta austera de su carácter; lo que era capaz de sacrificar para no separarse del rumbo que se había trazado en la vida. De hecho se refería a la situación de penuria que padecía el padre y admitía que no podía hacer nada por mejorarla,

pues yo mismo —dice— hace mucho tiempo que no gano nada para mantenerme bien, a pesar de que nunca he eludido ninguna clase de trabajo. Nunca he estado bien económicamente y por eso, alguien quizás algún día, diga que fui mal hijo, mal hermano y mal marido. Pero eso en lo absoluto me importa, porque tengo deberes más altos que esos y en la disyuntiva no puedo vacilar».³⁶

Con el objeto de recaudar fondos destinados a los presos políticos en Cuba o a los movimientos revolucionarios y clubs que fundó junto a Roa, Aldereguía y otros compañeros, trabajó sin descanso organizando bailes y otras actividades que apenas le dejaban unos pocos momentos libres. Sin embargo, en ocasiones, se mostraba satisfecho del trabajo, precisamente, porque lo realizaba en tan precarias condiciones y le enorgullecía que reclamaran su participación, o la de otros miembros del Club Martí, en los mítines que celebraban en Nueva York o Tampa. En realidad, tendría que «meter el pecho», hacer frente a las dificultades, pues desde el primer

³⁵ Loló de la Torriente. *Torriente-Brau. Retrato de un hombre*. La Habana, Instituto del Libro, 1968, p. 46.

³⁶ *Cartas cruzadas, op. cit.*, p. 151.

momento había comprendido que el trabajo era largo, duro y difícil.

En carta a Roa afirmaba: «el periódico es nuestra arma y el club es nuestra obra. Ambas cosas hay que retenerlas porque ellas son la prueba, la justificación material de nuestra existencia».³⁷ Y agregaba que ya no sabía cuántas maravillas y milagros más debía intentar; que en poco tiempo iba a creer en la existencia de Dios, porque sólo él explicaba que cuatro muertos de hambre hubiesen sido capaces de dar mítines, fundar un Club, publicar manifiestos y sacar tres periódicos; el prodigio había pasado a la categoría de cosa cotidiana. Y sin perder sus salidas jocosas, para sugerir el cúmulo de tareas que lo abrumaban permanentemente, escribía: «He salido del baile [que él había organizado] y he entrado en el periódico, sin transición, sin hacerme el cambio mental necesario entre un linotipo y un son.»³⁸

En efecto, durante semanas y meses habló y escribió sobre la Huelga de Marzo, quizás el acontecimiento nacional —salvo la caída de Machado— que más lo estremeció. Para él la huelga no fue un error, sino una necesidad, que explicaba la capacidad de movilización que se desplegara a lo largo del mes que duró; por eso, calificaba esos días como imponentes e inolvidables y se dolía por lo que no se hizo. Así, aseguraba que ni siquiera se replicó el terror, que se dejó asesinar cobardemente a los hombres, que nadie tenía nada preparado, que todos, auténticos, guiteristas, abecedarios, fueron unos canallas o unos imbéciles, y que no admitía términos medios.

Luego, de algún modo, exoneraba a los guiteristas que se habían pronunciado en contra de la huelga y que, además, hicieron esfuerzos con la intención de alzarse. Posteriormente, puntualizaba que los obreros, estudiantes, empleados y maestros, los fundamentos del pueblo, dieron de sí todo lo que tenían, pero faltaba el elemento combativo.

³⁷ *Ibidem*, p. 261.

³⁸ *Ibidem*, pp. 152-153.

Observaba la situación de Cuba entonces, 1935 y 1936, con sumo pesimismo, y no se llamaba a engaño cuando afirmaba en carta a Valdés Daussá: «Pienso, que aún no hay ambiente para la revolución en Cuba; que una cosa es tener los rifles y otra los hombres [...]»³⁹ Su escepticismo ante el panorama del país, a pesar de su espíritu de lucha, se manifestaba en esa misma misiva al considerar que la dialéctica de los acontecimientos podría, incluso, llevar a los combatientes de su organización a inmolarse. En su opinión, un *putsch* tenía mínimas posibilidades de éxito desde el punto de vista militar, y ninguna desde el revolucionario; la derrota podía atrasarlo diez años.

[P]or ello, me parece que de cualquier modo, habrá que apoyarlo, a la desesperada. Esto último, sin embargo, debe ser considerado con sumo cuidado y, en todo caso, hasta hoy, pienso que, de ser posible, debemos reunir todas nuestras pequeñas fuerzas, localizarlas a un objetivo importante, lanzar el resto y adquirir, a puro timbal, resonancia revolucionaria suficiente, como para ser factores en el hipotético triunfo, o recoger la bandera y los alientos que queden para la revancha, en el caso mucho más probable de la derrota. Y, sobre todo, conquistar nuestra independencia en la revuelta para equilibrar el espíritu reaccionario que ya podemos esperar de quienes tan limitada visión parecen tener de la revolución.⁴⁰

Y más adelante añadía que aunque a todos les obsesionaba la vuelta a Cuba, hacerlo en ese momento sería una lástima, ya que estaba organizando un magnífico grupo de muchachos ansiosos de pelear, de justificar su vida hasta ese día sin cauce de redención.

En 1935, en el primer número de *Frente Único*, portavoz de ORCA, que él personalmente se encargaba de redactar y editar, expresaba ya, en un editorial que tituló «Toque de

³⁹ *Ibidem*, p. 145.

⁴⁰ *Ídem*.

rebelión», la tesis de los cien años de lucha librada por varias generaciones de cubanos y la continuidad histórica de estas.

Insistió al respecto en otro editorial de la misma publicación, titulado «La voz de Martí». Ahora, para él, Cuba era el principal escenario de la lucha contra los intereses norteamericanos en toda América, puesto que una derrota en la Isla inmediatamente implicaría un debilitamiento general de los mismos en la región, particularmente en el Caribe.

Lo increíble es la visión profética de Pablo de cómo se desarrollarían los acontecimientos políticos del país en las siguientes dos décadas, que desembocarían en una nueva situación revolucionaria. En una carta, fechada el 14 de mayo de 1935 y dirigida a Alberto Saumell, dice:

La situación de Cuba es abrumadora. La muerte de Guiteras ha sido el golpe más rudo que se le pudiera haber asestado a la revolución. [...] Desde el punto de vista político, el desastre retarda la revolución hasta fecha indefinida. Los auténticos carecen del punch que tenía Guiteras. El ABC ya no existe de hecho. [...] Particularmente pienso que ahora en Cuba no se podrá hacer nada efectivo hasta tanto no haya una tregua al terror salvaje que allí impera; luego vendrán las elecciones y siguiendo la ya clásica costumbre, en ellas le darán «la brava» a cualquiera de los grupos que tienen, dentro de la actual situación, los suficientes «méritos», como para que se le consienta una protesta. Es decir, que mientras en Cuba no haya de nuevo descontentos, pienso que todo lo que se pueda hacer desde el exterior, resultará artificial. Y si el movimiento se precipita nos arrancarán la cabeza a todos. En el orden personal siento un gran desencanto. Tú conoces tan bien como yo a los que quedan. Revisa los nombres en tu imaginación y comprenderás la verdad [...].⁴¹

Tal vez, aquellas desilusionantes experiencias lo conducían a adoptar posiciones extremas, como ocurre cuando se

⁴¹ *Ibidem*, pp. 68-69.

dirigió al escritor ecuatoriano Jorge Icaza: «En esta capital del capitalismo, donde la revolución debía desplegar el fuego de un ardor demente y fanático, los revolucionarios mantienen su crédito a base de *parties* [...]»⁴²

Debía arrostrar la lucha revolucionaria en Cuba, pero se veía maniatado en su exilio neoyorquino y llegaba a confesar que quería hacer muchas cosas, aunque sin posibilidad alguna. «[E]staba un poco enfermo de desesperación, de rabia, de cólera, de todas esas cosas que siguen a la derrota» —se refería al fracaso de la Huelga de Marzo. Y decía que: «Nunca había sentido hasta tal punto esto. Y es que nunca estuvimos tan cerca de realizar un hermoso movimiento popular.»⁴³

Se daba cuenta de que había algo que no fluía en su relación con el universo inmediato; su estado anímico no era, precisamente, el más envidiable; la realidad era dura; implacable. El exilio, algo así como Marte, sitio donde predominan una lengua confusa, modos de vida diversos, escenarios de acero, indiferencia insolente, pobreza de espíritu sólo comparable con la riqueza de los números.

Por otra parte, Nueva York le resultaba una ciudad hostil, enemiga, donde «siempre llovizna; siempre frío, siempre humo en la boca, en la nariz... humo por todos los orificios. Es una mierda esto [...]. Hay una humedad sucia y pegajosa que pone de mal humor y triste. Hay veces que estoy aburrido sin saber por qué...»⁴⁴ A los fotógrafos Kiko y Funcasta les confesaba que, en ese país, no hay a quien no le conozcan la edad, la fecha de nacimiento, las actividades y hasta los pensamientos. Y les hace saber que ya le habían advertido que no podía hacer propaganda en contra del gobierno de Cuba porque el Gobierno era amigo de Batista.

Daba por sentado que la prensa revolucionaria en los Estados Unidos era como una gota de agua en el mar, a causa

⁴² *Ibidem*, pp. 124-125.

⁴³ *Ibidem*, p. 45.

⁴⁴ *Ibidem*, pp. 43-44.

de la enorme maquinaria de publicidad que existía en ese país. Ello le había impedido denunciar la situación de Cuba y revelar los males que padecía.

Probablemente, uno de los aspectos que agudizaban el drama de Pablo radicaba en las enormes limitaciones para actuar en un escenario poco propicio. A diferencia de la mayoría de los políticos tradicionales o al uso, la conciencia lo trabajaba y él la trabajaba a ella. Tener escrúpulos era una seria desventaja. En verdad, resulta un pesado fardo para la imprescindible representación del juego de máscaras, con las inevitables inconsecuencias éticas, que se exigen de tal oficio para alcanzar el máximo de eficacia en el ejercicio del mismo. Y cuando el político no posee los «atributos» arriba mencionados, como ocurría con Pablo, algo muy serio está gravitando en su espíritu.

No creo que estuviera en crisis la capacidad política de Pablo durante su segundo exilio neoyorquino. Más bien, que era un político distinto, o por lo menos, tenía otra visión de la política y de los objetivos a alcanzar a través de ella. Lo primero era la urgencia, el imperativo de su participación en cualquier proyecto. Su personalidad le exigía, le imponía, que él fuera siempre actor o protagonista, jamás mero espectador. De ocurrir así se sentía miserable, empequeñecido. Enfermaba. El ejemplo que se verá, ilustra no sólo la atmósfera que viciaba el ánimo siempre efervescente de su carácter, sino su reciedumbre, la valentía para admitir sus fallas y errores. Tal actitud ponía sobre el tapete, tanto como su capacidad autocrítica, una singularidad política y humana. Se trata de su carta a José Mancisidor, director de la revista *Ruta*, de la cual era colaborador. Ese mes de noviembre de 1935, escribe:

[...] He trabajado en factorías; he vendido por las calles y he trabajado en los restaurantes. No puedo negar que esta vida dura y miserable ha infiltrado en mí un odio torpe que, a veces, se escapa sobre las férreas concepciones políticas, y, rebosa en mis opiniones. Admito que es un error

grave. La reacción debe ser la contraria —lo es casi siempre [...].⁴⁵

Y, pocos meses antes de irse a España, en marzo de 1936, obviamente se retrataba a sí mismo al afirmar: «Mientras para Carlos Aponte no hubo treguas, otros en el exilio, pusieron a cebar “su gloria” en el pesebre de la espera interminable e infecunda. (¡Pero él era un loco!) [...] Para Carlos Aponte todas las tierras fueron Venezuela [...].»⁴⁶

Sustitúyase el nombre de Carlos Aponte por el de Pablo de la Torriente-Brau y a su país por Cuba y quedará bien claro que ya estaba preparado, listo, diría que desesperado, por entrar en acción, en cualquier parte de algún rincón de la tierra.

Sometido a presiones de toda índole, encontró una vía de escape, aquello que los franceses denominan *une fuite en avant*, en la escritura de *Aventuras del Soldado Desconocido cubano*. Tal vez, el humor criollo le servía para su alegato antiguerrerista, pero también era una grata tarea creadora frente al cúmulo de dificultades que bloqueaban las posibles salidas al drama que lo empantanaba. Se trataba, sobre todo, de un divertimento literario tras las frustraciones de la revolución del treinta y antes de la guerra civil de España, de un hombre urgido de acción en un mundo cada vez más necesitado de utopías. De alguna manera, Roa ya lo había comprendido cuando escribió: «En las *Aventuras del Soldado Desconocido cubano* el hombre, el agonista, el revolucionario, suplanta al escritor y señorea sobre él. Si algo pervive de este, es únicamente su personalísima capacidad de comunicación.»⁴⁷

⁴⁵ *Ibidem*, p. 162.

⁴⁶ Pablo de la Torriente Brau. «¡Venezolanos, un recuerdo para Carlos Aponte!» En: *El periodista Pablo*, *op. cit.*, pp. 353-354.

⁴⁷ Raúl Roa. «Inicial.» En: *Aventuras del Soldado Desconocido cubano*. La Habana, Ediciones La Memoria, Centro Cultural Pablo de la Torriente Brau, La Habana, 2000, p. 32.

El conflicto que estremecía a España y al mundo, lo conmovieron al proyectarse como un meteoro de luz en su existencia. El detonador que lo impulsó a tomar la gran decisión de su vida, irse a España, se reveló durante un mitin en Union Square cuando escribió sobre las repercusiones del conflicto peninsular en Nueva York. En esa crónica aseguraba ser periodista y confesaba su vocación de ir por el pueblo buscando su emoción para expresar sus anhelos. Asimismo, añadía que al recordar la fiebre con que venía siguiendo el curso de la lucha, le estalló la luminosa idea de irse allá, a la revolución española. Luego trataba de puntualizar los fundamentos de su decisión alegando que muchos en Norteamérica no se conformaban con mandar dinero, sino que querían ir para formar la contralegión extranjera; que todo aquel que ansiaba contemplar lo grandioso, y ser parte de él, quería irse porque en España lo insigne y lo inverosímil ocurrían cada día y no era cosa de desperdiciar el espectáculo. A su juicio han cometido un error al no irse antes para España, pues la experiencia hubiera sido riquísima en todos los sentidos y esto debía añadir la satisfacción de vivirla. Creía que ese acontecimiento tendría enorme importancia por la transformación que allí puede ocurrir, a la vez que eran imprevisibles sus repercusiones en Europa.

Entonces se debatían en su fuero interno sentimientos donde se entrecruzaban la más profunda amargura y el escepticismo, pues no le veía salida ni futuro inmediato a la revolución en Cuba; pero sí tenía la esperanza de que del conflicto que desgarraba a España emergiera y floreciera el sueño socialista. Se exaltaba de emoción y entusiasmo con respecto a aquella conflagración. En esos días escribía cartas donde se evidenciaba el desencanto que le provocaban los renunciamientos, compromisos y acomodamientos políticos de sus compañeros de lucha, a los que ya empezaba a no considerar como revolucionarios. En carta de 15 de julio, cuatro días antes del golpe franquista, reflexionaba acerca de las asperezas de la vida,

y aunque alegre y de carácter fuerte, los recuerdos de infancia le hacían ver la cruda realidad en ese día «sin horizontes claros». ⁴⁸ Sin embargo, trece días después del inicio del asalto armado contra la República, ya admitía que la revolución española lo ha tenido con la imaginación «ocupada a todo vapor». ⁴⁹

Es más, con terco optimismo veía el resultado de los primeros enfrentamientos en la guerra. Pero aunque discurría con lucidez acerca del desarrollo del proceso bélico, su cálculo acerca de los resultados del mismo fueron totalmente erróneos. Veamos lo que dice en carta a Carlos Martínez:

Por fin parece verse un poco despejado el ambiente, aunque sin duda tienen que venir ahora las acciones a la desesperada de la reacción y no caerá todo sin grandes hecatombes. Y mientras más dura, larga, cruel y sangrienta sea la victoria más fácil será vencer el fugaz período este para saltar al socialismo. Poco puede impedirlo en verdad, porque hasta hoy lucen como los héroes victoriosos los milicianos izquierdistas [...]. ⁵⁰

Y como no podía dejar de hacer un chiste, incluso tratando un tema tan serio como ese, terminaba la frase pronosticando que más que nunca está próxima a cumplirse su petición de «que se incluyera la alpargata como símbolo de la revolución, junto a la hoz y el martillo». ⁵¹

En fin, ya no dormía, España lo mantenía insomne. Basta leer sus escritos de esos días de julio y agosto para darse cuenta de que no encontraba otra salida que irse allá.

Así, escribía el 4 de agosto a Raúl Roa:

[T]engo la febrilidad casi loca de mi pensamiento sobre el viaje a España, que no se me ocurrió antes de puro imbécil

⁴⁸ *Cartas cruzadas, op. cit.*, p. 395.

⁴⁹ *Ibidem, op. cit.*, p. 397.

⁵⁰ *Ibidem, op. cit.*, p. 395.

⁵¹ *Cartas cruzadas, op. cit.*, p. 398.

que me he puesto cargando bandejas. Creo, firmísimamente, que allí está mi puesto, tanto como periodista, como revolucionario. [...] Además, voy a aprender allá. Y tal vez a asistir a sucesos insignes. [...] Y en el orden personal no quiero decirte lo que salgo yo ganando en experiencia política y revolucionaria y en oportunidad de trabajo humano, que es lo que más me atrae. Si no me voy, me enfermo. Es cosa ya decidida. [...].⁵²

Añádase a esto que el espíritu quijotesco, romántico de Pablo, lejos de desvanecerse en las circunstancias del duro exilio en Nueva York, se recrudeció. Él tenía razones para irse a la península, sus razones. Allí estaba en marcha la historia, es decir, la épica que necesitaba, que requería su temperamento, su personalidad. Bien lo dijo muchas veces: «Mis ojos se han hecho para ver las cosas extraordinarias. Y mi maquinita para contarlas.»⁵³

Ya no le cabía duda alguna de que el mundo entero giraba en ese minuto alrededor de la revolución española. Analizando las consecuencias que tendría para el equilibrio de Europa y del mundo la victoria de cualquiera de las partes en pugna, su resonancia en los pueblos coloniales (léase Cuba) e incluso en los propios Estados Unidos, como si su urgencia fuera de vida o muerte, ese mismo 4 de agosto en esa misma carta, anunciaba que ya había obtenido la corresponsalía de *New Masses* para reportar aquellos sucesos, que le pagarían diez dólares por crónica y que era posible que también consiguiera las del periódico *El Machete* de México, y tal vez de otra publicación de Ecuador.

Y aunque en una de las cartas dice que se iba a España o regresaba a Cuba, lo cierto es que el retorno a la Isla en aquellas circunstancias no estaba entre sus planes inmediatos. Aun y a pesar de la amnistía política decretada por el

⁵² *Ibidem*, pp. 407-408.

⁵³ *Ibidem*, p. 427.

régimen batistiano, su regreso lindaría entre la temeridad y la locura, por no llamarle suicidio.

Como explicaba Roa en su artículo «Los últimos días de Pablo de la Torriente-Brau»: «Había decidido irse a España a combatir por la libertad y a precio de su vida pagaba la quijotesca aventura.»⁵⁴ Luego, aclaraba que Ramiro Valdés Daussá y él intentaron egoístamente embridar aquella pasión volcánica, aquel ímpetu irrefrenable de ofrendar la vida, por amarla mucho, a la causa de la justicia. Y proseguía: «Pablo había decidido irse a España y se iría. Impedirselo, convencerlo de lo contrario, era, fue, tarea inútil».⁵⁵

En ese momento buscaba afanosamente el modo de sufragar los gastos del pasaje.

Le escribió a sus amigos y compañeros en La Habana con el propósito de que le gestionaran cubrir la guerra civil para alguna publicación cubana. Pero no era nada fácil. Centavo a centavo ahorraba o buscaba otros recursos para su viaje.

A Roa le respondió: «He decidido irme y me iré. Yo no hago ahora falta en Cuba. Voy a España ahora precisamente para darle a Cuba, a la revolución cubana, toda mi experiencia. Creo que, si por cualquier razón, me fracasara el viaje, me tirarían en un rincón a morir solitario, a morir de dolor y de rabia.»⁵⁶

Era la única salida que le veía al drama de su exasperante exilio: el del hombre urgido por la historia a vibrar con ella, batirse minuto a minuto desde el mismo vórtice de los acontecimientos.

Admirable coherencia la de su trayectoria revolucionaria y periodística en Cuba, en Nueva York y en España. Ni los errores que pudo cometer, ni el ímpetu que mostró en ocasiones, podían empañar las virtudes propias del conductor de masas. Habría que preguntarse si, de algún modo, como

⁵⁴ «Los últimos días de Pablo de la Torriente Brau», *op. cit.*, p. 87.

⁵⁵ *Ibidem*, p. 88.

⁵⁶ *Ibidem*, p. 89.

Martí, no temía en lo absoluto inmolarse en aras de la causa que defendía. Tal vez no lo buscaba conscientemente, pero tampoco lo rehuía. ¿Acaso no era el acto supremo que le daría pleno sentido a la lucha? Recordemos que el Pablo alegre, el humorista, también vivía agónicamente. De la muerte decía: «El mundo está lleno de lágrimas. La muerte pierde su prestigio en la guerra. Se hace una prostituta barata. De veras que hay que morir para acabar con la guerra.»⁵⁷

En sus últimos días neoyorquinos, en la intensa correspondencia que sostuvo con sus compañeros y amigos, afirmaba y negaba, se defendía ante los argumentos que ellos esgrimían. A Alfredo Sánchez Arango le expresaba que en España un pueblo luchaba contra su ejército, que existía la posibilidad del triunfo de ese pueblo, que las enseñanzas en cuanto a la revolución eran infinitas para todos y que para él sería un verdadero curso de «especialización». A la carta donde Pablo le anunciaba su inminente partida, Roa respondió que él hacía falta de todos modos en Cuba, precisamente en ese momento en que era necesario construir un partido. Pero también por España había que sacrificarlo todo: ¡hasta la propia vida! Y más adelante, en broma, le dice que si pierde su «atribulada» vida en medio del combate español, puede contar con su fervor necrológico; en cambio, si es él el afortunado, daba por descontado que Pablo reaccionaría con idéntico gesto de reciprocidad. Y como era imposible en dos cubanos de tanto calibre terminar con notas altisonantes en temas donde siempre se podía rozar el ridículo, cerraba así: «A lo mejor nos encontramos en La Habana comiendo spaghetti, o arroz con frijoles mientras el viejo Kourí se caga en Platón.»⁵⁸

Su mujer, Teté Casuso, por supuesto, también desconfiaba de sus palabras tranquilizadoras. Lo conocía muy bien y

⁵⁷ Pablo de la Torriente Brau. *Cartas y crónicas de España*. La Habana, Ediciones La Memoria, Centro Cultural Pablo de la Torriente Brau, 1999, p. 118.

⁵⁸ *Cartas cruzadas*, *op. cit.*, p. 596.

sabía que el temperamento de su compañero no era fácil de frenar. Por eso escribía Pablo: «no tiene fe ninguna en que yo solamente “vaya a ver”». ⁵⁹

A Valdés Daussá, quien también creía que él era más necesario en la revolución de Cuba que en la de España, le respondió con innumerables razonamientos, ya expuestos en cartas anteriores. Pero él se defendía, y así es posible inferir que uno de los argumentos más sólidos que seguramente utilizó aquel para disuadirlo de su viaje, fue la preocupación, lógica en aquellos que no lo conocían bien, por su vehemencia y explosividad.

Lo cierto es que en Pablo se produciría lo inevitable pues enseguida la guerra la haría suya y sólo suya, inmediatamente.

[E]s una apreciación errónea tuya el considerar que voy a actuar como un simple miliciano. Si la situación se pone difícil, pelearé como otro cualquiera; si estoy en un lugar atacado, pelearé también, como es natural. Pero esto será ocasionalmente. Como sería ocasional que una bomba de avión me despanzurrara. Yo creo haber adelantado algo, aun en el control de mí mismo. Pienso que ya, por lo menos bajo algunos aspectos, soy hombre con ruta trazada, con brújula [...].⁶⁰

Y continuaba justificando lo acertado de su decisión y asegurando que el de España sería el mejor trabajo revolucionario que tendría al alcance en toda su vida.

En otra carta a Roa se defendía de las imputaciones por su decisión: «no es sino una aventura más o menos temperamental y agradable». ⁶¹ Lo habían confundido con un organizador o algo por el estilo y negaba que lo arrastrara la aspiración de mosquetero. El secreto y la emoción de su impulso le dictaban que su lugar estaba allá.

⁵⁹ *Cartas y crónicas de España, op. cit.*, p. 57.

⁶⁰ *Cartas cruzadas, op. cit.*, pp. 423-424.

⁶¹ *Ibidem*, pp. 426.

No fue necesario esperar demasiado para que el tiempo, y las propias cartas de Pablo remitidas desde España, le dieran la razón a sus compañeros y amigos. Una y otra vez, su conducta desmentía lo que dijera o escribiera apenas dos meses antes. Pero también había que considerar que era muy distinta la Guerra Civil Española, vista desde Nueva York o La Habana, que vivirla en Madrid, Alcalá de Henares o en la Sierra de Guadarrama.

En los primeros días de octubre de ese año negro de 1936, sus misivas confirmaban, una tras otra, al Pablo verdadero: impetuoso, apasionado, irrefrenable hombre de acción, «[N]te puedes imaginar tú, la sensación que dan las balas explosivas al estallar contra el parapeto. Suenan como una bofetada y dan ganas de salir a pelear.»⁶²

En dicha carta cuenta que fue a Madrid a hacer varias entrevistas y que con la que le hará a Julio Álvarez del Vayo podrá satisfacer el plan [de trabajo] de *New Masses* [la publicación norteamericana de la cual era corresponsal de guerra en España]. Pero su pensamiento íntimo se descubría en el siguiente párrafo: «Por mi gusto, claro está que me hubiera quedado con la columna de Galán.»⁶³

En otra de sus cartas, hacía una descripción que lo pintaba disfrutando con inefable placer la vida, a la que se entregaba vorazmente, y mucho más dada la vecindad de la muerte, porque en él también palpitaba lo dionisiaco, como lo calificara Marinello en su prólogo a *Peleando con los milicianos*.⁶⁴

Así nos dice que el día anterior sintió otra de las emociones de la guerra, la de estar en Madrid como un miliciano más y olvidarse de todo. No pensar ni en él mismo, como los hombres del frente que tanto quieren en esa oportunidad de estar allí unas horas:

⁶² *Cartas y crónicas de España, op. cit.*, p. 57.

⁶³ *Ibidem*, p. 83.

⁶⁴ Juan Marinello. «Pablo de la Torriente Brau, héroe de Cuba y de España.» En: Pablo de la Torriente Brau. *Peleando con los milicianos*. La Habana, Ediciones Nuevo Mundo, 1962, pp. I-XXIII.

[V]er los ojos brillantes de las mujeres y tomar en las tabernas, entre amigos irresponsables, un poco de vino rojo y luminoso como el farol de las prostitutas; o unas cañas de cerveza, dorada y espumosa, como deben ser las novias alemanas de los alemanes de la Brigada Internacional.

Allá nos fuimos, a la Hostería del Laurel, sin apenas dinero, después de bebernos una cantimplora del viejo vino del marqués, a comer platos distintos, cosas raras que hace tres meses que no comíamos, un grupo de compañeros.

Había vino antiguo, mujeres de brillante pelo negro, figuras plenarias de la vida; sonrisas blancas; ojos misteriosos como las piedras antiguas y manos suaves y blancas. ¡pero quién se acuerda de las mujeres ahora! Sólo yo que te escribo y los novios que andan por los rincones al anochecer. Te digo que es bello vivir [...].⁶⁵

Escribió buen número de reportajes, entrevistas y crónicas sobre la guerra civil, sus circunstancias y protagonistas más notorios. Pero prevalece en ellos el combatiente, el político, el ideólogo, sobre el periodista y el escritor, lo cual no resulta extraño, pues quien conociera su personalidad y su obra sabía que así sería, y muchísimo más teniendo en cuenta las urgentes tareas de esa guerra donde el destino de una España, digamos, simplemente democrática, progresista, estaba en peligro mortal. Y, en segundo lugar, porque para un revolucionario curtido en la acción, de espíritu impaciente, necesitado de comprobar de inmediato su trabajo práctico, escribir en ese momento, atestiguar acerca de los acontecimientos, en medio del trueno de los cañones y los bárbaros bombardeos del enemigo, resultaba anacrónico por no decir irrisorio. O acaso la propia guerra era una experiencia tan estremecedora e inabarcable que le resultaba imposible contarla o describirla en toda su intensidad. Probablemente algo más grave le estuviera ocurriendo a Pablo: la guerra lo estaba tornan-

⁶⁵ *Cartas y crónicas de España, op. cit.*, p. 132.

do insensible para reflejarla, tal como lo dejaba entrever en carta fechada a menos de un mes de su muerte:

Yo, mientras ponía más atención a los posible ruidos cercanos, recordé con cierta pena el tiempo en que la música tenía para mí horizontes más diversos que el de los himnos de la revolución desacordemente entonados por las compañías en marcha, estafalarias, soñolientas y animosas. Pero así es la guerra de inhumana e insensible. Por eso nadie podrá jamás pintarla bien. Cuando uno se pone a escribir es que, por un momento siquiera, le ha vuelto a uno su capacidad de emocionar el recuerdo. Y ya es falso todo. Ahora yo me explico aquel desencanto de López Rubio, el ingeniero cubano asesinado cuando la lucha contra Machado, ante toda la literatura y el cine basado en la Guerra Europea, cuyos cuatro años vivió intensamente.

«Ninguna sirve para nada, ni las novelas ni las películas», me decía siempre. Y yo estoy seguro que tenía razón.⁶⁶

A mi juicio, lo decisivo para él en ese minuto supremo era entrar en acción, protagonizar él también esa lucha, influir directamente en ella y así lo expresaba, claramente, en una carta de 15 de noviembre:

[...] Por lo pronto, mi cargo de Comisario de Guerra con Campesino, acaso sea un error desde el punto de vista periodístico, puesto que tengo que permanecer alejado de Madrid más tiempo del que debiera, pero, para justificarme plenamente, comprenderás que en estos momentos había que abandonar toda posición que no fuera la más estrictamente revolucionaria de acuerdo con la angustia y las necesidades del momento. Más adelante, cuando mejore sensiblemente la situación, abandonaré este cargo y podré maniobrar más libremente. No obstante, la cercanía a Madrid no me dificulta grandemente el obtener noticias. Es el tiempo material el que me falta porque en el frente, y más en estos momentos, es

⁶⁶ *Ibidem*, p. 136.

muy difícil distraer una hora para nada que no sea la preocupación de la guerra.⁶⁷

Pero el lúcido De la Torriente, el que reflexionaba en profundidad haciendo brillantes análisis de la situación de Cuba, de España o de los peligros del fascismo para el mundo, también insistía, como los dirigentes de la República y de los partidos de izquierda, en las consignas del momento, consciente de que la hora decisiva que vivía España exigía entera dedicación, que el papel allí no era discernir fríamente sobre la situación, sino agitar y movilizar a los soldados bajo su mando directamente o a la opinión internacional cuando tenía tiempo para escribir una crónica aprisa. Dada la gravedad de la situación, de los peligros reales que amenazaban a la República, se autolimitaba, sobreponía su sentido de la disciplina y su ya probado sentido de la responsabilidad como político, a sus posibilidades para discurrir en los trabajos periodísticos, con la misma agudeza con que solía hacerlo en La Habana o Nueva York. Todo parece indicar que para el Comisario de Guerra lo esencial en ese momento era poder instruir a la tropa, a los milicianos, batirse a puro pulmón con argumentos y denuestos con los fascistas más allá de los parapetos, en las noches heladas de la meseta castellana. Por lo tanto y consecuentemente, sobre ese mismo De la Torriente, Quijote indomable, invencible, con los fascistas a las puertas de Madrid escribía: «Tengo más fe en la victoria final que en que yo soy yo.»⁶⁸ Aunque los vea en la Puerta del Sol los echaremos a patadas de aquí. Pero allí no llegarán.»⁶⁹

Para Pablo era inconcebible que también se perdiera España, la utopía española. Jamás. Porque entonces sí tendría que llegar a la dolorosa y patética conclusión de que la vida, para él la revolución, estaba marcada por la derrota. Y tal

⁶⁷ *Ibidem*, p. 120.

⁶⁸ *Ibidem*, p. 118.

⁶⁹ *Ibidem*, p. 117.

desvarío no cabía en el proceso reflexivo de un revolucionario como Pablo. Sabía muy bien, y así lo había escrito hacía años, que «ningún héroe es verdadero si no es más grande en la muerte que en la vida; si no queda más vivo que nunca después de su muerte. Si no es capaz de engendrar alientos en los que no lo conocieron sino por la leyenda, que es la única historia de los héroes verdaderos».⁷⁰

España fue vida, culminación y muerte en Pablo de la Torriente, ese héroe trágico que hizo suya antes que cualquier otro. Nadie la reclamaba ni la necesitaba tanto como él. Por lo tanto, en ella pudo reconciliarse consigo mismo, ya que, por paradójico que pueda parecer, se convirtió en un signo exaltante para un temperamento y una personalidad como la suya, en el momento que se desencadena. A pesar de la muerte que acechaba en Majadahonda, para su vida fue providencial. En el fragor de los combates, difícilmente alguien sintió o tuvo la certidumbre como él, de estar alcanzando allí, precisamente, toda su plenitud revolucionaria y humana.

⁷⁰ «Hombres de la revolución», *op. cit.*, pp. 333-334.

*Manuel González Bello**

Pablo entre la broma y la muerte**

Cuentan que era alto, fuerte, con aspecto de leñador, altivo, ojos negros que brillaban y envolvían a quien miraba y una voz que correspondía a su dimensión física. Dicen que caminaba como por la cubierta de un barco en la mar.

Cuando hablaba, lo hacía con una mezcla de brusquedad y ternura indescifrable para los incapaces de descubrir al ser humano que había en aquel hombre.

Tal vez por su niñez de desandar caminos y de estar hoy aquí, mañana allá —Puerto Rico, España, Santiago de Cuba—, hubo en él un ansia de aventura. Pero no aventura irresponsable y loca, sino aventura con un sentido y una dirección.

Era un hombre nacido para vivir pleno y sin amarras, ajeno a las formalidades fatuas, convencido de todo cuanto hacía, que desarrolló su difícil existencia volando entre sueños y esperanzas, pero con los pies clavados siempre a la realidad y las circunstancias; telúrico y lozano, tierno y violento, inquieto y sereno.

Simple como una línea, porque una sola línea tuvo siempre su conducta y su hacer, en una época turbia y compleja de la historia de Cuba.

De franco decir, sin dobleces, sin medios tonos para ocultar su modo de ver una realidad determinada, severo y comprensible, con una sinceridad que escapaba a la más mínima falsedad. Véanse sus cartas como prueba testifical.

En todas las épocas y momentos históricos los jóvenes han requerido de hombres-brújula, de vidas-guía, de perso-

* Escritor y periodista cubano (1949).

** Primera Mención del Premio de Ensayo Pablo de la Torriente Brau, convocado por la Cátedra homónima de la Facultad de Comunicación Social de la Universidad de La Habana en 1995. Inédito.

nas a quienes, cada cual a su manera, quisiera imitar en lo más íntimo. Hoy día, cuando la sociedad se preocupa por la pérdida de algunos valores humanos, sociales y hasta patrióticos, se necesitan como nunca ejemplos y paradigmas.

Pablo de la Torriente Brau bien pudiera ser un ideal, por su peculiar personalidad que, a la vez, resulta accesible a los jóvenes de nuestra época. No estamos ante un héroe legendario y distante, imposible de alcanzar por el común de los humanos. Encerraba, eso sí, las más elevadas virtudes humanas, y hoy, en años duros, parecería una bandera de lucidez, tesón y voluntad.

Pablo no ha sido un ignorado. Luego del triunfo de la Revolución su obra periodística y literaria se ha editado y divulgado. La generación que era joven en los años sesenta lo tuvo entre sus héroes, acudió a saber de su vida en el Presidio Modelo, de su pasión revolucionaria, de su exilio neoyorquino, de su combate y muerte en España, a donde fue guiado por un patriotismo sin par y un convencimiento absoluto de la contribución que ello significaba para la causa cubana.

Raúl Roa, quien tuvo en Pablo «la más limpia, alegre y honda amistad» de su vida», contribuyó a que los cubanos conociéramos a este hombre inmenso, ya fuera editando uno de sus libros o entregando textos bien resguardados para que llegaran a manos del gran público.

Sería injusto, por demás, desconocer la labor de Víctor Casaus, que deslumbrado como tantos de nosotros por la personalidad de Pablo, ha recogido un importante tramo de su vida en la literatura y el cine.

Pero no sería irresponsable afirmar que los jóvenes cubanos que hoy transitan entre los veinte y los treinta años de edad, desconocen a fondo quién fue Pablo de la Torriente Brau. La gran aventura que fue la vida de este hombre que murió en plena juventud de un balazo en la batalla, de seguro sojuzgaría hoy el espíritu de ellos.

Estoy llamando, obviamente, a sembrar entre la gente joven el deseo por aproximarse a la vida y a la obra de

aquel que dijo «me voy a España» con la misma naturalidad, pasión y entrega con que cultivaba un flamboyán o descubría estrellas acostado sobre el piso del infernal Presidio Modelo.

Desde su infancia santiaguera hasta su dolorosa y heroica caída en la española Majadahonda, Pablo estuvo rodeado de muerte. De muerte física, de muerte moral, de muerte de esperanzas, de muerte de amigos entrañables, de compañeros de lucha.

Su primer contacto con el fin de la vida lo tuvo en El Cristo, cuando era un escolar. Fue una muerte pasional y violenta, de cuchillo clavado por la espalda. En su inocencia infantil, acudió hasta el charco de la sangre de la víctima y la tocó con el pie. «El pueblo era muy chiquito y un hombre muerto por otro parece que era algo muy importante entonces... también...», escribiría años después.¹

Mas no tuvo Pablo un sentido trágico de la muerte ni la vio como algo fatal, sino como un accidente natural, propio de la vida.

Pero el infortunio, las decepciones, la dureza de la vida y la propia muerte, no pudieron anular en Pablo uno de sus rasgos esenciales, uno de los matices más sobresalientes de su copiosa personalidad: el humor.

Entre la broma y la muerte transcurrió su vida fecunda y ejemplar.

En Pablo, broma no quiere decir choteo e irresponsabilidad, desmesura y superficialidad. Simplemente que tiñó de humor todo su accionar humano y patriótico. A la ligereza con que hacía un chiste, correspondía una profundidad sin límites para analizar el fracaso de la huelga de marzo de 1935 o el rumbo incierto que iba tomando la revolución, o la trascendencia que tendría para el mundo un triunfo de las fuerzas revolucionarias en España.

Juan Marinello, quien lo conoció profundamente en circunstancias difíciles, lo calificó como «un integradísimo caso

¹ Pablo de la Torriente Brau. *Presidio Modelo*. La Habana, Ediciones La Memoria, Centro Cultural Pablo de la Torriente Brau, 2000, p. 50.

de humanidad entendida como triunfo y honra del hombre».²

«[M]irarlo más de cerca —señala Marinello—, hablar con él en las interminables tardes del Presidio, era verlo hasta el fondo. Entonces, se tocaba toda la afilada inteligencia, toda su serena perspicacia, toda la recia figura de aquel gigante alborozado [...]»³

Y apunta Marinello rasgos que me parecen esenciales en la personalidad de Pablo, que lo distinguen como ser humano, y que, a la vez, apunto como cualidades que en él pueden encontrar los jóvenes de hoy, y que definiría como la voluntad de vivir en grande.

Explica Marinello:

No fue complejo, pero sí intenso. La frescura de sus reacciones, su alegre candor, venían sin duda de la niñez. Quien no conviviese con él buen tiempo, lo tenía como un muchacho desmesurado, como un deportista en el que el ingenio fuera expresión inmediata de la salud y de la fuerza. Fue, sin literatura, otro ilustre desconocido. No porque tuviera interés en ocultar su condición (lo que hubiera repugnado a su sinceridad impetuosa) sino porque la «joie de vivre» ocupaba mucho lugar en su ser y porque una generosidad ingénita lo empujaba a ser simple, grato y benéfico.⁴

De la definición que hace Marinello de Pablo, me permito subrayar algunos vocablos: intenso, alegre candor, ingenio, joie de vivre, simple, benéfico. Por ahí están muchas de las claves para explicar a Pablo de la Torriente Brau. ¿No son estos acaso adjetivos que adornarían a cualquier joven de la Cuba de hoy?

El humor de Pablo no se da solo como broma —que en él tuvo tan vital expresión—, sino también y sobre todo como

² Juan Marinello. «Pablo de la Torriente, héroe de Cuba y de España.» En: *Contemporáneos. Noticia y memoria*. Santa Clara, Universidad Central de las Villas, 1964, p. 243.

³ *Ídem*.

⁴ *Ibidem*, pp. 243-245.

optimismo, como actitud ante el revés e incluso ante la muerte. Humor como disposición de erguirse ante las más difíciles circunstancias. Cuando la revolución de los años 30 llega a lo que él mismo llamó «punto muerto», algunos abandonaron la lucha, otros fueron al ostracismo y otros siguieron la pelea. Pablo, grave en espíritu, con todas las puertas cerradas, descubrió un agujero: irse a escribir y pelear en España, y vuelve a ser el «gigante alborozado». Habla entonces de la guerra y de España con la misma alegría, pero con el tono que correspondía, con que describió a un amigo los batazos de Babe Ruth. Porque vivir en un «punto muerto» era impropio de su naturaleza y de su humor.

Una de las muertes de Pablo fue Gabriel Barceló. Desde Nueva York le escribe a Apolonia Gomila, la madre del luchador, una carta que define uno de los puntales más sólidos de su personalidad.

Nosotros también —confiesa Pablo— pasamos aquí nuestros pequeños inconvenientes, pero como tenemos buen ánimo, nos vamos defendiendo y todavía no hemos perdido del todo nuestro humor que, en mí, era como el escudo de mi salud intangible. Era y es, porque todavía, por fortuna, no lo he perdido.⁵

En un texto para la revista *Bohemia*, Gustavo Fabal dejó constancia del humor de Pablo de la Torriente Brau:

Cuando un cañonero de la Marina de Guerra nos arrojó una mañana al Presido Modelo, en Isla de Pinos, Pablo llevaba dos años en la prisión. Para un temperamento impetuoso, para un hombre de acción, una prisión tan dilatada era algo muy duro y, sin embargo, conservaba el carácter jovial y risueño que inalterablemente lo acompañó.⁶

⁵ Pablo de la Torriente Brau. *Cartas cruzadas*. Selección, prólogo y notas de Víctor Casaus. La Habana, Editorial Letras Cubanas, 1981, p. 121.

⁶ Gustavo Fabal. «Mis recuerdos de Pablo.» *Bohemia* [La Habana], 17 de diciembre de 1971, pp. 98-101.

Insisto en que la voluntad de vivir, de adentrarse a plenitud en la vida, es uno de los códigos de nuestro héroe. En plena guerra de España y entre la metralla, en medio de los heridos y la muerte, deja dicho el 22 de octubre de 1936: «Yo asisto a la vida, con el hambre y la emoción con que voy al cine. Y ahora Madrid es todo él un cine épico.»⁷

Un vivir intenso, un asistir a la vida, fue la existencia de Pablo, que se enriqueció con la experiencia de esta criatura sensible e inteligente. España fue su escenario ideal, porque la lucha andaba en la pujanza que correspondía a su personalidad, sueños y aspiraciones. Allí, entre los milicianos, el «gigante alborozado» se fue haciendo más inmenso. Raúl Roa sentenció: «En ese forcejeo desesperado y constante con la muerte, Pablo se encontró aún más a sí mismo, robusteciendo su temple y acrisolando su fe revolucionaria.»⁸

Quienes busquen a Pablo de la Torriente Brau, y reitero que los jóvenes de hoy deben hacerlo, hallarán precisamente eso: un constante humor edificador y un forcejeo con la muerte.

Ubicar el tipo de humor de Pablo es punto menos que imposible, si nos queremos remitir a teorías sobre el tema. Porque su humor era tan singular como su propia personalidad.

Ese signo lo acompañó en su comportamiento cotidiano, en sus relaciones con los demás, ante las más diversas y distintas situaciones de su breve pero extensa vida. Es la broma constante, la alegría, el optimismo, el chiste humano, tierno, inteligente.

Pero no es Pablo el típico embromador cubano. De su cubanía nadie puede dudar; no por gusto aprendió a leer en

⁷ Pablo de la Torriente Brau. *Cartas y crónicas de España*. La Habana, Ediciones La Memoria, Centro Cultural Pablo de la Torriente Brau, 1999, p. 88.

⁸ Raúl Roa. «Los últimos días de Pablo de la Torriente Brau.» En: *La revolución del 30 se fue a bolina*. La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1969, p. 166.

La Edad de Oro y amaba el cultivo de las plantas del país. Mas su humor refinado, muchas veces sutil, siempre de una ingeniosidad sorprendente, se distancia del típico que tradicionalmente han hecho los hombres de la Isla.

Pablo se mueve por otra cuerda, en otro tono.

José Antonio Portuondo emitió un concepto al que me adscribo por su certeza, y sobre todo por la precisión que hace sobre el choteo.

En una charla que ofreció el 19 de diciembre de 1969 en la Sociedad de Amistad Cubano-Española, comentó Portuondo:

Oscilamos entre el sarcasmo que hiere, la sátira y el choteo. [...] Pero en Pablo —continúa el profesor— el choteo se da como puede verse en muy escasos autores, se ve más bien el humor que es un sentimiento mucho más sano, mucho más abierto, mucho más alegre, mucho más vital, porque en el choteo, como en toda forma de crítica social, hay siempre cierta acritud y, además, es punzante.⁹

Fue Pablo crítico de la dictadura de Gerardo Machado, del régimen social imperante en Cuba en los años que le tocó vivir, de renegados y oportunistas, de blandengues y pusilánimes de la época. Sin embargo, raras veces para esas críticas utilizaba el humor, cuando más una ironía leve. En esos casos el lenguaje y el estilo eran otros, aunque sin poder evitar el desenfado innato, su forma esencial de ser.

Con el humor se movía más en otros terrenos, y lo empleaba incluso contra sí mismo. Era el suyo un humor más dirigido a lo personal, a lo humano, a lo cotidiano. Tal vez por esa razón es que Portuondo ve en Pablo un humor «mucho más abierto, mucho más alegre, mucho más vital».¹⁰

Tiene que ser así porque estamos en presencia de un hombre muy seguro de sí mismo, muy convencido de sus posibi-

⁹ José Antonio Portuondo. «Pablo de la Torriente, Comisario Político.» *Santiago* [Santiago de Cuba], no. 23, septiembre de 1976, pp. 15-16.

¹⁰ *Ibidem*, p. 16.

lidades y capacidades, con firmes convicciones, de distinguida entereza. Y, sobre todo, de un humanismo poco frecuente.

Por eso en sus bromas no hay amargura ni resentimientos, que no podían encontrar espacio en espíritu tan fuerte.

Hombre inteligente y culto, estudioso y multifacético, tenía un genio muy cubano.

Nitza Villapol, que vivió con él su primer exilio en Nueva York, cuenta una anécdota de su etapa de vendedor de helados (*ice creams*) para sobrevivir en la ciudad de la que dijo que alguna vez se vengaría.

En [una] oportunidad, papá, que como él salía temprano a caminar las calles con un cajón al hombro y las mismas intenciones, que regresaba tarde con los pies cansados de andar pero sin tener éxito, le preguntó: «¿Qué haces para venderlo todo siempre?» Y como ese trueno que un día de aguacero tropical va acompañado de un sol esplendoroso, brotó su carcajada: «Es muy fácil.» Entonces contó cómo en los parques y por la avenida que en Manhattan está construida a la orilla del río Hudson, buscaba en los rincones más apartados a las parejas de enamorados y los rondaba pregonando, hasta que por deshacerse de él, algo le compraban. A esto, Pablo lo llamó «psicología del amor aplicada a la venta de helados».¹¹

Para un hombre inmerso en la lucha de su pueblo y con altos intereses intelectuales —ya era un escritor—, vender helados para ganarse el pan no debió ser nada edificante, pero él se sobreponía a esa circunstancia, y en varias ocasiones bromeó con el tema, pero de una forma alegre, sin amarguras.

El humor de Pablo es natural espontáneo, delicado, casi de niño travieso, como si se divirtiera con la broma tanto o más que el destinatario.

¹¹ Nitza Villapol. «Pablo.» *La Gaceta de Cuba* [La Habana], no. 185, 1988, pp. 10-11.

Al final de una carta a una amiga escribió: «Telephone (No Telephone).» Y a sus amigos les cambiaba el nombre a su capricho y con referencias históricas o literarias. Así, Concepción Fernández se convierte en Concha Espina; Pedro Capdevila en don Federico de Capdevilla; Oscar Barceló en don Oscar de Bar Solo. Y existen también Miguel de Unamuno y don Jesús Vive Dios.

Tiene que ser muy elevado el espíritu de un luchador revolucionario, preocupado por los destinos de su pueblo, en circunstancias arduas, para mantener ese tipo de bromas. Un hombre que enfrentó los disparos de la policía, la violencia de la cárcel y el horror de los carceleros, la desaparición de seres muy queridos, tenía que estar poseído de una ternura inconmensurable para escribir textos como este dirigido a Conchita Fernández:

Mientras tanto, bueno será que pienses en lo que ya te he mandado a decir: que Frederick Marsch y Clark Gable, por razones de amistad, han decidido renunciar a las pretensiones que tenían sobre ti para dejar que entre Wallace Beery y Charles Laughton se disputen tus manos, tus pies, y sabe Dios cuántas cosas anatómicas más de tu persona, cada día más parecida a un rayo de sol, de puro rubia y transparente e invisible que te estás poniendo.»¹²

De sus paupérrimos bolsillos extrae algunas monedas y se va a ver un juego de beisbol, uno de sus deportes favoritos. Su carta a Jesús de la Carrera y Fuentes constituye una crónica humorística sobre lo que vio.

Como en el juego del Yankee Stadium, en Polo Ground había más de 50 000 personas... Algo así como la ciudad de Cienfuegos y varios pueblecitos de los alrededores, comprendiendo suegras, nietos, primos políticos y novios de la muchacha de la otra cuadra... Algo asombroso. Era un espectáculo interesante ver a cincuenta mil cabezas apretadas, juntas, y, de pronto, verlas que parecían un campo de fresas,

¹² *Cartas cruzadas, op. cit.*, p. 78.

todas rosadas... Todo el mundo parecía calvo, cuando sonaba el himno —¡aquí también hay himno!— y se ponía de pie y descubierta la gente... Su melena hubiera lucido allí como la mismísima de Beethoven, cuando andaba escaso para ir al «figaro», que es como se les decía a los barberos en tiempos de Beethoven.¹³

Su patriotismo extenso, su amor a las tierras nuestras, también pasa por el camino del humor. En respuesta a una misiva de Alberto Saumell, afloran esos sentimientos con frescura y candor.

[...] Siempre —confiesa Pablo— pienso en América antes que en Europa entera. Y estoy seguro de que París no tiene ni el sol ni el mar de La Habana; ni la grandeza panorámica de México o Río de Janeiro. Y el sena (con minúscula, para guardar las distancias) es como una meada al lado del Amazonas; y los Vosgos y hasta el Monte Blanco, no pasan de humildes pisapapeles del Ten Cents comparados con el Aconcagua, Tupungato y Descabezado... Y en cuanto a la historia, el hombre más grande de ella es Cristóbal Colón, de quien ya nadie duda de que era americano —de Manzanillo, mejor dicho, de Bayamo— y la prueba de ello es que conocía el camino y que en Europa no acaban de ponerse de acuerdo sobre el lugar de su nacimiento...».¹⁴

Pablo presumía, con razón, de tener una salud de hierro. Pero lo ataca una de las gripes típicas de Nueva York... Y en esta ocasión su humor, una vez más, se vuelve sobre sí mismo...

Tu carta llegó en momentos «extraordinarios». Figúrate que, por primera vez en mi vida caí en cama, con una gripe fulminante que me atacó en plena calle y tuve que ser llevado casi «en andas, por obispos y embajadores» hasta casa de unos amigos en donde, previo los auxilios del «Sanson», pude recuperar el equilibrio, después de una especie de colapso

¹³ *Ibidem*, p. 84.

¹⁴ *Ibidem*, pp. 67-68.

digno de cualquier prima donna ofendida. Y, como tu carta traía la astronómica suma de 500 kilos, pues se destinaron a unas ampulas contra la gripe, que vinieron a surtir efecto a los veinte días justos de tratamiento. Por poco, si me descuido, me da sinusitis frontal.

le dice a José Antonio Fernández de Castro.¹⁵

Y sobre el mismo asunto, le cuenta a Pedro Capdevila:

Aunque me esté mal el decirlo estoy enfermo. Llevo doce días en cama. Yo, que solo había estado en cama por lesiones o de foot ball o de la policía, ahora, en esta ciudad cabrona, por poco me caigo en la calle, como una señorita histérica [...]. He tomado potingues para facilitar la salida monolítica de los camaradas gargajos; me he puesto el termómetro en la boca, por no ponérmelo en el culo que es lo que aquí se acostumbra; y, por último, me he barrenado la nalga con inyecciones de aceite, mucho más útil para ensalada que para el catarro. Y hoy, en fin, sigo con gargajos, dolores y gripe. Pero todo se arreglará o me acaba de dar la temible neumonía que es lo que parece que ha querido entrarme, como si también fuera del Servicio Secreto...¹⁶

De ese humor de amigos, como prefiero llamarlo, hay un momento que deja traslucir la humanidad de Pablo. Raúl Roa le informa que su esposa Ada está embarazada, y Pablo en varias cartas le critica que tenga un hijo en las circunstancias que viven en Estados Unidos. Poco después, Aureliano Sánchez Arango le comunica que está en igual situación.

Así le expresa a Arango:

Considero en tu caso, como en el de Raúl, una imbecilidad y una irresponsabilidad de marca mayor, el aparecerse a estas alturas con un pionero. En último caso, Raúl tiene la excusa de su pretendida «locura», pero en cuanto a ti, nadie te salva [...] Ojalá, carajo, que sean quintuples en ambos

¹⁵ *Ibidem*, pp. 89-90.

¹⁶ *Ibidem*, p. 60.

casos, para que se jodan de una vez. Ojalá que tanto Estrella como Ada estén pariendo una semana, por lo menos a razón de gemelos por día. Y, ojalá, que salgan bien jodedores, bien chillones, bien hambrientos, para que paguen la culpa de tan tremenda imbecilidad. Yo, desde la altura de mi sabiduría, me rasco ahora mis benditos cojones, repletos de futuros «suicidas», de admirables «sabios» y «augures» que con la vida nada quieren tener que ver. Y «*that's all*», como dicen estos cretinos.¹⁷

El hecho, por demás, es demostrativo de la amistad y la humanidad infinita entre Raúl Roa y Pablo de la Torre Brau. Cuando pare Ada Kourí, Raúl Roa se lo comunica a Pablo, en una carta que constituye una de las más hermosas páginas que escribió el autor de *La revolución del 30* se fue a bolina y otras maravillas. Entonces Pablo le expresa:

¡Vaya, coño, al fin pariste! ¡Y al fin fue macho el muy cabroncito! Te aseguro que ya nos tenía medio angustiados a todos ese parto tan demorado de Ada que llegó a parecernos de quince meses. [...] Mándale a la vieja Ada un abrazo suave de todos y nuestra alegría común. Aunque eso de la paternidad está fuera de todos mis proyectos, comprendo que ha de ser magnífico y loco ese día de ser papá; de recomenzar nuestra infancia en otro yo; de comprender cómo éramos cuando no recordamos lo que éramos. Si duda, es una bella y noble aventura la de tener un hijo. Pero la vida es dura —aunque yo sea alegre y fuerte— y yo tengo el duro complejo de los recuerdos de infancia y la cruda realidad de hoy, sin horizontes claros por de pronto. Y a lo mejor nunca tendré un hijo. Bien, en todo caso, seré tío del tuyo. O de los tuyos, porque como muy bien dices, siguiendo el refrán, el que hizo un cesto hará ciento. Y, desde luego, de tener uno, tenerlos todos, porque un árbol solo no es tan bello como un bosque. Dime tú, un bosque de muchachos, de gritos, de vida. Bueno, un abrazo también a ti, que ya eres padre. Y un saludo alegre para los cuatro abuelos por ese primer nieto, macho, revolucionario y jodedor sin duda, cuyos gritos pron-

¹⁷ *Ibidem*, p. 276.

to se disputarán celosamente y cuyas meadas serán un honor para ellos. Un saludo también para todas las madres futuras que hay por ahí y que, con la noticia, deben haber sentido la angustia del dolor presentado. ¡Que se ponga a parir toda la revolución ya que para tan poco han servido, o han podido servir, los orfanatos de la revolución!¹⁸

Pablo fue deportado de Cuba luego de cumplir más de dos años de cárcel en el Presidio Modelo. Permaneció cinco meses en Nueva York y regresó a su patria.

Cuando en marzo de 1935 fracasa la huelga revolucionaria, Pablo siente sobre sí la mayor represión, y se ve obligado a partir nuevamente al exilio, esta vez llevando sobre sí el torturante peso del revés, de la muerte de una acción popular que pudo haber desencadenado un triunfo, y la impotencia de no haber podido hacer nada para evitar el descalabro.

[...] Tú no estuviste en La Habana en aquellos días inolvidables —le diría después a Ramiro Valdés Daussá. Nadie te los podría pintar. Fueron imponentes. ¡Y nada se hizo! Ni siquiera se replicó al terror. Se dejó asesinar cobardemente a los hombres. Nadie tenía nada preparado. Todos, auténticos, guiteristas, abecedarios, fueron unos canallas o unos imbéciles. Y no admito términos medios [...].¹⁹

En un apunte personal, deja ver su estado de ánimo el 13 de marzo de 1935.

Hoy se puede considerar perdida la huelga. Ayer fue un día decisivo y terrible. [...] // Pocas horas de tal intensidad emotiva como las de ayer. Envié a Teté a que me buscara un contacto para salir por la noche a balacearnos, a morir acaso. Cuando se fue me pareció que pudiera ser la última vez que la viera. Y quise mostrarme cariñoso con ella ya que le había peleado tanto por su exceso de precaución.²⁰

¹⁸ *Ibidem*, pp. 395-396.

¹⁹ *Ibidem*, p.56.

²⁰ «Del diario de Pablo de la Torriente Brau.» *Pensamiento Crítico* [La Habana], no. 39, abril, 1970, p. 310.

En esas condiciones psicológicas llega Pablo a Nueva York, una ciudad que en más de un sentido le resultaba hostil, incluido el idioma, que nunca pudo dominar. No es gratuito que la llame «capital del odio», al ver la situación de los demás emigrados y de los propios ciudadanos norteamericanos.

En carta a José Mancisidor, director de la revista Ruta, opina que «si la estupidez y la estolidez alcanzan aquí sumas astronómicas ello es precisamente por causa de una organización social en cuya heráldica campean la máquina trituradora de hombres y el chorro de sangre y el chorro de sudor...»²¹

En Nueva York, el joven exiliado cubano a duras penas conseguía empleo, y cuando lo logra, es vendiendo por las calles o en un restaurante por un salario de miseria: «Tengo que barrer y mapear un cabaret después que se va la gente, por lo que me levanto a las tres de la mañana y salgo a las tres de la tarde. Quiere decir que me anula el día, me rompe las comidas y sólo me dan diez pesos sin ningún día “*off*»», le cuenta a Roberto Chacón.²²

De penuria en penuria transcurre la vida de Pablo en Nueva York. Es un panorama angustioso, frustrante, desolador.

Pero un hombre que asiste a la vida con la emoción con que va al cine, y mucho más si es un revolucionario convencido, no se deja vencer. Voluntad, decisión, perseverancia, entusiasmo y humor afloran como nunca, y Pablo se levanta sobre las ruinas inhumanas de Nueva York y los reveses personales para acometer otras tareas con sobrada energía: los trabajos revolucionarios.

Junto con Raúl Roa y otros compañeros funda la Organización Revolucionaria Cubana Antimperialista (ORCA), cuya sigla menciona con aires humorísticos en más de una ocasión.

La unidad, organización y movilización de los exiliados cubanos para asumir los propósitos revolucionarios, consti-

²¹ *Cartas cruzadas*, op. cit., p. 162.

²² *Ibidem*, p. 114.

tuye una obsesión de Pablo y son el objetivo central de ORCA.

La organización tiene un vocero, *Frente Único*, periódico al que Pablo se entrega con pasión, esmero y esfuerzo, con el fin de divulgar las ideas patrióticas en Cuba.

Pero, además, crea el Club José Martí, también con fines unitarios.

«El periódico es nuestra arma y el Club es nuestra obra»,²³ le dice a Roa.

No tiene límites la acción de Pablo. Participa en el Club Mella, redacta manifiestos, se compenetra con exiliados latinoamericanos, habla en mítines, establece relaciones epistolares con intelectuales de Estados Unidos y América Latina, intenta publicar *Presidio Modelo*, envía crónicas a La Habana, trabaja en proyectos de libros.

Y mientras pasan los meses, se va observando un resquebrajamiento entre los revolucionarios, muchos de ellos en brazos del pesimismo.

Sólo un patriotismo sanguíneo, un sentido muy profundo del deber y una voluntad a toda prueba, le permitirían continuar. Y, además, la protección de su sentido del humor.

Víctor Casaus ha comentado con razón: «Para Pablo el humor no existe, limitado en un momento preciso; tampoco se prepara en un párrafo para concluirlo en el próximo: para él existe en cada minuto—incluso en los más tristes o los más solemnes— y brota, como su escritura, indetenible y sorprendentemente.»²⁴

Muy pocas situaciones personales en el exilio y el panorama que le ofrecía Nueva York escapan al humor de Pablo.

Hace muy pocos días que llegó a Estados Unidos y le escribe a la madre. Bromea con su necesidad de ropa y zapatos y describe las contradicciones neoyorquinas:

[...] Me voy a comprar zapatos nuevos y un flus nuevo (aunque sea de algún muerto, de una casa de empeño) y le

²³ *Ibidem*, p. 261.

²⁴ Víctor Casaus. «Prólogo.» *Cartas cruzadas*, *op. cit.*, p. 21.

voy a pedir a Mayito que me retrate «para mandar al campo».

[...]

Tú debías, con el capital que tienes reunido, darte un viaje por aquí. Yo te podría recibir en algunos de los varios palacios en donde «moro» y ya verías cosas en este pueblo. Hay un teatro que en las lunetas, si uno le mienta la madre al de la última fila, desde la primera, por buen oído que tenga, por si acaso ha dicho algo agradable, inclina graciosamente la cabeza, dando las gracias... Y así todo. [...] Y aunque no se tenga trabajo, se trabaja más y se pasa más trabajo que si lo tuviera. Es un contrasentido.²⁵

Esta vez, como en otras, ironiza con su propia situación personal y con la ciudad norteamericana.

De su amigo Pedro Capdevila recibe la irrisoria cantidad de ocho dólares. Confiesa que los empleará en sus mayores placeres: el beisbol y el cine. Y «[e]l resto del dinero, lo invertiremos en acciones de las más poderosas compañías de *beans, potatoes, rice, tomatoes, and other food important things*».²⁶

Así como utilizó en sentido humorístico el término «acciones en las más poderosas compañías», ahora habla de su secretario Rockfeller. En esta oportunidad se dirige a Gustavo Aldereguía, otro de los fundadores de ORCA.

En cuanto al importantísimo capítulo de los adeudos tuyos, éstos se remontan a la astronómica suma de dos toletes, por parte del período prehistórico, de tu primer «congreso» aquí. Y en cuanto a lo de la comida, pues te corresponde la tercera parte de \$1.22 que fue lo que costó el inmortal arroz blanco con picadillo hecho por Agustina. Tan pronto como los hados te sean propicios puedes remitir a nombre de mi Secretario Rockefeller el importe total.²⁷

²⁵ *Cartas cruzadas, op. cit.*, pp. 33-34.

²⁶ *Ibidem*, p. 81.

²⁷ *Ibidem*, p. 107.

La carta que ahora reproduzco demostraría varias aristas del humor del Pablo: juega con el nombre del destinatario, arremete contra el idioma inglés, ironiza contra el régimen presidencial en Cuba. Está dirigida a Jesús Expósito, empleado español que se ocupaba de la limpieza del bufete de Fernando Ortiz, donde Pablo fue secretario en sustitución de su amigo Rubén Martínez Villena.

Sr. Don Jesús Corredoyra de Castro y Expósito
Jefe del Departamento de Servicios Interiores
de la Consejería de Estado.

Ilustrísimo Señor:

Pláceme dirigirle unas líneas para notificarle que no hay gallegos en New York, me cago en Dios!... Por más vuelta que he dado no he encontrado uno solo. Parece que todavía sus paisanos guardan el rencor de la trampa del «Maine» y no le perdonan a estos yankees la muerte de Vara del Rey, que era un verdadero rey con la vara en la mano. Esto, sin contar a Cervera, el Almirante de Santiago, que fue un precursor de Paulino Uzcudún en eso de ganar «victorias morales». Hasta hoy, lo más aproximado a un gallego que he visto, es un andaluz, a quien le digo «el paisano». De manera que ya Ud., podrá hacerse una idea de cómo es esta ciudad, que tiene uno que admitir como gallego a un sevillano o granadino o cosa así.

Esto le servirá de ejemplo para que no se le ocurra venir por aquí. Además, aquí las personas de su alta categoría económica, debido a ello mismo, se ven obligadas a ponerse unos trajes que harían palidecer de envidia al propio rey de España, con su mejor uniforme de gala, pues los hay que usan unas levitas larguísimas, verdes, azules, amarillas, con galones, entorchados, rayas, guantes y gorras. Total, que parecen, por lo menos, Embajadores, Mariscales o músicos del Circo Santos y Artigas. Y como yo sé que a Ud. no le gusta ya más que la buena camisa sin cuello, y el honesto bigote, y en el bolsillo una de las «cienmillonésimas onzas de oro del cuño español», pues le aconsejo que no se venga para acá. Y, desde luego, que estos americanos son tan

brutos que no entienden el español y mucho menos el gallego!...
Quédese, pues en Cuba, que allí, por lo pronto, hasta el americano se entiende y acaso el día menos pensado llegue Ud. a Presidente, pues otros con menos derecho, ya han llegado. Recuerdos de Teté y míos, y acaso algún día escriba desde Compostela.²⁸

La esencia exploradora de la sociedad norteamericana es blanco de la humorada de Pablo.

[...] También podría llevarlo —le dice a Oscar Barceló— hasta la Riverside Church, construida hace pocos años, con el dinero de un Rockefeller, temeroso de que por sus bribonadas no le dieran acceso a la diestra de Dios Padre, y que tiene la torre religiosa más alta de New York, y el juego de carrillones más grande del mundo, de manera que, cuando se muera el tal Rockefeller, setenta y dos campanadas de la torre, armarían tal escándalo que Dios se enteraría o Dios está sordo como una tapia, según la frase de rigor.²⁹

Y en la propia carta:

Además, su viaje aquí tendría una misión apostólica. Porque, indiscutiblemente, son unos bandoleros estos curas de por aquí, sean católicos o mahometanos. No sé si Ud. se habrá fijado, al efecto, que no existe ningún santo americano... ¡Y eso que la influencia de Estados Unidos es tan grande!... Por algo será, Doctor!... Y no sé cómo se las arreglan que en todas las iglesias —y hay más que bodegas, aquí donde hay miles de bodegas— siempre hay programas musicales de altura y hasta no sé si dan fiestecitas y bailes los sábados por la noche... Le aseguro que su visita, con carácter apostólico, le haría mucho bien a la religión de esta ciudad, Doctor, que a juzgar por el número de las iglesias, cree mucho en Dios, pero que, a juzgar por

²⁸ *Ibidem*, p. 77.

²⁹ *Ibidem*, p. 80.

su inhumano sentido explotador y por la infinita variedad de sus vicios, parece la propia capital del Diablo.³⁰

El humor de Pablo de la Torriente Brau está despojado de acidez. Es la burla sana entre amigos, la ironía contra los males propios y del mundo que lo rodea. Sin embargo, cuando las circunstancias lo obligan cambia el tono. Así ocurre en su intercambio epistolar con la señora María M. Spaulding.

Le escribe a la señora Spaulding en tono humorístico, con el propósito de conversar con ella acerca de cine. La carta está firmada por el propio Pablo, que tiene una imaginación que se coloca «en uno de los primeros lugares desde los tiempos de Emilio Salgari a la fecha, por lo cual, con la retribución correspondiente, puede ser que accediera a escribir argumentos para Hollywood». Y también la misiva está hecha por Raúl Roa, quien sospecha que «sería el mejor director de películas del mundo»; por Teté Casuso, que «asegura que su talento histriónico es tremendo», y por Ada Kourí, que «no dice nada, pero es bella y tiene ya un nombre que suena a estrella de cine».³¹

Con aridez y formalidad, la señora Spaulding responde que los recibirá, pero que en ese momento es imposible, y les aclara que no puede «dedicar mucho tiempo al “management” de artistas, por no ser mi línea ni quedarme tiempo para ello».³²

Pablo, molesto por la negativa de la señora, que no entiende su humor criollo, apela a una ironía aplastante, arremete contra Hollywood: «[...] [H]emos llegado a la conclusión de que cometimos un grave error al dirigimos a Ud. en un tono propio para emplearlo con persona dotada de sensibilidad criolla, olvidándonos de que Ud. ha permanecido muchos años alejada de Cuba».³³

³⁰ *Ídem*.

³¹ *Ibidem*, p. 100.

³² *Ibidem*, p. 457.

³³ *Ibidem*, p. 105.

Y después de explicarle las verdaderas razones por las que él y sus amigos se dirigieron a ella, le informa:

[...] y hasta la relevamos de su amable compromiso de comunicarse con nosotros cuando regrese de sus labores periódicas, porque nosotros también nos vamos. Hoy nos mudamos de aquí, y mañana partimos en misión científica para determinada isla del Mar de la Sonda e ignoramos cuándo podamos regresar.³⁴

La verticalidad y limpieza moral de Pablo de la Torriente Brau es uno de sus atributos más notables. Era diáfano, transparente, incapaz de convivir con la intriga.

En el grupo de exiliados de Nueva York, surge una infamia. Se rumora que habían discriminado a los negros en una fiesta del Club Mella, lo que provoca en Pablo «un vapor de alta tensión». Convoca al grupo y trata inútilmente de descubrir al intrigante. Le cuenta el incidente a su amigo Roa y hace esta precisión reveladora de su carácter: «La mala fe fue evidente, pero esa gente, que siempre me habían oído hablar usando más o menos la broma, de acuerdo con mi carácter, de acuerdo con mi carácter también me oyeron hablar algún día como ellos no imaginaban que yo pudiera hacerlo.»³⁵

Ya adelantado 1936, a un año de la huelga de marzo del año anterior, la energía de los revolucionarios va mermando. El trabajo político recae sobre un grupo reducido. Acerca de esta realidad le comenta Roa:

Procuraré ser sintético, pues, no puedes imaginarte la cantidad de trabajo que tengo en ambos «Clubs». En uno me sacan el alma y en el otro tengo toda el alma metida. De donde se deduce que, de una manera o de otra, voy a parar en un desalmado... (Y si a la Gorda se le permiten chistes tan

³⁴ *Ibidem*, p. 106.

³⁵ *Ibidem*, p. 149.

alemanes como el del retrato, bien se me puede permitir a mí que haya hecho este tan polaco).³⁶

Y en otro momento de la carta: «Yo he decidido no quejarme del cargo de Mulo General. Creo que, de todas maneras, seré el primer mulo fecundo del mundo. Y bien vale la pena el esfuerzo.»³⁷

El humor raigal de Pablo de la Torriente Brau se comprende, en su verdadera dimensión, sobre todo si se tienen en cuenta los dolores que enfrentó en su vida, que estuvo siempre en el desafío de la muerte, en todas sus vertientes.

Fue de los veinticuatro primeros presos políticos enviados al reclusorio de la entonces Isla de Pinos. Allí conoció el horror de aquel recinto diabólico deshumanizado. De las muertes físicas de decenas de presos, de la barbarie de los reclusos convertidos en verdugos de sus propios compañeros de infortunio.

Sin embargo, la lectura del libro que escribió sobre el tema, así como también sus artículos periodísticos, reflejan que la mayor pena que sintió Pablo nacía de ver la degradación humana, el estado de bestias inferiores, de muerte espiritual, que afectaba a los reclusos comunes.

La siguiente definición me parece esclarecedora:

Tendido sobre la cama, con el pensamiento atónito, en las horas de las madrugadas prematuras, yo especulaba sobre todo este mundo lóbrego, bajo, vil y cobarde de Presidio. Incomprensible casi para mí. Mundo para topos y culebras, de bestialidad primitiva, de ancestral hediondez, en que el hombre, en vertiginoso descenso, llega hasta las capas más inmundas del espíritu, hasta a monstruosas denigraciones [...].³⁸

³⁶ *Ibidem*, p. 259.

³⁷ *Ibidem*, p. 260.

³⁸ *Presidio Modelo, op. cit.*, p. 315.

El monstruoso ambiente en que se vio obligado a vivir, de personajes abyectos, ruines, hipócritas, asesinos, sodomitas, cínicos, tuvo que forzosamente herir a Pablo. Pero aun en aquellas circunstancias de parálisis y encierro cruel, su humor y su optimismo salieron a flote.

En medio de la pesadilla, él y sus compañeros dedican el tiempo a estudiar, a aprender. Crean academias con nombres exagerados y rimbombantes, simpáticos.

En carta al filósofo y educador Enrique José Varona, explica Pablo las características de las «academias» y las asignaturas que estudian, y le pide libros.

Observe, Maestro, cómo el buen humor de la juventud no se pierde a pesar de todo y cómo nos las arreglamos para salir a la calle con muchas cosas nuevas que nunca hubiéramos aprendido de estar en libertad. Estamos a punto de parar en filósofos, ya que hemos llegado a tomar con filosofía nuestro pequeño desastre.³⁹

Pero a lo largo de su vida, los dolores que más cercenaron a Pablo fueron las muertes de sus compañeros de lucha.

La muerte de Rafael Trejo la tuvo bien cercana. Juntos fueron heridos en la manifestación del 30 de septiembre; juntos fueron conducidos al hospital. Allí, cuando la muerte se aproximaba. Trejo dedicó a Pablo su última sonrisa. «Se había despedido de mí con una sonrisa animadora, él, que se iba a morir. Por eso aquel recuerdo es tan claro, tan patético e inolvidable para mí», escribiría para el periódico *Ahora*.⁴⁰

Pero tenía Pablo convicciones muy definidas sobre la muerte. Sus criterios sobre el tema los expresó a Isabel

³⁹ Pablo de la Torre Brau. *Pluma en ristre*. Selección de Raúl Roa. La Habana, Ediciones Venceremos, 1965, p. 110.

⁴⁰ Pablo de la Torre Brau. «La última sonrisa de Rafael Trejo.» *Ahora* [La Habana], 30 de septiembre, 1934, p. 1.

Pereda, cuando murió su hijo Roberto Lago, quien fue su compañero en la prisión:

[...] Todos, al entrar en la revolución, sabemos perfectamente que la vida es un obsequio que nos hace la suerte y por eso es nuestra pena mayor cuando alguno, como Roberto, y antes como Gabriel, cae por enfermedad, en plena juventud, cuando hubiera deseado morir peleando.⁴¹

Mayo y junio de 1935 son meses de muerte dolorosa para Pablo. En varias cartas de esos días se refiere a la desaparición física de Antonio Guiteras y Carlos Aponte, asesinados en el Morrillo el 8 de mayo, cuando ya él estaba en Nueva York.

Hubiera querido escribirles en un día en que el ánimo pudiera estar más propicio, pero, como comprenderán, hoy estoy abrumado. Ayer, cada vez que tocaban a la puerta los amigos, entraba una noticia funesta. Primero, por la tarde, Aureliano, Raúl y Carlos Martínez, me trajeron la noticia de la muerte de Guiteras; después, por la noche, Pendás y Guillot, la de la muerte de Carlos Aponte, ese hombre excepcional y maravilloso que me llamó su hermano, y que tenía el corazón de un león. Su muerte me ha conmovido profundamente. [...] Se perdieron hombres excepcionales para la pelea y una buena parte del dinero», dice a sus amigos Enrique Figarola y Generoso Enrique Funcasta.⁴²

A Fernández de Castro le comenta: «Guiteras, políticamente, creo que iba por mal camino, con contactos apristas y otras historias; pero él iba a pelear y, sin duda, sentía la necesidad de luchar contra el imperialismo, y era un hombre de valor personal, de audacia y honrado. Murió antes de que su roll [sic] estuviera vencido [...].»⁴³

⁴¹ *Cartas cruzadas, op. cit.*, p. 134.

⁴² *Ibidem*, p. 63.

⁴³ *Ibidem*, p. 92.

El doce de junio hace un apunte que refleja la coherencia de su pensamiento sobre la muerte:

[...] La noticia de la muerte de Guiteras fue inolvidable y más aún la de Aponte. [...] No pude dormir esa noche. Después, a cada rato me da insomnio el recuerdo de Aponte. Y, sin embargo, la noticia de su muerte, de cómo murió, me dio cierto grato orgullo propio; murió como quería morir. Me acuerdo que siempre me decía en su idioma personal: «Compadre, despreocúpese, que Ud. y yo morimos enzapatados»... Luego supe, por Ramiro, que, efectivamente, había muerto peleando como un león. [...].⁴⁴

Pablo vio irse a bolina la revolución del treinta, para emplear la gráfica frase de Raúl Roa. En tanto protagonista, tuvo suficiente capacidad y valentía como para analizar, cual si estuviera a la distancia del tiempo, lo que estaba ocurriendo. Y lo que estaba sucediendo le provocaba angustias, pues no era más que la muerte de un esfuerzo, la muerte de un movimiento revolucionario en el que él confió porque conocía la disposición de las masas populares.

«[...] El día que el primer globo se alzó en el aire, los mismos miles de hombres que chiflaron al inventor en sus fracasos anteriores, rompieron en aplausos frenéticos. Así pasará con nosotros. En el fondo, el pueblo desea que triunfemos. Y lo desea, además, porque nuestro triunfo es su única salvación.» le había dicho en enero de 1936 a Enrique Figarola.⁴⁵

Pero riguroso en su análisis de la realidad, no se deja conducir por un optimismo falso, pues el suyo, que nunca le faltó, tenía muy en cuenta la verdad del momento y el rumbo de las fuerzas revolucionarias, que él ve de esta manera: «[...] El gran desastre de la huelga fue para nosotros una avalancha. Hundió a unos, destrozó a otros. Y a los más los desquició. Y como ni un muelle ni un barco se reparan en un

⁴⁴ «Del diario de Pablo de la Torriente Brau», *op. cit.*, p. 314.

⁴⁵ *Cartas cruzadas*, *op. cit.*, p. 235.

día, tampoco puede repararse en un día todo un cuerpo social, sujeto, además, a penosas condiciones», le precisa a Figarola en la propia misiva, en la que se refiere a la huelga de marzo de 1935.⁴⁶

Acerca de este tema abunda en carta a Ramiro Valdés Daussá. Pablo reconoce el avance de las fuerzas reaccionarias. Acude al símil par apuntar:

[...] La revolución, en sus maromerías, se ha olvidado generalmente de dos cosas sin las cuales el circo no puede funcionar, por lo menos con éxito: una, el público y otra el equipo. La revolución no tiene público, ni tiene equipo. Y, aún más, el equipo está en manos de la reacción la que, más astuta, pretende ganarse el público. Y maromeros no le faltarán sin duda.⁴⁷

Por esos días le expresa a Roa sus puntos de vista sobre la debilidad de la revolución y la imposibilidad de crear en esos momentos el partido único.

[...] Pero sin duda que la revolución puede entrar también en un círculo vicioso. Y a mi juicio lo está. Y a mi juicio esta es la razón de tanta confusión a pesar de tanto pensar. De tanta confusión, relativa, desde luego, porque nosotros, en definitiva, sabemos bien lo que queremos y hacia dónde llevaríamos, de sernos posible, la nave de la revolución, que no es hoy el «Normandie», sino una chalana desvencijada.⁴⁸

Por muy objetivo que sea su análisis, el derrotismo nunca se apodera totalmente de Pablo. De sus escritos en 1936 se desprende que él no avizora una victoria próxima, siquiera un reagrupamiento inmediato de las fuerzas revolucionarias, pero mantiene en pie, como tenaz capitán de barco, su espíritu de combate.

⁴⁶ *Ídem*.

⁴⁷ *Ibidem*, p. 308.

⁴⁸ *Ibidem*, p. 289.

A la madre le escribe una carta que constituye una breve exposición de sus principios:

[...] Tu pesimismo es muy cómico. Es el cómodo pesimismo de los que no luchan. Uds. como están acostumbrados a la inercia, todo lo ven así; cuando uno lucha todo lo ve distinto. Y, en definitiva, yo no hago nada para que me lo agradezcan ni me recuerden. Si trabajara en ese sentido, hace tiempo que sería un bribón más y estaría muy cómodo en Cuba, candidato a algo, a lo mejor. Por el contrario, algún día me darán cuatro tiros muy bien dados, y moriré tranquilo, satisfecho de haber empleado la vida de acuerdo con mi conciencia.⁴⁹

No es la única vez que contempla la posibilidad de la muerte. A Valdés Daussá le advierte: «Ten sumo cuidado con esto, porque puede ser que no nos quede mucho tiempo la propiedad del pellejo y lo mejor será aprovecharlo lo más que se pueda en beneficio de la revolución. [...]»⁵⁰

Para un hombre de acción, para un hacedor de proyectos y caminos, debe haber sido traumático confesarle a su amigo Carlos Martínez: «No te he hablado de actividades aquí, porque realmente no las hay. Por ningún lado. Todo está muerto. Y, en consecuencia, nosotros también. Porque tú sabes que en los cementerios hasta los visitantes vivos parecen que están muertos también. [...]»⁵¹

En esa propia carta, del 28 de julio de 1936, le expresa que la revolución está en el «punto muerto [...] como esas ruedas de los camiones atascados, que giran en el aire inútilmente, porque no encuentran el punto de apoyo. [...]»⁵²

Y le precisa a Carlos: «Aunque siempre decimos que estamos pesimistas, en realidad siempre se nos prende de al-

⁴⁹ *Ibidem*, p. 151.

⁵⁰ *Ibidem*, p. 144.

⁵¹ *Ibidem*, p. 399.

⁵² *Idem*.

guna parte de la imaginación una fuerte sombra de esperanzas. [...]»⁵³

Esa sombra, para Pablo, está en España. «Por los demás, le dice, ahora me consuelo con la revolución española. Nosotros hemos cometido una pifia al no irnos para allá hace algún tiempo. Nuestra experiencia hubiera sido riquísima en todos sentidos. Aparte de nuestra satisfacción. [...]»⁵⁴

Cuando Pablo toma la decisión de irse a España, y así lo demuestra cuando habla del tema, lo hace de una manera responsable y convencida. Y entonces cambia el tono de su expresión. Hay la intuición de que va despejándose ante nosotros otra vez el «gigante alborozado», aunque, obviamente, un gigante con más heridas, con más cicatrices, con más cruces en el alma.

Roa le habla sobre el tema en una carta y él responde: «[...] Y sobre todo esto, tengo la febrilidad casi loca de mi pensamiento sobre el viaje a España, que no se me ocurrió antes de puro imbécil que me he puesto cargando bandejas. Creo, firmísimamente, que allí está mi puesto, tanto como periodista como revolucionario [...]»⁵⁵

Luego de augurar las repercusiones que el triunfo de la revolución tendría para España y el mundo, asegura a su entrañable amigo: «[...] Y en el orden personal no quiero decirte lo que salgo yo ganando en experiencia política y revolucionaria y en oportunidad de trabajo humano, que es lo que más me atrae. Si no me voy, me enfermo. Es cosa ya decidida. Pero creo que iré de todas maneras. [...]»⁵⁶

Irse a España es su decisión. Y se renueva su espíritu. Porque allá podrá encontrar mucho de lo que siempre anheló. España no es para Pablo, sin embargo, una acción desesperada, ni la toma como un camino porque el otro es ya

⁵³ *Ibidem*, p. 398.

⁵⁴ *Ibidem*, p. 399.

⁵⁵ *Ibidem*, p. 407.

⁵⁶ *Ibidem*, p. 408.

intransitable. A Ramiro Valdés Daussá le explica las razones para incorporarse a la guerra española. Le reconoce la importancia de su presencia en Cuba, pero Pablo está viendo a largo plazo. No es el momento cubano, ya lo analizó en «Álgebra y política», la carta-documento que le envió a Roa, y España le aportaría experiencias incomparables que luego serían útiles a la causa cubana, además de que en su condición de corresponsal de guerra, podría contar a Estados Unidos y a América Latina la trascendental contienda, como finalmente lo hizo en páginas que constituyen derroche de maestría periodística, profundidad política y comprensión de una realidad.

Tormentosos meses vivió Pablo en Nueva York. Su optimismo no menguó en grado mayor, pero es cierto que en los últimos tiempos merma el humor fresco, la alegría poderosa, la broma cotidiana. No podía ser de otro modo, o estaríamos pidiendo demasiado a un ser humano.

Es otra la modalidad de optimismo que hay en Pablo en esos instantes cruciales, ¿o acaso decidir irse a una guerra en un país que no es el suyo es pensamiento festinado? Plena conciencia tiene el héroe cubano de la empresa que se propone, y lo hace con regocijo. Es más, en estas frases graves, puede adivinarse una alegría:

Pero ahora yo me voy a España, a ser arrastrado por el gran río de la revolución. A ver a un pueblo en lucha. A conocer héroes. A oír el trueno del cañón y sentir el viento de la metralla. A contemplar incendios y fusilamientos. A estar junto al gran remolino silencioso de la muerte...⁵⁷

En España, en «el forcejeo con la muerte», a la par que va creciendo en sí mismo, vuelve a ser el «gigante alborozado», con la efervescencia de la pelea revolucionaria, con entusiasmo jovial y maduro, se mueve en una guerra de la que es cronista y participante.

⁵⁷ *Cartas y crónicas de España, op. cit.*, p. 56.

Vividas algunas semanas de la contienda, Pablo escribe: «¿Qué me falta ya por ver, palpar y sentir de la guerra? Bueno, sentir, no. No se siente nada en la guerra. Terminó con ella la sensibilidad humana. [...]»⁵⁸

Pero por más que Pablo diga tal dramática afirmación, su sensibilidad se mantiene incólume. De no ser así, no hubiera podido disfrutar a plenitud el 23 de noviembre de 1936, día dichoso en que conoció a Miguel Hernández, «un muchacho considerado como uno de los mejores poetas españoles».⁵⁹ Con Miguel de guía, se va a contemplar los encantos arquitectónicos e históricos de Alcalá, y se extasía con las columnas mudéjares, el bello patio trilingüe de la Universidad Complutense, «en el que hoy —dice con su tenue ironía— no se habla ninguna lengua»,⁶⁰ y también el lugar donde estuvo la casa de Miguel de Cervantes, donde observa la estatua en honor del padre de la lengua española, de la cual comenta que es «obra maestra de ridiculez»⁶¹ y donde existe una placa —vaya ironía, no de Pablo, sino de la vida— «con faltas de ortografía».⁶²

La frescura y el candor regresan. Este texto, aunque obviamente en situación bien distinta, hace evocar el tono de los primeros días en Nueva York:

Bien, otro problema es el del puñetero frío. [...] Si te es posible consígueme por allá una capa-abrigo, bien chula. Porque no es justo que un corresponsal de mi categoría, representante de *New Masses* y *El Machete*, ande por las montañas con un sencillo lumber-jacket, temblando más que un condenado a muerte, a pesar de no tener miedo. Pero eso sí, si la consigues, tiene que pertenecer a la categoría de las cosas chulas de primera categoría. Y te advierto que yo no soy de los que admite cajas de muerto usadas.⁶³

⁵⁸ *Ibidem*, p. 135.

⁵⁹ *Ibidem*, p. 145.

⁶⁰ *Ídem*.

⁶¹ *Ibidem*, p. 146.

⁶² *Ídem*.

⁶³ *Ibidem*, p. 82.

Y en el frente de batalla, desde «el parapeto de la muerte», conversaba con el enemigo desde la trinchera, con discursos que hacían aparecer el silencio. En esas ocasiones, llamaba a los soldados «camaradas fascistas».

Va de visita a Madrid, y sin apenas dinero acompaña a unos compañeros a la Hostería del Laurel. Aquel día escribe algo que es demostrativo de la joie de vivre de que habló Marinello y que estaba como una constante en Pablo.

«Yo pienso con alegría profunda, con mi imaginación feliz de antecrearlo, en lo que será todo este país después. Maravillosa será España. Mientras más dura y cruel sea la guerra, más grande y más pronto será todo ello», dice y luego pasa a asuntos más inmediatos.

Había vino antiguo, mujeres de brillante pelo negro, figuras plenarias de la vida; sonrisas blancas; ojos misteriosos como las piedras antiguas y manos suaves y blancas, ¡pero quién se acuerda de las mujeres ahora! Sólo yo que te escribo y los novios que andan por los rincones al anochecer. Te digo que es bello vivir. Y el vino de España pone la imaginación alegre y no emborracha. Por lo menos a mí.⁶⁴

De la hostería sale a la calle y deja el vino para ver «la destrucción y el otro rojo que no es más que la sangre. Por allá, por la Plaza de España, había un caballo muerto. [...]»⁶⁵

El hombre cuya vida transcurrió entre penas y dolores, en la suprema violencia es una avalancha de ternura. A la combatiente Maruja le mataron al novio y al hermano. Pablo afirma que ella morirá en la montaña vengando a sus muertos, y en su imaginación describe ese hipotético instante con alma de poeta: «[...]Y, sin embargo, sobre la tierra, muerta, parecerá, tan frágil, tan bonita, una paloma que cayó.»⁶⁶

Una bala enemiga mata a otra muchacha, Lolita, de 17 años, y Pablo tomó su fusil, que tal vez lo acompañó hasta

⁶⁴ *Ibidem*, p. 132.

⁶⁵ *Ídem*.

⁶⁶ *Ibidem*, p. 189.

su caída en Majadahonda. En su crónica sobre el suceso, cita estas palabras del teniente Ruiz que reflejan una concepción coherente con el pensamiento del propio periodista-combatiente:

«[...] Estas muertes me indignan. Aquí no venimos a morir, sino a matar. Sólo venimos a morir cuando vamos al ataque, cuando vamos a cambiar la vida por un objetivo. La vida que traemos al parapeto no es nuestra. Ya lo ha dicho el Partido Comunista. Es de la revolución. Y un muerto no es sólo un compañero que cae. Es un rifle menos para matar fascistas. [...]»⁶⁷

En sus crónicas, Pablo se refiere a la ofensiva fascista, pero reitera su confianza en la victoria de las fuerzas revolucionarias, que responden con contraofensivas y tenaz resistencia. Y nuevamente aparece en él su actitud ante la muerte. «[...] Pienso en el número de muertos que esto costará, y me asombro de que sólo me queda el asombro aritmético. La muerte pierde su prestigio en la guerra. Porque se hace una prostituta barata. De veras que hay que morir para acabar con la guerra. [...]», razona en una de sus crónicas desde España.⁶⁸

Ese ver la muerte como algo cotidiano es palpado por Pablo en sus días de guerra. A la esposa de Pepe Galán, uno de los jefes militares, la mata la metralla del enemigo, en Madrid. Sólo estuvo dos horas en su casa y volvió al frente, narra el periodista cubano y añade: «¿Has visto qué mala suerte?, me dijo por todo comentario. Y como los demás días, sonreía a los chistes de López, su ayudante, y atendía a las noticias de los otros frentes.»⁶⁹

Pablo narra la situación de guerra que vive Madrid, los ataques, los bombardeos salvajes, la valentía de las mujeres y los hombres. Pero al narrador-combatiente le aflora su

⁶⁷ *Ibidem*, p. 233.

⁶⁸ *Ibidem*, p. 118.

⁶⁹ *Ibidem*, p. 120.

sentido alegre de vivir, y nos sorprende a cada instante con observaciones como estas: «Ahora ya los niños juegan en las calles y los burros —tan numerosos y simpáticos que son estos pequeños burritos de Madrid— rebuznan por todas partes como burlándose de los fascistas.»⁷⁰

Con ese humor anda Pablo por la guerra, escribe sobre los hombres, mujeres y niños que participan en la contienda patriótica; cumple sus funciones de Comisario Político, organiza actividades culturales; pelea, entrevista a importantes figuras. Intenso vivir el de este hombre intenso.

Así, entregado, viviente, enorme, corajudo, pleno, inmerso hasta el fondo en cada acción y cada instante que transcurría, estuvo hasta los últimos momentos de su vida. Era la «*joie de vivre*» que siempre lo acompañó.

Alguien que participó con él en la guerra española, cuenta que el último día de su vida, cuando se esperaba una fuerte batalla, «estaba, como siempre, en los sitios de más peligro, dando ánimos para que las posiciones no se perdieran».

Afirma Justino Frutos, el luchador antifascista, que «gracias al esfuerzo de Pablo se organizaron contraataques y las posiciones fueron recuperadas de nuevo».⁷¹

Esto ocurrió a medio camino entre el caserío de Romanillos y Majadahonda. Era el 19 de diciembre de 1936 cuando murió Pablo de la Torriente Brau. Una bala le atravesó el corazón y le salió por la espalda. La muerte que siempre lo estuvo rondando, le llegó al fin. Pero le llegó como él quería, peleando, «enzapatado», como le había vaticinado su amigo Carlos Aponte.

¿Qué dejó Pablo al morir? Un legado inmenso de patriotismo, de decisión, de sentido de responsabilidad social, de entrega al prójimo. Pero sobre todo, una forma vivificadora de enfrentar la vida y sus tropiezos, la vida y sus variados

⁷⁰ *Ibidem*, p. 95.

⁷¹ Justino Frutos. «Sobre la muerte de Pablo de la Torriente Brau.» *Bohemia*, 16 de diciembre de 1966, pp. 106-108.

escollos, y que se resume en su sentido del humor, un sentido del humor que trasciende la broma misma —tan presente en él— e incluye el optimismo, la perseverancia, la confianza en las fuerzas interiores del hombre, la capacidad para levantarse de la caída y proyectarse hacia el futuro como ente humano y social.

Por todos esos atributos del humor de Pablo, me atrevería a afirmar que debemos tomarlo como paradigma; y no verlo sólo como una cualidad del individuo innata y fortuita, sino como un valor que se debe cultivar entre los jóvenes, porque ello sería dotarlos de una actitud ante la vida, de una forma inteligente de existir.

Creo que al menos debemos aproximar a la gente joven de hoy a Pablo, tan cercano a ellos, tan de nosotros pese a haber transcurrido casi sesenta años de su muerte. Porque la juventud podría obtener de su alegría y pujanza, un ánimo renovado para «asistir a la vida».

Contenido

Palabras para el Centenario. Víctor Casaus / 7

De España y América

Miguel Hernández

Elegía segunda / 13

Antonio Aparicio

Homenaje a Pablo de la Torriente / 15

Pablo de la Torriente en Buitrago / 18

Juan Ramón Jiménez

Con Pablo de la Torriente Brau / 20

Gabriela Mistral

Recuperación de Pablo de la Torriente Brau / 21

Justino Frutos Redondo

Cubanos en la guerra de España. Lucha y muerte
en España de Pablo de la Torriente Brau / 26

De Cuba

Zoe de la Torriente Brau

Pablo de la Torriente Brau / 37

Pablo Armando Fernández

La familia / 56

Loló de la Torriente

Evocación de Pablo / 62

Conchita Fernández
Pablo tenía luz larga... / 68

Vladia Rubio
Un amor que no fue / 74

Renée Méndez Capote
Pablo de la Torriente Brau / 78

José López Sánchez
El Pablo de los Laureles / 81

Guillermo Martínez Márquez
Semblanza de Pablo de la Torriente Brau / 87

Salvador Vilaseca
Dos episodios de la vida de Pablo de la Torriente / 96

José Manuel Valdés-Rodríguez
Chaplin y Pablo / 100

Rafael Suárez Solís
Muerte arrebatada / 102

Carlos Montenegro
Pablo de la Torriente Brau / 104

Emilio Roig de Leuchsenring
Pablo de la Torriente Brau: una vida ejemplar
y una muerte gloriosa / 108

Diana Abad
Pablo, destello internacionalista / 118

Raúl Roa
Los últimos días de Pablo de la Torriente Brau / 134

Lino Novás Calvo
El entierro de Pablo de la Torriente Brau / 148

José María Chacón y Calvo
[El amigo inolvidable] / 154

José Antonio Portuondo
Pablo de la Torriente Brau / 155

Nicolás Guillén
Homenaje a Pablo de la Torriente Brau / 158

Juan Marinello
Pablo de la Torriente, héroe de Cuba y de España / 161

Ricardo Jorge Machado
¿Por qué Pablo? / 176

Carlos Rafael Rodríguez
La imagen de Pablo es la vida / 181

Víctor Casaus
Elogio de Pablo / 200

Gonzalo Mazas Garbayo
Pablo y Batey / 214

Ana Cairo
[Presido Modelo] / 220

Denia García Ronda
Humor vs. presidio / 234

María del Carmen Victori
Aventuras del Soldado Desconocido cubano / 242

Fernando Martínez Heredia
Presentación / 249

Julio Girona
Pablo / 259

Jaime Sarusky
Pablo de la Torriente. Un héroe trágico / 262

Manuel González Bello
Pablo entre la broma y la muerte / 307